EL EMBRUJO DEL TIGRE

UN VIAJE AL LUGAR DONDE LOS TIGRES SE COMEN A LOS HOMBRES Y LOS HOMBRES ADORAN A LOS TIGRES

SY MONTGOMERY



Oculta entre el denso follaje de la selva de la bahía de Bengala, vive una población única de tigres. A diferencia de sus congéneres del resto del mundo, que evitan a los humanos, estos animales se alimentan de personas, cientos cada año. Hay pueblos en los que no existe una sola mujer que no haya perdido a su marido, su hermano o su hijo devorado por un tigre. Sin embargo, allí el tigre es una figura de adoración: todos respetan a Daksin Ray, el dios tigre, y consideran a estos animales seres sagrados y mágicos.

Como en una leyenda oriental, como en una expedición visionaria, Sy Montgomery nos guía —ella, que a punto estuvo de no regresar tras sufrir la persecución de uno de estos poderosos felinos— por un territorio real, pero en el que la naturaleza y lo divino son una misma cosa. Allí siempre se está a merced de algo invisible, el cambio es la única constante y los chamanes la única protección aparente. Allí la naturaleza no conoce reglas: los peces trepan a los árboles, las hojas se convierten en pájaros, los grandes mamíferos beben agua salada, las raíces crecen hacia el cielo…

Y los tigres, según cuentan todos, se materializan tras una brizna de hierba, hacen encoger los cuerpos humanos y se elevan desde aguas profundas para aparecer en la cubierta de un barco. De repente, pisando suelos que lo engullen todo y recorriendo junglas donde cada cosa es a la vez otra, recordamos que, bajo toda nuestra cultura y toda nuestra ropa, en nuestros sueños más oscuros, los monstruos depredadores siguen dándonos caza por la noche. Al desgarrar nuestro cuerpo con sus dientes, el tigre expone una verdad que los occidentales intentamos olvidar a toda costa: que todos, ciervo y jabalí, serpiente y pez, astronauta y mendigo, estamos hechos de carne. Así vislumbramos un entendimiento más sabio y antiguo sobre nosotros mismos, pero también sobre los tigres y su papel, tan frágil como crucial, en el equilibrio ecológico y espiritual de nuestro mundo.

Lectulandia

Sy Montgomery

El embrujo del tigre

Un viaje al lugar donde los tigres devoran a los hombres y los hombres adoran a los tigres

ePub r1.0
Titivillus 29.08.2019

Título original: *Spell of the Tiger. The Man-Eaters of Sundarbans*
Sy Montgomery, 1995
Traducción: Carmen Torres & Laura Naranjo, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Como siempre,
para el Dr. A. B. Millmoss

INTRODUCCIÓN

Allá donde se le encuentra, el tigre evoca, como ningún otro animal, reverencia, pavor y asombro.

En Sumatra, los santones conversan con los tigres para escuchar así a los héroes muertos. En Tailandia del Sur y en la Malasia peninsular, los pigmeos nos cuentan que el tigre es el vengador del Ser Supremo, Karei, que castiga a los que rompen los tabúes tribales. Los mendriqs creen que el tigre es el hijo del dios y la diosa del trueno que moran en el centro de la Tierra: para ellos es el vínculo entre la tormenta y el inframundo. En la India, los dioses montan a lomos de estos felinos: Jolishmatic, la diosa de las medicinas milagrosas; Aurkah, comandante del ciclo de los treinta y tres años; Shukra, sacerdote de los demonios; y la vengadora Durga, esposa del gran dios Shiva. Todos ellos eligen al tigre como su *váhana* o vehículo. En la mitología hindú, un *vahana* no acarrea a un dios como un coche suele transportar a un pasajero. Más bien, como señala Wendy Doniger, historiadora de las religiones, la montura lleva al dios «del mismo modo que una brisa "lleva" un perfume». El tigre se impregna, se satura de la fuerza y el poder del dios, se imbuye de su propia esencia.

Por dondequiera que el tigre vaga, se le atribuyen poderes más allá de los que se esperarían en un animal mundano.

Esos poderes no son tan temidos en ningún otro lugar como en los Sundarbans, el mayor delta de marea del mundo. Allí, a diferencia de cualquier otro punto del planeta, el tigre suele cazar personas. Cientos y a veces miles de ellas mueren cada año en sus fauces.

Sin embargo, no se realizan campañas de erradicación de este animal como se ha hecho en Occidente con depredadores mucho menos letales. Allí el tigre es temido pero no odiado, venerado pero no querido, pues se le considera una criatura sagrada que gobierna una tierra encantada.

El embrujo del tigre es una invitación a visitar esa tierra. En las leyendas orientales, las expediciones visionarias por territorios desconocidos solían hacerse a lomos de un tigre. En este libro, el animal llevará al lector a un viaje espiritual hacia una tierra donde la naturaleza y Dios son una misma cosa. No obstante, es un viaje que quizá muy pronto no podamos hacer. Debido al cambio climático, el nivel del mar, cada vez más alto, está devorando rápidamente los Sundarbans. Y pronto ya no quedarán tigres que nos lleven hasta allí.

«Creo que el final del tigre es inminente», me dijo Peter Jackson, presidente del Grupo de Especialistas en Felinos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, la UICN, cuando empecé a investigar para la primera edición de este libro en 1992. Aquel año se habían matado en la India unos cuatrocientos tigres, con lo que la población mundial de estos felinos se redujo a menos de siete mil.

Su futuro parecía tan negro que, apenas un año después, algunos ya habían perdido la esperanza. «Lloro la muerte de un animal bello y majestuoso —declaraba Adam Holland, director general de la revista *Asiaweek*, en el centro de un artículo de portada de 1993—, pero el tigre salvaje tiene las mismas posibilidades de sobrevivir que un edificio antiguo en el centro de Hong Kong». Al año siguiente, *Time* puso al tigre en su portada con el titular: «Condenado».

A comienzos del siglo XX, los tigres ocupaban vastas áreas de Asia, desde el extremo más oriental de Rusia hasta Java. Se decía que el monte turco Ararat, cerca de la frontera con Irán, estaba «infestado» de ellos hasta la cota de nieve. Cazaban uapitíes en los bosques de robles enanos situados al oeste del gran Gobi de Mongolia; unos ejemplares gigantescos de pelaje largo acechaban a las ovejas de montaña en medio de las tormentas de nieve en Rusia; otros deambulaban sigilosamente por los bosques tropicales y vaporosos de Bali. Una media de cuarenta mil tigres de Bengala real habitaba las junglas y las praderas indias, tantos que se dice que, a principios del siglo XX, dos marajás llegaron a matar a dos mil tigres por placer en sus ratos libres.

En la actualidad, solo sobreviven cuatro de las ocho subespecies originales. Una de ellas —el tigre del sur de China— se ha extinguido desde que comencé a escribir este libro. Las subespecies supervivientes están confinadas en partes diminutas de sus antiguos territorios. Puede que el tigre

de Indochina, más pequeño y oscuro que el de Bengala real, cuente con menos de dos mil ejemplares. En Indonesia sobreviven menos de quinientos tigres de Sumatra, con su pelaje rojizo y sus rayas excepcionalmente anchas. Los investigadores calculan que solo quedan en estado salvaje entre trescientos sesenta y seis y cuatrocientos seis tigres de Siberia, los más grandes. Al último tigre de Bali lo mataron en los años cuarenta; el tigre del Caspio se extinguió en los setenta; el último tigre de Java murió una década después.

Se creía que el tigre de Bengala real era la subespecie más numerosa del mundo, pero, en 1972, las estimaciones eran de solo dos mil ejemplares —el número que dos marajás podían matar a su antojo— vivos en la India, su hábitat principal. Y, en la actualidad, a pesar del ambicioso Proyecto Tigre, una iniciativa heroica que echó a rodar hace más de veinticinco años en ese país, seguramente no haya muchos más. Los resultados del censo más reciente, anunciados durante los primeros meses de 2008, revelaban que solo quedaban mil cuatrocientos once especímenes adultos. Las alarmas sonaron, pues esa cifra rebajaba a la mitad el registro de 2001-2002, aunque no incluía ni a los cachorros ni a los jóvenes y tampoco la región de los Sundarbans y varios bosques más que no se habían evaluado debido a problemas logísticos o de seguridad. K. Ullas Karanth, el por entonces director del Centro para el Estudio de la Vida Salvaje de la India, aseguraba que, en realidad, lo que el censo demuestra es que probablemente existan al menos dos mil tigres en ese país, o tal vez más.

Pero no todo está perdido… todavía. En el panorama de la conservación, aún queda lugar para la esperanza. Por un lado, el último censo que abarca la India al completo, es, sin lugar a dudas, el registro más exacto de la población del felino que se ha realizado en cuarenta años. La India ha cambiado sus métodos censales y ha abandonado los estudios basados en el rastro, que tratan cada pisada como una huella dactilar, tal y como se describe más adelante en este libro. Ahora los censistas confían en métodos más científicos, como los recuentos basados en fotos hechas con cámaras ocultas y la estimación de la cantidad de presas. También existe un interés científico renovado por los tigres de los Sundarbans, la población de la que trata este libro. En febrero de 2005 dio comienzo en el lado bangladesí del golfo de Bengala el Proyecto Tigre de los Sundarbans, cuyo objeto es estudiar la ecología única de estos tigres y evaluar así su hábitat y el número de presas. Está patrocinado por la fundación Salvad al Tigre y por el Servicio de Pesca y

Vida Salvaje de Estados Unidos, y lo administra el Departamento de Vida Salvaje de Bangladés.

Sin embargo, los tigres que quedan se enfrentan a amenazas mundiales que los conservacionistas no podrían haber imaginado hace treinta años. Cuando el Proyecto Tigre empezó, se mataba a estos animales sobre todo por su piel. En la actualidad, se los persigue por partes del cuerpo que los anteriores cazadores furtivos descartaban: los bigotes, los tendones, el pene, la sangre y, sobre todo, los huesos, que se venden para abastecer un mercado principalmente asiático y al parecer insaciable donde se utilizan para elaborar supuestos elixires. Aunque ninguno de ellos funciona, se cree que los vinos, los bálsamos, las sopas y las pastillas de tigre alivian los achaques del reumatismo o de la disentería. A diferencia de la piel, que puede identificarse con facilidad, los huesos y las partes orgánicas son mucho más difíciles de rastrear cuando van de camino a los mercados ilegales de Hong Kong, China y Taiwán o a los de los Chinatowns de Europa y Norteamérica.

Según la Agencia de Investigación Medioambiental, una ONG británica, para alimentar este comercio ilegal tan solo en la India se mata a un tigre cada dieciocho horas. La masacre, por supuesto, no se restringe a la India. Un sondeo en trescientas veintiséis tiendas de Sumatra, incluido en un informe de 2008 realizado por la sección de control del comercio de animales salvajes del Fondo Mundial para la Naturaleza, TRAFFIC, ponía de manifiesto que treinta y tres de ellas vendían partes de tigre, lo que sumaba la muerte de al menos veintitrés animales. Que esta cifra fuera inferior a los cincuenta y dos que se creía que se habían matado para el comercio según el informe de 1999-2002 no era motivo de celebración. La conocida autora Julia Ng afirmó entonces que el descenso no reflejaba un mejor cumplimiento de las leyes o una menor demanda, sino que era el resultado del número decreciente de tigres que quedaba en estado salvaje.

Y el comercio ilegal no es la única amenaza para los tigres de todo el mundo. Desde que este libro se publicó, la población de la India ha aumentado de algo más de ochocientos millones a mil ciento treinta y seis, y la población mundial ha crecido de cinco mil seiscientos millones a seis mil quinientos. Los guardas forestales, que deberían perseguir a las redes organizadas de cazadores furtivos, no dan abasto tratando de proteger las pocas zonas reservadas para la vida salvaje de los aldeanos que las invaden y arrasan con sus vacas, ovejas y cabras. Incluso en el caso de que la matanza de tigres acabara, la ingente cantidad de seres humanos sencillamente los echaría del planeta.

¿Y si los tigres desaparecieran de la faz de la Tierra? ¿Necesitamos tigres en nuestro mundo? Las antiguas leyendas nos aseguran que sí. Los antropólogos señalan que, en el pasado, los nativos trataban con sumo respeto a estos animales para no encender la ira de los espíritus o de los dioses tigre. En su maravilloso libro *Soul of the Tiger*, el antropólogo Jeffrey McNeely y el psicólogo Paul Spence Wachel describen el caso de un devorador de hombres birmano al que dispararon después de que supuestamente hubiera matado a veinticuatro personas. Los miembros de la tribu lisu se reunieron con sumo respeto alrededor de su cadáver y le rezaron esta plegaria para pedirle perdón: «No hemos sido despiadados al matar al tigre. Ha matado a muchas personas sin motivo. Descanse en paz».

En las montañas Annamite de Vietnam, Henry Baudesson, un topógrafo del servicio colonial francés, describió en su diario lo que ocurrió cuando un tigre cayó en un foso destinado a cazar ciervos: «Los nativos estaban aterrorizados por que muriera, en cuyo caso su espíritu los acosaría de por vida. Así que decidieron liberarlo… ofreciéndole sus sinceras disculpas por haberlo retenido tanto tiempo».

En su monografía *The Soul of Ambiguity*, Robert Wessing relata una historia que tuvo una gran repercusión en la prensa indonesia durante el verano de 1979, cuando una de las últimas tigresas que quedaba en Java salió de la jungla y se paseó por la ciudad de Yogyakarta.

Atravesó el campus de la Universidad de Gajah Mada y se dirigió al laboratorio de química, donde pasó el día destrozando el equipo. El gobierno indonesio envió a francotiradores con armas provistas de tranquilizantes, pero ella los esquivó. Al final, se le unió su pareja. Ambos fueron sedados y trasladados al zoo. Pero aquella noche y sin saber muy bien cómo, uno de ellos escapó de la jaula cerrada con llave. Lo encontraron en un árbol cerca de su pareja aún enjaulada.

Era de noche y un tigre andaba suelto por la ciudad. Unos agentes decidieron que había que matarlo. El hijo del presidente Suharto de Indonesia, Raden Sigit, disparó el único tiro que acabó con él. Luego, su pareja escapó inexplicablemente de la jaula y desapareció.

Tras la muerte del felino se sucedieron una serie de desastres. El vicepresidente, el sultán Hamengkubuwana, se retiró. El príncipe heredero y su madre murieron con un año de diferencia. Un avión que transportaba a peregrinos indonesios a la Meca se estrelló y dejó doscientos muertos. El monte Dieng entró en erupción y arrojó gases tóxicos que mataron a ciento

sesenta personas, y, en la vecina isla de Sumatra, se registraron inundaciones y erupciones volcánicas. La inmensa mayoría de los indonesios atribuyó estos desastres a la muerte del tigre y a la extinción de la subespecie de Java. Según ellos, matar tigres puede acarrear terribles consecuencias.

Los escépticos occidentales podrían tachar las historias de los nativos sobre los animales de mera superstición, pero estarían cometiendo un grave error. La mayoría de nosotros vive en ciudades y barrios residenciales y, sorprendentemente, sabe muy poco de animales, pues nos hemos distanciado de sus vidas. El hecho de que los científicos empiecen a prestar cada vez más atención a lo que acontece en la naturaleza nos confirma que incluso algunas de las historias más disparatadas sobre los poderes de los animales resultan ser asombrosamente precisas y sensatas.

Por ejemplo, hay gente que vive cerca de los pantanos de Florida y que asegura que los cocodrilos te atrapan por tu sombra, te arrastran hasta el agua y allí te comen. La historia procede de una atenta observación del entorno natural. Esos cocodrilos (que son auténticos cocodrilos, no los caimanes más mansos de Florida) comienzan a alimentarse al atardecer, cuando las sombras se alargan. Cuanto más larga es la sombra, más probable es que el cocodrilo se encuentre en un estado agresivo. «Como regla de oro, si estás tan cerca que tu sombra llega al borde del agua —contaba recientemente Alan Woodward, investigador de pesca y vida salvaje del estado de Florida, a un escritor de la revista *National Wildlife*—, entonces te encuentras a la suficiente distancia para que un cocodrilo te localice y te alcance».

De manera similar, los indios chippewas de los Grandes Lagos creían que las telarañas protegían a sus hijos atrapando el «mal en el aíre». A veces una araña tejía de manera voluntaria una tela sobre la cuna del bebé; si alguna no lo hacía, un padre chippewa cogía con cuidado una telaraña con un aro y la colgaba sobre el niño.

Esta creencia tiene sentido; la práctica surtía efecto. Joe Ravner, investigador de la Universidad de Cincinnati, señala que las telarañas funcionan como excelentes mosquiteras. En una zona asediada por los insectos, las telarañas protegían a los bebés de la encefalitis que transmite el mosquito, de las reacciones alérgicas provocadas por las picaduras de la mosca negra y de otros «males en el aire».

Estos son hechos puros y duros; las verdades que la gente local cuenta sobre los poderes de los animales están aún más enraizadas. La mayoría de

los indonesios equiparaba la desaparición de los tigres de Java con un cataclismo para la Tierra y muy certeramente se percataba de que los animales tienen poderosos efectos sobre los seres humanos. Nuestra especie cuenta con la capacidad de comprender el mundo natural bastante mejor de lo que muchos de nosotros lo hacemos ahora.

«Necesitamos un entendimiento más antiguo, más sabio y quizá más sagrado de los animales», escribió Henry Beston en *The Outermost House*. Ese es el motivo por el que viajé a los Sundarbans y ese es el motivo por el que he escrito este libro, con la esperanza de ofrecer un entendimiento más antiguo y sabio… de la gente, de los tigres y del lugar crucial que estos ocupan en el mundo.

Hancock, Nuevo Hampshire,
22 de febrero de 2008

1
LOS SUNDARBANS:
UN PRIMER ENCUENTRO

Como un cuadro de Rousseau, el viaje a los Sundarbans, el enorme manglar que se extiende entre la India y Bangladés a lo largo del golfo de Bengala, nos traslada sensualmente, a la manera de un sueño, a un tiempo y un lugar que casi recordamos.

Conforme la lancha se aleja de los ruidosos muelles de la ciudad, las casas y las tiendas de las riberas del río cambian el ladrillo y la chapa por el barro y la paja y luego desaparecen por completo. En su lugar no queda nada salvo árboles y lodo, agua y cielo.

A veces no se ve un animal en media hora, ni siquiera un pájaro. Y, sin embargo, no cabe duda de que el sitio está vivo. Aunque no se vea movimiento, este se siente, pues todos los elementos —árboles, lodo, agua, cielo— se buscan mutuamente, con anhelo, como intentando abrazarse.

Muchos de los mangles de la zona crecen sobre raíces zancudas, en un intento por estabilizarse sobre el fango en movimiento: los árboles buscan la tierra. Otros disponen de neumatóforos, «raíces que respiran», cubiertas de barro, que crecen hacia arriba en busca de oxígeno: la tierra busca el cielo. Durante la mitad del día, la marea se dirige hacia la tierra y la baña en toda su extensión; durante la otra mitad, es la tierra la que se adentra en el agua, pues la marea retrocede, satisfecha, como cualquiera que ha gozado en los brazos de su amante.

Los turistas bengalíes que desean escapar del vocerío y del ruido de los cláxones que inundan las calles de Calcuta y Daca vienen a los Sundarbans a ver los tigres. Se dice que aquí viven más tigres que en ninguna otra parte del mundo. Los turistas casi nunca logran ver uno. Pero puede que, en estas aguas

rodeadas de bosque, las gentes de ciudad hallen una presa mucho más elusiva: una paz exuberante, serena y voluptuosa.

En los anchos ríos se ven elevarse los delfines del Ganges, suaves como la seda, cuyas aletas dorsales grises y rosáceas ondean como cabrillas por la superficie del agua. Prodigios de ensueño: una vez, cerca del golfo de Bengala, avisté una tortuga olivácea cuando salió a buscar aire a la superficie. El hecho de que la viera en ese preciso momento parecía tan improbable y tan inaudito como si se me hubiera concedido el privilegio de presenciar la apertura de un ojo de Visnú, el ser supremo hindú, quien, mientras los universos manan burbujeando por sus poros, duerme acostado sobre un océano insondable.

El propio nombre de los Sundarbans es una mezcla de significados de ensueño: *sundar*, la palabra bengalí para «bello»; *sundari*, un «bello mangle plateado», una vez el árbol dominante; *samudraban*, «bosque oceánico». De hecho, a menudo aquí el bosque y el océano son indistinguibles, uno se funde con el otro como las acuarelas: grises azulados, verdes oliva, marrones cenagosos. Con la bruma de la mañana, el agua se junta con el cielo; con las mareas, el agua disuelve la tierra… igual que el Yo se disuelve en la mente de Dios, según los místicos hindúes. La propia tierra, de arcilla fina y limosa, está formada por fragmentos del santo Himalaya disueltos en el agua de lluvia y transportados por los ríos Brahmaputra y Ganges, considerados dioses. El suave barro parece benigno, incluso atractivo. Uno puede imaginarse hundiéndose en él de manera lenta y apacible mientras se queda dormido.

Pero esa es solo una de las caras de los Sundarbans. Como las deidades policéfalas del panteón hinduista, estos encarnan tanto el terror como la paz; aunque desde la segura cubierta de un gran barco turístico esa cara pavorosa sea tan invisible como el lado oscuro de la luna.

«Si vas en una gran lancha motora, todo cambia —dice Kushal Mookherjee, un guía privado de naturaleza salvaje afincado en Calcuta—, pero, en cuanto pones un pie en la orilla embarrada, entiendes que este es un lugar extraño. Un lugar peligroso. Aquí sabes que estás a merced de otra cosa».

Una vez que dejamos atrás los anchos ríos —si nos adentramos en los pequeños canales, si ponemos un pie en los bosques—, nos introducimos en un mundo donde el suelo nos engulle por completo, donde la noche se traga las estrellas y donde somos conscientes, por vez primera, de que nuestro cuerpo está hecho de carne.

En los Sundarbans estamos a merced de un mundo no solo invisible sino insospechado. La única constante es el cambio: se forma tierra nueva con tanta rapidez que, en el lado bangladesí, los cartógrafos deben redibujar los mapas cada tres años. La naturaleza no conoce reglas: los peces trepan a los árboles; los animales beben agua salada; las raíces crecen hacia el cielo en vez de hacia el suelo; las corrientes fluyen en direcciones opuestas simultáneamente en el mismo estuario. Y los tigres no cumplen las reglas que gobiernan las vidas del resto de los tigres. Cazan personas. Atrapan a sus presas incluso a plena luz del día. Hasta se zambullen en las aguas del golfo de Bengala, donde las olas alcanzan varios metros de altura. A menudo nadan de la India a Bangladés. Los tigres de esta zona no se rigen por el día ni por la noche, por la tierra ni por el agua; hay quien dice que estos tigres no son criaturas ni del cielo ni de la tierra.

2
CON LAS FAUCES ABIERTAS

Una templada noche de mayo en Bengala Occidental, cuando el dulce aroma de las flores del *kaki* pendían de la oscuridad cálida y húmeda, cuando la luna brillaba blanca y redonda y los faroles de los barqueros se hacían guiños los unos a los otros como luciérnagas por todo el río, la muerte vino a por Malek Molla con las fauces abiertas.

La jornada laboral había acabado. Molla y sus seis compañeros habían recolectado cinco kilos de miel de las gruesas colmenas que habían encontrado colgando entre las hojas pequeñas, curvas y lánguidas de un *genwa*. Recolectar miel es uno de los trabajos más peligrosos de los Sundarbans y, sin embargo, desde abril hasta junio, cientos de hombres abandonan sus casas de barro y paja, sus arrozales y sus redes de pesca para seguir a las abejas al bosque.

Se deslizan en los pequeños botes de madera por los innumerables canales que surcan las tierras empapadas de los Sundarbans. Vadean descalzos el barro pegajoso. Rodean con sumo cuidado las raíces aéreas de los mangles, que sobresalen de la tierra como bayonetas. A veces deben pasar entre densas Meras de *hental*, la palmera con cuyas hojas los cocodrilos construyen sus nidos. Sus tallos están provistos de espinas de cinco centímetros de longitud, tan afiladas que, para cuando sientes una en el pie, ya se te ha clavado más de un centímetro.

En la cuadrilla siempre hay un hombre que monta guardia. Hay que estar atentos a un sinfín de peligros. Los tigres cazan en estos bosques. Los cocodrilos acechan en los bajíos. Las víboras se enroscan en las sombras. Hasta las abejas pueden matarte. Son agresivas y su picadura produce espasmos musculares, hinchazón y fiebre. La gente que las ha sufrido asegura que el dolor puede durar un año.

Se dice que la propia miel sirve como antídoto para el veneno de las abejas. Aquellos que han sobrevivido al ataque de un enjambre cuentan que sus compañeros les salvaron la vida embadurnando las picaduras con la fina y especiada miel que, en los Sundarbans, se considera una especie de elixir. Los chamanes afirman que comerla a diario garantiza una larga vida, Las hojas del *kaki*, cuyas flores blancas y fragantes proporcionan el polen con el que se elabora la primera miel, también son curativas: un emplasto hecho con ellas sirve para detener las hemorragias.

Ese día, en cambio, no se produjo ninguna hemorragia. La cuadrilla no tardó en encontrar la primera colmena a dos metros y medio del suelo en un *genwa*. Un hombre trepó por el tronco larguirucho. Espantó a las abejas con el humo que despedía una antorcha de hojas de *hental* empapada en queroseno y cortó con un machete la hinchada colmena. Abajo, otro hombre la metió en un barril de cuarenta litros que una vez contuvo aceite de mostaza. Los demás esperaron, armados con garrotes, preparados por si se presentaba un tigre, pero ninguno lo hizo. De modo que continuaron su expedición por el bosque, volviendo a visitar las colmenas que habían divisado el día anterior. Aquella tarde salieron del bosque entre risas, sintiéndose a salvo, cargados con su botín, la miel dorada.

Fue entonces, en el barco de madera de fondo plano anclado en el río Chamta, bajo el techado de hojas de palma que cubría la cabina, cuando los seis hombres, cansados, se relajaron.

Su farol resplandecía. Todos hablaban, reían y fumaban esos fuertes cigarrillos liados llamados *bidis*. Una olla de curri y el omnipresente *da!* indio, un potaje de lentejas, borboteaban en el hornillo de arcilla del barco. Un hombre se arrancó a cantar. Las notas de la melodía bengalí ascendían y descendían, llenas y después vacías, como las mareas que suben para sepultar el bosque cada seis horas y media y luego se retiran, drenadas.

Nadie sintió que el bote se mecía. Nadie oyó ningún grito. Pero todo el mundo advirtió la zambullida cuando algo muy pesado impactó en el agua junto al barco.

Los hombres alumbraron el agua, el bosque y la orilla con sus antorchas y, en la lejana ribera del río, la luz apenas iluminó la figura de un enorme felino mojado que se adentraba en los manglares portando el cuerpo de Malek Molla como un pez en la boca. Molla había estado muy callado aquella noche; probablemente se hubiera dormido. El tigre debió de matarlo sin despertarlo

siquiera. El depredador, que debía de pesar más de doscientos kilos y medir casi tres metros de largo, se había abalanzado desde el agua, había seleccionado a su víctima, la había atrapado con sus fauces y la había matado de manera instantánea, sin hacer el menor ruido, sin mecer el barco siquiera.

Recuperaron el cadáver al día siguiente. El tigre le había seccionado la espina dorsal de un solo mordisco en la nuca. Lo primero que se había comido había sido el vientre, la parte más blanda.

En los Sundarbans, todo el mundo está atento al tigre, pero este, según dicen, siempre se te adelanta. Todos los grupos de pescadores cuentan una historia parecida: «Teníamos la vista puesta en el promontorio, en el bosque donde los árboles crecían frondosos. Creíamos que, si había algún peligro, este procedería del bosque».

Montu Halda tiene veintiséis años y es pescador en el pueblo de Hingulgunge. Cuando tenía veintiuno, vio cómo un tigre se llevaba a su cuñado.

Recuerda que aquel día eran cuatro en su cuadrilla: él mismo, su padre, su hermano y su cuñado. Era la última hora de la tarde; los demás querían volver al pueblo con la pesca, pero su cuñado insistió en que parasen para recoger leña seca en el bosque.

Echaron el ancla y se dirigieron a la orilla. Se mantuvieron de espaldas al río y al barco y con los ojos puestos en el bosque cada vez más sumido en la oscuridad. Sabían que era una hora peligrosa. Con la marea baja, los monos de cara rosada conocidos como macacos rhesus y los cervatillos moteados llamados chítales acuden a la orilla para rebuscar entre los mangles las flores, los frutos y las hojas que caen al agua y que luego la marea devuelve a la tierra. Los tigres conocen las mareas y los hábitos de los monos y los ciervos. Y también conocen los hábitos de los hombres.

Si un tigre anduviese cerca, este sabría cuándo va a venir la gente. Oiría los golpes de los remos y las voces. Conocería el significado del sonido de un ancla arrojada al agua. Y esperaría para tratar de sorprenderlos.

Halda y sus parientes eran conscientes de ello, de modo que estaban alerta. Si un tigre rondaba por allí y quería a uno de ellos, la única oportunidad que tendrían sería divisarlo primero. Así que sus ojos no se apartaban del bosque.

El tigre atacó al cuñado por la espalda. Lo derribó de bruces en el barro, lo cogió por el cogote y se adentró en el bosque con un salto limpio. No se había

acercado desde el bosque, sino desde el río, que los hombres no se habían molestado en vigilar.

Agie Bishas también vio cómo un tigre se llevaba a un hombre a la espesura del bosque. Bishas, de cincuenta años, vecino del gran pueblo de Gosaba, conoce muchas historias de tigres. Había presenciado ese ataque solo tres meses antes de que me lo contara.

Se encontraba en una barca junto con otras cuatro o cinco que esperaban amarradas en las inmediaciones del bosque a que la marea bajara para poder recoger leña. Ninguno lo sabía, pero, durante todo ese tiempo, un tigre los había observado desde la orilla contraria.

Este cruzó el río a nado sin ser visto hasta que alcanzó un arbusto que pendía sobre el agua. Con la cabeza tapada por el arbusto y la parte inferior del cuerpo sumergida, esperó y vigiló. Según Bíshas, observó a los hombres durante horas. Esperó justo al lado de la barca.

Con voz firme, claridad y precisión, me contó lo que había ocurrido con la ayuda de un intérprete: «El tigre tuvo que aguardar un buen rato. No podía subir a la barca porque había muchas juntas, y la gente no se bajaba de ellas porque estaba esperando a que el agua se retirase. El tigre se impacientaba. Mientras las barcas estuvieron amarradas, permaneció a la espera».

Cuando la marea bajó, la cuadrilla decidió que el hombre de la barca que iba en cabeza, que se encontraba atada a un árbol de la orilla, recogiera la leña. Las demás barcas se retiraron para echar el ancla en mitad de la corriente.

«En cuanto el tigre vio que las barcas se habían separado y que la otra se encontraba sola, debió de salir a nado de su escondrijo», dijo Bishas. Había una sola persona en la proa. El tigre emergió del agua y se aferró a la embarcación con las zarpas; el barquero se desmayó de la impresión. El animal saltó de inmediato al interior de la barca, cogió al hombre y se lo llevó al bosque sujeto por el cogote.

Estas historias se repiten una y otra vez en boca de gente que ha vivido los acontecimientos en primera persona y que cuenta su experiencia con voz firme y congruente. El tigre salió del bosque como una flecha. El tigre se abalanzó sobre él desde el agua. El tigre permaneció invisible durante horas. El tigre apareció de la nada.

A veces un tigre nada tras un barco del mismo modo que un perro persigue un coche por la carretera. Kalyan Chakrabarti, exdirector de la Reserva del Tigre de los Sundarbans indios, cuenta que había oído una historia sobre una lancha motora con casco de acero cuya tripulación de diez personas trataba de deshacerse de un tigre que los perseguía a nado. Le dispararon cinco veces con un rifle. Le lanzaron pedazos de carbón. Intentaron apartarlo con cañas de bambú. El tigre las cogía con las garras y las mascaba hasta hacerlas pedazos. El piloto intentó ahogarlo pasándole por encima con la lancha; él cocinero le arrojó agua hirviendo por la cabeza, pero el tigre seguía en sus trece. De hecho, fue ganando terreno e incluso consiguió subirse al bote salvavidas que llevaban atado en el lateral. Los atemorizados miembros de la tripulación soltaron la cuerda para que el animal no pudiera utilizarlo como trampolín y acabaron encerrándose en el camarote.

Tres horas más tarde, el tigre seguía allí. No se fue hasta que se adentraron en las aguas turbulentas del río Matla. Las grandes olas volcaron el bote y el tigre nadó hasta la orilla.

«Si un tigre tiene intención de matarte —dice Kalyan—, te atrapa. No hay nada que puedas hacer. Ni siquiera un arma te ayudará».

Según las cifras del Gobierno, los tigres matan cada año a unas treinta o cuarenta personas en el lado indio de los Sundarbans. Pero estas cifras son engañosas. Nadie, salvo los agentes del Departamento Forestal, tiene permiso para adentrarse en el núcleo de mil trescientos treinta kilómetros cuadrados de la Reserva del Tigre de los Sundarbans, que constituye un lugar dedicado en exclusiva a la vida salvaje. Existe una zona neutral de mil cuatrocientos cincuenta kilómetros cuadrados que rodea el área central y en la que la gente puede pescar, recolectar miel y cortar leña, aunque primero debe obtener un permiso. Si alguien con permiso es atacado en la zona neutral y muere, el Gobierno compensa a su familia por la pérdida y el deceso se computa oficialmente. Pero las familias de las víctimas de los tigres que entran de manera ilegal en las zonas restringidas no reciben compensación, así que, para ellos, no existe razón alguna por la que deban informar a las autoridades; de hecho, estas familias temen que las sancionen. En los raros casos en que se logra recuperar el cuerpo de la víctima, los familiares lo incineran a toda prisa, a veces por la noche, antes de que los agentes forestales lo descubran.

El barquero con el que viajé por los Sundarbans, Cilindra Nath Mridha, perdió a tres de sus cuatro tíos devorados por los tigres; uno de ellos murió ante sus propios ojos. Ninguna de esas muertes fue «oficial». En un viaje que hice en diciembre de 1992, conocí a un viejo pescador que me enseñó un pez

globo que había capturado en sus redes. Cuando volví a los Sundarbans en enero, al hombre se lo habían comido «extraoficialmente». Los tigres matan a tantas personas allí que algunos pueblos son conocidos como *vidaba polis*: pueblos de viudas por culpa del tigre. Arampur, cerca de Gosaba, es uno de ellos; en cada una de sus ciento veinticinco familias hay una mujer a la que un tigre le arrebató al marido, al hermano o a alguno de sus hijos.

Hace un siglo, los datos mostraban que los tigres se habían comido a cuatro mil doscientas dieciocho personas en los Sundarbans durante un periodo de seis años. Un estudio estimaba que un tercio de los tigres de la zona intentará matar y comerse a cualquier persona que vea. Y esa persona, de manera casi invariable, resultará ser un hombre, pues en los Sundarbans, como en la mayor parte de la India, los hombres son los únicos que trabajan en el bosque, mientras que las mujeres lo hacen en el pueblo. Los tigres rara vez deambulan por los pueblos; cuando lo hacen, no se quedan mucho tiempo y no cazan personas. Pero en el bosque consideran a los humanos una presa apta.

Y en los Sundarbans se crían muy bien. El número de tigres que habita la zona no está claro, pero nadie discute que la Reserva del Tigre de los Sundarbans es el único parque de la India con más de cien de estos felinos, y el lado indio constituye tan solo la mitad de la gigantesca extensión del manglar. Incluyendo tanto el lado indio como el bangladesí, la franja de diez mil kilómetros cuadrados alberga más tigres que cualquier otra extensión contigua del mundo.

Nadie mantiene un registro del número total de muertes. Los agentes forestales admiten extraoficialmente que las cifras reales al menos duplican las oficiales. Algunos expertos aseguran que el total puede ascender hasta las ciento cincuenta víctimas anuales en el lado indio y prácticamente lo mismo en el bangladesí.

En las demás partes del mundo, los tigres rara vez atacan a personas. David Smith se dedica al estudio de los tigres de Nepal en el Parque Nacional de Royal Chitwan desde 1977. «La gente lleva años tropezándose con tigres y nunca ha resultado herida», asegura. Recuerda una historia sobre su colega Charles McDougal, que ha estudiado ampliamente a estos felinos en Chitwan, en un alojamiento turístico llamado Cimas del Tigre. Cuando McDougal iba caminando por una cresta afilada como un cuchillo, vio que un tigre se le

acercaba. Decidió dar media vuelta, despacio, y no mirar atrás. El tigre lo dejó en paz.

George Schaller cuenta una experiencia similar. Una noche en que hacía fotos a unos tigres en el centro de la India, descubrió que necesitaba ajustar varias piezas de su equipo. «Salimos de nuestros escondrijos y nos aproximamos lentamente a las cámaras y los tigres —relata—. "Marchaos, tigres, marchaos", dije con voz tensa mientras alumbraba a los felinos con mi pequeña linterna y Stan daba palmadas para espantarlos. Los tigres se retiraron de mala gana».

Smith recordaba otro ejemplo: un niño que seguía la estela de un avión, que lo sobrevolaba, traspasó ilegalmente los límites de la zona central del parque de Chitwan y se topó con un tigre que descansaba entre la maleza. Este lo ignoró. El animal no le dio una tarascada hasta que el niño se le cayó encima e incluso entonces el crío no resultó gravemente herido. «Como norma general, los tigres no atacan a las personas», aseguró.

El hecho de que los mayores depredadores de la Tierra rara vez ataquen a la gente ha fomentado la creencia en muchas partes del Asia tropical de que los tigres encarnan el alma de los héroes muertos. Un día de 1974, a las nueve de la mañana, un tigre apareció en una escuela de Yogyakarta, Java. Primero se sentó tranquilo. Luego, como un mandatario de visita, se paseó a sus anchas por las aulas. Los periódicos declararon que era la reencarnación de Sukarno, el primer presidente de Indonesia. Muchos pueblos tribales creen que los humanos y los tigres descienden de un ancestro común y que ningún tigre atacará a una persona libre de pecado.

Incluso cuando una presa los sorprende, la mayoría de los tigres muestra un comedimiento admirable. Por lo general, primero emite un rugido de advertencia, que da al intruso la oportunidad de retirarse. Si este no lo hace, ruge una segunda vez, más fuerte. Por último, puede que haga amago de atacar, pero, si el intruso persiste, lo más probable es que dé media vuelta y se marche.

Cuando los tigres matan a personas, suele ser por error. Si alguien se tropieza con un tigre que descansa camuflado entre la hierba alta, puede que el animal, al verse sorprendido, dé un zarpazo como para apartar al intruso, aunque, debido a su potencia, quizá eso baste para matarlo.

Los tigres rara vez provocan un ataque. En la mayoría de los casos que los investigadores occidentales han estudiado, la víctima era un niño o una mujer que lavaba la ropa o cortaba hierba agachada o que estaba acuclillada haciendo sus necesidades. (Tal vez estos tigres deberían llamarse

«devoradores de mujeres y de niños»). Peter Jackson, de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza o UICN, sugiere que, como la víctima no está erguida (o como un niño es tan bajito), el tigre probablemente crea que la persona es un mono.

Aún más raro es que los tigres escojan a propósito a personas para alimentarse. Jim Corbett, uno de los mejores cazadores del mundo, dedicó su vida a rastrear a los devoradores de hombres en la India durante los primeros años del siglo XX. Corbett recalcaba que, aunque uno solo de estos animales puede causar estragos (al parecer, una tigresa a la que había rastreado mató a doscientas personas en Nepal y a cuatrocientas treinta y cuatro en la India antes de que al fin la abatiera), comer humanos no forma parte de su comportamiento normal. «Solo cuando un tigre se siente incapacitado por las heridas o por la edad se ve obligado a alimentarse de carne humana para sobrevivir», anotó en *Man-Eaters of Kumaon*, su libro más famoso.

El coronel Kesri Singh, cazador y guardabosques en Rajastán, ofreció el siguiente retrato del «típico» devorador de hombres: «Un animal viejo, sarnoso y esquelético con los colmillos —normalmente enormes en un tigre— desgastados y convertidos en raigones». La autopsia que realizaba a estos felinos solía revelar una bala de plomo incrustada en alguna parte del cuerpo. De hecho, la mayoría de los *shikaris* que cazan a estos animales en la India coincidía en que las heridas que llevan a un tigre a comer carne humana solían haber sido infligidas por personas.

Pero, en los Sundarbans, los tigres son harina de otro costal.

«En estas islas, resulta peligroso tomar tierra en según qué sitios —escribió el explorador francés François Bernier en 1666—, pues suele ocurrir que alguien cae presa de los tigres. Al parecer, estos feroces animales son muy propensos a colarse en el mismísimo barco mientras la tripulación está dormida para llevarse a alguna víctima, que, si prestamos oídos a lo que cuentan los nativos, resulta ser el más fornido del grupo».

Aquí los tigres sanos llevan siglos cazando humanos. Genéticamente, estos tigres pertenecen a la misma raza que la otra especie repartida por todo el subcontinente indio, el de Bengala real, el segundo en tamaño (después del siberiano) y con un pelaje del color de las llamas. Sin embargo, los tigres de los Sundarbans se comportan de un modo totalmente distinto al del resto de los tigres del mundo; de hecho, ningún otro depredador de ninguna especie sale en nuestra búsqueda de manera tan agresiva.

«En ninguna otra parte del mundo se da caza al ser humano de manera tan activa —aseguraba un guía de naturaleza salvaje que ha visitado muchas veces los Sundarbans—. Puedes sentirlo: alguien trata de matarte». Esta inquietante idea atenaza a la mente moderna.

¿Por qué estos tigres cazan personas? El biólogo alemán Hubert Hendrichs sugería que su ferocidad podía estar relacionada con el agua salobre que beben. En 1971 llevó a cabo un estudio de tres meses de duración en el lado bangladesí de los Sundarbans. Comparó la salinidad relativa del agua con la localización de los ataques de tigres registrados. Sus datos relacionaban los lugares donde se producían los ataques más frecuentes con las áreas que contaban con mayor salinidad en sus aguas.

En los Sundarbans no existe agua dulce salvo en los estanques excavados que recogen el agua de lluvia. Las mareas del golfo de Bengala suben por todos los ríos; en determinadas zonas el agua tiene una salinidad del 1,5 %. Hendrichs sugería que beber agua tan salada debía de causar daños en el hígado y en los riñones de los tigres, lo cual les provocaba irritabilidad. Antes de que pudiera comprobar esta hipótesis, su estudio se vio interrumpido por la guerra de independencia de Bangladés y nunca volvió a la zona. Desde entonces, nadie ha probado o refutado su idea.

Algunos han llegado a decir que, probablemente, los tigres de los Sundarbans aprendieron a comer carne humana porque se les hacía llegar, como ofrenda, por el sagrado río Ganges. Antes de que la presa de Farakka contuviera sus afluentes, este río nutría los Sundarbans y, junto con sus aguas, llegaban los cuerpos de los muertos que no habían sido incinerados del todo en las escaleras crematorias de acceso al río en Calcuta. Los tigres podrían haber adquirido el gusto por nuestra carne al comportarse como carroñeros.

S. Dillon Ripley, exsecretario del Instituto Smithsoniano, sostenía la teoría de que los tigres de los Sundarbans podrían haber aprendido a asociar a la gente con la comida gracias a los pescadores. Existe un antiguo método de pesca en los Sundarbans que consiste en encordar la red a lo ancho de un estrecho arroyo y esperar a que los peces queden atrapados en ella cuando la marea baja. Ripley sugería que tal vez los tigres hubieran aprendido a saquear las redes de los pescadores e, igualmente, a salir en busca de estos y de sus barcas. Tal vez el olor a pescado también los atraiga.

Sin embargo, otros han observado que a los tigres les resulta difícil capturar a sus presas habituales —jabalíes, chítales, macacos rhesus, varanos y gallos salvajes— en el flujo succionador de las ciénagas, de modo que quizá tengan que complementar su dieta con seres humanos.

En los Sundarbans, estos constituyen una de las piezas de comida más grandes que un tigre tiene a su disposición. Un jabalí macho adulto o un chital hembra pueden pesar unos cuarenta y cinco kilos y, al capturarlos, el tigre se enfrenta a graves riesgos. Atacar a un animal grande no resulta fácil cuando te sirves de la boca. Los jabalíes se defienden con afilados colmillos y un chital que se debate por vivir golpea con cuernos y pezuñas. Un varón adulto medio de los Sundarbans pesa alrededor de los sesenta kilos. Los humanos son relativamente grandes, se mueven con lentitud, son patosos y, sin armas, resultan del todo inofensivos, por lo que constituyen una presa fácil y abundante.

Uno se pregunta por qué los tigres de los Sundarbans no comen carne humana más a menudo. (Un experto indio calculó que, si esta fuera fundamental en la dieta de un tigre, los de los Sundarbans matarían a veinticuatro mil noventa personas al año). Lo extraordinario no es que los tigres coman seres humanos en los Sundarbans; lo extraordinario es que los coman con tan poca frecuencia en otros lugares.

Sin embargo, este es solo uno de los misterios que suscitan, pues resulta muy difícil estudiar a estos animales. Son reservados y a menudo difíciles de ver, aunque sea de pasada. En su larga carrera como fotógrafo de la vida salvaje india, el gran naturalista E. P. Gee nunca consiguió una imagen de un tigre en estado salvaje.

El territorio que abarca uno de estos animales puede ser enorme. En Nepal, Melvin Sunquist descubrió que los machos establecían territorios de sesenta a setenta kilómetros cuadrados; y las hembras, de quince a veinte. En Siberia, donde la comida escasea más, el territorio de un tigre puede extenderse hasta los cuatro mil kilómetros cuadrados.

En general, son animales solitarios. Suelen asociarse con otros de su misma especie, sobre todo cuando hay una presa de por medio, y una tigresa puede permanecer con sus cachorros, de uno a cuatro, durante dos años. Las parejas en celo viajan juntas durante varios días. Con todo, lo más común es que los científicos observen a un único ejemplar, a diferencia de los rebaños, bandadas o manadas de animales de otras especies.

Los tigres viven gracias a su sigilo. Como su método de caza consiste en acechar y tender una emboscada, resulta sumamente difícil ver a uno cobrarse una pieza de manera natural; debes ser tan sigiloso como el tigre para evitar espantar a la presa y más precavido que la presa para verlo a él.

La mayor parte de lo que los investigadores occidentales sabe acerca de estos animales proviene de dos proyectos llevados a cabo durante largos

periodos de tiempo. El primero fue el estudio de catorce meses que realizó George Schaller acerca de los ciervos y sus depredadores en el Parque Nacional de Kanha, en el centro de la India, de 1963 a 1965. Aprendió a reconocer por su aspecto a once tigres adultos y pasó ciento diecinueve horas observándolos. Examinó sus presas y analizó sus heces. Escuchó sus voces. El libro que presenta sus resultados, *The Deer and the Tiger*, sigue siendo una referencia fundamental.

En noviembre de 1973 dio comienzo en el Parque Nacional de Royal Chitwan en Nepal un segundo estudio, más amplio y financiado por el Instituto Smithsoniano y el Fondo Mundial para la Naturaleza, que continúa activo en la actualidad. John Seidensticker y K. M. Tamang desarrollaron técnicas para capturar e inmovilizar a los tigres y equiparlos con collares provistos de radiotransmisores para rastrear sus movimientos. Su trabajo permitió a los científicos seguir por primera vez a varios ejemplares a la vez, monitorizar su salud y crecimiento a largo plazo y trazar un mapa de sus territorios.

No obstante, la ciencia sigue sabiendo relativamente poco sobre los tigres. Y, sobre los de los Sundarbans, apenas nada. Son un misterio… el misterio que me atrajo a los Sundarbans y que me hizo sucumbir al embrujo del tigre.

3
LAS CANCIONES DE RABINDRANATH

Un hombre bajito que llevaba unos pantalones de campana de poliéster a cuadros rosas me gritaba en la oscuridad: «¡Tú! ¡Ayuda! ¡Tú huevo! ¡YO AYUDAR HUEVO! ¡TÚ GUSTA!».

A aquel arrebato le siguió una discusión en bengalí entre los seis hombres ataviados con *lungis* (un trozo de tela envuelto alrededor de la cintura) que se apiñaban en la terraza del albergue turístico de Sajnekhali. De vez en cuando alguien nos miraba a mi acompañante y a mí con una mezcla de enfado, confusión e incredulidad.

Las cosas iban bien apenas unos momentos antes. Tras nuestra primera noche en el albergue, el único alojamiento turístico de los Sundarbans indios, a mi acompañante, Dianne Taylor-Snow, y a mí nos parecía que la cena a base de arroz y *dal* (a veces complementada con pollo, al que le retorcían el pescuezo en el patio justo después de que hicieras la comanda, con todo el escándalo correspondiente) se servía demasiado tarde y demasiado fría y habíamos resuelto el problema pidiendo unas tortillas, que no requerían demasiada preparación y que sin duda nos servirían calientes.

Acabábamos de pedirlas, pero esa noche encargamos también algo más: dos huevos duros para cada una, que planeábamos comernos en el desayuno y el almuerzo del día siguiente en el barco que le habíamos alquilado a Girindra Nath Mridha, el hombre de los pantalones de campana de poliéster.

«*Dui* tortillas —le había dicho al cocinero—, *char* huevos duros». Alcé dos dedos y luego cuatro para hacer hincapié en el número de huevos. (Más tarde descubrí que aquella pantomima probablemente no había hecho más que aumentar la confusión. Los bengalíes cuentan llevándose la punta del pulgar a la base del meñique de la misma mano; enumeran cada falange de cada dedo

y así hasta llegar a la punta del índice, lo cual les permite contar hasta doce con una sola mano).

Era una petición extraña, mal pronunciada y en el idioma equivocado, pero pareció transmitir la idea.

Por desgracia, Dianne se había aficionado a las travesuras mientras estudiaba a los orangutanes en Borneo, donde nos habíamos conocido. (Solía meterme hormigas de plástico en las cartas que me enviaba, y estas salían volando en cuanto desplegaba las hojas haciéndome dar un repullo). Y no pudo resistir la tentación de añadir: «Sin pelar».

Al oír aquello, el cocinero se agobió. Llamó a otras cinco personas, algunas con pinta de huéspedes, para que lo ayudaran a descifrar aquel mensaje ininteligible. Discutían en bengalí, y yo solo podía lanzar conjeturas acerca de lo que estarían diciendo: «¿Es que esta gente solo come huevos?», «¿también se van a comer las cáscaras?».

Girindra, después de escuchar con atención, tuvo una idea. Todos siguieron discutiendo en bengalí y llegaron a un acuerdo. Girindra esbozó una sonrisa manchada de betel y nos explicó: «Yo. Ayudar. Yo, huevo».

Como no le entendí, intentó romper la barrera del idioma como hace mucha gente cuando se enfrenta a la ignorancia de los extranjeros: repitiendo las mismas palabras incomprensibles, pero más alto. «¡Tú! —gritó—. ¡Ayudar! ¡Tú huevo! ¡YO AYUDAR HUEVO! ¡TÚ GUSTA!».

Aquel no era precisamente el tipo de conversación que tenía en mente cuando comencé mi periplo por los Sundarbans en octubre. Llevaba un año preparándome para aquel viaje. Había intentado aprender bengalí (o *bangla*), aunque no encontré ninguna escuela ni universidad en toda la Costa Este donde siguiera enseñándose. Conseguí comprar unas cintas a través de la Universidad de Harvard, pero, para mi horror, no incluían el inglés. Aprendí a pronunciar diálogos enteros sin saber lo que significaban.

Encargué un diccionario bengalí-inglés que tenían que mandarme a Peterborough, Nuevo Hampshire, desde Daca, Bangladés. Cuando llegó, al cabo de varios meses, descubrí que, aunque las palabras inglesas estaban escritas en caracteres latinos, las bengalíes lo estaban en sánscrito, y me resultaba imposible leerlas.

Al final logré relacionar algunas de las palabras de las cintas con las del manual de conversación *Aprende bengalí* y me di cuenta de que había aprendido a conversar sobre las canciones del poeta bengalí Rabindranath

Tagore («¿Te gustaría oír las canciones de Rabindranath?») y los diversos instrumentos que se tocaban para acompañarlas («Tu hermano tocará el sitar»; «No, tocará el *behala*»). Y había dado con la frase más útil de todas: «*Ami bangla boli na*». («No hablo bengalí»).

Había leído todo lo que había podido sobre los tigres de los Sundarbans, que no era mucho. En el mejor de los casos, el retrato científico de los tigres salvajes consiste en un croquis que determina principalmente el mapa de sus viajes, como los investigadores del Instituto Smithsoniano han hecho en Chitwan. Pero no era eso lo que quería hacer en los Sundarbans. Había otras maneras de comprender a un tigre, y confiaba en explorarlas.

Los habitantes de la zona —pescadores, leñadores y recolectores de miel que se adentran a diario en el territorio de los tigres— comprenden a estos animales dentro de un contexto radicalmente distinto al de los científicos. «En las tierras por las que el tigre deambula —escribió Fateh Singh Rathore, que, junto con su colega Valmik Thapar, ha estudiado al detalle los tigres del Parque Nacional Ranthambore en la India—, este no es un mero animal, sino un símbolo de lo poderoso, lo temible, lo majestuoso, lo mágico y lo desconocido». En el enorme manglar de los Sundarbans, aquellos que conviven con él apenas lo avistan, pero su presencia y su poder se sienten por todas partes. Cuando lo ven, tal vez solo lo hagan durante un breve instante, pero ese instante está cargado de magia y emoción. El retrato que hacen de él no es ni mucho menos el croquis lineal de un científico, sino un cuadro puntillista en el que cada encuentro queda representado por un punto de vivo color.

¿Quién es este tigre? Algunos dirán que solo los científicos pueden proporcionar una respuesta válida, el único retrato verdadero. Pero hay preguntas que la ciencia aún no ha llegado a responder del todo: ¿quién es Dios? Moisés se lo preguntó a la zarza ardiente y el mismo Dios le respondió. Según los textos antiguos, la respuesta de Yavé fue: «Yo soy el que soy». Pero los estudios más recientes traducen la réplica como: «Yo soy lo que hago», una nueva respuesta que ofrece una vía de exploración distinta de la todavía desconocida divinidad. Y, también, de nuestro desconocido amigo, el tigre.

¿Qué hace el tigre? Los investigadores de Chitwan podrían dar una respuesta parcial: el tigre duerme a la sombra y caza por la noche, es dueño de un territorio, se aparea, engendra crías; la tigresa, como madre amorosa que es, enseña a las crías a cazar y a esconderse, a distinguir a los demás tigres

por el olor y a memorizar los horarios de la jungla. Pero esa no es la respuesta completa.

¿Qué hace el tigre? En los Sundarbans, la gente dice que da vida a las leyendas y a las oraciones. Que obra magia. Que se materializa a partir de la nada, vuela por el aire y aterriza sobre las barcas como si fuera una pluma. Que desaparece en el agua. «El mar es el vientre del universo hindú —escribe Wendy Doniger, historiadora de las religiones— y el regreso al vientre supone la muerte». Sin embargo, en la mitología hindú el agua también es la morada de Visnú, el dios supremo. El agua simboliza el cambio fluido, el poder y la energía. De ahí que el tigre anfibio de los Sundarbans nade por la superficie del poder divino, por la piel de la vida y de la muerte. En él se aúnan belleza y crueldad; es venerado pero no querido, temido pero no odiado. En los Sundarbans, el tigre es un animal mágico.

Yo había puesto rumbo a esa zona para conocer mejor la naturaleza de aquel tigre mágico y, en vez de eso, me encontraba allí discutiendo sobre huevos duros.

En otra etapa anterior del viaje ya me había quedado claro que reunir información en bengalí no era tarea fácil.

Estábamos recorriendo la parte bangladesí de los Sundarbans con una amiga de Dianne, Hasna Moudud. Hasna era miembro del Parlamento de Bangladés, esposa del anterior vicepresidente e hija del famoso poeta bengalí Jasimuddin. Es una mujer guapa y elegante que posee la habilidad de envolver con su voz aguda y delicada las palabras de una conversación con la misma gracia con la que se ciñe el sari a su cuerpo voluptuoso. Dianne, que trabaja en la Liga Internacional para la Protección de los Primates, la había conocido en la Cumbre de la Tierra de Río de 1992, en la que Hasna fue condecorada como una de las «500 globales» que habían contribuido de manera decisiva a la preservación del medioambiente. Cuando Dianne le habló de mi proyecto, Hasna tuvo la amabilidad de invitarnos a las dos a visitarla y a conocer la parte de los Sundarbans que discurre por su país.

Como no disponíamos de mucho tiempo y Hasna tenía otros compromisos, solo pude hacerle una entrevista formal en los propios Sundarbans. Los habitantes del pueblo pesquero de Alorchole, en la isla de Dubla Char, nos contaron que un tigre se había llevado y se había comido a un hombre justo el año anterior, y que, dos años antes, otro había sido atacado pero había sobrevivido. Solicité hablar con él. Era un hombre joven y guapo,

con bigote, de unos treinta y tantos, que se nos presentó y dijo llamarse Nironjan.

Una enorme cicatriz le recorría el hombro derecho y el brazo le colgaba flácido. Había cruzado sus delgadas piernas dentro del *lungi* como si fueran las alas de un murciélago y permanecía sentado con orgullo al sol, rodeado por más de una centena de aldeanos. Habló conmigo a través de Hasna y de nuestro guía local de la Cámara de Comercio, Sharfuzzaman Topy.

—Por favor, cuéntenos lo de ese día que el tigre le atacó —le pedí.

Siguió una retahila de palabras en bengalí.

—Estaba buscando el cadáver de un hombre al que el tigre se había llevado para que pudiera ser debidamente incinerado —empezó a decir Sharfuzzaman.

Otra retahila en bengalí.

—Ese día viajaba en compañía de otro hombre —tradujo Hasna.

Más bengalí.

—Dos guardas forestales armados iban con él —tradujo Sharfuzzaman—. El tigre atacó a su amigo y luego fue a por él de frente, le tiró del pelo y le mordió en la cabeza.

Bengalí.

—Después se le abalanzó por detrás y le desgarró el brazo —dijo Hasna.

La entrevista prosiguió de aquella manera durante unos veinte minutos.

Aunque intenté confirmar los detalles de la historia, a ninguno de ellos —ni a Nironjan, ni a Sharfuzzaman ni a Hasna— parecían preocuparles en lo más mínimo las incongruencias del relato. De hecho, aquella insistencia les aburría o les molestaba. A medida que la entrevista avanzaba, las respuestas que Hasna y Sharfuzzaman traducían se alejaban cada vez más del foco de mis preguntas. Hasna, cuyo inglés era mucho mejor que el de Sharfuzzaman, estaba distraída respondiendo a las cuestiones de los otros aldeanos, que se mostraban ansiosos por hablar con una celebridad. Al final me vi obligada a concluir la entrevista como habría hecho cualquier buen periodista:

—¿Cómo se escribe su nombre?

Sharfuzzaman ni siquiera se molestó en trasladarle mi pregunta. Era obvio que, si el nombre de Nironjan estaba registrado en algún sitio, por supuesto no estaba escrito con los caracteres del alfabeto que yo conocía, sino con los delicados trazos de la caligrafía bengalí. Pero lo cierto es que la mayoría de la gente de aquí no sabe escribir. Firman con su huella dactilar. ¿Cómo debía escribir su nombre?

—Como quiera —me contestó Sharfuzzaman.

Al parecer, los bengalíes no otorgan la misma importancia que los occidentales a la información fáctica. A ellos les encanta hablar; son unos excelentes narradores. La poesía bengalí —la de Rabindranath Tagore o la de Jasimuddin— se cuenta entre las más conmovedoras y líricas del mundo. Pero el intercambio de hechos, la investigación periodística o científica, no se halla en el centro de su discurso. «Siempre interpreto lo que me cuentan como hechos», me dijo la primera secretaria para el desarrollo de la Alta Comisión de Canadá en Bangladés, Sara Camblin Breault. Según me explicó, no es que la gente tuviera intención de mentirle, sino que los bengalíes no conceden demasiada importancia a los hechos en sí.

Las frases en ese idioma aportan menos información que las inglesas, pero quizá más significado. Una vez le pedí a un bengalí de Chittagong, un contable empleado en una compañía naviera, que me hablara acerca del catastrófico ciclón que se había producido el 29 de abril de 1991. Como me comentó que se había educado en Texas, esperaba que hiciera mención a la velocidad del viento y a la temperatura del aire, pero, en lugar de eso, dijo: «Era como si el viento albergara fuego en su interior».

Por lo general, los bengalíes no usan su idioma como una mera envoltura para los hechos intercambiados, sino como un vehículo para la metáfora, el milagro y la magia. En ningún lugar era aquello más evidente que en la Mezquita de los Sesenta Pilares.

La mezquita se encuentra a las afueras de la ciudad de Bagerhat, el «Mercado del Tigre», que se considera la entrada a los Sundarbans bangladesíes y que está situada a tres horas en coche desde la capital, Daca. Es uno de los monumentos más célebres del país. Sus gruesas jorobas de terracota aparecen en los billetes de veinte *tdkas*, en los sellos, en las postales y en los carteles de promoción turística. Aunque se construyó hace siglos, sigue afirmándose que es imposible contar el número de *sus* pilares.

Hasna leyó y tradujo el letrero que había delante de ella: «La Mezquita de los Sesenta Pilares —dijo con su voz aguda y musical— en realidad tiene sesenta y nueve pilares… No -se corrigió a sí misma conforme continuó leyendo—, setenta y cuatro… De hecho, si se cuentan los exteriores, *son ochenta* y uno… Aquí dice que es imposible contarlos todos».

Siguió leyendo: «Mirad, aquí pone que está construida con piedra maciza». En realidad, los muros exteriores son de terracota, pero unos enormes pilares de piedra soportan las cúpulas internas. Como se trata de un país que lo construye todo a partir de la tierra —se dice que en Bangladés no hay piedras, solo barro—, se cree que estos pilares son milagrosos.

Conocimos al muecín, la persona encargada de llamar a la oración, y nos explicó que la piedra con la que se construyeron dichos pilares llegó flotando por el río hace mil quinientos años.

¿Piedras flotantes? «Así que la mezquita está más allá de nuestra percepción —*nos* explicó—. Las piedras son un milagro».

La gente de los Sundarbans ha presenciado muchos milagros. Cerca de la Mezquita de los Sesenta Pilares se encuentra la majestuosa tumba de terracota del santo musulmán Rahmatullah Elahi, responsable de la propagación del islam en Bengala. Entre sus muchos milagros, se dice que podía convertir a esos traviesos espíritus malignos llamados *yinns* en cocodrilos que después obedecían sus órdenes. Se cree que tales cocodrilos, que ahora tendrían más de quinientos años, siguen viviendo en la enorme charca que hay cerca de la tumba de su amo. Hoy en día, los fieles acuden a ofrecerles pollos vivos, y ellos emergen, repentinos y monstruosos, del agua parduzca para atrapar dichas ofrendas con sus bocas dentadas y sin lengua. Existe la arraigada creencia de que los cocodrilos proporcionan hijos a quienes no los tienen.

Los santos musulmanes no son los únicos que obran los milagros con los que se teje el pasado de los Sundarbans. En la hoy destruida ciudad de Ishwaripur, junto al río Jamuna, la vengativa diosa negra Kali gobernaba y predecía el futuro. Materializada como una luz brillante que emergía del mar, se le apareció a un cacique bengalí del siglo XVI, Pratapaditya, que rezó y ayunó durante tres días hasta que la diosa accedió a morar en su ciudad. Le construyó un gran templo y la ciudad la honró con su nombre: Ishwaripur significa «Ciudad de la Diosa».

La gente prosperó bajo su protección. Hasta que, un día, Kali se presentó ante él disfrazada de su propia hija y le dio un mensaje. El cacique se negó a escucharla y la despachó, enfadado por su impúdica aparición en público. Al día siguiente, la imagen en piedra de la diosa, que solía mirar al sur, como hacen todas las imágenes para que los dioses disfruten de la suave brisa sureña, miraba al este. El jefe continuó haciendo caso omiso y, poco después, los musulmanes invadieron la ciudad por el este, justo como Kali había predicho. Derrocaron a Pratapaditya y convirtieron el templo en una mezquita.

Las religiones de los conquistadores barrieron Bengala como las olas de una marea. A ambos lados de los Sundarbans, hindúes y musulmanes comparten los santuarios y rezan juntos para que los dioses los protejan de los

tigres, los cocodrilos, los tiburones y los ciclones. Para esta gente, anclada en una tradición mística de creencias animistas, nutrida por una tierra estéril y hostil, los milagros son tan reales, y tan necesarios, como la lluvia.

Pues, aquí, mar y tierra se entrelazan con perfidia: la propia agua parece ocultarse y conspirar. Muchos de los principales canales tienen corrientes dobles. «Incluso para los nadadores experimentados, esta corriente traicionera es de lo más peligrosa —observaba John Rudd Rainey, un explorador del siglo XIX—, pues a aquel que se cae de repente en tales aguas la corriente subterránea lo arrastra en una dirección, mientras la superior fluye en la contraria e impide que suba a la superficie; así, no tarda en asfixiarse o ahogarse, y su cuerpo a veces nunca se encuentra». Hay un punto en la costa del golfo de Bengala llamado «la Franja sin Suelo», donde la profundidad aumenta de súbito de veinte metros a casi quinientos. Se dice que allí el mar no tiene fondo.

Durante siglos, los piratas han buscado refugio en los innumerables canales de los Sundarbans. En *Viaje al Gran Mogol, Indostán y Cachemira*, François Bernier escribió que, a finales del siglo XVII, «atacaban por sorpresa y saqueaban ciudades enteras, asambleas, mercados, fiestas y casamientos de los gentiles y otros paisanos, esclavizaban a mujeres de todas las edades con una crueldad extrema y quemaban todo aquello con lo que no podían arramblar». Un artículo del *East India Chronicle* describe cómo los piratas secuestraron a mil ochocientos hombres, mujeres y niños del sur de Bengala en 1717. Según el periódico, la mayoría de ellos fueron llevados a Burma y vendidos como esclavos por veinte rupias cada uno: menos de un dólar de hoy en día.

Los piratas, conocidos como *dacoits*, siguen surcando las aguas de los Sundarbans. Sus barcos parecen anodinos, pero están equipados con potentes motores para acosar a sus víctimas y dejar atrás a la policía. Un bonito día, cuando navegábamos en el espacioso barco turístico que Hasna nos había procurado, una embarcación con una vela roja apareció a toda velocidad por el pequeño canal y se dirigió hacia nosotros. Los guardas forestales que nos acompañaban salieron a cubierta con sus rifles rusos y el pequeño navío no tardó en dar media vuelta y adentrarse de nuevo en el canal.

Por lo visto, ese tipo de encuentros es bastante frecuente. En el libro de visitas de a bordo, un grupo de cinco personas que había viajado en el barco varios meses antes dejó el siguiente comentario: «Sugeriríamos… que los guardas armados se aseguraran de que todos los pasajeros se encuentran *detrás* de la línea de fuego antes de disparar a algún *dacoit* sospechoso (ahora

uno de nosotros sufre de sordera transitoria)». Aun así, el grupo dejó constancia de que consideraba el crucero «una experiencia muy relajante». Pese al ataque pirata y los disparos ensordecedores, se habían dejado subyugar por el hechizo hipnótico de los Sundarbans y se sentían absolutamente cautivados, arrullados por el mantra de sus mareas.

Como los Sundarbans es una zona fronteriza entre dos países, los extranjeros deben obtener un permiso para poder entrar. Hasna se había ocupado de ayudarnos con ello en Bangladés. En el caso de la India, tuvimos que encargarnos nosotras mismas.

Durante meses, mantuve correspondencia con oficiales que me aseguraron que podíamos negociar nuestros permisos por adelantado. Me tiré varios meses más enviando fotocopias de nuestros pasaportes y visados a varias agencias indias, así como sobres con franqueo pagado que esperaba recibir de vuelta con nuestros permisos. Pero fue en vano: tendríamos que solicitarlos en persona.

Ya nos lo habían advertido. «Los británicos inventaron el papeleo —me dijo mi amiga jenriy Das, una británica casada con un bengalí—, pero los indios lo elevan a su máxima potencia». Una de las razones por las que el Instituto Smithsoniano eligió el Parque Nacional de Chitwan en Nepal como centro de sus investigaciones sobre el tigre, en lugar de la opción más lógica de desarrollar el trabajo de George Schaller en Kanha, fue evitar los infames trámites burocráticos indios.

Llegamos en taxi al inmenso complejo Victoriano amarillo de Calcuta conocido como el Edificio de los Escritores, donde se emiten muchos tipos de permisos. Cuando intentamos franquear la primera puerta que encontramos, nos enviaron a la Puerta Uno. En la Puerta Uno, que en realidad era una arcada, hicimos cola para firmar en un libro de visitas. Después, volvimos a hacer cola para rellenar un papel de cinco centímetros de alto por dos de ancho con nuestros nombres y direcciones, la oficina a la que queríamos ir y el motivo. Por último, hicimos una tercera cola para entregar el papel en una ventanilla. El hombre lo examinó, lo firmó y nos lo devolvió. Una vez en la puerta, se lo tendimos al guardia. Solo entonces nos dejaron acceder al edificio.

Nos dijeron que el Departamento Forestal se encontraba en la segunda planta. Evitamos la enorme cola que había para el ascensor (que al final resultó estar fuera de servicio) y buscamos las escaleras. Conforme subíamos,

nos topamos con montañas de papel arrugado y cáscaras de naranja, y con tramos asquerosos llenos de orín y nueces de betel. En el segundo piso, justo donde nos habían dicho, nos encontramos con el Departamento Financiero. ¿Dónde estaba el Departamento Forestal? Nos indicaron que atravesáramos un laberinto de cubículos provistos de puertas batientes y, a continuación, unas estancias más grandes donde había varias docenas de personas vestidas con trajes o saris que leían el periódico o estaban sentadas a sus mesas junto a una pila enorme de carpetas que olían a hojas podridas. Pasamos las oficinas de innumerables Senguptas, Chatterjees, Muhkerjees y Banerjees. Pasamos lavabos rebosantes de agua. Pasamos una puerta cerrada que rezaba cuarto secreto. Subimos más escaleras. En uno de los pisos nos cruzamos con un *sadu* vestido de blanco, un hombre santo con el pelo apelmazado y el tridente de Shiva pintado en la cara. No teníamos ni idea de qué podía estar haciendo allí.

Al final llegamos a la última planta, donde nos remitieron a una mujer delgada enfundada en un sari azul y con cicatrices en las comisuras de la boca que nos entregó un formulario para que lo rellenásemos. Cuando lo hicimos, copió la información en otro. Conté veinte segundos mientras dibujaba la letra O con su boli. Cuando acabó la tarea, se llevó los papeles y regresó a su mesa. Nos sentamos a esperar.

A nuestro alrededor había un flujo constante de entre diez y veinticinco personas. Todos ellos funcionarios del Estado. Éramos las únicas que esperaban para obtener un permiso.

Transcurrió una hora. Escudriñamos la habitación. Me fijé en que en una de las mesas había un archivador con fecha de 1988, y una telaraña que iba desde el borde hasta el techo. La propia telaraña estaba cubierta de polvo. Otro archivador, en el que se leía CONCESIONES DE MADERA CONTRACHAPADA PARA MADERAS CALCUTA, Contenía un jersey azul marino.

Transcurrió otra hora. Algunos de los trabajadores se hallaban parapetados detrás de carpetas de cartón llenas de correspondencia doblada y amarillenta, examinando su contenido. Unos charlaban plácidamente en bengalí con sus compañeros. Otros se recostaban en sus sillas y leían el *Statesman* del día desplegado.

Comenzó la tercera hora de espera. No había ni un ventilador que agitara un poco el aire. La gente apenas se movía. Faltaban la mitad de las bombillas fluorescentes, o bien estaban fundidas. Las demás titilaban, como cuando se nos crispa la vista antes de un ataque de migraña.

Más de tres horas después de que hubiéramos rellenado las solicitudes, por fin nos entregaron los permisos.

Al día siguiente teníamos que presentárselos a P. Sengupta, el director de la Reserva del Tigre de los Sundarbans, en su oficina de Canning, a varias horas en coche de Calcuta en dirección sur.

Me había carteado durante meses con el anterior director, Kalyan Chakrabarti, cuyos artículos sobre los Sundarbans y sus tigres superaban en número a los de cualquier otro autor. Se había ofrecido a hacernos de guía por la zona. Nos procuraría un barco del Gobierno y una lancha motora para transportarnos y sería nuestro intérprete. Por desgracia, el día que llegamos a la India, nos comunicó que acababan de ascenderlo y que no podía ausentarse del trabajo para acompañarnos. Sin embargo, había hablado con la oficina de los Sundarbans y podíamos contar con todo lo que nos había prometido: el barco del Gobierno, la lancha motora y un intérprete. El barco zarparía de Canning a las diez.

Llegamos a la oficina del director, una habitación situada en la segunda planta de un edificio de hormigón amarillo oscuro, a las nueve. No había nadie.

Sengupta llegó a las diez y media. Se trataba de un hombre delgado, con bigote fino, vestido con un traje de chaqueta azul, que nos saludó y examinó nuestros permisos, y que no parecía haber oído hablar de nosotras en la vida. Nos dio un poco de conversación con su inglés macarrónico. Después tocó una campanilla, le indicó a su ordenanza que nos preparara el té y, mientras Dianne y yo aguardábamos sentadas frente a su mesa, abrió el *Statesman* y, escudado en él, se puso a leer.

Esperamos allí sentadas una media hora sin saber qué hacer, hasta que Rathin Banerjee irrumpió dramáticamente en la oficina. El ayudante del director de la reserva de tigres era un hombre compacto y fornido de cuarenta y pocos años, con una dentadura deslumbrante coronada por un bigote negro bien recortado. Chascaba los dedos a sus subordinados y daba órdenes en bengalí. Iba vestido con ropa de campo: chaleco de camuflaje, camiseta y pantalones verdes. Su gorra beis de antelina le tapaba tanto los ojos que tenía que alzar la barbilla para ver, lo cual le confería un aspecto desafiante.

Uno de los ordenanzas anunció que podíamos pasar a su oficina. Rathin escuchó con atención, alerta como una mangosta, mientras le explicaba lo que estábamos haciendo allí. Nos dijo que nos llevaría a los Sundarbans en ferri. De todas formas, tenía que coger el barco del Gobierno, un navío de cuarenta y dos metros de eslora llamado *Monorama*, para patrullar. Durante el

trayecto, podía contarnos algo acerca de la zona y de su gente. Además, estaba encantado de practicar su inglés, dado que solo lo usaba para pelearse con su mujer. «Alguien te llama “rata sucia” en *bangla* y parece que te está diciendo algo precioso, pero en inglés es mucho mejor», me dijo.

A medida que nos alejábamos de Canning, Rathin nos iba contando mil y una maravillas: por ejemplo, cómo los grupos de mielgas rodeaban los bancos de peces más pequeños y luego los atacaban para darse un festín. En una ocasión los había visto cazar de aquella manera durante diez minutos. De vez en cuando, veía a alguno de aquellos tiburones salir del agua con un pez en la boca, como si saltara de alegría.

¿Tigres? Por supuesto que había visto tigres. Hacía poco que había investigado la muerte de un guarda forestal al que un tigre había matado cuando tenía el dedo en el gatillo de su rifle. Dijo que imaginaba cómo había debido de sentirse el tipo. «Es como si te diera una descarga de cuatrocientos cincuenta voltios. ¡No puedes despegar los ojos de la criatura! Se te seca la boca. Hay que tener mucha sangre fría para apretar el gatillo».

Por suerte, él nunca había tenido que dispararle a un tigre. Y, al contrario de lo que ocurría en otras zonas de la India, en las que se mataba a los tigres por su piel o sus huesos, en los Sundarbans no abundaban los cazadores furtivos. La jungla es demasiado densa, y los tigres, demasiado peligrosos. Pero los *dacoits*… eran otro cantar. El Departamento Forestal tenía que vérselas a menudo con contrabandistas y piratas que introducían madera ilegal desde Bangladés. Dijo que los piratas eran tan desaprensivos que se atrevían a disparar contra los barcos del Gobierno y que había tenido que intercambiar ráfagas con ellos: el fuego de metralla destellaba rojo y verde en mitad de la noche.

Entramos en los Sundarbans cuando ya había oscurecido y todo estaba sumido en las sombras.

Aquella noche nos dirigimos al sur por el río Matla, que ya no era un río propiamente dicho, desde que la presa de Farakka desviara el flujo del Ganges, sino una depresión que se llenaba y se vaciaba diariamente con las mareas. Por la mañana continuamos hacia el sur hasta la isla de arena de Chaimar, en la punta de la zona central entre el río Mayadwip y el golfo de Bengala.

El *Monorama* echó el ancla y embarcamos en la pequeña motora que estaba anudada a su popa para poder acercarnos más a la orilla sin muelle de la isla. Al cabo de pocos minutos, nuestros pies descalzos se hundieron en el suave fango marrón grisáceo. Rathin nos advirtió que tuviéramos cuidado con las espinas de *hental*. Solo hay una manera de extirparlas, nos explicó: coger una llave maestra hueca e hincarla en la herida para sacar la punta de la espina y luego extraerla con unas pinzas. Lo había averiguado una vez que se aguijoneó las suelas de los zapatos mientras recogía huevos para un proyecto de cría de cocodrilos. «¡Pero vaya si duele!», exclamó, haciendo una mueca.

No tardamos en pisar un suelo más arenoso. Una tromba de cangrejos violinista de color naranja chillón se escabulló de costado, extrañamente al unísono, dando tirones como los del coche teledirigido de un niño. Rathin nos dijo que siempre había un cabecilla que era el que decidía cuándo el grupo estaba en peligro y lo conducía al agua, donde se enterraban en la arena en el acto.

La marea estaba baja. A unos cien metros de la orilla crecía un pequeño parche de hierba *saccharum*, una mancha verde en el paisaje baldío entre los manglares y el mar. La playa estaba surcada por huellas de chital. Y, entre los mangles y la hierba, Rathin señaló las de una tigresa.

Había caminado de manera ociosa, despacio; sus patas traseras se habían detenido a poca distancia de las huellas dejadas por las delanteras. Luego, según nos mostró Rathin, se había tumbado detrás de la hierba para acechar a un ciervo. A continuación recorrimos los márgenes de la jungla y vimos que sus huellas se mezclaban con las de su cría. Rathin nos dijo que dos días antes había leído otra historia en la arena con las mismas protagonistas: ambas habían jugueteado con un varano, lo habían matado y se lo habían comido.

Aquella tarde, tras comprobar de manera rutinaria los permisos de pesca de los barcos que pasaban, Rathin nos hizo de intérprete cuando entrevisté a dos pescadores acerca de sus creencias con respecto a los tigres.

—¿Los tigres tienen poderes sobrenaturales? —les pregunté.

—El cuerpo de la víctima de un tigre se reduce a la mitad en la boca del animal —tradujo Rathin—. Pero… —dijo en un aparte— existe una explicación biológica para eso. Como el tigre agarra a su presa por el cuello y la sujeta por el axis… al comprimir el sistema nervioso, el cuerpo se dobla y adopta la forma de una gamba. Se retuerce hasta parecer una coma y se vuelve más pequeño, y, por tanto, su silueta también. Cuando el tigre lo levanta, resulta que solo los dedos de los pies, solo el más grande de ellos… —Y aquí Rathin hizo una pausa, topándose con el primer escollo en su inglés

desde que nos conocíamos—. Este —indicó, señalándose el dedo gordo—, ¿se dice «dedo»?

—Sí.

—¿Todos se llaman dedos?

—Los cinco lo son.

—¿Y cómo se llama el más grande?

—El dedo gordo.

Sopesó la información durante unos instantes, como si albergara algo valioso que debía almacenar en su cerebro. Más tarde me enteré de que, en bengalí, cada dedo del pie tiene un nombre distinto, igual que los de la mano. Estaba realmente sorprendido de que en inglés no fuera así.

—*Acha* —continuó, el equivalente bengalí de «okey»—. Dedo gordo. Solo el dedo gordo toca el suelo, así que al tigre no le cuesta nada llevarse a la víctima. Y el cuerpo se queda más pequeño.

El pescador añadió que los tigres eran capaces de volar por el aire, para lo cual nuestro intérprete también nos ofreció una explicación biológica.

—Los tigres son capaces de saltar hasta *seis metros* cargando con una presa humana, por lo que saltar seis metros con una presa humana se identifica con volar —repuso.

Entonces, ¿cómo podía protegerse una persona de un ser semejante?, quise saber.

—La principal forma de protección —explicó Rathin— es invocar a la diosa de la jungla, Bonobibi.

Según dijo, la honraban con ofrendas. Antes de bajar de la barca, antes de que sus pies tocasen el fango sagrado del bosque, disponían dulces en una hoja alargada y la echaban a flotar al agua.

—¿Y usted le reza a Bonobibi? —pregunté a través de Rathin.

—Ellos no rezan plegarias, pero las personas que conocen las plegarias, los chamanes locales, sí que lo hacen —interpretó Rathin—. Pero como *los* tigres se han llevado a muchos de estos chamanes, dicen que quedan muy pocos hoy en día.

Cuando la entrevista terminó, Rathin me dio un empujón cito para que nos fuéramos.

—¡Qué gente tan primitiva! —exclamó entre risas—. ¡De verdad se creen esas pamplinas!

Él había recibido una educación cristiana, pero no era un hombre muy religioso. Más tarde, sin embargo, se ofreció a leernos la mano. Por las líneas de la de Dianne, acertó que la vida de mi amiga se había visto recientemente

amenazada por una grave enfermedad (había pasado el último año recuperándose de un problema de malnutrición y de varias dolencias que había contraído trabajando con los orangutanes en Borneo). En mi caso, vio que había estado muy enferma de niña (tuve mononucleosis antes de cumplir los dos años) y que siempre había sido una alumna aplicada. También nos dijo que su propia palma le había predicho que nunca perdería un juicio; la única vez que había tenido que enfrentarse a uno lo había ganado. «¿Coincidís conmigo en que la quiromancia es una ciencia?», nos preguntó.

A la noche siguiente nos dejó en el albergue turístico de Sajnekhali, un complejo de hormigón y madera que constaba de treinta habitaciones dobles diminutas. Prometió volver para ayudarnos más avanzada la semana.

Sin embargo, le fue imposible. De repente lo enviaron a Dehra Duna a hacer un curso de formación en el Instituto de la Vida Salvaje de la India. El día siguiente a su partida, los fundamentalistas hindúes destruyeron una mezquita en Ayodhia, que, supuestamente, estaba situada en el legítimo emplazamiento de un templo hindú, y todo el subcontinente indio estalló en una oleada de violencia. Por el transistor de Dianne, oíamos cada noche el balance de muertos de la BBC: en Uttar Pradesh, el estado en el que habían quemado la mezquita, habían muerto trescientas sesenta y dos personas en revueltas callejeras; en uno de los estados orientales, una muchedumbre iracunda había sacado de un tren a doscientas personas y las había matado a cuchilladas. Al sexto día de asedio, había mil cien indios muertos y cinco mil heridos. Las protestas se propagaron por Bangladés y Pakistán, que cerraron sus fronteras. En las ciudades indias, se arrestaba a los grupos de viajeros de más de cuatro personas. Las principales ciudades fueron acordonadas por los militares para que nadie pudiera entrar ni salir.

No temíamos que aquella oleada de violencia llegara a los Sundarbans, donde hindúes y musulmanes oraban codo con codo. Pero, aunque Kalyan Chakrabarti hubiera desatendido sus nuevas obligaciones, no podía dejar Calcuta. Ni Rathin Dehra Dun. Y nosotras tampoco podíamos volver allí para contratar a un intérprete ni esperábamos que los barcos turísticos trajeran a algún bengalí angloparlante.

De modo que lo que fuera a aprender de los Sundarbans tendría que proceder de la observación muda y de Girindra, un hombre que no hablaba mi lengua y cuyo idioma yo no comprendía.

4
EL TIGRE ESTÁ AL ACECHO

Antes de que Dianne y yo nos marchásemos de Calcuta, tratamos de localizar a expertos locales en vida salvaje que estuvieran familiarizados con los Sundarbans, con la esperanza de que nos explicaran a qué nos enfrentábamos.

Nadie se atrevía a predecir lo que nos ocurriría allí, y se limitaban a ofrecernos sus propias experiencias, a partir de las cuales empezamos a ensamblar una imagen parcial y preliminar, un mosaico compuesto de ciencia, misterio, fantasía y contradicciones al que le faltaban muchas piezas.

Viajamos a la Reserva del Tigre de Buxa, en el norte de Bengala Occidental, para hablar con Pranabesh Sanyal, exdirector de la Reserva de los Sundarbans; fuimos al Parque Nacional de Kanha, donde George Schaller había trabajado; charlamos con Kalyan Chakrabarti en el club Tollygunge, donde nos hospedamos en Calcuta. Había elegido quedarme en el Tolly porque Anne Wright, experta en tigres y miembro del Grupo de Especialistas en Felinos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, la UICN, vivía allí. (Su marido, Bob, ferviente conservacionista como ella, dirigía el club). Anne nos presentó generosamente a otros expertos en tigres.

Uno de ellos era Bonani Kakkar. Bonani no es la típica india de mediana edad: en lugar del sari tradicional, viste pantalones y camisas occidentales; no se decora la frente con el *bindi* que la mayoría de las mujeres indias se coloca un poco por encima de las cejas; y lleva el pelo negro y ondulado muy corto, en lugar de recogido en un moño en la nuca. Tanto sola como con su marido, alto y de ojos verdes, ha viajado por toda la India, y también por África, Europa y América, debido a su trabajo para el Fondo Mundial para la Naturaleza, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Banco Mundial.

Bonani conoce a los tigres de primera mano. Pocas cosas la asustan. Es una mujer dura cuya aura severa solo desaparece cuando da rienda suelta a sus risas en cascada. La conocimos en Kanha y luego ella vino a visitarnos al Tolly. Allí nos contó la historia de cómo un tigre al que nunca llegó a ver cambió para siempre su concepción de los Sundarbans.

Bonani nos explicó que no estaba estudiando a los tigres cuando fue a los Sundarbans en febrero de 1986. Como asesora vinculada a varias instituciones relacionadas con la vida salvaje, buscaba el rastro de una tortuga de río poco común, la *Batagur baska*. El galápago de nariz puntiaguda, frecuente en otros tiempos, se creía extinto en la mayor parte del subcontinente indio, pero se rumoreaba que algunos ejemplares podrían haber sobrevivido pasando desapercibidos en los Sundarbans. Pensó que tal vez la tortuga batagur compartiera las mismas playas de anidación que la olivácea, que llega desde el golfo de Bengala cada invierno para desovar en hoyos que cava por encima de la línea de la pleamar. Junto con un pequeño equipo de investigadores, planeaba buscar rastros, nidos y fragmentos de huevos en la isla de Mechua.

La noche antes de que la expedición partiera, Bonani recibió una llamada de Pranabesh Sanyal, que por aquel entonces era el director de la reserva. Recuerda sus palabras exactas:

—Señora Kakkar, solo quería advertirle que tenga cuidado cuando vaya a esa isla, porque olvidé decirle que el tigre que vive allí es un devorador de hombres agresivo.

—¿A qué se refiere con «devorador de hombres agresivo»? —le soltó, pensando que bromeaba—. ¡Creía que todos los devoradores de hombres eran agresivos!

Pero Pranabesh hablaba en serio.

—No, hay devoradores de hombres y devoradores de hombres —le respondió—. Este es muy agresivo. Y sabemos que se encuentra en esa zona.

La isla de Mechua está situada en la fachada marítima oriental de los Sundarbans, entre un bloque de islas que recibe el nombre colectivo de Baghmara, que significa «muerto por un tigre».

Bonani no se asusta con facilidad, así que las palabras del director no la disuadieron. Además, era demasiado tarde para cancelar el viaje.

Según nos contó, aquel no era su primer viaje a la zona. En 1983, Pranabesh la había invitado a presenciar los resultados de un nuevo experimento de campo.

Le había encargado a un alfarero local, que normalmente se dedicaba a hacer ídolos para los festivales hindúes, que creara varias figuras de aldeanos a tamaño natural ocupados en sus tareas cotidianas en el bosque: un leñador, un pescador y un recolector de miel. Estaban colocados en poses realistas: el leñador blandiendo un hacha, el pescador sentado en un bote, el recolector de miel con una cesta debajo de un árbol. Iban vestidos con prendas usadas que olían a piel y a sudor humanos. Y sus expresiones eran desgarradoramente humanas: ojos ribeteados de negro desorbitados por el terror, labios rojos fruncidos; en definitiva, caras en las que se reflejaba la fascinación del miedo.

Pranabesh les había colocado alambre galvanizado alrededor del cuello. Cada figura estaba conectada a una batería de coche escondida a unos metros de distancia bajo un arbusto. Como parte de una iniciativa para impedir que los tigres atacaran a la gente, el director de la reserva estaba reinventando las teorías de Pavlov al enseñar a los tigres a asociar el ataque a una persona con una dolorosa descarga eléctrica. Pero primero tenía que ver si los tigres atacaban a las figuras.

Colocó varias de ellas en el bosque y un día, cuando estaba en su casa de Calcuta, llegó a sus oídos que una de las figuras, un pescador, había sido atacada.

Bonani, junto con dos guardas forestales, lo acompañó para ver los resultados. Encontraron al muñeco de arcilla bocabajo en el barro. El tigre lo había despedazado como si se tratara de carne. Tenía marcas de zarpazos desde el hombro hasta la cintura y un brazo desgarrado. Unas huellas recientes indicaban que el ataque se había producido a primera hora de aquella misma mañana.

El experimento, al menos aquella fase, había sido un éxito. Ambos estaban emocionados, me aseguró Bonani, pero entonces se fijaron en otra cosa. Las huellas se alejaban de la figura y se dirigían al arroyo. «Dos o tres de nosotros las seguimos de acá para allá —nos contó—. Y entonces, de repente (era un arroyo muy estrecho y la otra orilla estaba llena de huellas frescas), nos dimos cuenta de que el tigre podría haber estado acechando entre la maleza».

Pranabesh es un hombre ágil de cuarenta y pocos años, que rebosa una extraordinaria confianza y una alegría de buda; Bonani lo considera un auténtico aventurero. Pero en esa ocasión le dijo: «Volvamos».

«¿Lo ves? No se puede ir a pie por los Sundarbans sin que te sientas en peligro a cada instante», zanjó Bonani.

Las figuras humanas fueron la última de una serie de iniciativas que se pusieron en marcha para reducir lo que el Departamento Forestal denomina de manera eufemística el «conflicto hombre-animal». Estas medidas, que incluyen un suplemento en el seguro que se paga a las familias de las víctimas de los tigres, representan la mayor y única partida en el modesto presupuesto anual de la reserva.

Estas iniciativas reflejan las diferentes ideas que los directores que han pasado por el departamento tenían sobre por qué los tigres matan a personas y se las comen. En anteriores programas, el Departamento Forestal crio cerdos salvajes y los liberó en la zona intermedia de la reserva para proporcionarles más presas, como quien coloca ofrendas en un altar. Cavó estanques de agua dulce en la zona central con la esperanza de tentar a los tigres a que se quedaran allí, donde se suponía que no había gente. Miembros del personal dicen que los tigres se abastecen de esos estanques, pero que también beben agua salada.

Se pusieron en marcha otras iniciativas para tratar de proteger a los trabajadores del bosque. Algunas eran del todo estrafalarias. En 1981 se fabricó un casco experimental para guardas con fibra de vidrio a prueba de balas que cubría la cabeza y el cuello, y que se suponía que debían llevar con unas temperaturas que alcanzaban los treinta y ocho grados; otro modelo, igualmente aparatoso e incómodo, incluía largos pinchos que salían de la nuca. Por supuesto, nadie se lo puso jamás.

En 1986 se intentó una nueva estrategia, una especie de engaño elegante. Arum Ram, miembro de un club científico de Calcuta, se dio cuenta de que los tigres casi nunca atacaban de frente; siempre saltaban desde atrás y mordían el cogote de la víctima. Su idea consistía en que la gente llevara máscaras de plástico en la nuca. Eran baratas, ligeras y funcionaban.

Durante el primer año se utilizaron mucho y ninguno de los dos mil quinientos aldeanos que las llevaron sufrió un ataque. Algunos hombres informaron de que los tigres los seguían, a veces durante horas. La persona en cuestión soba oír el rugido del animal, como si estuviera frustrado por que el hombre-Jano lo hubiera engañado en cierto modo, aunque parecía incapaz de perpetrar una transgresión semejante.

La poca predisposición de los tigres a atacar a los humanos de frente está muy arraigada en el acervo popular de los Sundarbans. Los musulmanes lo explican de este modo: Alá escribió en la frente de cada hombre que él es el rey de todos los animales; esto irrita tanto al tigre que no soporta verlo. Los tigres se adhieren con tanta firmeza a este código de etiqueta que se sabe que han abandonado a una presa humana si, al arrastrar el cuerpo, este se queda enganchado en raíces o troncos de tal modo que el animal debe mirar la cara de la víctima.

Las máscaras funcionaron mientras los tigres se lo tragaron, pero el ardid no duró mucho. «Después de cinco o seis meses, descubrieron que aquella no era la parte frontal del ser humano», me contó Kalyan Chakrabarti cuando nos visitó en el club Tollygunge.

Kalyan era un hombre intenso y ferviente de cincuenta y tantos años, poseído por una densa energía, como si todas sus intuiciones, teorías, historias y planes estuvieran condensados físicamente en su cuerpo bajito y rechoncho. Era inflexible en ese punto: «Saben qué aspecto tiene un ser humano —insistía—. Saben que hay una parte delantera y otra trasera. Por tanto, están descubriendo que una de ellas no es la parte frontal buena». Las máscaras, añadió, fueron «un truco que funcionó durante un tiempo».

(Cuando visitamos el lugar, aunque algunos agentes seguían considerando que las máscaras eran efectivas, casi nadie se las ponía. De todos los aldeanos que conocí en los Sundarbans, solo me topé con un grupo de pescadores que llevaba las máscaras en la barca).

Otras medidas han obtenido distintos grados de éxito. El proyecto de soltar cerdos fue suspendido hace años. Cinco o seis figuras humanas electrificadas siguen en el bosque, colocadas como centinelas mientras realizan sus tareas de cortar madera y cavar estanques. Cada año, el Departamento Forestal levanta más vallas electrificadas en el perímetro de la reserva para aplacar el temor de la gente a que los tigres hagan incursiones en sus poblados. Y, de manera muy parecida a como los promotores colocan farolas para desalentar el vandalismo en los aparcamientos, el Departamento Forestal ha instalado más de una docena de focos que funcionan con energía solar a lo largo de la franja de costa de cuarenta y cinco kilómetros. A los aldeanos les parece que las farolas solares son muy prácticas, tanto si disuaden a los tigres como si no.

Sin embargo, nada de esto ha impedido que siga muriendo gente. Nada, ni las leyes, ni las licencias, ni las patrullas, detiene a los hombres que entran de

manera ilegal en la zona central de la reserva; y nada, ni las ofrendas, ni las defensas, ni los trucos, detiene a los tigres que se los encuentran.

«Llegamos a Mechua con la marea alta —recordaba Bonani—. Serían las dos de la tarde». El Departamento Forestal había provisto al grupo que buscaba las tortugas de cinco guardas, una escopeta de doble cañón, un rifle del calibre 315 y una barca motora de tres metros de eslora, así como de una lancha grande con su correspondiente tripulación. El piloto ancló la lancha en un estuario y el grupo investigador subió con la motora por un canal desde el que podrían bajar a la playa arenosa.

Peinaron la alta hierba *saccharum* y la arena blanca durante cuatro horas en busca de huellas de tortuga o de cáscaras de sus huevos. Uno de los guardias siempre estaba atento al estuario por si se acercaba un tigre. Otro vigilaba el bosque, desde donde también podría acecharlos.

Al no encontrar ni rastro de las tortugas, los investigadores recogieron muestras de las plantas y de la tierra de la zona hasta que empezó a oscurecer. Entonces volvieron.

Dejaron atrás la playa y pasaron al barro del estuario. Allí se toparon con sus propias pisadas. Pero ahora, superpuestas a ellas y avanzando en la dirección contraria, la dirección hacia la que el equipo se encaminaba, había huellas de tigre.

Caminar hacia un animal peligroso al que no puedes ver es uno de los terrores humanos más arraigados. Incluso aquellas personas que se han pasado la vida buscando tigres nunca se recuperan de la impresión de toparse con uno. Como Kalyan Chakrabarti, que un día se llevó un buen susto cuando, tras seguir las huellas de una tigresa por una pequeña cumbre, se dio de bruces con ella y con su cría. Nos contó el encuentro mientras compartíamos un té en el club Tollygunge.

«Me observaba mientras me aproximaba, aunque no estaba haciendo mucho ruido —dijo inclinándose hacia delante—. Al principio, su mirada era curiosa; luego, agresiva. Estaba pensando en su cría». La pareja, a unos veinte metros de distancia, era una combinación potencialmente letal. En otras zonas, las tigresas que normalmente ignoran a los seres humanos a veces atacan si creen que sus crías corren peligro; en los Sundarbans, las tigresas

enseñan a sus crías a cazar personas, igual que las de otros lugares enseñan a las suyas a cazar presas animales.

La mente de Kalyan bullía: «Si la tigresa salta, ¿qué hago?». No tenía armas, ni siquiera un palo.

Su primer pensamiento fue echar a correr, pero supo que eso tendría el mismo efecto que tirar de una hebra de lana por el suelo delante de un gato doméstico. Y tampoco podía correr más rápido que ella.

Se dio cuenta de que su única esperanza era quedarse quieto.

El hombre y la tigresa se evaluaron durante treinta minutos. Kalyan permaneció inmóvil. Un cangrejo ermitaño le subió por el interior de la pernera del pantalón, pero él ni se inmutó.

«Entonces —siguió contándome—, dictó su sentencia: este hombre no es mi aniquilador, es mi amigo».

Finalmente, la tigresa se puso en pie de un brinco y la cría la siguió al bosque.

«Estábamos muy preocupados», recuerda Kushal Mookherjee, de treinta y cinco años y complexión atlética, que, como Bonani, era asesor sobre diversas cuestiones relativas a la naturaleza salvaje. Vivía con su joven y refinada esposa en un gran apartamento sin ascensor con un balcón que habían llenado de flores, y allí fuimos a visitarlos. Bonani describió a Kushal como «una persona cauta y prudente», pero no miedosa. De lo contrario, nunca se habría embarcado en una expedición a los Sundarbans con ella para buscar tortugas. Pero, en el momento que ahora estaba describiendo, deseó no haberlo hecho.

Para cuando divisaron las huellas del tigre sobre las suyas, ya estaba anocheciendo. «El sol se había puesto… Se haría completamente de noche al cabo de cuarenta y cinco minutos —nos contó Kushal—. Y, entonces, de repente, vimos que había algo en el vasto estrecho de barro que teníamos justo delante. Era nuestra barca».

La marea había bajado varios cientos de metros y había dejado la motora estancada en el fango.

Durante aquellos valiosos cuarenta y cinco minutos de luz, empujaron, tiraron y zarandearon la embarcación para intentar botarla. En el proceso, una de las cámaras fotográficas cayó al agua salada y cenagosa. Y, mientras intentaban ayudar a los científicos a encontrarla, al guarda también se le cayeron los cartuchos de la escopeta.

Este recogió los cartuchos, los limpió con la mano y se los volvió a colocar en el cinturón. Bonani le preguntó si todavía servían. «No —contestó como si nada—, pero me los han asignado, y debo tener la cantidad correcta cuando mi superior me pregunte».

Ni siquiera empujando todos a la vez lograron mover la barca. Solo la marea conseguiría elevarla. Los guardas del Departamento Forestal se negaban a abandonar su embarcación. «Somos funcionarios del Gobierno —le dijeron al equipo—. Debemos quedarnos aquí con la barca. Se ha quedado encallada. Ahora puede hundirse. Aunque muramos aquí, debemos salvarla».

Así que los dos guardas dialogaron junto a la embarcación. Uno se quedó el rifle y el otro cogió la escopeta de doble cañón, con sus cartuchos empapados e inservibles, y empezó a caminar con los investigadores en busca de la lancha, a varios kilómetros de distancia… en dirección al tigre.

Kalyan tiene la firme convicción de que un tigre nunca atacará a una persona si percibe que no representa un peligro. «Creo que poseen una especie de sexto sentido para descubrir quién es un protector del bosque y quién es un exterminador. Deben de tener un control absoluto y un gran conocimiento sobre sí mismos y sobre la zona y la conducta del hombre; así que, en cuanto a la reducción de las víctimas humanas, opino que, si podemos demostrarles que todos somos protectores del bosque, que lo respetamos y no queremos destruirlo, seguro que no matan a nadie».

Por esa razón, asegura, los tigres rara vez atacan a los guardas forestales; los animales han aprendido a reconocer los uniformes caquis del Departamento Forestal e identifican a esa gente como «protectores del bosque».

Sin embargo, un guarda forestal había muerto justo ese mes de marzo, aunque Kalyan me contó que no llevaba uniforme, sino el *lungi* tradicional bengalí. «El sistema de discriminación del tigre entre protectores y exterminadores falló —dijo—. Un tigre de los Sundarbans no suele matar a una persona cauta, atenta y respetuosa».

Más tarde, a bordo del *Monorama*, le pregunté a Rathin sobre el incidente. Él en persona había investigado la muerte del guarda. Según su informe, el hombre, que iba con tres compañeros, había visto que el tigre se dirigía hacia él. Se giró y se arrodilló para apuntar mejor con su arma, pero esta se encasquilló. Dos de sus compañeros se quedaron petrificados, como fascinados, cuando el animal se le abalanzó sobre él. Un tercero, que blandía

un hacha, se desmayó del susto; pero, antes de hacerlo, atinó a darle al tigre, que salió corriendo sin llevarse el cuerpo del agente.

Rathin tuvo que examinar el cadáver como parte de su investigación. Me contó que Kalyan se equivocaba. El guarda iba ataviado con su uniforme.

«El bosque se aproximaba lentamente hacia nosotros —el agua y el bosque convergían— y costaba mucho avanzar», recordaba Kushal. Ya que los investigadores se abrían paso con mil esfuerzos para alcanzar la lancha, estaban casi exhaustos. El barro les devoraba las piernas. Al llevar las mochilas cargadas con el equipo fotográfico y con las muestras de plantas y tierra, se hundían en él hasta las rodillas. Los músculos les temblaban y se les agarrotaban. Finalmente, un hombre cayó y no se pudo levantar.

Incapaces de hacer nada más, descansaron. El bosque, abarrotado de *genwas* retorcidos y atrofiados, se cernía sobre ellos. Al final lograron sacar a su compañero del barro. Las piernas le temblaban tanto que era incapaz de mantenerse en pie, y mucho menos de caminar. Contemplaron la opción de trepar a un árbol, pero el más alto tenía solo cuatro metros y medio. Cuando a los lugareños les pilla la noche en el bosque, a veces se encaraman a un árbol para dormir. En general se cree que los tigres, a diferencia de los leopardos, no trepan a los árboles, pero eso no es verdad. En el estado de Rajastán, el coronel Kesri Singh mató a uno que había trepado a un baniano y esperaba emboscado al ganado que iba a beber allí. Dos cazadores, F. W. Champion y Oliver Smythies, informaron curiosamente de idénticas experiencias: ambos habían visto a un tigre herido trepar rápidamente a un árbol donde su esposa esperaba, horrorizada, mientras el animal sacudía la copa con violencia con las dos patas delanteras. Kenneth Anderson recibió zarpazos en el trasero cuando el devorador de hombres al que perseguía trepó cuatro metros y medio por el árbol en el que estaba escondido.

A los tigres del mundo entero les encanta arañar los árboles con las garras, cosa que puede que hagan para marcarlos, para afilarse las uñas o para procurarse algún tipo de remedio medicinal; al menos uno de sus árboles favoritos, el *higa*, exuda una resina astringente y roja como la sangre que actúa como desinfectante. Pero lo que la gente asegura es que, en los bosques donde estos árboles crecen, a los tigres les gusta ver la sangre chorreando por el tronco.

Rathin me habló después de un caso que su equipo había investigado en junio. Tres aldeanos habían ido a talar árboles de manera ilegal a la zona de

Khatuajhuri, a una sección de bosque de propiedad pública que los contratistas del Departamento Forestal devastan periódicamente. Como su pueblo se encontraba lejos, dejaron la barca anclada y se quedaron a pasar la noche en el bosque, donde cada hombre durmió en un árbol distinto.

Aquella noche una tormenta azotó la zona durante varias horas y, cuando se producían relámpagos y truenos, los hombres no podían oír sus propios silbidos, el medio por el cual se mantenían en contacto.

Al amanecer, una vez pasada la tormenta, dos de ellos bajaron de sus árboles y fueron en busca del tercero. Su árbol estaba vacío. Pensaron que, tal vez, había bajado antes. Fueron a buscarlo a la barca, pero tampoco se encontraba allí. Asustados, acudieron a un campamento del Departamento Forestal que había en la zona.

Los agentes subieron al árbol en una de cuyas ramas, a cinco metros del suelo, había estado sentado el hombre. Allí encontraron marcas de garras, sangre y restos de carne.

Las huellas en la base del árbol habrían confirmado que un tigre había trepado hasta él, pero en ese momento la marea había subido y el suelo del bosque estaba cubierto de agua. Todas las huellas habían desaparecido.

Los lugareños creen que los tigres no trepan a los árboles; según Rathin, ellos sacan una conclusión completamente distinta de este ataque. Aquella muerte era obra de un *bago hit*, el fantasma de un tigre, y un *bago but no* deja huellas.

El equipo de investigación, que acarreaba a su compañero herido, avanzaba a duras penas por el barro. Al fin, gracias a unos prismáticos, divisaron la silueta de la lancha, aunque no había nadie en la cubierta.

«Nos encontrábamos ante un gran dilema —recordaba Kushal—, porque, si gritábamos, nos oirían, nos acercarían la lancha y nos meteríamos en el agua para subir a bordo… pero también alertaríamos al tigre de nuestra presencia».

Aunque la lancha les quedaba lejos, decidieron gritar. El agua transportó sus voces. Aun así, nadie safio a cubierta.

«Pensamos: “Ahora el tigre sabe dónde estamos”. Pero, ya que habíamos empezado a gritar, decidimos seguir haciéndolo. ¡Gritamos como locos!». Y entonces oyeron el rugido del motor de la lancha. «¡El sonido más hermoso que he escuchado jamás!», confesó Kushal, y soltó una carcajada.

Cuando la embarcación los recogió, eran las siete de la tarde, noche cerrada, luna nueva. El piloto volvió por el estrecho canal hasta la diminuta motora donde el guarda esperaba con su viejo rifle del 315. Los tripulantes de la lancha encendieron un potente foco y al fin divisaron el pequeño bote, que seguía embarrancado en el fango negro. Entonces vieron al guarda: «Estaba sentado a unos quince metros del bosque de mangles —prosiguió Kushal, aún impresionado—. Se hallaba en un bote no mucho más grande que un sofá. No quería gritar porque eso atraería al tigre. Y aquel tigre de Mechua, como después supimos, había matado a treinta o cuarenta personas en los últimos cinco o diez años. Aquel tipo… no sé cómo encontró el valor».

La marea alta recuperó la barca alrededor de las nueve o las nueve y media, y los investigadores oyeron que los guardas arrancaban el motor. «Hasta entonces, temimos que el tigre los atacara —recordó Bonani—. Pero este se encontraba en la otra orilla. Estaba esperándonos, observándonos».

En la oscuridad, los chítales alborotaban alarmados: un gañido agudo como el de un terrier. Todos sospechaban que el tigre merodeaba por los alrededores.

«¿Dónde está el tigre?». Seguro que la pregunta late en la mente de los ciervos mientras doblan sus esbeltos cuellos para olisquear y mordisquear la hojarasca. Desde una torre de vigilancia de Bangladés, había visto a una cierva chital aproximarse a un estanque de agua dulce: a veces interrumpía sus andares entrecortados por las pezuñas recubiertas de barro con nerviosos pisotones, y sus orejas en forma de embudo rotaban ante sonidos que nosotros no podíamos percibir. Solo se atrevió a acercar el cuello al suelo en seis ocasiones a lo largo de cinco minutos, revelando las líneas paralelas de lunares blancos a cada lado de la columna. A veces, en las playas de los Sundarbans, lejos del suelo del bosque que digiere la muerte con tanta rapidez, se pueden encontrar vértebras de estos ciervos, descoloridas y porosas por el paso del tiempo.

Durante el día, los ciervos suelen convivir con los monos Rhesus. Los primeros esperan una lluvia de comida, trozos de hojas y frutos de *keora* —una especie de baya con forma de aceituna— bajo los árboles donde estos monos se sientan, mostrando sus nalgas naranjas y sus rosados testículos colgantes. Se dice que los ciervos siguen a los monos porque estos pueden divisar a un tigre a lo lejos desde su posición elevada. Cada especie conoce las voces de alarma de las demás y, ante los chillidos parloteantes de los

monos o los gañidos de advertencia de los ciervos, ambos grupos se dispersan en medio de una explosión de pezuñas y manos. Pero, pese a tantos ojos vigilantes y tantas orejas ladeadas, el tigre suele ser demasiado sigiloso, demasiado ágil, demasiado astuto como para delatar su presencia.

El tigre atraviesa, el bosque silencioso como el barro, invisible como el viento. «¿Qué hace el tigre?».

El tigre está al acecho.

«Mientras nosotros los estudiamos —nos aseguró Kalyan a Dianne y a mí—, ellos también nos estudian a nosotros. También estudian a los seres humanos: su naturaleza, sus movimientos, sus posturas, el modo en que caminan; todas esas cosas les llegan al cerebro. Se pasan el tiempo analizando nuestra conducta, como nosotros analizamos la suya».

Kalyan asegura que dos décadas de investigación corroboran sus teorías. Sus datos, recopilados entre 1962 y 1982, citados en simposios internacionales y publicados en algunas de las revistas científicas más prestigiosas de la India, demuestran que más de la mitad de los ataques de tigres a humanos ocurrieron entre las siete y las nueve de la mañana y entre las tres y las cinco de la tarde, precisamente las horas en las que la gente suele adentrarse en el bosque o salir de él, las horas en las que la gente está menos alerta al peligro, según Kalyan.

Los tigres están muy al tanto de los horarios de sus presas, documentados a la perfección en Chitwan y Kanha, donde los observadores registraron los periodos de actividad de tres especies de ciervo —el chital, el porcino y el sambar— y cómo estos variaban de la estación fría a la cálida, de los días nublados a los soleados. Como cabía esperar, descubrieron que los tigres ajustaban sus horas de caza al periodo en que sus presas eran más activas y, por tanto, más fáciles de divisar. (Los felinos tienen dificultades para detectar presas inmóviles debido a la estructura de su retina). La observación de pumas americanos, o de leones asiáticos en el bosque Gir de la India, confirma que estos también adaptan sus rutinas diarias a las de sus presas. En Chitwan, donde se sabe que hay tigres que han matado a leopardos que acudían a cebos dispuestos para atraer felinos, los últimos alteraron sus rutinas para evitar a los primeros.

Por consiguiente, no es de extrañar que los tigres de los Sundarbans sepan cuándo la gente deambula por el bosque y cuándo se va a dormir. La mayoría de los ataques nocturnos se produce alrededor de las once, cuando los aldeanos están profundamente dormidos en sus barcos. Los tigres saben cuándo llegan los recolectores de miel al bosque: la temporada comienza en

abril, y ese es precisamente el mes en que más gente muere. Las zonas en que la recolecta de miel está permitida cambian a veces según el reglamento del Departamento Forestal, y eso también lo saben los tigres. En 1974, cuando se prohibió la entrada a los humanos en ocho de los quince bloques forestales del parque, los tigres emigraron a las nuevas áreas de recolección de miel.

Kalyan, junto con A. B. Chaudhuri, exdirector del Mapa Forestal de la India, analizó los factores que rodeaban las muertes de personas provocadas por tigres: hora del día, época del año, tipo de hábitat, lugar del ataque y profesión de la persona atacada. «Estos factores también demuestran el alto grado de inteligencia y de diabólica comprensión del comportamiento humano que poseen los tigres de esta zona», escribieron en un informe presentado en el Simposio Internacional sobre el Tigre que se celebró en Delhi en 1979. «El tigre entiende la mente humana —escribió Pranabesh Sanyal en el plan de gestión del parque de 1987—, y todos sus planes de ataque están diseñados para amoldarse a ella».

Una vez que todo el mundo estuvo a salvo, el equipo de las tortugas se reunió al fin en el barco grande. Se lavaron los pies y las piernas llenos de barro y desempaquetaron las plantas recolectadas mientras la tripulación preparaba té.

Entonces oyeron un fuerte golpetazo. El barco sufrió una sacudida. «Era como si alguien acabara de hundir la parte trasera de la lancha —dijo Kushal—. La delantera se elevó y luego, *bang*, bajó de golpe».

Durante un instante, todo el mundo se quedó petrificado, en silencio. Algo había aterrizado en el saliente de la cubierta inferior, en las tablas por donde los barqueros pasan con sus largas varas de bambú para liberar la embarcación cuando se queda atascada en el barro. Alguien cerró a toda prisa las escotillas que daban a esa cubierta.

Y, en ese momento, la tripulación empezó a cantar: «Ma-ma-mama». *Mama* es la palabra bengalí para «hermano de madre». «Ma-ma-ma-ma». *Ma*, que significa «madre», también se utiliza para invocar los poderes de una diosa.

Bonani recordó entonces que antes, en el viaje de ida, le había preguntado a uno de los barqueros si alguna vez había visto un *bag*, la palabra bengalí para «tigre».

«Y el hombre se enfadó mucho conmigo —recuerda Bonani—. Dijo que en los Sundarbans nunca se utiliza la palabra *bag*. Que siempre se le debe

llamar *Ma-ma*. No se le llama *bag*. Es irrespetuoso. Llamarlo *bag* a secas atrae el peligro».

Durante diez minutos nadie se movió. Bonani dijo que le parecieron diez horas. Kushal estaba blanco como una pared. Entonces oyeron un chapoteo y el bote se meció ligeramente.

«En los Sundarbans ocurren cosas extrañas, y la gente es reacia a hablar de ellas», me confesó una vez un agente forestal. Tan reacia, de hecho, que, antes de contarme esta historia, me hizo prometer que nunca revelaría quién me la había contado.

Una vez viajaba en una lancha del Gobierno justo a las afueras de la zona central de la reserva de tigres. Eran más o menos las once de la noche, pero soplaba una brisa templada que lo tentó a quedarse levantado y a sentarse en la cubierta durante la travesía nocturna.

Contemplaba el bosque con ademán distraído. En un meandro del río, se dio cuenta de que la variedad de vegetación difería de manera significativa en las dos orillas. A su derecha, una hilera de árboles *keora* se inclinaba a modo de sauces sobre el agua; en la orilla que le quedaba a la izquierda había una mezcla de mangles: *dundul*, con frutos verdes del tamaño de melones; *gorjon*, como de puntillas encima de amasijos de raíces zancudas; y el bajo *genwa*, con hojas rizadas que apuntaban hacia abajo.

Justo entonces, de repente, la brisa se convirtió en un viento poderoso que jadeaba, suspiraba y gemía. Soplaba tan fuerte que los grandes *keoras* de la margen derecha se mecían y se doblaban. Pero aquella noche eso no era lo más excepcional con respecto al viento. Lo que resultaba de verdad extraño, incluso espeluznante, era que, en los mangles que se extendían a lo largo de la orilla izquierda, a noventa metros al otro lado del río, no se movía ni una hoja.

«Era tan sumamente raro —me contó el hombre—, que llamé a Mourali, mi ordenanza, que dormía en el catre de cubierta, para que fuese testigo de aquel extraño fenómeno y me lo explicase si era capaz». Mourali llevaba treinta años trabajando en el Departamento Forestal. Había nacido y se había criado en los Sundarbans y sabía muchas cosas.

«Me miró directamente a los ojos —recordó el agente— y, con una leve sonrisa, me dijo que me olvidara del asunto. Pero insistió en que bajásemos al camarote, en que no debíamos quedamos en cubierta».

La formación universitaria del agente le había preparado para cuestionarse el mundo natural, para encontrar explicaciones a lo que veía. «Le dije: “Esto

es muy raro y, sin embargo, parece que lo hubieras vivido antes”. Mourali no me hizo mucho caso. “Pero ¿cómo es posible? —le pregunté—. La orilla izquierda está absolutamente en calma”. Mourali siguió sonriendo, como si supiera lo que estaba ocurriendo pero yo no fuera a creerlo si me lo contaba».

Entonces le confesó que en una ocasión había experimentado cosas extrañas en los Sundarbans. El agente continuó presionándolo para sonsacarle información. Finalmente y sin dejar de sonreír, le respondió: «A veces los espíritus de los muertos levantan torbellinos repentinos, pero no hacen daño a nadie». Aun así, siguió insistiendo en que se retiraran bajo cubierta.

Aquello convenció al agente. «Me marché de inmediato sin esperar a saber cuánto duraría aquello. Tenía miedo».

El *sareng* que gobernaba la nave le contó más tarde que el viento continuó del mismo modo durante veinte minutos, y afectó tan solo a una parte del río, hasta que la embarcación llegó a una zona llamada Chogazi y paró de pronto.

—Dicen que esos son los espíritus de la gente a la que los tigres han matado —explicó el hombre—, que, como no descansan en paz, sacuden los árboles.

—¿Y tú te lo crees? —le pregunté.

—Tú también lo creerías si lo hubieras visto —contestó.

Como científicos, tanto Bonani como Kushal aseguran que siguen sin saber con seguridad qué fue lo que movió el barco aquella noche. «Sin duda fue algo poderoso, algo muy pesado, tanto para levantar la parte delantera como para hundir la trasera de aquella embarcación… quizá un tiburón o un cocodrilo», dijo Kushal. En cuanto al chapuzón, algunos mangles echan unos frutos grandes llamados *gol* que caen al agua emitiendo un sonoro *plop*. Pero la tripulación no tenía la menor duda: se trataba de un tigre.

Antes de aquel viaje, Bonani había oído una triste historia de boca de la sirvienta de su madre, que se había marchado de los Sundarbans tras la muerte de su marido. Un día, después de visitar a su familia, volvió a Calcuta hecha un mar de lágrimas. Su hijo, que era pescador, había estado faenando en uno de los afluentes y un tigre había salido del agua, lo había atrapado con las zarpas, había saltado por la borda y se lo había llevado a nado. Nadie pudo hacer nada.

En ese momento, Bonani pensó: «Bueno, tal vez se cayera por la borda. ¿De verdad el tigre fue hasta él y se lo llevó de la barca?». Aquello no podía ser cierto.

Pero ahora ya no piensa lo mismo. «Tras aquel incidente —dijo—, creo que, si alguno de los que estábamos en el barco aquel día volvemos a los Sundarbans, haremos caso a lo que cuentan los lugareños».

5
AYER

Siguiendo el impulso de la marea entrante, remontamos el río en el *Mabisaka*, el barco de madera tallada de quince metros de eslora que Girindra había bautizado con el nombre de su madre.

Así empezábamos el día. Desde el único banco de la cubierta, de color blanco, que recordaba al de una iglesia, Dianne y yo veíamos cómo los Sundarbans iban cobrando forma, cómo la marea inundaba la jungla con aquella regularidad lenta, sensual y profunda que se asemejaba a la respiración de una persona dormida. En el agua se formaban pequeñas turbulencias que congregaban los dones de la noche: el cieno del Hímalaya; remolinos de hojas caídas, flores y frutas; el fruto viviente de los mangles, cuyas semillas germinaban cuando aún se encontraban en las ramas; escamas y tripas de pescado que los pescadores arrojaban por la borda; las cenizas de los muertos incinerados… una guirnalda de esplendor y putrefacción. De todo ello se alimentan los Sundarbans; con ello esculpen su propia forma. Las ondulaciones de los bancos de fango se desplegaban expectantes ante el agua, aguardando su abrazo.

Aquel día en concreto nos dirigíamos a la torre de vigilancia de Netidhopani, adonde el motor de diez caballos del *Mabisaka, en* realidad un generador multiuso, nos llevaría en unas tres horas. Rathin me había dicho que una tigresa con dos crías frecuentaba el estanque de agua dulce que había allí, de modo que partimos hacia la zona al amanecer, cuando el sol se elevaba redondo y rojo como un *bindi* en el claro cielo de la mañana. Pusimos rumbo al sur por el río Biddyatori.

Volutas de humo ascendían del barro y de las cocinas con techos de paja de las casas del pueblo, acarreando el aroma del *chapatis*, el típico pan indio sin levadura. A lo largo de las riberas, mujeres vestidas con saris arrastraban

redes de pescar, sumergidas hasta el pecho en el agua del color de los cocodrilos.

Pero no tardamos en alejarnos de los núcleos de población. Los alciones capirotados se lanzaban desde los árboles y sus picos rojos deslumbraban translúcidos al contacto con el sol. Una garcilla desplegó las alas del color del barro y, al levantar el vuelo, estas se tiñeron del color del cielo. Con el sonido del generador, las garcetas con forma de S se elevaron y se transformaron en nubes. Sobre la superficie del agua se levantó una neblina vaporosa cuando el propio río se fundió con el cielo.

Las riberas que pasamos a continuación pertenecían en exclusiva a las criaturas salvajes. Nadie está autorizado a pasear por allí, pues el lugar es un auténtico santuario. Sin embargo, en una de las orillas fangosas, avistamos un fino poste con un trapo desvaído anudado a modo de bandera. ¿Cuál sería su propósito?

—*Ekane* —la palabra bengalí para «aquí», le dije a Cilindra, que se nos había unido en el banco mientras su hijo, Sonaton, manejaba el timón—. ¿Keno? —«¿Por qué?».

—Ayer —me contestó con su inglés de libro de conversación— accidente con tigre este canal.

¡Ayer! ¡Un tigre había matado a alguien ayer y los supervivientes se habían apresurado a marcar el punto con aquel poste! Dianne y yo nos agarramos de la mano.

—¿*Tini ke*? —le pregunté. «¿Quién es?» (aún no había aprendido a usar el pasado). Quería saber si la víctima había sido un pescador, un leñador, un guarda forestal o un cazador furtivo.

Entonces recordé que los únicos oficios que me sabía en bengalí eran «poeta» y «escritor».

¿Qué había ocurrido? ¿A quién habían matado? ¿Quién más iba en el grupo? ¿Qué estaban haciendo? ¿A qué hora del día se había producido el ataque? ¿El tigre se había comido el cuerpo? ¿Aquella gente le había orado primero al dios tigre? ¿O la muerte había sido un castigo por un pecado de omisión? ¿El tigre había salido de la jungla? ¿Del agua? ¿La víctima llevaba una máscara?

Intenté formular todas aquellas preguntas. Intercalé inglés y bengalí. Hice mímica. Cambié el orden de las palabras. Para simplificar, omití todos los artículos. Y seguía sin hacerme entender.

Las pocas palabras que me salían eran meros trucos de salón. Los amables bengalíes aprecian que los saluden en su idioma y disfrutan de la novedad de

conversar con un extranjero en bengalí: «¿Cómo-estás?», «¿de-dónde-eres?», «soy-escritora», «vivimos-en-América», «tu-país-es-muy-bonito», «la-comida-está-muy-rica». Pero mi bengalí no daba para el tipo de preguntas que necesitaba hacer ni para comprender las posibles respuestas. Tendría que confiar en el inglés de Girindra, pues, a pesar de mis cuatro años de educación universitaria y de tener acceso a las bibliotecas de Harvard, sus destrezas lingüísticas en aquel idioma extranjero, aprendidas treinta años antes en una escuela primaria hecha de barro, superaban con creces las mías.

—Por favor, ¿puedes decirme lo que ocurrió en el incidente con el tigre? —le pregunté en inglés.

Él me miró como si intentara captar en mis ojos el sentido de las palabras. Le dio una fuerte calada a su *bidi*, quizá para inhalar coherencia.

—No idea —respondió.

Me rasqué la cabeza. Dianne puso sus ojos azules en blanco.

—Nunca he visto a nadie esforzarse tanto ni preparar algo con tanto esmero para conseguir tan poco —protesté.

Girindra, anfitrión hospitalario donde los hubiera, odiaba ver a sus huéspedes tan decepcionadas y, para animarnos, nos recompensó:

—Mi tío, accidente tigre.

—¿Tu tío, accidente tigre? —repetí, casi sin dar crédito.

—*Tres* tío, accidente tigre.

En vez de seguir interrogándole, me limité a escuchar.

—Tío pequeño, yo —explicó—. Yo ver. Coger madera, dos hombres, tío, yo.

A medida que se fue entusiasmando con la historia, empezó a gesticular: nos hizo una demostración de cómo habían echado el ancla, habían vadeado hasta la orilla y habían cortado la leña con sus hachas. Según nos explicó, tuvieron que darse prisa, pues carecían de permisos. Las venas de la cara interna de sus fuertes brazos se le marcaron y tensaron al representar la acción de reunir los troncos. Luego se enderezó y, llenando de aire su delgado pecho, exclamó:

—¡Tigre viene! —Y, a continuación, en voz baja, haciendo un movimiento de muñeca—: Tío va.

—Madre mía, qué historia —susurramos.

Le pregunté cuándo había ocurrido aquello.

—Ayer.

Llegamos a la torre de vigilancia de Netidhopani sobre las nueve. A unos doscientos metros de aquella torre de madera se extiende un estanque de agua de lluvia poco profundo bordeado de palmeras y, tras él, se erigen las ruinas de un templo, un hormiguero enorme de ladrillos rojos derruidos y comidos por la maleza. La montaña de ladrillos está coronada por un cartel del Departamento Forestal que, curiosamente, me recordó a uno de la cadena hotelera Howard Johnson, TEMPLO DE NETIDHOPANI, anuncia, y en él se ve un edificio blanco con cúpulas y pilares junto a un mar azul. En primer plano hay una cobra erguida y un monje con túnica blanca sentado en un flotador que se mece en el agua.

La gente solía acudir allí a honrar a Manasá, la diosa de las serpientes, provista de cuatro brazos. La serpiente es el símbolo hindú del agua, la fuerza vital de una región ligada a las lluvias monzónicas. Muchos hindúes creen que estos reptiles atraen la lluvia: aunque se ven en cualquier momento, proliferan justo antes y durante el monzón. Los huevos de muchas subespecies, incluida la cobra, eclosionan antes de la estación lluviosa, y los monzones las sacan de sus nidos.

Aunque las serpientes maten en la India a miles de personas todos los años, se las respeta y se las venera. Visnú, que dormita en el océano insondable, se recuesta en Ananta, la serpiente, cuyo cuerpo es infinito; a veces se representa como una cobra de siete cabezas que forman un dosel sobre la cara durmiente del dios. Las serpientes se consideran una manifestación de Shiva y una representación de su símbolo característico: el falo que otorga la vida. (Según la herpetóloga americana Sherman Minton, en el siglo XIX, en toda la costa malabar india, las mujeres intentaban introducirse cobras en la vagina como una manera de recibir y venerar a Shiva).

La diosa Manasá cuida de estas criaturas letales y portadoras de vida y también protege a la gente de su veneno. Se dice que la adoración de Manasá se debe a un mercader llamado Chand Saudagar. Como al principio se negaba a adorarla, la diosa envió serpientes para que mataran a seis de sus hijos. Solo quedó uno de ellos, el apuesto Lakindor, y, en su noche de bodas, Manasá envió otra serpiente para que acabara con su vida. Behula, la esposa de Lakindor, se opuso a la incineración del cuerpo de su marido. Lo llevó consigo al río en una balsa y desde allí partió a los cielos, donde deleitó a los dioses con una danza espectacular. Su gracia le valió una bendición. Le rogó a

Manasá que devolviera la vida a su marido y a sus cuñados, y la diosa accedió. A partir de entonces, Chand Saudagar, al ver restablecida su familia, honró a la diosa a diario llevándole leche y dulces.

Los devotos han abandonado el templo de Netidhopani, dejando sus ladrillos a las serpientes. Pero en los Sundarbans, al igual que en el resto de la India, la gente sigue venerando a Manasá y creyendo con fuerza en sus poderes. Por eso los que mueren de una picadura de serpiente no son incinerados. Sus cuerpos se envían río abajo en una balsa… donde, quizá, Manasá también pueda recompensarles con la resurrección.

Las ruinas que salpican toda la región atestiguan que hubo un tiempo en que en ella abundaban los templos grandiosos; son la prueba palpable de una riqueza ya desaparecida. Cuando el viajero europeo Ralph Fitch visitó la zona en 1586, halló «una tierra fértil y casas elevadas para soportar las tormentas y los maremotos». Al norte, en un enclave conocido como Chandraketugarth, se han descubierto recientemente los restos de una ciudad amurallada con una superficie de casi siete kilómetros cuadrados que quizá datan del siglo IV. Allí, los arqueólogos indios han sacado a la luz templos y monasterios, han encontrado cerámica elaborada y han descubierto monedas de oro, plata y cobre. Creen que, en su día, aquella extensión desolada fue un rico puerto internacional.

En la actualidad, los ríos de agua dulce que alimentaban la ciudad se han secado, como buena parte de los Sundarbans. En otra época, los manglares abarcaban casi desde las afueras de la Daca actual hasta la moderna Calcuta. En una fecha tan relativamente reciente como 1895, los agrimensores establecían que el total de los Sundarbans ocupaba una superficie de veinte mil kilómetros cuadrados, el doble de su tamaño actual.

En los últimos seis siglos, la tierra se ha secado, reducido e inclinado, y se ha visto privada de sus ríos a causa de la sedimentación, los asentamientos y los lentos e incesantes movimientos del terreno. Las estructuras geológicas que subyacen bajo el golfo de Bengala se están hundiendo, ladeando el delta del Ganges de oeste a este. El río sagrado, en su prisa por unirse al océano de Visnú en la bahía, se ha ido desplazando progresivamente en esa dirección desde el siglo XVII. Hace tres décadas, la presa de Farakka, construida a doscientos cincuenta kilómetros al norte de Calcuta para mejorar el caudal del río Hugli a su paso por la ciudad, cortó lo que quedaba de la conexión directa entre el Ganges y los Sundarbans en territorio indio; hoy, en los Sundarbans indios, tan solo el río Thakuran recibe agua dulce del Hugli, un afluente; el río Harinbhanga la recibe de Bangladés, al este. En Bangladés, solo el río

Baleshwar lleva el agua dulce del Ganges a los Sundarbans. Y, como la población se ha disparado en la zona —solo en Calcuta ascendía a nueve millones de personas en 1992 y a quince en 2007—, la agricultura y la construcción no han hecho sino obstruir todavía más todos estos ríos con su gran aporte de sedimentos. De modo que los Sundarbans cada vez son más salinos.

Este proceso ya había comenzado cuando François Bernier visitó la zona a finales del siglo XVII. La sedimentación ya obstruía los canales, y el bosque anegado por el océano se iba comiendo los campos que anteriormente eran regados con agua dulce. «Ahora mismo se ven al norte del Ganges infinidad de sitios magníficos casi desiertos —escribió—, otrora densamente poblados, donde no se distingue la presencia de ningún habitante salvo las bestias salvajes y, en especial, los tigres».

Estuvimos esperando, vigilantes, en la torre de Netidhopani hasta bien entrada la tarde. No apareció la tigresa ni ninguna de sus crías, aunque vimos sus huellas en el barro con los prismáticos.

¿Cuándo habría ido allí por última vez? ¿Dónde estaban sus cachorros? ¿Habría bebido agua a lengüetazos a la luz de la media luna bajo el cielo estrellado? ¿Habría ido a refrescarse del tórrido calor del mediodía? ¿O habría estado acechando a cualquiera de las otras criaturas que acudían al estanque: el chital, el jabalí o el gallo salvaje? ¿La habría visto alguien?

Las huellas junto al agua, como los ladrillos del templo en ruinas, apuntaban de modo incomprensible a un creador desaparecido.

A menudo teníamos la sensación de que habíamos pasado algo por alto. Captábamos un movimiento repentino y girábamos la cabeza en el acto solo para toparnos con un agujero en el lodo por el que acababa de escabullirse un cangrejo ermitaño, o quizá un pez del fango, un pequeño anfibio que a veces trepa a los árboles. Ambas criaturas son exactamente del color del barro.

Cuando visitamos el santuario dedicado a Bonobibi, la diosa del bosque, justo al lado del albergue turístico de Sajnekhali, nos dio la impresión de que acabábamos de perdemos una *puja*, un acto de adoración. El Departamento Forestal había construido el santuario en el Centro de Interpretación del Manglar, junto a la pitón en cautividad. Bajo su techumbre de paja había dispuesto un círculo de figuras de arcilla similar a un nacimiento que interpretaban una obra muda: un crío con los ojos vendados montaba a lomos de un cocodrilo; dos recolectores de miel cogían una enorme colmena de un

árbol; un guerrero bigotudo con zapatos de punta blandía su garrote. Daksin Ray, el dios tigre, estaba representado como un apuesto hombre con el pecho desnudo y los ojos inyectados en sangre que iba a lomos de un tigre. En el centro de la escena, luciendo un sari rosa adornado con encaje de plata, la hermosa Bonobibi se hallaba sentada en su trono, con la mano derecha levantada para dar la bendición. A sus pies aún ardían varitas de incienso; y unas flores de hibisco rojas recién arrancadas se marchitaban al sol. Alguien había estado rezando allí aquel mismo día, rogando protección de los tigres.

Vimos huellas de tigres por todas partes. A la entrada de la torre de vigilancia de Sudhanyakhali, situada tan solo a diez minutos en barco del albergue turístico, estas rodeaban el sendero delimitado por una valla metálica. Era evidente que un tigre había estado rondando por allí, atraído por el olor humano. ¿Qué habría pensado de nosotras? Sabía mucho más de nosotras que nosotras de él. Tal vez nos hubiera estado vigilando mientras mirábamos al bosque por los prismáticos, sin suerte. Seguro que sabía quién había deambulado por la zona y cuándo. A lo mejor hasta reconocía los barcos que pasaban regularmente por el sonido de sus motores (igual que los perros y los búhos reconocen los coches del vecindario en los barrios residenciales americanos). Por nuestro olor, quizá supiera que éramos mujeres y extranjeras; incluso podría intuir nuestra edad y la fase de nuestro ciclo reproductivo. Cribando los olores a través de unos sensores químicos simados en el cielo de la boca, haciendo una mueca y retrayendo los dientes en la llamada posición de Flehmen, los tigres obtienen este tipo de información sobre sus congéneres cercanos. Pero para nosotras era un auténtico desconocido.

A menudo éramos conscientes de cuándo uno de ellos había cruzado un río: las huellas salían del bosque, se adentraban en el agua y, al otro lado del canal, salían del agua y se adentraban en el bosque. En una ocasión, seguimos el rastro de tres tigres que habían salido del bosque a la vez. Habían atravesado unos ciento cincuenta metros a nado y luego, con las garras extendidas, habían arrastrado por el suelo sus cuerpos mojados. Vimos por dónde el agua había chorreado de su pelaje, empapando aún más el fango. Sus huellas, de diez centímetros de profundidad, tal vez solo llevaran allí diez minutos.

—¿Bag *kotai*? —le preguntaba todos los días a Girindra, casi como una broma recurrente: «Tigre, ¿dónde?».

—Tú ver, tigre no viene —me respondía en tono chistoso—. Tú no ver, tigre viene.

Por supuesto, tenía razón. Si no veíamos ningún tigre era porque estos no querían que los viéramos. Se volvían invisibles. Una vez le pregunté a un chamán cómo sabía que el tigre era un animal sobrenatural y me respondió con una observación que muchos científicos también han hecho: todo el mundo sabe que el tigre es mágico porque es capaz de desaparecer tras una brizna de hierba y materializarse a partir de la nada. El experto Charles McDougal relató una experiencia similar que dio nombre a su excelente libro *The Face of the Tiger*, Se hallaba sentado en un claro en la cima de una pequeña meseta en el estado indio de Orissa, haciendo guardia a la luz de la luna junto a un búfalo que creía que había sido abatido por un leopardo. Esperaba que este último volviera a por su presa, pero, como no lo hacía, decidió marcharse. «En ese momento vi aparecer una gran cabeza por encima de los arbustos que quedaban a mi derecha en el extremo del claro. Estaba tan alta que durante un segundo o dos no le encontré sentido; me pareció algo sobrenatural». Al principio, aunque la noche era clara, el animal estaba cerca y McDougal era un cazador profesional, *no sabía de qué se trataba*. «Entonces —escribió—, la cabeza se convirtió en la de un tigre inmenso».

De la nada, una cabeza; de una cabeza, la cara de un tigre. La palabra sánscrita para «es» también significa «se convierte»; la palabra para «mundo» proviene de la noción de «movimiento». Que todo está en movimiento es una verdad universal en la India.

Y en ninguna parte es más evidente que en los Sundarbans: lo que quiera que estés mirando en este preciso instante era otra cosa apenas unos segundos atrás. Un tronco se convierte en un cocodrilo. Un trozo de barro se transforma en un cangrejo y trepa por un árbol. Los maitines pescadores y los abejarucos cobran vida a partir de las hojas de los árboles: del follaje verde oliva estallan en azules, turquesas, naranjas, rojos y negros. La transformación es *como* una filmación a *cámara* rápida del otoño de Nueva Inglaterra. Las hojas veraniegas, aunque parecen verdes, albergan un auténtico arcoíris; los carotenos siempre presentes en los naranjas y los dorados otoñales en verano se enmascaran con el verde de la clorofila.

Entonces, ¿cuál es el *verdadero* color de las hojas? De niña me dijeron una vez que nuestra sangre en realidad es azul, como las venas azuladas de nuestras muñecas; solo *creemos* que es roja porque adopta ese color por una reacción química que se produce al entrar en contacto con el aire. En ese momento me pregunté cómo sería posible comprobarlo; no se me ocurría ninguna manera de examinar la sangre sin que estuviera expuesta al aire. Si no se expusiera al aire, pensé, no la veríamos.

Tal vez sea eso lo que ocurra con los pájaros aquí: puede que el acto de unirse al aire sea lo que convoque sus colores; puede que el resto del tiempo sean en realidad verdes, y las hojas, aunque disfrazadas por la clorofila, sean en realidad del color de sus plumajes.

Tras apenas unos días en los Sundarbans, sientes cómo te acecha su magia inquietante. El agua te sigue hasta la tierra: por la noche, en el albergue turístico, continúas sintiendo las olas debajo de ti, como la caricia de un amante en la piel a pesar de su ausencia. El día te sigue hasta la noche: te despiertas repetidamente, asomando como una tortuga, cabalgando las olas del sueño. Y la noche te sigue hasta el amanecer. Al despertar, los sueños se te enganchan como telarañas: translúcidas sedas tejidas por el cuerpo de algún miriópodo, un extraterrestre que comparte el mismo planeta. Cada mañana, aunque seguía sintiendo mis sueños, aunque seguía recordando su forma y su sonido, no lograba recordar las palabras ni su significado. Parecía que estuviera soñando en un idioma que no comprendía.

A veces se dice que oímos las voces de los dioses en sueños. (Le pregunté a un chamán por qué los dioses preferían hablarnos por esa vía y me respondió: «Porque así nos honran con su gracia»). Tal vez en sueños nos revelen ciertas cosas a las que no podemos enfrentarnos despiertos.

Sin embargo, en la misma medida que nos revelan algunas cosas, también nos ocultan otras. El gran indólogo Heinrich Zimmer señaló en sus escritos que, junto con la creación, la destrucción, el mantenimiento y la concesión de favores, los hindúes honran la ocultación como una de las «cinco actividades de la energía eterna». Dado que es tanto lo que se oculta, nuestro mundo porta una máscara; es una ilusión, un truco. Los místicos hindúes llaman a este fenómeno *maya*. La *maya* de los dioses es su poder para adoptar diversas formas, para mostrar varios aspectos de su esencia. *Maya es* la razón por la que el hinduismo necesita tantos dioses para representar la divinidad, la energía eterna. (Un guardabosques de la Reserva del Tigre de Buxa usaba este ejemplo para intentar explicar el panteón hinduista. «Es como el color blanco —me dijo—: todos nuestros dioses son un único dios, igual que el blanco contiene todos los colores»). Los propios dioses son emanaciones de la *maya* superior que crea el universo.

Por tanto, *maya* es el enigma sagrado del hinduismo. El santo bengalí Ramakrishna empleaba la siguiente parábola para ilustrar su naturaleza. Un asceta llamado Naranda se granjeó la gracia de Visnú y fue invitado a pedirle

una bendición. Solicitó ver la *maya* del dios. Dios y hombre caminaron juntos un rato y, cuando a Visnú le entró sed, le pidió a Naranda que le trajera agua. Este fue a una casa a buscarla. Una bella mujer abrió la puerta. La miró a los ojos y se olvidó en el acto de su propósito. Se enamoró perdidamente de ella.

No tardó en sentirse como en casa en el hogar de aquella joven y, cuando pidió su mano, los padres de la muchacha accedieron encantados. La pareja vivió feliz en la casa de estos últimos durante doce años; tuvieron tres hijos. Cuando el suegro de Naranda murió, él se erigió como cabeza de familia, se encargó de cultivar el arrozal y de cuidar al ganado. Pero un año el monzón fue más violento de lo normal. Las inundaciones amenazaron con llevarse por delante las chozas de paja, el ganado, a la gente; toda la aldea huyó. Naranda cogió a su esposa con una mano, guio a sus dos niños mayores con la otra y se subió a hombros al más pequeño para ir a resguardarse de la tormenta. Sin embargo, las aguas eran demasiado turbulentas: tropezó y el crío se le cayó de los hombros. Dejó atrás a los otros dos para intentar agarrarlo, pero no pudo, y a los tres se los llevó la corriente. Después, la riada le obligó a soltar la mano de su esposa y se lo llevó también.

Fue arrastrado hasta una playa y, cuando abrió los ojos, vio ante sí a Visnú, que aún esperaba su trago de agua. Y el dios le preguntó: «¿Comprendes ahora la naturaleza de mi *maya*?».

Como Naranda, el visitante de los Sundarbans pierde la noción del tiempo y cruza sin saberlo la frontera entre lo real y lo ilusorio, lo natural y lo sobrenatural. De ese modo, soñando y despertando, por la tierra y por el agua, vagaba perdida en un paisaje poblado de dioses y animales invisibles, como un personaje de una historia contada en un idioma que no comprendía.

Pasamos el tiempo deambulando, ofreciendo nuestra presencia a lo que quisiera mostrarse ante nosotros. Algunos días teníamos un destino en mente, un lugar que Rathin, Bonani o Kalyan hubieran mencionado. Otras veces dejábamos que Girindra eligiera. Él se quedaba pensando y luego nos anunciaba: «¡Mi decisión, seguir siempre!».

Un día nos llevó a visitar Gosaba. El pueblo, un mundo alejado del bosque, es ordenado y apacible, sembrado de árboles de la lluvia y palmeras cargadas de cocos. Había perros amarillos con la cola enroscada durmiendo en los patios, gallinas huidizas y mujeres amamantando a sus bebés y acarreando jarras de terracota apoyadas en sus caderas y cinturas, mientras surcaban lentamente los dorados arrozales con las plantas de los pies pintadas

de rojo. Los críos más pequeños suelen ir desnudos pero profusamente adornados: las niñas llevan joyas y pendientes en la nariz y las orejas, y los ojos perfilados con kohl negro, que supuestamente los mantiene frescos. Los niños lucen amuletos metálicos atados a la cintura con una cuerda. Cuando Girindra llevaba su *lungi*, me fijé en que también portaba uno y le pregunté para qué servía. Me dijo que no lo sabía. «Mi madre sabe», concluyó.

Un día conocimos a aquella señora fuertota y sin dientes en cuyo honor había bautizado su querido barco. Girindra nos llevó a su impoluta casita de barro en Jamespur, el pueblo que había al otro lado del río desde el albergue turístico. Conocimos a su guapa esposa, Namita, una mujer grácil y redonda que esbozaba una sonrisilla tímida y encantadora. Hacía cuatro años que había dado a luz a su hijo menor y, hasta entonces, había alumbrado a uno cada dos años durante los últimos dieciséis.

También visitamos el santuario del pueblo, dedicado a Bonobibi. Allí, como en el que había cerca del albergue, alguien acababa de quemar incienso, tanto a los pies de la diosa como ante las garras de Daksin Ray. Cuando Girindra se plantó delante del santuario, juntó las palmas, se las llevó a la frente y murmuró en voz baja: «Ma».

Veíamos maravillas allá por donde íbamos: cuadrillas de macacos de cara rosada surgían entre los árboles; delicados chítales rodeaban con cuidado los puntiagudos neumatóforos; un cocodrilo de seis metros de largo irguió su mole acorazada desde la orilla fangosa y, como un alma que abandona un cuerpo, se deslizó ingrávido en el agua; las nieblas nocturnas ocultaban la luna.

Cada noche, cuando regresábamos del bosque, Girindra se sentaba entre Dianne y yo en el banco blanco del *Mabisaka* y se ponía a cantar, no a nosotras, supongo, sino a la propia noche, que a veces era tan negra que parecía que se hubiera tragado las estrellas. La canción crecía como una ola, descendía y volvía a crecer. Yo, obviamente, no entendía la letra, pero reconocía la forma de las palabras, pues las había sentido en mis sueños: implorando, llamando, buscando. Arrojaba cada nota a la noche como un pescador que lanzara su red a las aguas embarradas: la voz del anhelo, de la soledad al descubierto, en plena cara del Misterio.

Un día hicimos un viaje de dos horas en dirección norte hasta Bagna, una zona que Rathin nos había dicho que estaba especialmente «infestada» de tigres. Cuando llegamos allí, Girindra se negó a pilotar el *Mabisaka* por los

estrechos canales si no nos acompañaba un guarda armado del Departamento Forestal. «Ayer, gran accidente tigre aquí», nos recalcó.

Sin embargo, ningún guarda quería venir con nosotros porque, a causa de la ira desatada por la destrucción de la mezquita de Avodhia, se había declarado un día de huelga nacional y no había nadie trabajando. De modo que decidimos navegar por el río más grande rastreando las orillas con los prismáticos.

A lo largo de una de las riberas fangosas, más o menos a un kilómetro de distancia, avistamos una extraña masa blanca y marrón. Nos acercamos, aguzando la vista a través de nuestros prismáticos. ¿Qué sería? ¿Una red de pescar amontonada? ¿Una montaña de palos? ¿Los restos de un velero?

Hacia las diez de la mañana el reflejo del sol en el agua era tan potente que parecía que se hubiera levantado una espesa niebla a nuestro alrededor. Aun a través de los prismáticos, nos costaba horrores apreciar los detalles, pues las vibraciones del motor del *Mabisaka* hacían que se nos emborronara la vista.

A quinientos metros divisamos una especie de retal blanco envuelto como un sari sobre un tercio del bulto. Al margen de eso, el objeto era mayoritariamente pardo. Ahora podíamos calcular su forma y su tamaño. Era muy grande: como una persona de costado, doblada para dormir. En un extremo había un óvalo púrpura abotargado del tamaño de una cabeza humana.

Entonces vimos que, en las zonas no cubiertas por aquella franja blanca, reluciendo contra la piel marrón que las rodeaba, se distinguían unas costillas.

Nos armamos de valor para verle la cara.

El barco se bamboleó al acercarse al cuerpo poco a poco. Seguíamos sin distinguir nada. La carne estaba infestada de moscas. Miramos detenidamente los restos. Solo cuando estuvimos lo bastante cerca para ahuyentar a las moscas, lo identificamos con claridad.

Se trataba de una vaca. El retal blanco era una lámina del mesenterio, y el óvalo púrpura, el rumen.

En los Sundarbans, lo que parece benigno a menudo resulta ser siniestro; y lo que parece siniestro, a menudo resulta ser benigno.

Cuando nos marchábamos de Bangladés a la India, nuestra amiga Hasna había dispuesto un coche para que nos llevara al aeropuerto Zia. Cerca del anochecer, el conductor y su acompañante (parece que siempre van dos hombres en cada taxi: uno para conducir y otro para repararlo) nos recogieron en nuestra habitación. Cuando íbamos por un tramo de autopista desierto, en

el que no había ninguna gasolinera, ni tienda ni puesto de té, y el cielo empezaba a oscurecerse, el conductor se salió de la carretera sin motivo aparente. «Ahora viene la parte en la que nos roban y asesinan», apuntó Dianne en un susurro, y se puso a buscar en su bolso el gas pimienta. A una señal del conductor, su acompañante abrió la guantera. No vimos lo que sacó. Entonces el conductor abrió la puerta y los dos se bajaron del coche.

Era una alfombrilla para rezar. Se habían apeado para pronunciar las oraciones de la noche.

Lo mismo nos pasó con Girindra. Al principio no confiábamos en él. En Calcuta habíamos oído que los barqueros de los Sundarbans intentaban engañarte: te decían que un día de travesía costaba trescientas rupias (unos once dólares) y al final de la jornada te inflaban el precio hasta mil, aduciendo los gastos de gasolina y el arroz y el *dal* que cocinaban para el almuerzo. Así que, al principio, cuando le pagábamos las trescientas rupias al final del día, le pedíamos que firmara un recibo. Incluso cuando no teníamos ninguna duda de su honestidad, seguíamos haciendo que nos acompañara a nuestra pequeña habitación del albergue, donde se fumaba de buena gana uno de los India Kings de Dianne, charlaba un poco y firmaba el recibo, en un alarde ritual de su buena formación, pues no firmaba con la huella del pulgar, sino que escribía «G. Mridha» en cursiva.

Había aprendido algo de inglés en la escuela primaria. Para comunicarse mejor con nosotras, cada noche después de dejarnos, se iba a casa y se ponía a estudiar un libro de conversación a la luz de un farol. (Una vez se lo trajo consigo y nos lo enseñó. Busqué «animales» y hallé, entre el minúsculo puñado de mamíferos cuyos nombres en inglés los autores habían considerado que los lectores debían conocer, a la cebra y al hipopótamo, criaturas que no se encontraban en la India pero que quizá los anglo-parlantes extranjeros quisieran sacar a colación en una conversación).

Con todo, temamos pocas palabras en común, de modo que Girindra usaba cada una de ellas de varias maneras, como una navaja suiza. «Grande» significaba además «rico», «mayor», y «mucho» equivalía a «enorme». «Ver» significaba «mirar» y también «buscar». «Negro» quería decir «enfadado», pero también «ilegal»: a la gente que cortaba madera o pescaba sin permiso se la acusaba de «apropiación en negro». Otra palabra que empleaba a menudo, «historia», no se refería a la Historia con mayúsculas, como se usa en Occidente, sino que se aplicaba desde el punto de vista oriental: «Mi historia» significaba entonces «Mi versión de la historia es…». Cuando preguntaba:

«¿Tu historia?», te estaba preguntando en realidad tu opinión sobre el asunto en cuestión.

Y así fue como, poco a poco, me di cuenta de que la palabra «ayer», que Girindra había empleado para referirse a la muerte de su tío menor, a la implantación de aquel poste en la orilla, al accidente ocurrido en Bagna, era una palabra bastante elástica. Significaba «en cualquier momento del pasado».

«Ayer», nos reveló, sus padres habían venido del distrito de Khulna, en lo que hoy son los Sundarbans bangladesíes, y se habían establecido en la parte india; y él había nacido hacía cuarenta años (nunca era muy concreto en lo referente a su edad). «Ayer» —poco después de la muerte de su padre, cuando él era apenas un niño— había empezado a ayudar a su madre ganando dinero para mantener a la familia. Había trabajado como pescador, leñador, recolector de miel y barquero.

«Ayer» se había casado con la guapa Namita, había construido su hogar, había formado una familia. «Ayer» habían vivido entre la casa que los padres de Namita habían construido y la que él compartía con sus cuatro tíos. Y «ayer» todos salvo uno de ellos habían muerto por culpa del tigre.

Este había estado a punto de pillarlo también a él. Girindra se encontraba bastante cerca de su tío más joven cuando el tigre saltó desde el bosque y se lo llevó en las fauces. Otro «ayer», había atracado el *Mabisaka* para volver momentáneamente a casa y, al regresar al barco, halló al tigre esperándolo en la orilla, por lo que dio media vuelta y echó a correr.

En otra ocasión, estaba pescando con dos compañeros y, cuando alzó la vista, vio a un tigre volando hacia él. Sin embargo, como el animal calculó mal, logró saltar por la borda y escapar.

Le pregunté por qué tema tanta suerte.

«Diosa —me respondió, inclinando la cabeza y tocándose la frente con la mano derecha—. Diosa siempre, yo ver».

Una tarde, nuestras exploraciones nos llevaron a recorrer un pequeño canal. Habíamos recorrido tantos que todos nos resultaban similares: orillas fangosas, palmeras *hental, dundul, genwa…*

Pero aquel parecía distinto. La marea estaba baja y las riberas se alzaban unos dos metros por encima de nuestras cabezas; aquella noche habría luna llena. Los agujeros que habían abierto los pequeños cangrejos ermitaños al excavar en el barro semejaban auténticos cráteres. Los neumatóforos, aquellas

metáforas del deseo, ahora resultaban amenazadores como dagas y evocaban lápidas, arpones en ristre. El motor traqueteante del barco, tranquilizador en otras ocasiones, recordaba a un corazón a punto de pararse.

El tigre conocería bien la disposición de aquel afluente, sabría exactamente por dónde acercarse a nuestro barco si quería hacerlo. El sonido del motor lo alertaría.

Por lo demás, no se oía nada. No vimos pájaro alguno ni ningún otro animal. Hasta la misma agua parecía haber huido. Tuve miedo por primera vez. Miré a Dianne y supe que ella también. En cambio, Girindra, enfundado en su *lungi* azul de cuadros, estaba sentado muy recto con las piernas cruzadas, dando muestras de una gran valentía.

El canal se estrechaba casi hasta la anchura del *Mabisaka*. De repente, a Girindra se le contagió nuestro miedo. «Esto mucho riesgo —anunció—. Este camino no ir». Sonaton intentó virar el barco, pero este se atascó en la orilla embarrada.

Padre e hijo hicieron palanca con palos de bambú y trataron de recolocarlo tirando de las ramas colgantes de un *posur*. Pero primero Girindra me tendió el machete y a Dianne un hacha. Permanecimos espalda contra espalda en la cubierta… emulando el efecto de las máscaras faciales que los trabajadores forestales llevaban en la nuca.

Tardaron tres minutos en liberar el barco.

No llegamos a ver al tigre, pero estábamos seguras de que nos estaba acechando.

Nunca volvimos a asustarnos tanto. No nos preocupaba viajar en rústicas canoas, las típicas embarcaciones sin motor de madera y juncos con las que los pescadores remaban por los canales. A Girindra no le hacía ninguna gracia que nos montáramos en ellas, pues, con un solo remero, a un tigre no le costaría nada superarnos a nado y saltar a bordo. Pero éramos prudentes y, cuando viajábamos así, nos ateníamos a los canales más grandes, lejos de los bosques.

Sin embargo, nos aseguró que en el *Mabisaka* estaríamos a salvo mientras no volviéramos a encallar en una orilla fangosa. De modo que otro día nos aventuramos de nuevo por uno de los pequeños afluentes. En esta ocasión estuvimos tranquilos. Ni siquiera nos molestamos en mirar atrás, solo adelante. Al final del corto canal, no tuvimos problemas en dar la vuelta.

Cuando lo hicimos, nos quedamos atónitos. Casi en el acto, vimos huellas recientes a lo largo de la orilla. Cinco minutos antes no estaban ahí.

El tigre había emergido del agua en ese punto. Nos lo habíamos perdido. Buscamos huellas en la margen contraria, por donde supusimos que se había metido en el río, pero no hallamos ninguna.

Volvimos a hacer el trayecto. Primero habíamos bajado por un canal más grande antes de girar para explorar el pequeño. Remontamos el canal mayor y peinamos la orilla en busca de huellas recientes.

Por fin, a varias docenas de metros de donde habíamos virado para tomar el afluente, las avistamos. Allí, poco después del paso de nuestro barco, un tigre había salido del bosque y se había metido en el agua. Después había nadado por el río y había tomado la bifurcación hacia el canal pequeño, igual que nosotros. Un tigre había perseguido a nado nuestro barco.

6
EL ALIENTO SAGRADO DE DIOS

Cazado por un tigre.

Muy pocas veces los occidentales pensamos en nuestro propio cuerpo como carne fresca. Muy pocas veces nos consideramos la comida de otro ser vivo. Muy pocas veces nos atrevemos a pensar que un depredador con garras podría seguirnos sigilosamente, matarnos con sus fauces y desgarrarnos la carne de los huesos.

Con toda seguridad, la idea aflora en ciertas ocasiones en el mar de nuestro inconsciente, del mismo modo que una tortuga marina sale a la superficie para respirar, aunque cuando lo haga no estemos mirando. Al igual que las tortugas pasan desapercibidas bajo el mar, el cocodrilo se sumerge en el agua del color del té y el tigre se vuelve invisible detrás de las plantas, el miedo acecha, gigantesco aunque oculto, tan aterrador que ni siquiera nos atrevemos a pronunciar su nombre.

En los primeros años de su carrera, mi amigo, el doctor Richard Estes (que ahora es un experto en antílopes mundialmente conocido) trabajó en un estudio sobre la vida salvaje de Burma. Durante dos noches se vio obligado a acampar en una zona donde se sabía que merodeaba un tigre devorador de hombres. La primera noche, cuando Dick acechaba a un gran ciervo sambar para la cena, los pelos de la nuca se le erizaron, pues sintió que también lo estaban acechando a él. La noche siguiente, se levantó a las tres de la madrugada y se encontró con que las llamas de la fogata, lo único que montaba guardia ante su fina tienda, se habían apagado. Volvió a encenderla y se durmió, pero, por la mañana, cuando se despertó, descubrió que unas huellas de tigre rodeaban su tienda. Dick, que entonces tenía veintitantos años, recuerda haber sentido más humillación que terror. Un tigre había

contemplado la opción de comérselo y él recuerda que pensó: «¿Es que este tigre no sabe *quién soy yo*?».

Pero, por supuesto, el tigre sabe exactamente quiénes somos.

En el Centro de Interpretación del Manglar de Sajnekhali, bajo una fotografía en uno de los pequeños edificios de madera reza: «Víctima de accidente con tigre». La foto muestra a un hombrecillo de piel tostada tendido en el barro, encogido como una gamba. Tiene el vientre y la espalda desgarrados; los intestinos le salen a borbotones por la zona lumbar. (Rathin examinó una vez el cadáver de un hombre con heridas similares: «Los intestinos le salían por la herida como bulbos, como sacos llenos de dolor», comentó). La primera vez que Dianne y yo visitamos el lugar, nos quedamos mirando aquella foto y pensamos: «Yo no, yo no».

Vivimos en una tierra donde nuestros antepasados talaron los bosques y erradicaron a los depredadores para que nosotros pudiéramos fingir que no estamos hechos de carne.

Pero el tigre sabe que eso no es verdad, pues, bajo nuestras profesiones y nuestras palabras, bajo nuestra cultura y nuestra ropa —bajo nuestra propia piel—, para él seguimos siendo presas: lo hemos sido desde la creación de nuestra especie y siempre lo seremos.

Es una verdad que recordamos en los sueños de nuestra infancia acerca de los monstruos que acechan en la oscuridad. Los antepasados de los tigres, los leopardos, amenazaron a nuestros progenitores desde el Plioceno hasta el Pleistoceno; sus temibles primos, los tigres dientes de sable, con colmillos curvados y punzantes tan largos como el antebrazo de una mujer, nos dieron caza durante eones. Incluso en la actualidad, somos incapaces de olvidar del todo este hecho, al igual que nuestro miedo instintivo a caernos, legado de los antepasados que moraban en los árboles. Aunque trabajemos en rascacielos con estructuras de acero, aunque podamos concebir niños en probetas, aunque nuestros científicos hayan inventado sustitutos químicos para la sangre humana, en nuestros sueños más oscuros, los monstruos depredadores siguen dándonos caza por la noche.

Tal vez el tigre que siguió nuestro barco sintiera mera curiosidad. Tal vez escogiera la misma ruta que nosotros por casualidad. O tal vez nos estuviera acechando. No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que, si hubiera querido, las entrañas también nos habrían sobresalido del vientre y nuestros huesos habrían revelado su tuétano. Al desgarrar nuestros cuerpos con los dientes, el tigre expone la verdad que los occidentales intentamos olvidar a toda costa:

que todos, chital y jabalí, rana y pez, astronauta y mendigo, estamos hechos de carne.

La gente de los Sundarbans, en cambio, lo entiende a la perfección. Pero también entiende que, bajo nuestra carne, subyace el aliento sagrado de Dios.

Con la ayuda del joven Sonaton y de dos guardas forestales, Girindra empezó a construir un diminuto santuario bajo un árbol *piara baett* en la orilla del bebedero de la torre de vigilancia de Sudhanyakhali.

Habíamos ido muchas veces a esa torre de vigilancia. Cada visita era una especie de peregrinaje. Había pasado muchas horas con Dianne en la desvencijada estructura de madera y cemento suspendida sobre el abrevadero observando, sudando y esperando en silencio. A veces divisábamos jabalíes que salían al trote del bosque: pequeños y robustos tanques militares con zapatillas de bailarina. Habíamos visto delicados chitales caminar con elegancia por encima de los neumatóforos; habíamos contemplado a los varanos salir retorciéndose del agua, seguidos por el rastro de sus colas y de sus garras. Observábamos y aguardábamos inmóviles. Mi desesperación iba en aumento.

¿Qué esperaba? ¿Que un intérprete cayera llovido del cielo? ¿Que Rathin saliera dando saltos del bosque? ¿Qué una rama me cayera en la cabeza y, de repente, entendiera el *bangla*?

Qué menos. Allí, día tras día, observando los manglares, esperaba un milagro: que los Sundarbans se me revelaran.

Ese era en parte el motivo por el que le habíamos pedido a Girindra que preparase una *puja*, una ceremonia de oración, para los dioses del bosque de los Sundarbans. Por supuesto, queríamos mostrar nuestros respetos hacia Girindra y sus creencias. Queríamos ver cómo se veneraban los dioses del bosque. Pero, aunque Dianne es agnóstica y yo cristiana, ambas también esperábamos en secreto, de manera inconsciente, que los dioses de Girindra obraran un milagro.

Durante muchas mañanas, habíamos trepado el resbaladizo muelle de vástagos de *goran*, gruesos como una muñeca, para recorrer el sendero de ladrillo que conducía a los escalones de cemento de la torre de vigilancia. Para proteger a los turistas y a los trabajadores, una valla metálica cercaba la torre y sus senderos, separando así a la gente del abrevadero y de los tigres que acuden allí a beber. En el umbral entre esos dos mundos había una verja de metal. Así que, junto con Girindra, Sonaton y los tres guardas forestales

desarmados, atravesamos esa verja y pasamos por encima de viejas huellas de tigre en el perímetro de la valla.

Aquella mañana temprano habíamos comprado algunos de los objetos sagrados necesarios para la *puja* que se haría en Jamespur. Girindra había escogido unos dulces blancos y redondos llamados *batashas* de un tarro de veinte litros y tapadera de rosca minado de hormigas. Aquellos, según dijo, eran los dulces favoritos de la diosa del bosque, Bonobibi. Había comprado un trozo de cordel rojo y dos collares de celofán de color rojo y dorado, parecidos a guirnaldas hawaianas baratas. Girindra nos explicó que el rojo, el color de nuestra sangre, es sagrado para los hindúes, y también es un color que gusta mucho a Daksin Ray, el dios tigre.

Además, compró varitas de incienso y dos pequeños bastoncillos de papel, cada uno de ellos del tamaño de un *bidi*, con la punta de papel rosa y púrpura ribeteada de cuerda blanca. Los ñamó *latus*. Dijo que eran para Sha Jungli, el hermano de Bonobibi.

Aparte de estos pocos artículos, no compramos nada más. Para construir el pequeño santuario, el altar y las imágenes de los dioses, Girindra y sus amigos confiaban en el bosque. Uno de los guardas cortó con un machete varias varas de un metro de largo de un arbusto cercano. Estas constituirían las vigas. Y las hojas de un cocotero servirían de tejado de la estructura, atadas a las vigas con más de estas hojas. El santuario acabado tendría la altura aproximada de un niño acuclillado. Girindra cogió barro de la orilla del abrevadero para hacer el suelo. Los hombres realizaban sus tareas en silencio y con soltura. Aunque los gestos eran completamente diferentes, su dócil eficiencia me recordó a una madre que trenzara el pelo de su hija.

Unos diez minutos después de que los hombres hubieran comenzado a construir el santuario, un gran macaco macho salió a grandes zancadas del bosque. Dianne y yo recordamos la primera vez que habíamos visto a uno de su especie. Tras una silenciosa mañana esperando en el banco sin respaldo de la torre de vigilancia con los prismáticos pegados a la cara, nuestra guardia se vio interrumpida por unas voces en bengalí. Nos horrorizó ver a tres guardas forestales vestidos con *lungis* y cargados con bolsas de plástico que abrían la verja que daba al abrevadero. La atravesaron y se dirigieron a la orilla; allí, en medio de una ruidosa cháchara, desempaquetaron champú, detergente y ropa sucia y, para nuestro asombro, se pusieron a lavarse el pelo y los *lungis*.

«Bueno —dijo Dianne—, acabamos de pasar cuatro horas sin movernos con este calor para terminar observando a tres bengalíes hacer la colada».

Estábamos a punto de marcharnos, seguras de que los hombres habían estropeado el silencio inmóvil que con tanto cuidado habíamos ofrecido a los animales salvajes que esperábamos atraer. Pero, justo cuando estos terminaron de lavar y franquearon la verja, el gran macaco macho apareció vacilante en la linde del bosque. Por extraño que parezca, lo hizo por el lado de la espesura más cercano a donde los hombres habían estado haciendo la colada.

Al principio, el macho de cara rosada se acercó al agua con cautela. Sorbió en la superficie. Luego, a una señal que no detectamos, los otros macacos hicieron su entrada: machos más pequeños, a uno de los cuales le faltaba la punta de la cola; hembras con el pelaje del vientre claro y largos pezones de los que colgaban sus crías; ejemplares jóvenes que correteaban. Contamos un total de trece.

Bebieron; los jóvenes se perseguían y parloteaban; dos hembras treparon a un árbol y cogieron frutas peludas del tamaño de mandarinas a las que arrancaron bocados de pulpa de color amarillo pálido para luego desechar la mayor parte. El primer árbol que los monos eligieron para trepar estaba a solo cinco metros del lugar que los hombres acababan de abandonar, aunque había otros árboles frutales del mismo tipo cerca, a los que, de hecho, se desplazaron después para seguir comiendo.

¿Por qué habían acudido justo después de la ruidosa visita de los guardas? Dianne lo entendió al vuelo. Los torpes humanos —ciento ochenta kilos de carne entre los tres— habrían constituido un blanco más fácil y una comida más consistente para un tigre que los pequeños y ágiles macacos. Los monos habían estado vigilando desde el bosque *para ver si los humanos atraían a un tigre*. Como no había aparecido ninguno para hacerse con aquella presa fácil, supieron que no había nada que temer.

Durante cuarenta y cinco minutos, los macacos jugaron, comieron y parlotearon a nuestro alrededor, a veces tan cerca que podíamos distinguir las pestañas del color de la paja de sus pálidos párpados. Luego, simplemente desaparecieron, disolviéndose en la espesura como la sal en el océano.

Ahora, allí plantadas en aquel claro en la linde del bosque, nos alegramos de volver a ver a un gran macaco macho. Pronto lo siguió el resto de la tropa. La actitud que mostraban nos indicaba que, en opinión de su líder, no había ningún tigre cerca. De haber habido uno merodeando por allí, ya nos habría atacado.

Los monos bebieron con toda tranquilidad en la orilla, a menos de cincuenta metros, a pesar de que Girindra y el resto de los hombres seguían

construyendo el santuario. Todos nosotros —monos y humanos— nos sentíamos a salvo.

Girindra erigió tres plataformas de barro en el suelo del santuario del mismo material. En cada una de ellas colocó una bola del tamaño de la cabeza de una muñeca, que tocó con una hoja a modo de sombrero.

A continuación, los hombres se lavaron en el estanque y nos purificaron a Dianne y a mí ceremoniosamente, rociándonos agua en la cabeza. Un guarda encendió dos varitas de incienso y las colocó ante los dos «pilares» delanteros del santuario.

Girindra extendió una fina alfombra de brillantes hojas verdes de *piara baen* delante de los tres montículos. Un guarda ensartó las dos piezas rechonchas de *latu* en el cordel rojo que había comprado en Jamespur y a continuación las colgó del techo del santuario a modo de farolillos. Luego rodearon las tres bolas de barro, con mimo y gran reverencia, con la guirnalda roja y dorada. Colocaron un dulce blanco encima de cada túmulo tocado con una hoja y dos en el central. Dejaron la bolsa con el resto de dulces en el interior del santuario.

Todo preparado: el santuario estaba listo para sus ocupantes. Girindra recitó en voz baja unas palabras en bengalí para pedir a los dioses que entraran en las bolas de barro. El sol derramaba su claridad como si de una jarra vertiendo leche se tratase.

Gran parte de la tradición occidental dice que Yavé nos creó a partir del barro, pero aquí, en los Sundarbans, la relación se hace recíproca. Los hombres suelen conjurar a los dioses a partir del barro.

Con las manos apoyadas en el suelo, Girindra se postró ante los suyos.

Hasta los santos pueden confundirse cuando deambulan por tierras mágicas.

La mitología hindú cuenta la historia de Markandeya, un antiguo sabio. Durante miles de años, el recio anciano vaga alegremente por el mundo ideal dentro del cuerpo del durmiente Visnú. Pero este duerme con los labios ligeramente despegados; Markandeya se sale de la boca del dios sin querer y se sumerge en el mar sobre el que el dios flota.

Markandeya se horroriza al ver que se ahoga en las oscuras aguas del océano cósmico. Las enseñanzas hindúes nos cuentan que el agua también es Visnú, al igual que Ananta, la serpiente interminable sobre la que yace el dios flotante. Sin embargo, a Markandeya el mar no le parece la plenitud en la que

descansa un dios, sino la nada. El mundo que él conoce ha desaparecido. ¿Existió alguna vez?

Pero entonces el desolado santo divisa la gigantesca forma resplandeciente del dios durmiente flotando en el agua, Justo cuando está a punto de preguntarle dónde está, Visnú lo atrapa y se lo traga.

El santo se ve de nuevo en el interior del cuerpo del dios, del mismo modo sencillo y misterioso que cuando los sueños acuden a nosotros al dormir, o igual que cuando la comida entra en nuestra boca y el aire llena nuestros pulmones.

Cuentan los místicos que el universo es más permeable de lo que parece. Las fronteras entre hombres y animales, fantasmas y dioses, no son más que una ilusión, un arma de la que se sirve *maya* para enmascarar la identidad de los contrarios.

Cada respiración canta el milagro del mundo permeable. Se cree que, con cada inspiración, producimos el sonido *ham*, y que nuestra exhalación emite un *sa*. «Hamsa», pronunciamos al respirar, la palabra para «ganso» —un pájaro que nada en la superficie del agua, pero que también surca el aire— y el monte de Brahma, el dios creador de cuatro caras que salta del loto que crece en el ombligo de Visnú. Si se dicen por separado, *ham* significa «yo»; *sa* significa «esto». «Sa-ham», emitimos al respirar, proclamando «Este soy yo». Con cada respiración —cuando reunimos el *oxígeno* que vuelve roja nuestra sangre—, enunciamos el nombre de Dios junto con el nuestro. Con cada respiración, inhalamos el espíritu inseparable de lo Absoluto: «La esencia divina —escribe Heinrich Zimmer— se atiene al individuo como el ganso que se desliza por el agua».

Aquí, en los Sundarbans, donde el mar penetra en la tierra y la envuelve, y la tierra penetra en el agua y la envuelve, las fronteras se difuminan con facilidad, como el barro en el agua. Aquí los peces que se sacan del agua adquieren el color del amanecer al secarse; aquí las puntas de los árboles echan pájaros al igual que capullos; y aquí, con toda naturalidad, los hombres de carne y hueso convocan a los dioses para que se alojen en bolas de barro.

En nuestra presencia, Girindra convocó a tres dioses: Daksin Ray, el dios tigre de la jungla; Sha Jungli, el guerrero que empuña un garrote, protector de los hombres; y la propia Bonobibi, la diosa del bosque.

Cada uno de nosotros le hizo una reverencia. Girindra murmuró algo en bengalí. Se arrodilló y, con la mano derecha, se tocó la frente, el corazón y la

coronilla: una señal de respeto que a continuación imitamos nosotros. Después, cada hombre eligió una hoja de la alfombra colocada delante de los dioses y cogió dos dulces de la bolsa. Las hojas, con su correspondiente carga de dulces, se depositaron en el agua del abrevadero para que flotaran como una balsa. Enseguida se recuperaron y los *batashas*, ahora mojados, se desmoronaron sobre la cabeza de cada uno. Luego nos comimos el resto de los dulces, pues se habían convertido en sagrados. Nos los tragamos con la misma facilidad con la que Visnú se tragó a Markandeya.

Girindra y Sonaton volvieron al *Mabisaka* y Dianne y yo regresamos a la torre de vigilancia a recoger nuestras cosas.

Aquella mañana, Girindra había comprado dos collares de celofán, pero solo había utilizado uno en la *puja*. Me pregunté qué haría con el otro. Cuando Dianne y yo volvimos al *Mabisaka*, descubrimos que lo había colocado en la proa. Había seis *batashas* dispuestos en línea como botones a lo largo de su bauprés, rojo y vimos el resto de una varita de incienso encajada en una rendija de la madera.

—Bonobibi, Daksin Ray, Sha Jungli… ¿alguna vez se te han aparecido? —le pregunté a Girindra más tarde.

—Ayer Bonobibi venir —me respondió—. Cuando dormir, Bonobibi, yo ver.

Girindra ha visto muchas cosas en sueños: dioses en forma de tigres, tigres en forma de fantasmas, fantasmas en forma de animales. Lo han perseguido criaturas fantásticas que no se encuentran en junglas reales, ni siquiera en la mitología. Ha viajado a partes de la selva que nunca ha visto. Es consciente de que algunos de sus sueños son meros juegos de la mente sin significado aparente; sin embargo, está convencido de que otros son visiones. Y algunas han sido oscuras y aterradoras.

Entonces no pudo contarme lo de aquellas visiones. El único sueño lo suficientemente sencillo para que se ajustara a nuestra lengua común fue este: Bonobibi se le apareció en el bosque, brillante como la luna, y lo cogió en brazos como una madre.

Después de la *puja*, Girindra parecía mucho más decidido. Justo al día siguiente aceptó llevarnos de nuevo a Bagna, la zona «infestada de tigres» que previamente había temido explorar.

—¿Bag kotai? —bromeé cuando íbamos de camino—. Tigre, ¿dónde?

—*Sekane bagache* —«Tigre estar ahí», me aseguró. Pero siguió diciendo en inglés—: ¡Tú no ver!

Cuando llegamos a Bagna, nos encontramos con el guarda forestal M. S. Hazra, que nos asignó a un agente armado que nos acompañaría por los pequeños canales de la zona de Jhingakhali («Una zona infestada de tigres», nos aseguró).

Surcamos los canales con el alma en vilo y la esperanza de avistar un tigre. Pero, por primera vez desde que habíamos llegado a los Sundarbans, no vimos ni rastro de un mamífero durante las dos horas que duró el viaje.

El guarda permaneció toda la tarde con su antiguo rifle de fabricación rusa en ristre, como si un tigre pudiera asaltarnos en cualquier momento. Dianne y yo escrutábamos el bosque en un intento por convertir nuestros ojos en rayos X. Las costas de Bagna están repletas de frondas espinosas de *hental*. En esas zonas, la maleza es tan densa que se cree que los ciervos se quedan atrapados en los arbustos. Los patrones que se dibujan en los espacios vacíos que quedan entre las hojas de las palmeras son exactamente iguales a las rayas de un tigre.

¿Cómo puede esconderse un tigre de ciento ochenta kilos en un espacio vacío? ¿Cómo puede un bosque tan verde camuflar el naranja llameante de un tigre? Estas selvas forman una oscura galería de espejos en la que cada uno refleja lo que tiene enfrente, en la que los espacios esconden moles y el naranja se reflecta como verde, en la que la violencia parece inesperadamente bella y la belleza se torna violenta y extraña.

No vimos nada en toda la tarde y, aun así, regresamos con el corazón en un puño.

Escucha la voz de lo Absoluto: «Esta soy yo», suspira la marea arrastrada por la luna; «Esta soy yo», promete la garza blanca en vuelo; «Este soy yo», dice el sol dorado reflejado en el agua.

Como Markandeya, que vaga por el mundo ideal dentro de Visnú, puedes ver cómo la paz y la energía se perfeccionan en el reflujo de los Sundarbans. Los mangles abandonan sus hojas muertas en el agua con despreocupada alegría. Estas no se agitan ni se zarandean en el viento como las hojas otoñales en los bosques del norte, sino que se desprenden por voluntad propia y se sumergen directamente en el agua, como si esta, y no las ramas, constituyera su hogar. Y, de hecho, las hojas asumen nuevas formas de vida

en el agua, pues ahí se transforman y se reciclan como las almas de los hombres y los animales en la gran rueda de la reencarnación.

Incluso en el barro puedes contemplar la gloria de los dioses más grandes. O, por el contrario, puedes ver una orgía de cría y alimentación en las marañas y nudos de las raíces que descienden a modo de pilares, o en el fango que te devora la piel con gula del mismo modo que un glotón chupetea un hueso de pato. Y, en una barca, mientras el vaivén del agua aumenta como el deseo, el mar parece una boca abierta que siempre lame la tierra, que siempre la codicia, que siempre tiene hambre.

En este bosque de tigres colmado de espíritus, los dioses son tan cercanos como el aliento, tan ajenos como los sueños; lo que a primera vista parece obscenamente obvio, un instante después puede desaparecer o transformarse en su contrario. Contemplar estos bosques es como observarte la mano con la mirada perdida y descubrir una garra en su lugar.

Una mañana, cuando nos dirigíamos a Jamespur para comprar cocos, oímos el golpeteo de unos tambores y el sonido nasal de una flauta. En lo alto del terraplén de barro que separa el río del pueblo, descubrimos a una multitud vestida con sus mejores galas. Girindra nos contó que se celebraba una boda. Nos quedamos a ver a la pareja intercambiar los votos.

Todo el mundo parecía estar admirando a una bella mujer que llevaba un velo rojo. Su figura, alta y sinuosa, envuelta en un sari rojo y dorado, se contoneaba de manera seductora al son de la flauta. Los hombres que la rodeaban sonreían de oreja a oreja. Cuando nos aproximamos, nos fijamos en ella con más detenimiento: llevaba una gruesa capa de maquillaje rosa y los ojos delineados con kohl; la larga cabellera negra era una peluca y sus pequeños pechos redondeados eran falsos. Se trataba de un hombre disfrazado de mujer. Más tarde, de vuelta en Calcuta, Kushal me contó que probablemente fuera un eunuco. Según dijo, también se suele recurrir a los eunucos para que bendigan la otra gran celebración pública del sexo, el nacimiento de un primogénito.

Mientras el bailarín se retorcía al son de la música, la mayoría de la gente ignoraba el palanquín de un metro por metro y medio que reposaba en el suelo, aunque lo habían decorado primorosamente con flores de papel crepé, periódicos de colores y mariposas de aluminio. Miramos en el interior y allí descubrimos a la novia como la figurita que suele haber en una caja de Cracker Jack. Se notaba que llevaba mucho tiempo llorando. Ya no daba hipidos, solo le caían lágrimas. Parecía tener unos doce años.

No era guapa; tenía dientes de conejo y un cuerpo cuadrado que su pomposo vestido rosa de novia no lograba disimular; sus pulseras rojas y doradas solo servían para acentuar el grosor de sus muñecas. Pero, para la alegre congregación, su belleza residía en aquellos ojos negros vidriados por las lágrimas, el *summum* de la modestia femenina.

Que la novia bengalí llore se considera respetable: está a punto de abandonar su hogar, su pueblo y todo lo que conoce y quiere para vivir con un hombre que casi con toda seguridad no ha elegido y al que probablemente nunca haya visto. Aquí, como en la mayor parte de la India, los padres de los novios son los que conciertan el matrimonio. La intensidad de su pena refleja respeto por los deseos de sus padres. «Mañana parto hacia un nuevo país, adonde mis parientes no pueden ir —dice una canción bengalí sobre una novia, traducida por Katy Gardner al inglés en *Songs at the River's Edge*—. Me portarán en mi ataúd y llevaré una mortaja por vestido de boda».

El novio no miró en ningún momento a la niña que iba a tomar como esposa. Aquel delgado joven, de una edad apenas suficiente para que le saliera pelusilla en el bigote, parecía tan aterrorizado como ella. De pie, muy tieso, con una camisa blanca e inmaculada de cuello neru y unos pantalones de color crema, quedaba empequeñecido bajo un sombrero puntiagudo que parecía tener incrustaciones de tallas de marfil. (Luego, en una pequeña tienda de Jamespur, vimos el sombrero de boda sin adornos a la venta; estaba hecho de papel de periódico).

La novia salió del palanquín y se puso a su lado; entrelazaron los meñiques y miraron el barro a sus pies mientras les decían unas palabras en bengalí. A continuación, subieron al palanquín y, sobre los hombros de los porteadores y acompañados por los buenos deseos de la multitud allí congregada, fueron acarreados hasta la barca nupcial. Unos niños lanzaron cohetes, los tambores resonaron con fuerza entremezclados con las notas de la flauta, el motor de la barca cobró vida y la pareja y su comitiva se deslizaron por el agua como un dulce *batasha* en una hoja flotante. La novia, que seguía llorando, nos dijo adiós con la mano a Dianne y a mí. Luego nos preguntamos si habría creído que éramos dignatarias de visita que de algún modo íbamos a salvarla.

Más tarde, Dianne descubrió que alguien de la muchedumbre le había desabotonado un cierre del bolsillo de su chaleco. Si el carterista hubiera optado por abrir la cremallera de la riñonera, habría robado cientos de rupias,

algunos dólares y un pasaporte norteamericano de incalculable valor; en cambio, se había llevado su pequeño espray de autodefensa de gas pimienta. Nos imaginamos la decepción inicial del ladrón. Y luego su alarma al probar el artículo robado y descubrir lo que era, pues lo más probable es que pensara que era perfume… o espray para el aliento. Nos reímos ante aquel pequeño acto de violencia imaginario, sin duda un acto de justicia poética.

Es la violencia de los inocentes la que te roba el aliento, pues nunca te la esperas; un día vimos cómo se desplegaba a nuestros pies. Cuando Girindra nos llevaba de vuelta a casa después de pasar un día en el bosque, paró a dos barqueros y les compró unos cangrejos a cambio de dos cigarrillos de Dianne. El más viejo de los dos hombres, tocado con un *gamcha* y con los pies arrugados y callosos como los de un elefante, escogió dos cangrejos verdosos y gordos de una masa de pinzas que no paraban de hacer molinillos en el barreño de aluminio casi plano que había en la bodega oscura de la pequeña embarcación. Los puso en la cubierta del *Mabisaka*. «Señor y señora cangrejo», anunció Girindra; lo sabía porque una vez había trabajado como pescador de estos crustáceos.

De pronto, el macho agarró a la hembra por el apéndice del ojo y se lo arrancó. Con la otra pinza le estrujó el caparazón de la cabeza. Al mismo tiempo, la hembra, con las pinzas a modo de alicates, le descoyuntó la extremidad al macho, que seguía con el apéndice del ojo aún aferrado en su quitinoso puño. Entonces el amable Girindra, al ver que nuestro aperitivo de la tarde estaba a punto de evaporarse, cogió a los cangrejos, les arrancó las pinzas y las patas y los echó, aún vivos, en el cubo del agua.

Escucha la voz de lo Absoluto: «Este soy yo».

Regresábamos a Sajnekhali, a la espera de que la puesta de sol se desplegara por el cielo, cuando vimos al tigre.

Habíamos pasado el día entero en el *Mabisaka* explorando los canales. Habíamos visto un cocodrilo especialmente grande, tal vez de seis metros y medio de largo. Habíamos divisado jabalíes y ciervos. Habíamos pasado varios postes que marcaban algún accidente con un tigre. Una vez más, Girindra había intentado contarme lo que había ocurrido allí y, una vez más, habíamos concluido nuestra frustrante conversación pidiéndonos disculpas el uno al otro:

—Sentir mucho mi inglés no bueno.

—Sentir mucho mi bengalí no bueno.

—Yo muy triste.

—Yo muy triste también.

Dianne había pasado gran parte del día tratando de fotografiar martines pescadores. No se cansan de jugar al pillapilla con los barcos; uno se arranca desde la percha donde está posado, recorre zumbando el río como una flecha turquesa y blanca, se posa en una rama, espera a que la barca llegue hasta allí y sale volando otra vez. «¡Atraparé a ese cabroncete!», juraba Dianne soltando la típica risotada de pirata. Acto seguido, entornaba los ojos para mirar por la lente, encogía piernas y codos en la cubierta… y el obturador emitía un *clic* justo cuando el pájaro volvía a abandonar su percha.

Ese día Girindra nos cocinó un poco de pescado al curri para almorzar. Un poco más tarde, hirvió un paquete de Maritime Pasta Supreme liofilizada —un capricho que me había traído de Estados Unidos— en su fogón de arcilla como aperitivo. A Sonaton no le gustó, pero, una vez que Girindra le añadió chiles verdes, dijo que el plato estaba «muy bueno».

Girindra solía comer con la mano, un acto de gracia a la vez mundano y extraño, una auténtica danza de los dedos y la palma. Recordé la primera vez que había visto a nuestra amiga Hasna comer así: mojaba la yema del índice en sal y luego, con el dedo doblado hacia dentro, le daba un ligero toque al curri; a continuación, presionando la comida en la palma con el pulgar y el resto de los dedos, aplastaba el pescado, el arroz y el *dal* hasta que la mano entera, e incluso sus anillos de oro, brillaban a causa de la grasa. Hasna nos explicó que comer con la mano enriquece la experiencia sensorial de la comida. «A un bengalí no se le ocurriría en la vida comer un plato tradicional con cuchillo y tenedor —nos contó—. No sabría igual». Girindra debió de seguir ese razonamiento con la Maritime Pasta Supreme: para que la experiencia de probar por primera vez la comida «americana» fuera completa, se la comió con la cuchara que había utilizado para remover el *dal*.

Después del almuerzo nos relajamos. Dianne guardó su teleobjetivo y Girindra lavó los platos. Dianne y yo nos sentamos en el banco blanco de la cubierta de proa del *Mabisaka* a contemplar cómo se desvanecía la luz de la tarde y a esperar a que el sol se fundiera con el agua. Doblamos un meandro del río.

Sonaton fue el primero en ver al tigre. Lo señaló con un gesto brusco del brazo mientras gritaba su nombre con la misma vehemencia con que una persona en una casa en llamas gritaría «¡Fuego!». «*¡Bag!*», chilló, y luego, por deferencia a nosotras, «¡Tigre!».

Durante un segundo nos pareció una roca: un objeto redondeado y ensombrecido en mitad del río, de cuarenta metros de ancho, bordeado por un anillo de espuma blanca. Pero la roca se movía. La roca era una cabeza —la cara de un tigre— y el tigre atravesaba el río a nado en ángulo recto en dirección al *Mabisaka*.

Tenía el cuerpo tan empapado que parecía negro en el agua. Pero la cabeza, de imposibles colores llameantes, como carbón y nubes, estaba seca. ¿Cómo podía una criatura tener aquel aspecto? Parecía inauditamente grande, inauditamente poderoso; parecía tener al menos tres metros de largo. El tigre no nos miraba. Para él no éramos nada; lo único que le importaba era cruzar el río y alcanzar lo que fuera que hubiera llamado su atención al otro lado.

Le vimos los puntos blancos detrás de las orejas. Diez segundos después de haberlo avistado, llegó a la orilla. Repechó por el barro; el agua le escurrió por el pelaje, por su larga cola curvada; y se adentró en el bosque.

Había estado esperando aquel momento, aquel milagro, cada día. Había esperado que los Sundarbans se me revelaran, como un dios en una visión, en la forma de un tigre.

Pero la magia del tigre era tan impenetrable como el propio bosque. El animal tardó menos de dos segundos en salir del río y desaparecer. Se fundió con la maraña de mangles sin sacudirse el agua, sin hacer crujir una hoja, sin doblar una rama. El tigre, ingrávido y etéreo, invisible como el aliento, se evaporó en el bosque.

7
EL RASTREADOR DE TIGRES

Muchos investigadores, incluidos algunos que conocen muy bien a los tigres, creerían que los de los Sundarbans no son reales.

Por supuesto, nadie niega que haya tigres allí, con tantas huellas estampadas por doquier en la arena y el barro. Pero ¿tigres que persiguen a nado a los barcos para apresar a sus tripulantes? ¿Tigres que vuelan por el aire? ¿Tigres que duplican su tamaño ante los ojos de los hombres? ¿Dioses tigre a los que hay que apaciguar con plegarias e incienso? Esos son los tigres que conocen los habitantes de los Sundarbans, aunque la ciencia occidental afirme que tales seres no existen, que son un imposible. ¿Cómo va a saltar un tigre desde las aguas profundas y alzarse hasta la cubierta de un barco? ¿Cómo va a sobrevivir un gran mamífero a base de agua salada? ¿Cómo un animal que puede llegar a pesar más de doscientos kilos se va a subir a una barca de madera de tres metros de largo sin alertar a toda la tripulación? Es tan inverosímil como materializarse a partir de la nada.

Sin embargo, hasta las fuentes más fidedignas afirman que los tigres de los Sundarbans no se comportan como los tigres bien estudiados por los principales centros de investigación.

Los estudios de George Schaller en Kanha y el proyecto del Instituto Smithsoniano en Chitwan confirman que los tigres suelen cazar de noche. La prueba palpable de que los tigres evolucionaron como cazadores nocturnos es el *tapetum lucidum*, esos cristales que captan la luz desde la retina y hacen que sus ojos dorados se vuelvan de un verde brillante a la luz de la luna o rojos a la luz de una antorcha. Se considera que la visión diurna de un tigre es tan buena como la de un ser humano, pero, por la noche, cuando los ciervos están más activos, los ojos del felino son seis veces más agudos que los nuestros.

Con el calor y el resplandor del día, los tigres prefieren descansar, sobre todo si la caza nocturna ha sido productiva. A menudo «descansan» ocultos junto a la presa a medio roer de la noche anterior. Los investigadores de Chitwan descubrieron que, durante la estación calurosa (de marzo a mayo), si encontraban un ejemplar a media mañana, este se hallaba en el mismo sitio entre una y seis horas más tarde en el ochenta y dos por ciento de los casos. Incluso en la estación fría, cuando los tigres están más activos, los investigadores podían contar con encontrar a un ejemplar en la misma ubicación entre una y seis horas más tarde en más de la mitad de las ocasiones.

En cambio, los tigres de los Sundarbans cazan tanto de día como de noche. De hecho, parece que prefieren cazar a la gente de día. Cuando Kalyan Chakrabarti hizo una estimación de las muertes humanas perpetradas por los tigres de la zona, descubrió que el ochenta por ciento de los casos referidos se produjeron durante las horas diurnas.

Los pescadores, los guías y los guardabosques dicen que la hora del día les importa muy poco a las criaturas de los Sundarbans, que lo que les importa es el agua. Las mareas bajas esparcen las ofrendas acuáticas por el fango como si de un banquete se tratara, atrayendo a los chítales, a los monos, a los jabalíes, a los gallos salvajes e incluso a los varanos, que se acercan a curiosear. Ese es el mejor momento para ver a los animales endémicos, y nadie lo sabe mejor que los tigres. Por eso cazan según las mareas, sin importarles la noche o el día.

Todos los tigres saben nadar, y les encanta el agua; en la estación calurosa, los tigres tropicales suelen descansar en la frescura de los arroyos. Pero los tigres de los Sundarbans se encuentran tan a gusto en la tierra como en el agua. Se los considera totalmente *anfibios*: el término reaparece una y otra vez en la escasa literatura científica que existe al respecto.

Muchos animales que normalmente se consideran terrestres aquí nadan. Los varanos, parientes del dragón de Komodo, son excelentes nadadores y a primera vista puede confundírselos con cocodrilos. Los ciervos nadan. Los jabalíes nadan. Hasta los monos lo hacen. Suele decirse que los simios no saben nadar —ni siquiera los orangutanes, nuestros primos de pelo naranja, que a menudo vadean los pantanos de Indonesia—, pero durante los primeros días que pasamos con Girindra vimos un macaco Rhesus cruzando a estilo «perrito» uno de los canales, una imagen tan extraña que ni Dianne ni yo llegamos a imaginar siquiera que fuera un mono hasta que el barco estuvo prácticamente encima de la criatura.

Los tigres de los Sundarbans son nadadores fuertes y rápidos. Rathin me contó que una vez había cronometrado a uno que recorrió quinientos metros a contracorriente en siete minutos y dieciocho segundos. Tumbado boca abajo en la proa de la embarcación, con la cara y la cámara colgando sobre el animal, le había ordenado a la lancha que lo rodeara y dijo que el tigre se había erguido desde el agua para rugirle y bufarle. Rathin afirma que la cola del tigre de los Sundarbans es más musculosa y gruesa por la base que la de los demás tigres, y que la usan para nadar, moviéndola sinuosamente de lado a lado a la manera de los cocodrilos.

Puede que estos tigres incluso cacen en el agua. Nadie lo sabe. No obstante, les encanta el pescado, y sus heces a veces brillan con escamas plateadas. Hasta podrían cazar desde la orilla, como hacen los gatos de los Sundarbans, que abaten a los peces desde el agua con sus curiosas garras no retráctiles.

Los tigres de los Sundarbans quizá se diferencian también de los demás tigres por el modo en que se sienten con respecto al territorio. Tanto Schaller como Mel Sunquist, del Instituto Smithsoniano, descubrieron que los tigres que habían estudiado poseían una característica clara: en palabras de los científicos, mantenían «un sistema de propiedad de la tierra basado en la prioridad». Los ejemplares de sus estudios, sin excepción, observaban esta regla: la ocupación confiere derechos a una zona, y esos derechos son respetados por todos durante años, o incluso durante toda la vida del residente. En los enclaves donde se realizaron tales estudios, el hábitat de cada tigre o tigresa no es compartido por otros adultos del mismo sexo, aunque el territorio de un tigre pueda superponerse al de entre tres y seis tigresas. Las crias femeninas pueden heredar el de su madre.

Los tigres residentes no defienden ni vigilan su tierra como tal, según demostraron los estudios de Kanha y Chitwan, sino que emplean buena parte de su tiempo y esfuerzo en advertir de su presencia: graban profundas marcas con las zarpas en la corteza de los árboles; dejan pulcras pilas de excrementos en lugares prominentes, como un camino; o levantan mucho la cola y esparcen su orín hacia atrás sobre el tronco de los árboles o un alto penacho de hierba. David Smith asegura que su olor se asemeja al de las palomitas con mantequilla. Schaller aprendió a detectarlo incluso tres meses después de que el animal hubiera orinado, aunque los tigres residentes procuran renovarlo cada pocas semanas.

Si un territorio no se frecuenta durante un mes, otros tigres lo consideran vacío y pueden instalarse en él. Por esta razón, un residente suele visitar la

mayor parte de su hábitat cada pocos días o cada dos semanas como mucho. Estos desplazamientos, enfatizaba Sunquist, no son siempre expediciones de caza: los tigres incluyen en sus dominios zonas «no productivas», como los bosques de *salas*, donde no suelen encontrar carne. Los tigres utilizan estas áreas como zonas neutrales entre su propia tierra y la de otros residentes, y como corredores de acceso a otras partes de su territorio.

Se han documentado sistemas de propiedad de la tierra similares en los pumas, los jaguares, los leopardos, los gatos monteses y los linces, todos los cuales, como el tigre, pasan la mayor parte de su tiempo a solas, aunque son plenamente conscientes de la identidad y actividad de sus vecinos.

Sin embargo, los territorios de los tigres de los Sundarbans, si es que existen, tal vez se rijan de una manera completamente distinta. Más o menos la mitad de los mismos se encuentra bajo el agua. ¿Puede un felino anfibio poseer agua en la misma medida que tierra? Si es así, ¿cómo reclama su propiedad? Sobre esto no sabemos nada.

Algunos de los expertos de la Reserva del Tigre de los Sundarbans están convencidos de que estos tigres no marcan ningún territorio. Pranabesh Sanyal señala que, en una buena proporción de las tierras que rondan, las mareas barrerían a diario el olor y las heces que usan para marcar su territorio. Otros, como Kalyan, afirman lo contrario. Dice que se preocupan de marcar solo aquellas zonas que saben que no van a inundarse por la marea. Y hay quien lleva esta postura al límite: el hecho de que el agua limpie continuamente sus marcas olorosas podría acentuar la extraordinaria agresividad que derrochan con los intrusos.

«Los Sundarbans son un lugar peculiar, un hábitat muy poco apropiado para los tigres», indica Peter Jackson, especialista en felinos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, la UICN. En 1986 visitó la zona para grabar un documental de la BBC. Solo vio a un tigre, que se acercó a beber al abrevadero de la torre de vigilancia al anochecer, pero cuenta que estos animales parecen distintos de muchos de los que ha visto en otras partes de la India o de Asia. «Es obvio que estos tigres están separados de los de otros hábitats por la destrucción de los bosques que se lleva produciendo en la zona desde hace tantísimos años». Al evolucionar de manera aislada, puede que este grupo haya establecido o preservado un sistema de conducta —una cultura— distinto del resto de sus congéneres sobre la faz de la Tierra.

Pero nadie lo sabe. Nunca se han llevado a cabo estudios formales a largo plazo. Nadie sabe hasta dónde se extienden sus territorios. Nadie sabe cuánto

viven. Nadie sabe cuántos hay. Pues los métodos que tan buenos resultados han dado a la ciencia en Kanha y Chitwan simplemente no pueden aplicarse en los Sundarbans.

Cuando planeaba mi primer viaje a la zona, le pedí a George Schaller que me diera su opinión sobre el lugar. Él había pasado allí tres días como parte de un breve estudio comparativo con el que pretendía completar los datos que había obtenido en Kanha, y lo había rechazado en el acto como punto de estudio, pues le pareció demasiado boscoso para avistar tigres y, peor aún, para seguirlos. «No vayas —me aconsejó, arrugando la nariz y el ceño—. No verás tigres en los Sundarbans. Si quieres verlos, ve a Kahna».

Y eso hice. Poco después de llegar a Calcuta, y antes de nuestro viaje a la parte india de los Sundarbans, Dianne y yo viajamos al lugar que abarcaba el importante estudio de Schalíer: una gran extensión verde y dorada llena de bosques de *sala* y bambú, altos pastizales, profundos barrancos y pequeñas colinas situadas en el centro de la India. Aquella era la India idílica y salvaje que vemos a menudo en los documentales; Belinda Wright filmó allí la mayor parte de su documental *Land of the Tiger*, ganador de un Emmy. Los chítales se reúnen en manadas, los sambares de trescientos kilos adornan sus cornamentas con hojas de *sala* y los periquitos verde chillón, llamados líricamente «de cabezas floridas», surcan el cielo.

Caminando por los prados y las carreteras forestales o vigilando desde su Land Rover, Schalíer a veces podía observar a los tigres durante media hora, o algo más si el animal estaba sobre una presa. Esta proporciona la oportunidad de socializar a los felinos solitarios, y a veces Schalíer veía cómo dos familias —tíos tigresas y sus cachorros— compartían una comida. En otras ocasiones ponía a un animal vivo como cebo mientras esperaba en un escondrijo. Una noche fue testigo de cómo una tigresa enseñaba a sus crías a matar a un búfalo atado.

En la India ya no se ponen cebos para atraer a los tigres con el fin de observarlos. Sin embargo, hoy es fácil ver un tigre en Kanha. Protegidos por decreto nacional y condicionados por décadas de turismo, los tigres de Kanha desconfían mucho menos de las personas que en los tiempos de Schaller. Cada día temprano, el personal del parque, subido a lomos de elefantes que han recibido un adiestramiento especial, los localiza y vuelve a media mañana para reunirse con los turistas que esperan en el centro de información. En el

transcurso de dos días, Dianne y yo vimos a una tigresa con su cría de un año y a un tigre tumbado con su presa.

A pesar de su gran volumen, los elefantes parecen flotar por el bosque como si fueran nubes. (Según la mitología hindú, hubo un tiempo en que los elefantes tenían alas y, como las nubes, vagaban libres por el cielo; de hecho, existe la creencia de que los elefantes blancos son capaces de producir nubes). Debido a la estructura de los huesos de sus patas, caminan de puntillas; sus huellas pueden ser menos profundas que las de un tigre. Con sus pasos cuidadosos y superficiales, inspiran a sus pasajeros veneración y silencio. La mañana que avistamos al tigre con su presa —un chital cuya paletilla ya se había comido—, veintidós automóviles llenos de turistas aguardaban en silencio detrás de los elefantes. El cornaca le dio varios golpecitos en la cabeza al animal con los pies descalzos para indicarle que se moviera y facilitar la obtención de diversos ángulos con la cámara. Las fotos se sucedieron en ráfagas, pero nadie habló. El tigre nos miró con sus ojos dorados, tranquilo e impasible como una estatua.

Durante siglos, los *rajputs*, los mogoles y después los *shikaris* británicos cazaron tigres a lomos de los elefantes, disfrutando así tanto de una relativa seguridad como de una buena atalaya desde la que buscar a las presas. Los elefantes han demostrado ser igualmente prácticos para la ciencia. Los investigadores del Instituto Smithsoniano utilizaban elefantes amaestrados para ahuyentar a los tigres de sus presas y orientarlos hacia los árboles, donde había hombres apostados con pistolas de dardos. Después de disparar al tigre en cuestión, lo pesaban y medían, lo examinaban por si presentaba alguna herida y le quitaban las garrapatas. A continuación, medían los colmillos y le arrancaban un incisivo, que seccionaban para determinar la edad del animal. Entre cinco y siete horas más tarde, el tigre se despertaba con un tatuaje y un collar radiotransmisor. A partir de entonces, los investigadores pueden seguir a aquel individuo en concreto y rastrear sus movimientos, ya sea desde el lomo de un elefante, un Land Rover, una avioneta o a pie. El investigador, provisto de una antena manual, escuchando el chisporroteo de las señales de radio por los auriculares, anota la dirección de la que procede el sonido más alto. Desde otro punto, se anota una segunda dirección y, allí donde las líneas se cruzan, se localiza al tigre.

Sin embargo, este método no puede aplicarse en los Sundarbans. Los elefantes no pueden usarse. (No hay modo de transportarlos y, aunque hubo rinocerontes en su día, no se tiene constancia de que haya habido alguna vez elefantes salvajes en la zona). Tampoco pueden utilizarse los todoterrenos, ya

que no hay carreteras. Ni es posible la radiotelemetría: solo funciona en terrenos abiertos, como los prados de Kanha o los *terais* de hierbas altas de Chitwan. Los árboles bloquean la señal.

La única herramienta al uso que pueden emplear los investigadores en los Sundarbans es la pistola de dardos tranquilizantes. Y, aun así, la técnica no da el mismo resultado que en otros lugares de estudio.

Durante su primer año en la zona, al director de la reserva, Pranabesh Sanyal, lo llamaron para que tranquilizara a una tigresa que había entrado en el establo de un pueblo. Cuando Dianne y yo lo visitamos en la Reserva del Tigre de Buza, una plantación forestal de teca y *sala* de la que ahora es director, tomamos el té en el porche de uno de los búngalos mientras nos contaba la historia a la luz de un farol: «Preguntamos a la gente y nos enteramos de que la mañana anterior, cuando el vaquero estaba a punto de dejar salir a las vacas, se encontró a una tigresa dentro del establo. ¡El chico cerró la puerta con llave y salió pitando! Los aldeanos nos mandaron llamar desde Gosaba, que tiene un teléfono y comunicación directa con Canning».

Pranabesh recibió la llamada a las seis de la tarde; a las diez ya había llegado al pueblo de Uttarbanga y recorrido el medio kilómetro de camino chapoteando por el fango en mitad de la oscuridad. Efectivamente, la tigresa seguía en el establo.

«Aquella noche nos topamos con una circunstancia muy peculiar —continuó—. Lo normal es que, para tranquilizar a un tigre, utilicemos cinco mililitros de Ketaset, pero con la primera dosis no se produjo ninguna reacción, por lo que usamos otros cinco. Como tampoco hubo ningún efecto, nos asustamos. ¡Se habían congregado unas mil personas y la tigresa seguía intentando salir del ^tablo! Probamos con diez mililitros más… veinte en total. Pero no hubo ningún resultado».

Nadie parecía saber qué hacer. Entonces, el barquero del director dio un paso adelante. Se llamaba Ben Behari, Caminante de la Jungla. «En ese momento, mientras la tigresa pugnaba por escapar —prosiguió Pranabesh—, cogió un palito de bambú, fino y largo, y le dio tres golpecitos en el hocico». Con ello, la tigresa se tumbó.

Le pregunté cómo sabía Ben Behari lo que tenía que hacer. ¿Sabía al menos por qué había surtido efecto? ¿Era una especie de chamán? Pranabesh movió la cabeza de lado a lado de ese modo típicamente oriental que no es exactamente una negación ni un asentimiento y que tanto confunde a los occidentales. «No sé cómo se le ocurrió, pero funcionó», me dijo.

Después, Ben Behari le colocó a la tigresa en la boca, con su propia mano, una pastilla de Valium de cinco miligramos y le cerró los párpados. Los hombres la cargaron en una jaula y fue transportada al zoológico de Calcuta, donde la bautizaron como Sundari.

¿Cómo se estudia a un animal al que no se puede ver? ¿Cómo se organiza a una población invisible?

La mayor parte del tiempo, los tigres de los Sundarbans no se dejan ver. Igual que uno no ve a los dioses ni el viento, pero percibe las huellas que dejan a su paso. Durante muchos años, el Departamento Forestal de Bengala Occidental tuvo que guiarse por eso: para intentar trazar los contornos del enigma del tigre, los hombres buscaban marcas en el barro.

Hasta 2007, el censo de los tigres, llevado a cabo sin excepción cada dos años en las veintiuna reservas indias, se basaba en la premisa de que cada huella de tigre se consideraba tan particular como la huella dactilar de un hombre. Los *shikaris* usaban este método para rastrear a los devoradores de hombres. Los expertos en tigres de la India expandieron la idea y desarrollaron un modo de identificar y contar a cada individuo. A partir de estas huellas, los oficiales indios, como los quirománticos, intentaron trazar el destino de los tigres de la nación desde la creación de la red de reservas de tigres en 1972.

Casi la totalidad de las ciento treinta personas que trabajaban en la Reserva del Tigre de los Sundarbans indios —oficiales, guardabosques, cocineros y ordenanzas— participaban en el censo. Viajaban en lanchas de treinta metros de eslora como el *Monorama*, con su potente motor de cuarenta caballos, su alta antena de radio parecida a un látigo y su lavabo de porcelana; a ratos usaban barcos más pequeños como el *J’ai Guru*, propulsado por generadores multiusos de diez caballos; también utilizaban botes hinchables y motoras; incluso las dieciocho casas flotantes del Departamento Forestal, en las que vivían, muy a su pesar, los vigilantes, se veían obligadas a zarpar.

La alegría flotaba en el aire cuando los censistas y su personal de apoyo partían hacia los treinta y siete campamentos de recogida de datos donde trabajarían durante seis días. Se reclutó a unos cien voluntarios para ayudar a contar los tigres y se contrató a barqueros adicionales procedentes de los pueblos locales para trasladar a los doscientos cincuenta censistas a sus puestos de trabajo. A bordo de los barcos cada noche se libraban partidas de cartas a la luz de un farol, corría el licor del país y se desataban las risas.

Cada equipo de cinco o seis censistas desembarcaba con la marea menguante, cuando la mayor franja de tierra quedaba expuesta. Todos iban pertrechados con dos platinas rectangulares de cristal de veinte por veinticinco centímetros atornilladas por las esquinas, un rotulador, un flexómetro, papel y dos gomas elásticas. Aquello conformaba el Rastreador de Tigres, con el que intentarían identificar a todos y cada uno de los tigres invisibles de los dos mil seiscientos kilómetros cuadrados que conforman la reserva.

Siete meses después de que se llevara a cabo el censo de diciembre de 1992, el Departamento Forestal remitió las cifras al ministro de Medioambiente. Se contaban doscientos cincuenta y un tigres en los Sundarbans indios. De las seiscientas trece huellas recopiladas, noventa y dos pertenecían a tigres, ciento treinta y dos a tigresas y veintisiete a crías.

Durante años, se consideró que estas cifras eran tan precisas que incluso la más mínima variación en ellas se analizaba minuciosamente. Comparado con las cifras recabadas dos años antes, el censo de 1992 ponía de manifiesto una pérdida de dieciocho individuos. «Solo quedan doscientos cincuenta tigres en los Sundarbans», rezaba el titular del *Calcutta Telegraph*. (El artículo también decía que el recuento de tigres ascendía a doscientos noventa y cinco en 1988 y tan solo a ciento noventa y seis en 1990: un descenso que debería de haber generado una alarma mucho mayor. Las cifras oficiales del Departamento Forestal eran en realidad doscientos sesenta y cinco en 1988 y doscientos sesenta y nueve en 1990). Pero Rathin, que por aquel entonces ya llevaba dieciséis años al servicio del Gobierno, estaba preparado para ello. El informe que elaboró para el ministerio aseguraba que el susodicho descenso era tan solo fruto de una estimación previa menos fiable. «En cambio, esta estimación posee un aura de autenticidad incuestionable», escribió.

En el polvo seco de los caminos de tierra uno puede aprender en pocas horas a diferenciar el sexo de un tigre que acaba de pasar por allí: la huella de las garras traseras del macho es más cuadrada que la de la hembra; y sus cuatro dedos son más cortos y romos. En parques como Kanha y Ranthambore, las huellas recientes están impresas en la tierra de los caminos con la precisión que un detective desearía encontrar al buscar huellas dactilares. (Parece ser que a los tigres les gusta viajar por los senderos). A menudo hay otras características que ayudan a distinguir las huellas de un individuo de las de otro. En Chitwan, las huellas distintivas de una tigresa le valieron el apelativo de Chuchchi o Dedos Apuntados. La forma de los tres lóbulos de la almohadilla de la garra quizá sea también única. El punto de

unión entre los lóbulos forma dos pequeños valles cónicos en la almohadilla que dejan crestas en la tierra. Una huella buena y clara en el polvo ligero ha de mostrar en su línea final unas puntas de estas crestas muy bien definidas.

En mi segundo viaje a la India conocí a Raghu Chundawat, un instructor del prestigioso Instituto de la Vida Salvaje de la India que enseñaba la técnica del Rastreador de Tigres al personal de los parques de todo el país. Conocí a Raghu en Ranthambore, una espectacular reserva de tigres en Rajastán concentrada en torno a las ruinas de una fortaleza milenaria y engalanada de lagos. El joven profesor con bigote estaba enseñando a los investigadores del parque los elementos esenciales para identificar las huellas de un individuo.

«Debéis tratar las huellas con sumo cuidado —les aconsejó mientras se inclinaba sobre una de cuatro dedos impresa en la tierra—. Solo valdrán las que estén perfectas». Hizo hincapié en cómo había que fijar el cristal Rastreador de Tigres justo en lo alto de la marca. Hay que colocar los ojos y el rotulador directamente en la parte que vas a trazar; de lo contrario, un error de paralaje distorsionará por completo el contorno. No se deben olvidar la luz y las sombras. Y prestar particular atención al dibujar el borde plano de la parte superior de la garra, los lóbulos y las puntas de los dedos.

En realidad, había más de una docena de «parámetros» considerados «diagnósticos» de una huella individual, pero cualquiera de ellos podía distorsionarse con el más mínimo fallo. Un grano de gravilla en la planta podía provocar que una huella se torciera o se quebrara. La tierra húmeda sin duda la agrandaría con creces; las marcas de las uñas que dejaba el felino cuando intentaba agarrarse a un terreno resbaladizo las distorsionarían todavía más. «Por ejemplo —continuó—~, esta de aquí —una mucho más pequeña que las que discurrían en dirección contraria por la carretera y que habíamos identificado como pertenecientes a un tigre adulto— ¿es de una hembra o de una cría?», preguntó. La marca del talón parecía indicar que el animal tenía algún problema en la pata que hacía que cargara más peso en la parte exterior del talón, pero, conforme la seguimos, vimos que aquello no era coherente.

«Este tipo de individuos crea confusión», explicó, dibujando la huella en un papel. Así que le pregunté cómo era posible aclararse, cómo podíamos identificar a un individuo concreto si las huellas no eran coherentes. «Ahí reside el arte», respondió.

Incluso en condiciones ideales, es difícil leer las sutilezas de las garras de un tigre. A un paso normal sobre tierra firme, el animal coloca la pata trasera exactamente donde la delantera del mismo lado acaba de estamparse, creando una doble huella. Cuando Harsh Vardan y T. K. Bapna rastrearon a los tigres

de Ranthambore, aseguraron que un tigre «puede dejar huellas de diferente tamaño y estilo según el talante con el que camine, para cazar una presa o para esconderse».

¿La técnica del Rastreador de Tigres era lo suficientemente fiable para proporcionar un recuento exacto de individuos? Muchos investigadores llevan tiempo dudándolo. El equipo de investigación del Instituto Smithsoniano en Chitwan concluyó que «normalmente no era posible atribuir huellas a individuos específicos salvo en casos [como el de Chuchchi] en los que el animal presentara un patrón de huella inusual». A menudo, aunque la radiotelemetría les indicara que había algún tigre en los alrededores, no hallaban huellas del animal. De modo que el método ya no se utilizó en el censo nacional de 2007.

Incluso antes, en muchos parques de la India, los oficiales empleaban el Rastreador de Tigres solo como complemento de otros métodos. Los investigadores daban por hecho que, cada tres días completos en la estación seca, todos los tigres de una reserva en particular acudían a beber a un abrevadero. En algunos parques, como Kanha y Ranthambore, aseguraron distinguir a cada uno de los tigres que veían por las rayas de sus mejillas.

Pero en los Sundarbans los censistas solo confían en las huellas. Y, en el cieno blando y fangoso, la mayoría de ellas parecen meros agujeros informes.

Los Sundarbans se resisten al escrutinio de los científicos. Como guardianes de un mundo subterráneo, los cocodrilos pueden salir dando tumbos del agua y atraparte; los tigres se abalanzan sobre ti desde tierra o agua; y, mientras vadeas hacia la orilla desde una barca, quizá te veas sorprendido por el ataque de unos tiburones. Aquí hay seis especies de tiburones, incluyendo unos muy agresivos que miden cinco metros y medio. Hay serpientes letales, entre las que se encuentran aquellas más temidas por los occidentales: el krait rayado y la víbora de Russell. Aunque los autóctonos conocen otras que son igual de peligrosas: la *shutanuli* verduzca, que se deja caer desde los árboles y te pica en la cabeza con la lengua, y la *kalash*, que se te mete en la cama por la noche. Y, en los ríos, existen víboras que tienen colas con forma de paletas cuyo veneno es entre diez y cuarenta veces más potente que el de la cobra.

En cualquier época del año, pero especialmente entre agosto y noviembre, los ciclones suelen barrer las costas. Se han registrado vientos de ciento ochenta kilómetros por hora. Los animales pequeños son arrastrados varios kilómetros y, los días posteriores a uno de estos huracanes, los cuerpos

hinchados de las víctimas humanas se concentran en los muelles. Son tan numerosos que el personal de los bosques tiene que apartarlos con cañas de bambú para que se los lleve la corriente.

En noviembre de 1988 se desató un ciclón justo cuando llegaban los barcos para el censo de los tigres. Una enorme lancha del Departamento Forestal, el *Rangabilia*, se hundió, y su tripulación se ahogó. Se contrató a un equipo de buceadores de Madrás para buscar el pecio, pero nunca lo encontraron. El barro del fondo del río era tan blando y suelto como las arenas movedizas. Los Sundarbans se tragan a sus víctimas enteras.

Los peligros más sutiles son los que ocasionan más daños. Rathin me contó que un porcentaje extraordinariamente grande de su personal se ha quedado ciego. Un médico le informó de que cierto tipo de mosca que habita en la zona se siente atraída por el ojo humano. «¡Imagínate! ¡Se te cuela dentro en un pispás y pone sus huevos!», me advirtió. Al cabo de quince años, sus huevos eclosionan y «ya no hay nada que hacer».

Las aguas están plagadas de enfermedades. El Departamento Forestal obtiene agua potable de unos depósitos ubicados cerca de Canning… un poco fangosa y salada, pero potable. Sin embargo, el agua del río puede hacerte enfermar aunque no la bebas. Cuando visitamos la parte bangladesí de los Sundarbans, una mujer francesa con la que viajábamos, cuyo marido trabajaba en Daca para el Banco Mundial, metió el dedo en el agua del río y se lo llevó a la boca para comprobar lo salada que estaba; seis horas más tarde, cuando se encontraba sentada en un coche dentro del ferri que nos conducía a Bagerhat, se vio aquejada por una diarrea tan fuerte que le caló el vestido y pringó todo el asiento trasero. Tuvimos que inyectarle antibióticos en el acto; de no habernos encontrado en nuestro viaje de vuelta de los Sundarbans cuando cayó enferma, podría haber muerto.

El Departamento Forestal de Bengala Occidental carece del dinero y de los medios necesarios para hacer frente a estos peligros cotidianos al estilo de la ciencia occidental. Este es uno de los estados más pobres de la India y los recursos del Departamento son increíblemente escasos. Aunque se trata de una de las zonas más infestadas de serpientes del planeta, el Departamento solo dispone de una jeringa con suero antiviperino polivalente. E incluso puede que el suero esté caducado. Los antídotos contra el veneno deben mantenerse refrigerados, así que no pueden llevarse en los barcos del Departamento Forestal; tan solo la comisaría de policía de Gosaba cuenta con un frigorífico, que funciona con queroseno. Con que se quedase sin combustible un solo día, el suero que contiene se echaría a perder.

Comprensiblemente, todos los artilugios de los que disponen los investigadores occidentales —ordenadores, collares con radiotransmisores, telemetría por satélite— deslumbran a los pocos investigadores bengalíes que se han aventurado a estudiar los tigres de los Sundarbans. ¿Y si pudiera emplearse la tecnología occidental para estudiar las vidas de esos tigres? Kalyan, que posee un doctorado en Ecología y un máster en Estadística, lleva haciéndose esta pregunta desde que visitó Bristol, Inglaterra, con una beca de investigación en 1986.

«¡En el Reino Unido me explicaron que hasta los procesos mentales pueden deducirse por medio de un ordenador! —nos dijo a Dianne y a mí cuando nos visitó en el club Tollygunge—. Ante una persona buena y un criminal, ¡puedes averiguar quién es el criminal por las señales de su cerebro! Y, si esto es posible para un hombre, es posible para los animales. Estoy bastante seguro. Sí, estoy bastante seguro».

Escuchamos sorprendidas cómo Kalyan empezaba a resumir lo que creía que se conseguiría si las maravillas de los ordenadores y la telemetría se llevaran a los bosques de los Sundarbans: «Creo que lo que debería hacerse, si hubiera un sistema de control por radio, es ponerles a los tigres algún tipo de collar que diera una señal de sus procesos mentales —dijo, bastante excitado y muy serio—. Y también a las personas que se metan en el bosque, sus procesos mentales también deberían ser monitorizados por un ordenador. Podría desarrollarse algún tipo de sistema de control y, comparando los pensamientos de la persona y del tigre, llegaríamos a una buena conclusión para reducir las pérdidas humanas: averiguaríamos lo que piensa un tigre antes de matar a un ser humano, y lo que esa persona está pensando. Tal vez piense de una manera en particular… y, si obtenemos esa señal concreta, a lo mejor podría salvarse».

Por supuesto, eso es ciencia ficción. Nadie ha desarrollado una máquina capaz de monitorizar los pensamientos. Ni siquiera la telemetría convencional puede aplicarse en los Sundarbans porque los árboles bloquearían la señal; la humedad de los monzones estropearía cualquier ordenador y, aunque estos funcionaran en semejantes condiciones, el Departamento Forestal no podría permitírselos.

Pero el punto de vista de Kalyan es instructivo. Lo que viene a decir es que no utilizaría esas máquinas a la manera occidental, para trazar el rango de acción y los movimientos de los sujetos de estudio, sino para descubrir lo que reside en sus corazones y en sus mentes.

«La superstición y las cualidades sobrenaturales atribuidas a los tigres, por ficticias que puedan parecer, están basadas en hechos», escribieron A. B. Chaudhuri y Kalyan en el artículo que presentaron en el Simposio Internacional sobre el Tigre de 1979.

En dicho artículo informaban de aspectos de sus estudios que nunca han sido publicados en revistas científicas occidentales. Después de entrevistar a la gente local, escribieron que, con frecuencia, el tigre de los Sundarbans era capaz de resolver el problema de subirse a los barcos «despegando, suspendiéndose en el aire y aterrizando con suavidad». Establecían como una «rareza», aunque constatable a fin de cuentas, el hecho de que en las fauces del animal «el cuerpo humano casi sin vida se contrae hasta la mitad de su tamaño, permitiendo que el devorador de hombres se lo lleve con facilidad».

El mundo de los Sundarbans, incluso a ojos de estos hombres instruidos, se mantiene unido por una especie de telaraña encantada. A veces, la superficie del mar brilla con la fluorescencia de unos microorganismos marinos llamados dinoflagelados, y el bosque destella con la luz de las luciérnagas. A raíz de estos fenómenos, los dos investigadores planteaban la siguiente pregunta: «¿Obtienen los devoradores de hombres una energía o un ímpetu adicional para merodear por la noche en busca de una presa humana… debido a esa increíble bioluminiscencia?».

En los meses que siguieron, durante varias de las noches que pasé a bordo del *Monorama*, Rathin y yo nos quedábamos despiertos en la cubierta para admirar las luciérnagas y las olas luminiscentes. Nunca estábamos seguros de si el brillo plateado del agua se debía al reflejo de la luna o a los espíritus resplandecientes de aquellas pequeñas criaturas marinas. A veces veíamos puntos de luz en el bosque, pero no sabíamos si eran luciérnagas, ojos brillantes o el rocío que chispeaba bajo la luz lunar. O quizá algo completamente distinto.

«En los Sundarbans ha muerto tanta gente —me contó Rathin una noche — que dicen que sus espíritus abarrotan el bosque».

Pero él, que lleva la cruz cristiana que sus padres le regalaron colgada de un cordón de cuero al cuello, afirma que no cree en tales cosas. Él, insiste, es un hombre moderno que no cree en los espíritus. En su lugar, consulta el horóscopo en uno de esos célebres libros de la editorial Dell para ver si el día será favorable o desfavorable. Y tiene la precaución de descontar diez horas a cada predicción para salvar la diferencia horaria entre la India y Estados Unidos, donde se imprimió el libro. La idea de que los astros condicionan nuestros destinos es lógica y científica, explica, pues las estrellas y los

planetas actúan físicamente sobre los fluidos corporales de los seres humanos. «Estas fuerzas intervienen desde el momento del nacimiento y su efecto es tan real como la influencia de la luna sobre las mareas», asevera.

El personal de Rathin, en cambio, consulta a otras fuerzas más cercanas a la Tierra. Cada noche, a bordo del *Monorama*, uno de los barqueros vestidos con *lungi* introduce varitas de incienso entre los tablones de la cabecera del barco y dentro de la timonera y pronuncia sus oraciones. Cada vez que dormía en mi camarote, me conmovía descubrir que algún alma caritativa había colocado también un poco allí. Su dulce aroma elevaba una oración a los dioses, una súplica para que la expedición transcurriera con normalidad al día siguiente.

Y, cuando los censistas se reunían para efectuar el recuento de los tigres, el oficial al mando a menudo se arrodillaba para acariciar la primera huella que encontraba. Antes de colocar el Rastreador de Tigres sobre ella, se llevaba la mano derecha a la frente y luego al corazón, venerando en silencio al dios tigre.

8
LA PUJA A BONOBIBI

Una riada de gente procedente de cincuenta pueblos de los Sundarbans se dirigía hacia el santuario ubicado en Sajnekhali. Al parecer, cada pocos minutos, otra gran barcaza con motor llegaba al Centro de Interpretación del Manglar y descargaba más pasajeros: pescadores y granjeros, leñadores y comerciantes, mujeres y niños, todos vestidos con sus *kurta-panyabis* recién estrenados, sus saris más refinados, sus mejores pantalones y camisas de estilo occidental y sus *lungis* más limpios.

El santuario era un edificio sencillo de madera y chapa abierto por delante, como una caja de zapatos volcada y sin tapadera, pero elaboradamente engalanado para la ocasión. Recortes de papel de seda recubrían las paredes a modo de celosías: lotos y daturas de la buena suerte, gansos, caracolas, pavos reales y palabras en bengalí que decían *ma bonobibi*. Una gruesa cuerda de caléndulas amarillas recorría los aleros de chapa a modo de empavesado. Unos festivos adornos móviles colgaban del techo. Unas hojas frescas de platanero alfombraban el suelo.

Pero lo más impactante del santuario ese día era que todas las imágenes del interior eran nuevas: una Bonobibi más bajita y rolliza llevaba un traje de satén carmesí nuevo y una corona con incrustaciones de papel dorado y joyas de plástico. Daksin Ray, con el torso desnudo, montaba un tigre distinto, con ojos de cristal y largas zarpas blancas. Sha Jungli iba vestido con una túnica dorada nueva y su largo garrote estaba envuelto en un lazo del mismo color. Las doce figuras humanas al completo lucían una piel recién pintada del color de la doble línea amarilla de las autopistas norteamericanas.

A sus pies se amontonaban las ofrendas. En bandejas de hojas de platanero recién lavadas había montículos ingeniosamente dispuestos de arroz hervido colmados de rodajas de plátano, uvas gordas y amarillas, flores rojas

de hibisco, trozos de manzana, gajos de naranja y exquisita y blanca pulpa de coco. Unas bolsas de papel de periódico rebosaban dulces. Un platillo con una pila de monedas. Junto con estas ofrendas, algunas personas traían objetos de su hogar —a menudo un rollo de tela— que dejaban en el santuario durante la *puja* para que estuviera en compañía de los dioses. Luego lo recuperaban y se lo llevaban a casa, empapado de bendiciones.

El incienso emanaba humo. Las velas resplandecían. Las mechas de trapo se quemaban en cuencos de latón llenos de aceite de mostaza. Una mecha elaborada con papel de periódico retorcido llameaba en una botella de plástico de aceite Wesson. Todo esto lo presidía Phoni Guyan, el sacerdote de pelo cano y dientes mellados, ataviado con un chal blanco. Una cicatriz en forma de anzuelo le partía el labio superior. Hada nueve años, Daksin Ray había mandado a un tigre a por él; el animal salió de improviso del bosque, le atacó y le rastrilló la cara con las garras. Pero Phoni Guyan sobrevivió, de modo que era de todo punto apropiado que fuera él quien oficiara la *puja* ese día.

Cada mes de enero, durante el día que el calendario bengalí denomina Makara Sankranti, la historia de Bonobibi y Daksin Ray se rememora en las *pujas* que los pueblos celebran a todo lo ancho de los Sundarbans. Esta en particular, auspiciada por el Departamento Forestal, es la más elaborada. Gracias en parte a las generosas donaciones de los visitantes que se hospedan en el albergue turístico contiguo, esta *puja* ofrece el espectáculo que otras no pueden: el Departamento Forestal incluso aporta un equipo de sonido para difundir mantras a la muchedumbre. El equipo recibe la energía de una batería de coche, tan preciada que alguien la ha honrado con su propia cubierta de hojas de plátano. Los miembros del Departamento Forestal preparan la ceremonia durante semanas.

Todo el mundo se sentía excepcionalmente ansioso por complacer a los dioses ese día, pues Daksin Ray estaba enfadado. «Ayer, cuatro hombres, accidente tigre», me contó Girindra. En ese caso, sabía que «ayer» solo podía remontarse a tres semanas, pues ese era el tiempo que yo había pasado fuera. Cuando la violencia en Ayodhia al fin se hubo aplacado, Rathin había ido a recogernos a Dianne y a mí en el *Monorama* para que pudiéramos volver a Estados Unidos en Navidad. Ahora, menos de un mes después, había regresado, esta vez con mi amiga Eleanor Briggs, una fotógrafa acostumbrada a viajar allá donde las imágenes interesantes la reclamaran.

«Tigre, gira pueblo», bromeó Girindra. Ninguno de los ataques había ocurrido en un pueblo; todos se habían producido en el bosque, mientras las víctimas estaban pescando o cortando madera. Pero, según Girindra, Daksin

Ray había seleccionado a cada víctima de un poblado diferente: Dayapur, Lahripur, Ampur y Shomshenagur. Uno de los hombres, un leñador de Dayapur, el pueblo vecino al de Girindra, había sido atacado apenas cinco días antes. Estaba cortando leña en el bosque con una cuadrilla de hombres a las diez de la mañana cuando el tigre apareció y se lo llevó.

Más tarde, charlé con el agente forestal de la zona, Ranchan Muhkerjee, cuyo inglés era mejor que el de Girindra. Se mostraba reacio a hablar porque ninguna de las muertes había sido oficial: ninguna de las víctimas tenía permiso legal para estar en la zona en la que fueron halladas muertas, de modo que se suponía que el Departamento Forestal no sabía nada al respecto. Pero, por supuesto, Ranchan sabía cosas y, como su oficina contaba con una radio, sus fuentes estaban mejor informadas que las de Girindra. El número real de las últimas víctimas de tigres, según me confesó, era quince. Y a todas las habían matado en los últimos ocho días.

Me dijo que necesitaban la *puja* desesperadamente.

Eleanor y yo nos reencontramos con Girindra cerca del muelle la mañana de la *puja* temprano. Los miembros del Departamento Forestal, los alfareros, el sacerdote y el lector seguían haciendo los últimos preparativos, adornando a los ídolos apropiados con *pouler malas* parecidos a las guirnaldas hawaianas y recolocando imágenes de un lado a otro del escenario del santuario. Resultaba extraño ver deidades acarreadas de acá para allá como si fueran muebles, muebles valiosos, pero muebles al fin y al cabo. (Más tarde, de vuelta en Calcuta, la noche antes de la *puja* celebrada en honor de la diosa del conocimiento, veríamos camiones enteros repletos de Sarasvatis idénticas, todas de cara a los coches que iban detrás, con los rostros envueltos en papel de periódico para proteger los delicados rasgos de arcilla durante el trayecto). Aunque, por supuesto, las imágenes aún no eran deidades. Solo cuando el sacerdote soplaba la caracola sagrada, los dioses, si querían, aceptaban la invitación y habitaban los cuerpos de arcilla que los artistas habían elaborado con tanto mimo.

Mientras Eleanor hacía fotos, yo le pedí a Girindra que me hablara un poco más de algunos de los dioses menos conocidos.

Le señalé la imagen de un anciano de metro veinte de alto a cuya barbilla el artista aún estaba añadiendo los últimos tirabuzones de color rubio platino.

—*¿Tini ke?* —«¿Quién es?», pregunté.

Por un momento, Girindra me miró como si me hubiera caído de un guindo. Me señaló la tarjeta blanca enganchada con un alfiler a los pantalones de satén azul del ídolo, donde el nombre estaba claramente impreso en letras bengalíes.

Entonces recordó que no sabía leerlas.

—*Gazi Saheb ache*. —Pronunció aquellas palabras muy claro y muy despacio, como si le hablara a un niño.

—¿Musulmán? —le pregunté. En Bangladés había oído la palabra *gazi* aplicada a beatos, santos y maestros musulmanes.

—Musulmán, hindú —contestó Girindra, asintiendo y negando al mismo tiempo con la cabeza. Quería decir que Gazi Saheb podía ser musulmán, pero que es venerado tanto por hindúes como por musulmanes. Para tratar de aclararlo, me aclaró en inglés—: Gazi Saheb hombre *Sundarbans*.

A continuación señalé la pequeña figura de una mujer. Apoyada contra un árbol de arcilla, derramaba blancas lágrimas planas.

—¿Tini fee? —le pregunté.

—*Gulalbibi ache* —me contestó—. Madre Bonobibi.

¡La madre de Bonobibi! Pero ¿por qué estaba llorando? ¿Ella también era una diosa? Intenté enterarme, pero mi pregunta solo obtuvo por respuesta una riada incomprensible de bengalí. Casi empezó a dolerme físicamente ver lo frustrado que se sentía Girindra al no conseguir hacerse entender. De modo que me limité a preguntarle por los nombres. Unos días más tarde, cuando teníamos previsto reunirnos de nuevo con Rathin, le pediría a este que me lo explicase en inglés.

¿Y la figura de la mujer que estaba al lado de Gulalbibi? «Fulbibi», contestó Cilindra. Algunas fuentes registraban *Ubi* como sufijo derivado del urdu, pero otras aseguran que procede del persa. Y, en pueblos de mayoría musulmana, a la diosa de la viruela y del cólera se la llama Ola Bibi. En pueblos de mayoría hindú, en cambio, se la llama Ola Candi o Sítala y se la suele venerar junto con su asistente masculino, Jvasura, el demonio de la fiebre de tres ojos y piel *azul*. (También existe un dios de los forúnculos y los abscesos llamado Ghantakarna, y otro de los picores llamado Ghentu).

Junto a Fulbibi se veía la figura de un hombre con expresión abatida y las palmas de las manos abiertas hacia él mismo como si estuviera leyendo un libro invisible.

¿Su nombre?

«Ibrahim».

Con todo, al pie de las figuras con nombres persas, los fieles depositaban objetos sagrados para cada *puja* hindú: recipientes llenos de leche y mantequilla rebajada llamada *gee* para honrar a la diosa Vaca; botes de arroz, coco y plátanos que simbolizaban la abundancia; hibisco, que mostraba la pureza de los corazones de los devotos. Las velas que ardían evocaban el poder del antiguo dios sol, Surya, el creador del día y el rey de los planetas, al que se pide que presencie todas las ceremonias importantes. Tarros de agua del Ganges, fértil y curativa, contenían a la diosa viviente Gonga. Cada uno de aquellos objetos estaba profundamente arraigado en el corazón hindú.

«Ofrecemos a nuestros dioses todo aquello que es bueno y querido para nosotros —me explicó luego con tono cantarín Amarendra Nath Mondal, un maestro de Dayapur—. Imagina que eres mi invitada. Trato de hacer todo lo posible para tu disfrute. Los dioses y las diosas también son nuestros invitados, así que debemos procurar que se encuentren a gusto».

De hecho, prosiguió, para determinados tipos de dioses, los hindúes consideran el templo o el santuario doméstico como la auténtica casa de la deidad. A la figura que allí mora se la debe mimar durante todo el día para procurarle un completo bienestar. Se le debe despertar por la mañana, bañarlo, darle de comer, entretenerlo con canciones, poemas o bailes y acostarlo por la noche. Se le suele ofrecer la nuez hipnótica del betel para que la masque, tabaco para que fume y almohadones en los que reclinarse. Los sacerdotes se ocupan de la comodidad de los ídolos en los templos, pero, cuando se trata de dioses domésticos, el dueño de la casa debe llevar a cabo estos deberes.

Eleanor estaba familiarizada con estas atenciones dispensadas a los dioses. Ella explora su espiritualidad tanto en una iglesia como en un ashram hindú y se había llevado a la India una postal con la imagen de Laxmi, la diosa de cuatro brazos del éxito y la riqueza. En varias ocasiones durante nuestro viaje, sacó a Laxmi del bolso, la colocó encima de un cojín con brocados azules y le ofreció canciones y caramelos. Habíamos celebrado una *puja* en su honor de camino a la India. Junto a un estanque de kois en el aeropuerto de Singapur, le ofrecimos ositos Gummi en un intento por recuperar la conexión con un vuelo que habíamos perdido y, para mi sorpresa, funcionó. Una vez que llegamos a la India, sin embargo, nos encontramos con un problema; Eleanor me explicó que a Laxmi le gustan los sitios limpios y como, una vez que abandonamos el club Tolly, estos escasearon, no volvió a sacarla.

Todo aquello me recordaba a cuando jugaba a las muñecas, lo que, por supuesto, es jugar a ser Dios. Qué conmovedor que los dioses y las diosas quieran que les cantemos y les demos de comer, los vistamos y los bañemos, del mismo modo que una niña atiende a su muñeca, del mismo modo que una madre se preocupa por su hijo. ¿No estamos representando lo que les pedimos a nuestros dioses que hagan a cambio por nosotros?

Mientras la *puja* a Bonobibi comienza, delante de los dioses del bosque se extiende una gruesa alfombra de flores y comida, un festín de aromas y sonidos, un escenario de lujo sobre el que los dioses pueden jugar, seducidos y colmados de deleites y atenciones.

El sacerdote, que se arrodilla y hace una reverencia ante las imágenes, se pellizca las orejas y luego las aletas de la nariz. Es una forma de purificarse y de pedir perdón por los errores que pueda cometer en la *puja*, según me contó un joven estudiante universitario de Calcuta; el sacerdote imita con sus propias manos los pellizcos que una madre bengala da para regañar con dulzura a un hijo travieso.

Finalmente cruza las manos. Un trémulo «Uluooooooooooooo» se eleva desde la muchedumbre; alguien hace sonar la caracola sagrada. La gente da la bienvenida a los dioses, que ya han llegado y habitan entre nosotros.

Un lector vestido con una camisa blanca y un *lungi* rosa empieza a recitar salmos de un himnario. «Bonobibi su historia», susurra Girindra: un poema épico que cuenta cómo la diosa fue a morar a los manglares poblados de tigres y dominados por Daksin Ray.

Cuando el lector termina una página, la pasa de izquierda a derecha. El libro comienza donde uno occidental o bengalí terminaría. Sin embargo, las palabras no están escritas en los curvos y alargados caracteres árabes de cimitarra, sino en los zarcillos ornamentales y más cortos del alfabeto bengalí.

Solo reconozco unas cuantas palabras. Una de ellas es *Alá*.

En principio, todo esto parece imposible. El hinduismo y el islam son básicamente antitéticos: el concepto fundamental del islam, contrario al panteón abarrotado y colorido del hinduismo, es la existencia de un único dios omnipotente: «No hay más dios que Alá, y Mahorna es su profeta». Hacía tan solo unas semanas que cientos de hindúes y musulmanes se habían estado

matando por todo el subcontinente indio, e incluso por Europa, debido a las diferencias irreconciliables de sus creencias.

Pero la gente de los Sundarbans convivía en paz.

El islam llegó a Bengala con una forma completamente distinta a la del islam de Arabia. Lo introdujeron los místicos sufíes, y representaba el don espiritual de los santos que practicaban milagros, recibían revelaciones de los muertos y, en algunos casos, se deleitaban con un erotismo a través del cual, al fundirse en una unión orgásmica con el amante, alcanzaban el vínculo final con Dios.

Una profesora de la Universidad de Daca, Razia Akter Banu, publicó un estudio de estos místicos y de su influencia en la religión de la región. La interpretación sufí del Corán, explicaba, «es completamente diferente del credo dogmático del islam». Los sufíes de Bengala predicaban la unidad inmanente de un dios que puede manifestarse de diversas maneras: en los árboles, en el agua, en los cuerpos de los pájaros o de los tigres, en la forma de una diosa de muchos brazos o en un judío llamado Jesús. En lugar de la ortodoxa visión islámica del alma —una entidad individual creada por Alá, sujeta a su castigo pero nunca destinada a fundirse con él—, los sufíes predican que cada alma humana es parte de la divina. Del verso coránico «Nosotros [Alá y su profeta] estamos más cerca de él [el hombre] que su vena yugular», los sufíes concluyen que todo el mundo puede unirse a Dios en un estado parecido al nirvana de los místicos hindúes.

«El islam, con el atuendo sufí —escribió Banu en su estudio de 1992—, era inteligible y psicológicamente aceptable para el pueblo bengalí». Los santos sufíes, o *pires*, eran y son queridos en la misma medida por hindúes y musulmanes. Uno de ellos, Pir Kabir, también era un renombrado poeta. Sus discípulos incluían a devotos de ambas religiones. Según se cuenta, cuando murió, los hindúes querían incinerar su cuerpo, mientras que los musulmanes preferían enterrarlo. El propio santo muerto tuvo que intervenir para evitar un conflicto entre los dos bandos de creyentes. Kabir hizo que su propio cadáver se desvaneciera y los dolientes encontraron en su lugar un ramo de flores.

En las ciudades, los bengalíes de las dos religiones han pasado a ser más ortodoxos de lo que eran durante los siglos que siguieron a la llegada de los sufíes. Pero los estudios de Banu en Bangladés demuestran que, al menos en las zonas rurales, alrededor de la mitad de los musulmanes asiste a las *pujas* hindúes, consulta a *pires* muertos y cree en la influencia de cinco tipos de fantasmas hindúes, así como en los fantasmas musulmanes aún más temibles

llamados *manidos*. Todas estas prácticas están estrictamente prohibidas en el islam ortodoxo.

Al viajar por los Sundarbans bangladesíes, Dianne y yo habíamos sido testigos de la fusión de las dos religiones. Todos los pescadores llevaban pulseras de tela roja en la mano derecha y pequeños banderines rojos en la proa de sus barcas. Nos contaron que el rojo atrae la atención de un *pir* en particular, que a veces se llama Barkan Gazi y otras Shagazi y que protege a sus fieles del tigre. Luego supe que, en los mitos y leyendas de los Sundarbans, Barkan Gazi, Shagazi y Gazi Saheb son lo mismo. Aunque se trata de un santo islámico, según nos aseguraron algunos musulmanes bangladesíes, Gazi ayudaría a sus fieles, ya fueran hindúes o musulmanes, siempre que ondearan su color.

El rojo es el color más sagrado y querido para los hindúes. En la parte india de los Sundarbans, el bauprés de casi todas las barcas está pintado de rojo o lleva un trapo amarrado en este tono. Y el rojo, el color de nuestra sangre, como me dijo Girindra, es el color favorito de Daksin Ray, el antiguo dios tigre, cuya ira liga a hindúes y musulmanes y bajo cuyo hechizo transformador convergen mundos completamente distintos.

Bakher Gazi, de setenta años y envuelto en un chal con bordados rojos y plateados, parecía incómodo sentado en el banco bajo la cubierta del *Monorama*. Probablemente deseara que Rathin nunca lo hubiera sacado de su casa de Dhusnikhali a petición mía. Bakher Gazi tenía fiebre, para lo que Eleanor y yo le dimos unos comprimidos. Estaba tan delgado que las venas de sus brazos casi negros sobresalían como las cuerdas de un mástil. Parecía frágil y vulnerable. Solo dos de sus dientes superiores permanecían intactos. La lente derecha de sus gafas negras de montura de pasta estaba resquebrajada. Sin embargo, según me contó Rathin, Bakher Gazi está considerado uno de los hombres más poderosos de los Sundarbans.

«Asegura haber evitado entre cincuenta y setenta ataques de tigres —me informó—. Ningún hombre ha resultado muerto por un tigre en presencia de este hombre». En algunos casos, él no estaba presente en el momento justo del ataque, «pero, incluso en esas ocasiones, siempre se las ha ingeniado para traer de vuelta el cuerpo de la víctima y evitar así que el tigre se lo comiera, de modo que el cadáver pudiera ser devuelto a sus familiares para proporcionarles cierto consuelo. Ha rescatado setenta cuerpos de las fauces del tigre, y él mismo siempre ha salido ileso».

El chamán afirmaba que los cocodrilos huían de su presencia y que los tigres obedecían sus órdenes.

En ese momento se quitó el chal y nos enseñó el motivo.

Alojada en la espinilla izquierda, inserta en una capa de piel a la manera de un bolsillo, llevaba una astilla de madera del tamaño de una cerilla extraída de un árbol *sundari*. Entre los dedos anular y corazón de la mano derecha portaba una segunda astilla de *sundari*. Y la piel de la palma de su mano izquierda encerraba una tercera. Nos explicó que el mismo Alá había bendecido aquellos talismanes. Gracias a su poder, era inmune al ataque de los cocodrilos, a los peligros de las serpientes y de los piratas de la noche y, sobre todo, debido al trozo de madera que llevaba insertado en la pierna, estaba protegido de las fauces del tigre.

Bakher Gazi es un faquir, un chamán musulmán. Se cree que sus poderes son tan efectivos que pueden despejar una sección entera de bosque de todo peligro y así permitir que pescadores, leñadores o recolectores de miel puedan trabajar a salvo en su compañía. Está muy solicitado en los Sundarbans. Asegura que sus poderes funcionan igual de bien para hindúes que para musulmanes.

Rathin hacia de intérprete mientras yo le preguntaba a Bakher Gazi cómo había adquirido sus poderes chamánicos y cómo funcionaban.

La madera mágica se llama *asean*, me tradujo Rathin. No obstante, cuando Bakher Gazi abandona el bosque, debe quitársela de la pierna. La guarda en una caja de cerillas.

Para proteger a grandes grupos de trabajadores, utiliza un trozo mucho más grande, que él llama *asaban*. Primero se hace con una rama de *sundari* y corta una sección de un metro aproximadamente, luego la rebaja hasta dejarle un diámetro de unos cuantos centímetros. Con un taladro manual le abre un pequeño agujero en la parte superior. El chamán recita los nombres de todos los trabajadores que van con él, uno por uno, y, a medida que lo hace, va metiendo pequeños trozos de *sundari* por el agujero que ha practicado. Luego lo sella con barro y le ata un pañuelo limpio. Finalmente, el *asaban* se planta en la ribera, de manera muy parecida a como la astilla de madera se introduce en su carne. Entonces protegerá a la gente que está trabajando en el bosque.

¿Cómo aprendió los poderes sagrados del *asaban* y del *asean*? Su padre era un gran faquir, como lo fue su abuelo antes que él. Este último era un renombrado herborista, que aprendió los poderes de las raíces, las hojas y las flores de los Sundarbans para curar enfermedades. Fue él quien descubrió que la madera de *sundari* repelía a los tigres cuando se le aplicaban palabras

sagradas. «Así como se usan distintas plantas para diferentes tipos de enfermedades, pero cierta planta no puede curar aquella enfermedad, la madera de *sundari* se usa para ese propósito concreto, para proteger contra los tigres, y ninguna otra planta lo hará —tradujo Rathin—. Pero no funcionará sin las palabras mágicas», puntualizó, y esas palabras las debe pronunciar un hombre de corazón puro. En aquel momento, Bakher Gazi, cuyo padre y cuyo abuelo habían muerto, era el único que las conocía.

Cada chamán de los Sundarbans utiliza su propio procedimiento santo. Rathin me presentó a un *gunin* hindú, el equivalente espiritual de un faquir. Se llamaba Ksab Chandra Kayal y tenía unos cincuenta y cinco años. «Hay muchos magos que poseen estos poderes para combatir a los tigres a través de la magia —me explicó por mediación de Rathin—. Se pueden aplicar diferentes tipos de poderes». Sus propios métodos combinan cantos que invocan a Gazi Saheb e himnos a Bonobibi para encantar los árboles, el agua y el barro, que a su vez protegen a sus hombres.

Me explicó que, primero, cada hombre de la cuadrilla debe lavarse las manos y la cara en el río. Luego, mientras recita el nombre de Bonobibi, Ksab Kayal rocía agua sagrada en las márgenes de fango. Busca un árbol que represente el guardián de los trabajadores. Elegirán el primero que encuentren a su derecha. Todo el mundo coloca las manos en ese árbol y, mientras Ksab Kayal pronuncia el *Bonobibi Hukkum* —la orden de Bonobibi—, el árbol absorbe el hechizo. Tocan el tronco con el barro que hay en la base y luego se lo llevan a la frente y después ya pueden empezar a trabajar a salvo.

¿Cómo otorga el agua la bendición? ¿Por qué es sagrado el árbol? ¿Cómo les protege el barro?

Si vertieran un cubo de agua del pueblo en el fango de las márgenes del río, no funcionaría, me contestó Ksab Kayal; ni una parte de un árbol extraído de un jardín ni barro del mercado. «Su gurú había ordenado que solo se utilizara agua, barro y árboles del bosque», interpretó Rathin.

Y la verdad es que su gurú era un hombre muy sabio y poderoso. El propio Ksab Kayal lo había visto inmovilizar a un tigre con simples briznas de hierba. Cuando los hombres trabajaban en el bosque, el animal se les acercó. El gurú cantó, tocó la hierba y le lanzó unas briznas al tigre, que se quedó quieto como una estatua y no se movió hasta que los hombres hubieron terminado su trabajo. Entonces, sencillamente dio media vuelta y se fue.

El barro cargado con poderes mágicos, el agua del río que bendice, un hombre santo que fusiona su carne con la madera para recoger los poderes de los árboles. No conocimos a estos chamanes hasta semanas después de la *puja*

de Sajnekhali, pero su sabiduría, desconocida para mí en ese momento, era el eje central de la historia que la *puja* estaba representando.

«Gazi Saheb, hombre de Sundarbans», me recalcó Girindra aquel día en Sajnekhali. Que un santo, dios o fiel sea hindú o musulmán no es de vital importancia; en los Sundarbans, es la propia tierra la que otorga a sus santos y a su gente sabiduría, poder y paz.

«*Gul-al-bi-bi, Ful-al-bi-bi, Ib-ra-him sha-mi…*», entonaba el lector de la *puja* una y otra vez, y la historia de Bonobibi y Daksin Ray se expandía como las ondas de un estanque. La cantinela era una mezcla de canto gregoriano y canción de cuna, un runrún repetitivo con el efecto hipnótico de un mantra.

Las palabras relataban un milagro tras otro a los vecinos sentados bajo el sol abrasador y a los fieles que pasaban a raudales por delante del santuario para quitarse los zapatos, arrodillarse ante los dioses y hacerles sus ofrendas. Yo no entendía el significado de aquellas palabras, pero las escuchaba con un oído antiguo y sentía el sonido y la cadencia de la historia que se cantaba como lo haría una serpiente. «*Bon-o-bibi, Bon-o-bi-bi, cho-to bai ac-he…*». En lugar de una crónica de acontecimientos, oía los mismos sonidos una y otra vez, como los latidos de un corazón, una promesa repetitiva e hipnótica: así era entonces, así es ahora y así será por siempre jamás.

Los milagros de Bonobibi y las hazañas de Daksin Ray ocurren una y otra vez, aseguraba la cadencia de la canción. Pues, en culturas más antiguas que la nuestra, el concepto del tiempo no es lineal sino circular, una verdad que han descubierto tras observar el vaivén de las mareas y los ciclos de la luna. Este concepto circular del tiempo estaba presente en la cultura occidental antes de que desviásemos la atención de los ciclos de la Tierra y la centrásemos en la idea de un avance hacia delante compuesto por historias humanas individuales. En la época de Platón y de Aristóteles, los griegos afirmaban que todo arte y ciencia ya se había establecido con anterioridad, se había perdido y esperaba a ser redescubierta.

Según la tradición hindú, en la eternidad de los tiempos no existen hitos históricos individuales que señalen las épocas; más bien, cada época está marcada por acontecimientos mitológicos que se repiten en ciclos en la gran y afirmadora rueda de la vida, la muerte y la reencarnación.

«*Bon-o-bi-bi, Bon-o-bi-bi, Sun-dar-ban ja-be…*». Tal vez ese concepto del tiempo sea lo que confiere la serenidad que puede observarse en los rostros de los dioses retratados en el arte de tantas culturas asiáticas. Heinrich

Zimmer describe a Durga, la diosa montada a lomos de un tigre que salva al mundo aniquilando a un demonio búfalo, tal y como aparece retratada en una escultura de piedra javanesa del siglo VIII: incluso en el momento de asestarle el golpe mortal al enemigo, la cara de la diosa «no muestra el menor rastro de ira; está embebida de la serenidad de la calma eterna. Aunque su hazaña está destinada a cumplirse… para ella, el curso entero de este universo, incluida su propia aparición en el papel de salvadora, no es más que parte de un sueño cósmico».

Durante tres horas, la canción de Bonobibi continuó como la voz del hipnotizador, como la respiración del *hata* yogui, y su sonido y su ritmo obraron su magia transformadora. Cuando el canto al fin concluyó —las misteriosas lágrimas de Gulalbibi se secaron, el garrote de Sha Jungli se aplacó—, la gran rueda del tiempo giró de nuevo y la calma y la paz volvieron a reinar. El reciente aluvión de ataques de tigres, al parecer, ya no era terroríficamente arbitrario: ocupaba su lugar en el círculo del tiempo, en el sueño cósmico del juego a ser Dios que nosotros, los mortales, solo vemos como *maya*.

A continuación, el personal del parque sirvió primorosamente a los fieles una olla de un estofado llamado *kicheree*, elaborado con las ofrendas vegetales bendecidas a los pies del dios, en hojas de plátano recién cogidas. Mientras seguíamos sentados en las sillas plegables del Departamento Forestal, degustando nuestros platos calientes en medio del sol dorado de última hora de la tarde, los aldeanos visitaban a sus vecinos, los niños jugaban en la hierba verde y un puñado de hermosos gansos grises y blancos, bajo la tutela de uno de los agentes forestales, deambulaba con el cuello estirado, graznando sin la menor muestra de miedo.

Más tarde fuimos con Girindra a su casa hecha de barro, fresca y lisa. Sus cinco hijas, de entre ocho y dieciséis años, nos dieron la bienvenida con un acicalamiento personal. Las niñas, ayudadas por su guapísima madre, Namita, nos peinaron y nos untaron el pelo con aceite de coco hasta que el peine se deslizó como un pez por el agua. Luego nos lo recogieron con pasadores gigantes, a los que engancharon grandes lazos rojos y llamativas flores de hibisco. Nos adornaron la frente con *bináis*. Nos pintaron los pies de bermellón. Y, como yo estaba casada, me cubrieron la raya del pelo con una finísima línea de polvo carmesí como la de Namita, aplicada con el extremo de un peine. Después Rathin me contó que aquello, la marca hindú tradicional de una mujer casada, tenía su origen en la invasión mongol: cada día el marido se hacia un corte y aplicaba su sangre en la cabeza de su esposa, un

voto visible de que protegería su honor de los invasores con su propia vida. Sin embargo, meses después, cuando se lo mencioné a Girindra a través de un traductor, me dijo que Rathin se equivocaba: «Lo hacemos porque la diosa así lo ha ordenado».

La diosa, por supuesto, lo había ordenado todo. Ese era el mensaje del poema de la *puja*; ese era el canto que graznaban los gansos; ese era el mantra que pronunciaba el peine que nos alisaba el pelo: «Todo es como la diosa lo ha ordenado». Al parecer, no cabía la menor duda de que allí no podía ocurrir nada malo.

Aquella noche, a bordo de la pequeña embarcación de madera que Rathin nos había procurado, Eleanor y yo dormimos a pierna suelta, flotando en las aguas donde Visnú dormita sobre las espirales de su serpiente cósmica, seguras y serenas como la grácil y elegante Durga a lomos de su tigre.

9
PERDIDAS

—*¿Monorama kotai?*

Estábamos buscando la mole jorobada y el potente reflector del barco en mitad de la noche. Se suponía que la gran lancha estaba anclada en Gazikhali, el cruce de tres ríos en la zona central, como Rathin había planeado.

—¿*Monorama*, dónde? —le pregunté a Girindra.

—No idea —me contestó.

Media hora más tarde, mientras aguardábamos con el motor del *Mabisaka* apagado, él me hizo la misma pregunta. «*Jani na*», contesté. «No lo sé». Aquella frase bengalí me estaba resultando de lo más útil.

Hacía cuatro horas que Eleanor, Girindra y yo habíamos partido de Sajnekhali, antes de que la luna menguante desapareciera tras una mancha de nubes. En la dispersa niebla nocturna, el guiño amarillento de los faroles de los barcos era lo único que distinguía el agua del cielo. Pero en esos momentos no había barcos ni faroles y, en lugar de arroz, *dal* y humo de leña, el aire húmedo acarreaba el olor del mar.

Teníamos frío y estábamos cansados. En febrero, aunque el sol de mediodía sigue picando de lo lindo, la temperatura puede descender hasta los cuatro grados por la noche. Y además estábamos de los nervios. Nos encontrábamos cerca del río Matla, que fluye directamente hasta el golfo de Bengala. Girindra consideraba que era un lugar peligroso para estar solos.

Iba con la espalda muy recta. Por más que aguzábamos el oído, solo percibíamos el chapoteo de las olas. Ningún sonido de motor. El pueblo más cercano se hallaba a varías horas de distancia. Tan solo los animales y los espíritus poblaban aquel lugar: muchos tigres y los fantasmas de sus víctimas.

A los bengalíes les dan miedo los lugares solitarios, frecuentados por los espíritus. Una mujer me diría más tarde que no me olvidara de trenzarme el

pelo y cubrirme la cabeza con el sari si iba a dar un paseo nocturno; de lo contrario, los espíritus que moraban en los árboles me tirarían del pelo. Pero entonces no lo sabía.

Donde yo veía una noche cerrada, Girindra veía fantasmas, demonios, dioses y espíritus. ¿Qué estaría viendo ahora? Miraba río arriba a un diminuto punto de luz que ni Eleanor ni yo logramos avistar al principio, ni siquiera con los prismáticos. No se trataba del gran reflector del *Monorama*, sino de un único farol encendido a bordo de una embarcación más pequeña. Aquello hizo que Girindra se pusiera aún más nervioso. Se suponía que nadie se adentraba en aquella zona, mucho menos de noche; a quienquiera que lo hubiera hecho no le importaba infringir la ley.

Rathin y Rushal nos habían dicho que los piratas solían atacar los barcos de los pescadores para tomar rehenes y que luego enviaban a uno del grupo de vuelta al pueblo para pedir el rescate. A veces simplemente se llevaban el dinero y los objetos de valor de las víctimas. Otras les daba por matar a todo el mundo y arrojar sus cuerpos al mar para que los tiburones y los cocodrilos se comieran las pruebas del delito. Lo único que quedaba era un barco fantasma meciéndose en silencio sobre las olas encubridoras.

Girindra nos pidió que nos escondiéramos en el estrecho hueco que había debajo de la cubierta. Nuestra condición de ricas extranjeras se adivinaría por nuestras siluetas incluso en mitad de la oscuridad. Cualquier pirata consideraría a Eleanor en particular todo un regalo de Dakate Kaii, la diosa Kali en la forma en la que ellos la veneran para que les propicie buenos pillajes. Ni siquiera tendrían que perder el tiempo con sus cinco cámaras y sus caras lentes. Tres décadas antes, cuando Eleanor visitó la India en su primera luna de miel, oyó un proverbio indio que decía: «Una mujer sin joyas es como un fantasma». Y lo cumplió a rajatabla. Todos los días, sin importar adónde fuéramos, junto con sus cremas faciales de fragancia marina, su perfilador de ojos azul y su pintalabios naranja, lucía con estudiada elegancia un anillo de diamantes en el meñique, dos anillos de oro y rubíes en otros dedos y unos pendientes de oro o ámbar. Era el sueño de todo pirata.

El barco se acercó. Girindra alzó la voz. Unos hombres respondieron: una retahila en bangladesí. Eran pescadores, y parecía que habían atajado por aquella ruta, pues se les había hecho muy tarde. No, no habían visto el *Monorama*, y se alegraban de ello; si Rathin los hubiera encontrado, tal vez los habría multado con el equivalente a varias semanas de salario. No habían visto ni oído ninguna lancha grande.

Empezaba a creer que de algún modo había adquirido una fuerza que repelía físicamente al *Monorama*, como uno de esos chismes ultrasónicos que se supone que repelen a los topos del jardín. Poco después de la *puja* a Bonobibi, Rathin nos había comunicado que, por varias razones, no podía cumplir la promesa que me había hecho antes de que me fuera de la India en diciembre: que nos haría de guía y de intérprete a Eleanor y a mí cuando regresáramos. Sin embargo, me aseguró que podría proporcionamos toda la ayuda que necesitáramos y que nos veríamos de vez en cuando durante nuestra estancia. «Siempre que lo necesites, tendrás el *Monorama* a tu disposición», me había prometido. Pero no había sido así.

La primera vez que supuestamente teníamos que encontrarnos con el barco, Eleanor y yo zarpamos de Canning en una embarcación sucia y traqueteante con una bodega llena de agua en la que los mosquitos llevaban criando varias generaciones. Rathin le había indicado a su capitán, un birmano musulmán llamado Alum, que chapurreaba el inglés, que nos llevara esa noche a Jaipur, donde el *Monorama* anclaría para esperarnos. Tan solo llevábamos viajando unas pocas horas tras la puesta de sol cuando Alum anunció que tenía que ir a tierra a por un farol adicional. Atracó en el pueblo de Basanti. Unas voces masculinas emergían de unas atestadas chozas de chapa y unas carcajadas estentóreas retumbaban en la oscuridad. No oímos ni vimos a ninguna mujer ni niño. Alum desembarcó. La tripulación lo siguió. Nos dejaron solas en el muelle oscuro, sin saber si volverían o no.

Al cabo de varias horas, mientras yo me quedaba vigilando nuestras pertenencias, Eleanor se atrevió a caminar hasta el pueblo, sin luz, para buscar ayuda. Volvió acompañada de un sacerdote católico angloparlante que apestaba a licor del país. Lo convencimos para que nos llevara en un barco de pasajeros a la comisaría de policía que había al otro lado del río. Alum y su tripulación se enteraron de nuestras intenciones y volvieron en el acto. Prometieron que reanudarían la marcha sin más demora, pero, en cuanto el sacerdote se marchó, Alum volvió a desembarcar y la tripulación echó el ancla en medio del río para que no pudiéramos bajar al muelle y escapar. Nos dijeron que esa noche no nos iban a llevar al *Monorama*, que tendríamos que dormir en ese barco.

Al oír aquello, cogí un machete que yacía tirado en el suelo de la cubierta, lo así con firmeza y repetí cuál era nuestro plan original. Alum ordenó a sus tripulantes que levaran el ancla a toda prisa. Por fin llegamos al *Monorama*, a eso de las tres de la madrugada.

En otra ocasión en que teníamos programado reunirnos con el *Monorama*, Rathin había acomodado en el *Mabisaka* a un miembro eventual de su propia tripulación, un joven con ojos de cordero llamado Nicteau al que Ranchan Muhkerjee describiría posteriormente como «un buen chico, aunque tonto». La presencia de Nicteau nos daba cierta garantía de que el encuentro se produciría según lo planeado, pero, de nuevo, pasaron las horas y la luz decayó antes de que los barcos se reunieran. Al parecer, Nicteau no había captado bien el mensaje. El *Mabisaka* se quedó esperando en medio de un canal mientras el *Monorama* aguardaba, sin que lo viéramos, en un recodo del río.

Posiblemente el *Monorama* también se encontrara ahora tras un recodo. Girindra arrancó el motor del *Mabisaka* para buscar por otro canal. Eleanor y yo salimos de donde nos había escondido y nos tapamos la cabeza con pañuelos para alisar los contornos irregulares de nuestro pelo característicamente occidental. Nos sentamos con Girindra en el tejado del barco y escudriñamos nerviosas la oscuridad bordeada de mangles. Ni rastro del *Monorama*. ¿Qué íbamos a hacer?

De repente me acordé de una frase idónea de mis cintas de bengalí: «*Tumi ki Robindronather gan gaibe?*» (¿Te gustaría cantar una canción de Rabindranath Tagore?).

Girindra llevaba un pasamontañas granate que se había subido por encima del fino bigote, pero pude ver cómo una sonrisa se propagaba por su cara, por las arrugas que se le desplegaron como abanicos en las comisuras de los ojos.

No, no quería cantar ninguna canción de Rabindranath Tagore. Sin embargo, se ofreció a entonar una que yo conocía, aquella que nos había cantado en la oscuridad a Dianne y a mí durante esas noches en las que, frustradas y en silencio, volvíamos al albergue turístico bajo un cielo diamantino. Su melodía había acompañado mis sueños, raros y murmurantes. Sus notas, que suplicaban, llamaban y buscaban, marcaban el flujo y reflujo de nuestros anhelos individuales y secretos.

Cada sílaba parecía flotar hasta el cielo, igual que el humo se eleva en el aire calmo. Muchos meses después, me aprendí la letra gracias a una cinta que traduje al inglés:

> Querido Dios, querido Señor, ¿dónde estás?
> Revélate ante mí.
> Tú me has traído a esta tierra.
> Trabajo todo el día como tú deseas.
> Trabajo todo el día.

No sé por qué me has traído a esta tierra,
pero no puedo vivir sin ti.
Tú me has traído a esta tierra.
He pecado cientos de miles de veces
y, sin embargo, te suplico
que vengas y te reveles ante mí,
y que me perdones.
Querido Dios, querido Señor, ¿dónde estás?

Al fin hallamos el *Monorama*, bien pasada la medianoche. Nunca entendí por qué nos había resultado tan difícil encontrarnos mutuamente. Antes de irnos, Girindra y Rathin habían hablado largo y tendido en bengalí acerca del punto de encuentro. Ahora volvían a hacerlo, en voz baja y señalando varias zonas en el gran mapa plastificado que había colgado en una pared bajo la cubierta del *Monorama*. Cabía la posibilidad de que nos hubiéramos acercado al punto de encuentro por ríos diferentes. El *Mábisáka* podía navegar por afluentes menos profundos que el otro barco, más grande. También era posible que la confusión se debiera a un matiz del dokno, el dialecto del bengalí que se hablaba en los Sundarbans. Rathin nos explicó que dicho dialecto es una mezcla de midnapuri, santal y otras lenguas tribales, bengalí puro y las reliquias de la antigua lengua dravídica. Aseguró que cualquier bengalí lo entendería, pero, de nuevo, las instrucciones parecían bastante susceptibles de ser malinterpretadas en cualquier idioma.

Aquellos encuentros con Rathin en el *Monorama* eran a veces complicados y siempre agotadores. A Eleanor y a mí nos cansaban desde el principio; nos frustraba todo aquel tiempo que se nos iba mientras estábamos perdidas buscando el barco. ¡Perdidas! Aquel estado ponía nombre a nuestro problema en toda su amplia significación, como si fuera un demonio oculto. Perdidas: incapaces de encontrar el propio camino. Perdidas: incapaces de funcionar o de hacer progresos. Perdidas: incapaces de comprender.

Girindra entendía mi frustración. Nos llevaba río arriba y río abajo varias veces al día. Nos mostraba más postes que marcaban los lugares donde se habían producido incidentes con tigres e intentaba contarnos lo que había pasado. Nos llevó al sitio donde su tío más joven había encontrado la muerte y hasta nos enseñó el árbol que había estado a punto de cortar, ilegalmente, cuando el tigre saltó del bosque; el árbol, un *jad baen*, es ahora tan alto como

el tejado de un granero. Eleanor sacó buenas fotografías, pero yo estaba ansiosa por recopilar más información.

En el *Monorama,* apenas comía ni dormía. Todos mis apetitos convergían en una única y desesperada necesidad: palabras inteligibles.

Las noches que nos encontrábamos con el barco, después de las entrevistas formales con los chamanes, de que Rathin diera cuenta de su copiosa cena a base de pescado especiado, *dal y chapatis,* y de que Eleanor se acostara, cuando Girindra y la tripulación estaban jugando a las cartas a la luz de un farol, Rathin y yo nos quedábamos levantados y él me traducía libros en bengalí sobre el folclore de los Sundarbans que había sacado de la biblioteca de Calcuta.

Era una labor ardua y lenta. Las frases no siempre tenían sentido. Más tarde descubrí que Rathin se saltaba las partes que consideraba aburridas o sin importancia. Poco a poco, las historias empezaron a perfilarse y a cobrar forma, pero estaban sacadas de contexto. Yo solo alcanzaba a entenderlas como si fuera un ciego que intenta hacerse una idea de una habitación: todo me parecía más grande de lo que en realidad era y dotado de ángulos escabrosos. Entonces, justo cuando parecía que la imagen empezaba a vislumbrarse, Rathin anunciaba que sus ojos estaban demasiado cansados para seguir leyendo.

Con todo, seguíamos en vela. Rathin sufre de insomnio y mis oídos ansiosos lo liberaban de la tortura de quedarse tumbado despierto intentando conciliar el sueño en vano. Así que, a modo de gratitud, me obsequiaba con pequeños y deslumbrantes hechos de los Sundarbans, de Bengala Occidental, de su propia vida. Me contó cómo había escapado de un elefante en espantada a lomos de una motocicleta, y cómo su abuelo había arriesgado su vida fugándose con la mujer de un *rajput*. El propio Rathin se había casado con una profesora cristiana muy guapa y pasional llamada Manjusree cuando tenía veintitrés años. Un matrimonio concertado por los padres de ambos. La vio por primera vez después de la ceremonia. «Ni siquiera la miré cuando el sacerdote dijo las palabras —confesó—. Me quedé mirando el anillo».

Con ese aire dramático propio de un cuentacuentos nato, me hablaba de las intrigas y atrocidades que tenían lugar en los Sundarbans, de extraños vientos y olas enormes, de piratas, tigres y cocodrilos. «¡Los cocodrilos! Oh, los cocodrilos son muy agresivos —exclamó mientras me contaba cómo había ayudado a una cría de cocodrilo marino a salir de su cascarón—. ¡Con la yema aún pegada a la panza y no dudó en morderme la mano! ¡Sus dientes eran como pequeñas agujas!».

«Los Sundarbans son una zona muy traicionera e inhóspita. Solo alguien temerario o desesperado se atrevería a vivir en ella —afirmó, sentando el preámbulo de una nueva historia—. Estoy seguro de que te gustaría saber cómo llegué a ver a mi primera victima humana de un tigre». Yo lo escuché boquiabierta y con los ojos como platos.

Había ocurrido una tarde, poco después de que lo destinaran a la zona. Se hallaba en su lancha, que estaba atracada en el muelle de la estación forestal de Patlaptoma, rellenando unos papeles. Uno de sus ordenanzas le fue con la noticia: en las proximidades se había encontrado el cadáver de un hombre que acababa de ser atacado por un tigre.

«¡Yo estaba emocionadísimo! —dijo, y a continuación, al ver mi cara de alarma, añadió—: Estaba preocupadísimo». Entonces cogió su cámara y siguió al ordenanza por el muelle. El hombre señaló una pequeña canoa varada sobre un montículo: era evidente que se había acercado antes al muelle, cuando la marea estaba alta, pero ahora se hallaba encallada en el barro.

En la sombra que proyectaba el curvo techo de paja de la pequeña barca, Rathin halló el cuerpo de un hombre ataviado con un taparrabos raído y un *gamcha* rojo, una especie de retal que los bengalíes suelen ceñirse a la cintura a modo de fajín o pañuelo. Parecía mirar fijamente la techumbre del barco, dijo. No daba la impresión estar muerto. Rathin no distinguió heridas en su cuello. En ese momento, tres lugareños se le acercaron y les preguntó: «¿Cómo sabéis que a este hombre acaba de matarlo un tigre? Yo no veo ninguna prueba».

Con esas, los hombres le desataron el *gamcha*. Rathin estaba ajustando la lente de su cámara; al levantar la vista, para su horror, vio cómo los intestinos de la víctima salían despedidos de la enorme herida que presentaba en el vientre. El *gamcha* los había estado conteniendo; la sangre lo había teñido de rojo.

—¿Quién es este hombre? —les preguntó, luchando por contener las náuseas.

Uno de los aldeanos habló:

—Era un chamán, y los tres íbamos en su cuadrilla cuando el tigre lo atacó y lo mató.

¿Cómo había ocurrido? Tenían permiso para cortar hojas de *hental*, la típica palma espinosa que se utiliza para las techumbres, en el bosque de Adjubalmari. Al llegar, el chamán había rezado sus oraciones y había sentido que era seguro que sus compañeros blandieran sus hachas.

Su trabajo consistía en limpiar y podar el *hental* cortado y prepararlo para cargarlo en el barco. Estaba sumido en su tarea cuando el tigre lo atacó. Los hombres le dijeron a Rathin que salió de la nada y que todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos: «El tigre se acercó, saltó sobre este hombre y le abrió la barriga. Y ahora está muerto». Le lanzaron palos para ahuyentarlo, pero ya era demasiado tarde.

A Rathin no le cuadraba la historia. Aunque acababan de destinarlo a los Sundarbans, había trabajado en la reserva de Buxa y sabía que los tigres no solían atacar de esa manera. Casi siempre asían a su presa humana por la parte trasera del cuello y la mataban de un mordisco. Una vez muerta, se llevaban el cuerpo a cierta distancia y le abrían el vientre, cuando por fin se acomodaban para zamparse la carne.

Si aquellos hombres no decían la verdad, tal vez tenían algo que ocultar, se dijo.

«Así que empleé una táctica —me reveló en voz baja, conspirativa, mientras sus ojillos de mangosta chispeaban—. Como me había enterado de que la esposa del chamán era muy joven, se lo mencioné y les pregunté—: “¿Por eso habéis asesinado a este hombre? ¿Tengo que ir a la policía?”.

»Al oír la palabra *policía*, cayeron a mis pies —anunció triunfante—. Dijeron: “¡Señor, se lo contaremos todo, pero le aseguramos, señor, que ha sido un accidente!”». Y, acto seguido, le relataron la historia.

En verdad estaban recogiendo *hental* cuando el tigre se había aproximado. La criatura había emergido del bosque y había tirado al chamán al suelo. Cuando el monstruoso cuerpo del animal cubría a su compañero, que se debatía a gritos, y antes de que la criatura le clavara los dientes en la parte trasera del cuello, sus amigos corrieron a ayudarle. Uno de ellos alzó bien el hacha para clavársela al tigre.

Pero este la esquivó. El chamán intentó apartarse, pero el arma impactó de lleno en su vientre. Habían matado al hombre al que intentaban salvar.

«Tratamos de llevarlo al hospital, pero, señor, como se tarda tanto en llegar a cualquier lugar habitado en nuestra canoa, murió desangrado».

Rathin hizo subir a los hombres con él a su lancha oficial y navegaron hasta el bosque de Adjubalmari: una travesía de cinco horas y media. Solo creería su historia si veía el lugar con sus propios ojos.

Los hombres lo guiaron hasta el lugar de los hechos. «Al llegar, encontré una zapatilla de goma, y todo el sitio daba muestras de una actividad frenética. Con las prisas, se habían dejado tirados los palos de *hental*.

También vi huellas, huellas recientes, y manchas de sangre. Entonces estuve seguro de que, en efecto, así se había producido el incidente».

¿Aquel chamán había sido víctima de un tigre? Un tigre lo había atacado, sí, y había resultado muerto, pero el tigre no lo había matado. Como el Gobierno paga una indemnización a la familia de la víctima cuando alguien con licencia muere por culpa de un tigre, la gente intenta responsabilizar a estos animales de todas las muertes, me explicó Rathin; por eso él debía investigar tales casos.

¿Qué escribió en su informe? «A estas alturas no voy a revelarlo —respondió con astucia, acordándose de que la grabadora estaba encendida—. Pero creo que un hombre no haría mal en certificar que este caso es un incidente con tigre. —Hizo una pausa—. Gracias», le dijo a la grabadora.

Aunque se había tomado la molestia de encontrar a dos chamanes para que los entrevistara y había ido a recogerlos, Rathin no estaba muy interesado en las creencias de los lugareños. En un momento dado, cuando Ksab Kayal, el *gunin* hindú de Lahripur, estaba contando una historia, Rathin se dirigió a mí en inglés con cara de hastío: «Me estoy aburriendo como una ostra». Cuando le pedí a Ksab Kayal que me hablara de Bonobibi y de Daksin Ray, Rathin empezó a traducirme las palabras del *gunin*, pero luego se interrumpió. «Lo está contando todo mal —se quejó—. Yo lo tengo mucho mejor en un libro. Lo que te está contando tiene muchos errores porque no lo ha buscado en un libro, solo lo ha oído, así que lo que está diciendo no es del todo verdad». Como yo insistí, se enfadó. «Te lo advierto, es inútil. ¿Realmente quieres escuchar la historia de Bonobibi de su boca?».

Casi todos los habitantes de los Sundarbans proceden de la casta hindú más baja o son musulmanes pobres. Rathin, nieto cristiano de tres brahmanes y de un *rajput*, es un oficial bien pagado, con un estatus alto, perteneciente a una rama del Gobierno casi militar en lo que al orgullo de su rango se refiere.

Ha nacido para el liderazgo: es el mayor de cuatro hermanos y su nombre significa «auriga». Con una mirada intensa, en ocasiones imperial, y un pecho fornido, domina fácilmente a sus subordinados. Me sorprendió descubrir que su altura no superaba mi escaso metro sesenta y siete y que tenía las manos y los pies más pequeños que los míos. La gente de la zona le temía. Había intercambiado disparos con piratas y encabezado operaciones contra la tala ilegal, y no tenía ningún reparo en multar a los pescadores o en quitarles parte

de sus capturas. Cuando Girindra hablaba con él, lo llamaba «señor», y su ligero tartamudeo empeoraba.

De modo que, aunque lo deseara con todas mis fuerzas, nunca le pedía a Rathin que actuara de intérprete para que Girindra y yo pudiéramos hablar.

En cualquier caso, tampoco teníamos tiempo. El trabajo de Rathin era exigente y voluble. Nunca sabíamos en qué momento nos pediría que nos reuniéramos con él; cuando sacaba tiempo, el *Monorama* solía estar en ruta con alguna misión en la que Eleanor y yo no pintábamos nada. Tras una noche de viaje, o nos enviaban de vuelta a Sajnekhali o Jamespur a bordo del *Mabisaka* o teníamos que esperar todo el día a bordo del *Monorama* a que Rathin terminase su trabajo, sintiéndonos prisioneras.

Eleanor y yo intentamos contratar a un intérprete más fiable hasta en tres ocasiones. Primero planeamos fichar a uno profesional en Calcuta. Luego pensamos en enrolar a un joven bengalí de Calcuta que estaba de vacaciones en los Sundarbans. Y, por último, le rogamos a Kushal que nos echara una mano. Pero ninguno de ellos se presentó. Eleanor bromeaba con que nuestros planes estaban sujetos a una fuerza que su primer marido había apodado «síndrome del desguace chino» después de que unos zapatos que había comprado en Chinatown se desintegraran con la lluvia. Al parecer, en los Sundarbans, los planes no solo no se cumplían, sino que se hacían añicos y nos dejaban de nuevo perdidas e indefensas.

Mis intentos de comunicarme con la gente se volvieron más desesperados y surrealistas. En un esfuerzo por entrevistar a Phoni Guyan, el *gunin* de pelo gris que oficiaba la *puja* a Bonobibi, había formulado mis preguntas en un inglés muy básico —traducido de manera entrecortada por el director del albergue turístico, cuyo dominio del idioma era solo un poco mejor que el de Girindra— y el sacerdote había respondido en bengalí. Había grabado sus respuestas con la esperanza de que me las tradujeran más tarde. Por supuesto, este tipo de discurso no propicia que se puedan plantear preguntas complementarias o de aclaración. De hecho, todas mis preguntas se basaban en la información de que se trataba de un brahmán, lo cual, aunque no lo descubrí hasta varios meses después, resultó ser completamente falso.

Girindra y yo estábamos cada vez más exasperados. Una vez estaba tan ansioso por que comprendiera una historia que intentaba contarme que, al final, cuando vio que no la entendía aunque me la hubiera relatado dos veces en bengalí salpicado de inglés e ilustrado con dibujos, accedió a narrarla por tercera vez, palabra por palabra, para que pudiera anotarla fonéticamente. Confiábamos en que, de vuelta en Calcuta o en Estados Unidos, pudiera

leérsela a alguien que la reconstruyera. (Rathin me la tradujo en un restaurante de Calcuta. Sin embargo, al cabo de más de un año, después de que Girindra la escribiera en bengalí y otro intérprete la tradujera, ¡descubrí que Rathin se había saltado todo el núcleo del relato y había omitido lo que le pasaba al protagonista! En ese momento estaba comiendo *pizza* y se había aburrido de masticar y traducir al mismo tiempo).

Tras días como ese, me tumbaba en la cama del albergue a escuchar los arañazos de las ratas en el tejado y los chirridos de los gecónídos, similares al sonido de una moneda que tamborilea en un cristal, y esperaba a que el sueño me venciera. Una noche soñé que Girindra entraba en la habitación y me decía: «Te entiendo. Ya puedo hablar contigo. Comprendo lo que quieres saber. Rápido, deja que te lo diga mientras aún tengamos tiempo». Entonces me desperté y perdí la oportunidad.

Intenté juntar varias palabras de mi libro de conversación para contárselo a Girindra. Quería que fuera consciente de la frustración que me había embargado cuando desperté sin saber lo que pretendía decirme. Me habían entrado ganas de llorar. Pero, de nuevo, mi bengalí resultó ininteligible. Debido a un error orto tipográfico del libro, el verbo *llorar (kadi)* aparecía escrito como *hada* y no me di cuenta de que llevaba todo el tiempo diciéndole a Girindra «quiero barro». Él, obviamente, no dejaba de mirarme y de menear la cabeza. Con una evidente sensación de frustración, pues sabía que lo que quiera que intentara decirle era importante, volvió a pronunciar aquellas palabras que resumían el vacío que se abría en el centro de mi corazón: «*Jani na*» («No lo sé»).

En el laberinto acuático de los Sundarbans, cada uno de los canales ofrecía otro tipo de pérdida.

Una mañana, tras una noche medio perdida en busca de la lancha en la oscuridad, Eleanor y yo nos despertamos a bordo del *Monorama* y dimos la bienvenida a un día radiante. Entonces vimos algo grande flotando a nuestro lado en el agua.

Se trataba de una hembra de chital, que aún sangraba por las heridas que presentaba en el cuello.

La tripulación la pescó con cañas de bambú y la examinamos en la cubierta. Era joven, tal vez de uno o dos años de edad, estimó Rathin. Tenía parte del vientre abierto, desde el ano hasta las ubres. Y la nariz y la boca llenas de sangre roja. Vimos dos profundos agujeros en la parte trasera del

cuello. Dos dientes le habían perforado la tráquea; dos dientes le habían machacado la espina dorsal cerca de la base del cráneo. Rathin anunció que llevaba tres o cuatro horas muerta. El agua fría y salada había preservado parte de la elegancia que había poseído en vida: la sangre no se había coagulado y sus miembros permanecían flexibles.

Rathin tenía una nueva misión aquel día y nos dejó a las dos y a la cierva en Pakhiralaya. Eleanor y yo nos quedamos mirando su cuerpo húmedo en la hierba de la estación forestal. Ya distaba mucho de ser la misma criatura que habíamos visto flotando en el agua. Lo primero que nos llamó la atención fueron sus ojos. Las pupilas e iris se habían retraído y solo se le veía la zona blanca. Pero sus escleróticas no eran de un blanco inmaculado, sino que parecían reflejar el cielo azul y las nubes. Era como si el mismo cielo se hubiera apoderado de sus ojos y aquella visión le hubiera robado el alma.

Ahora, no obstante, cualquier vestigio de aquella visión había desaparecido. Uno de los trabajadores del parque se arrodilló a su lado y le cerró los párpados con delicadeza.

Rathin me contó más tarde que el tigre la había encontrado con la marea baja. Puede que llevara mucho tiempo cazando y quizá hubiera recorrido ya unos veinte kilómetros a pie o a nado antes de percibir su olor o de avistar su elegante silueta inclinándose a mordisquear unas hojas. La habría seguido sin ser visto. George Schaller vio una vez cómo una tigresa sorprendía a un chital después de acecharlo por la hierba baja y acercarse a menos de quince metros de distancia; en la maraña de raíces entrelazadas de los bosques de los Sundarbans, que ensombrece el resplandor de la luna creciente, el tigre es capaz de desplazarse hasta la víctima de manera tan imperceptible como una serpiente, en el silencio más absoluto. «Los tigres caminan con tanto sigilo —le había dicho a Hasna Moudud un pescador bangladesí al otro lado de los Sundarbans—, que, si hacen el más mínimo ruido, se muerden la pata de rabia».

También cabía la posibilidad de que el tigre se hubiera dirigido a escondidas al lugar donde sabía que acudiría la hembra de chital. Tal vez incluso la hubiera atraído. Los cazadores dicen que a veces los tigres llaman a sus presas. En las zonas donde cazan a esos ciervos grandes llamados sambares, ¡los tigres braman como ellos! Otros dicen que los atraen con un bajo quejido que emiten al hacer vibrar los labios; consiguen que el sonido rebote en el suelo y nadie pueda precisar de dónde procede. Rathin cuenta que

ha oído a tigres en la zona que emulaban la voz del chital llamando a su cría: una corta y estridente erupción de sílabas como *tic-tic-tic*. Pocos cervatillos confundirían aquel reclamo con el de su propia madre, pero son animales tremendamente curiosos y alguno podría responder incluso a la llamada de una hembra desconocida.

De modo que quizá aquella cierva se hubiera acercado al tigre que la aguardaba. Tal vez hubiera vacilado durante un instante… un instante demasiado largo. La imaginamos petrificada, con las orejas rotadas hacia atrás y los músculos en tensión. Imaginamos al tigre con la cabeza gacha, la boca cerrada y las orejas erguidas. Puede que, en los últimos momentos, el chital hubiera alzado la cola, hubiera pateado el suelo, hubiera soltado un gritito de alarma.

Pero lo más probable es que no hubiera visto nada. Los cazadores escondidos en las copas de los árboles a la espera de que el tigre cayera en su trampa casi se habían perdido su llegada: uno describió su aparición como «una vaharada o la sombra de una nube que velara la luna». Otro como «una figura fantasmal y silenciosa… que, salvo por su sombra, aparece a veces como si fuera casi transparente».

¡Con cuánta cautela se había acercado el animal a aquella cierva! ¡Había llegado tan lejos! ¡Había acechado con tanto sigilo y había esperado tanto aquel momento! Seguro que estaba hambriento. Schaller calculaba que sus tigres de Kanha tal vez lograran cazar una presa en uno de cada veinte intentos. Los tigres podían vagar famélicos durante días. Algunos cazadores han dejado constancia por escrito de que han visto salivar a algún ejemplar mientras se preparaba para las últimas etapas de su acecho. Pero hasta los cazadores humanos bien alimentados conocen ese deseo. Es tan fuerte, tan básico y tan arrollador que a menudo lo describen como algo similar al amor. Un cazador escribió que, al observar por la mira del rifle al ciervo que estaba a punto de matar, tuvo la sensación de que era lo más bello que había visto en la vida aparte de sus dos bebés: su propia descendencia, su propio ser. Así que es razonable pensar que, cuando el tigre tuvo a la vista a aquella criatura, sus ojos probablemente refulgieran de deseo, «luz llameante», como en el poema de Blake, encendidos por el poder de atraer a su presa, hipnotizada, conducida por aquella ansia voraz.

Pero en esos momentos el tigre no se deja guiar solo por sus ansias; también piensa. «No existe ningún animal que sopese tanto las condiciones antes de decidirse a atacar como lo hace el tigre», escribió el misionero estadounidense H. R. Caldwell sobre los ejemplares que había observado en

el sur de China. Nuestro tigre tuvo que decidir cómo agarrar a su presa, cómo reducirla y cómo matarla con sus fauces.

Los tigres conocen muchas formas de matar. Si atacan a un animal grande de frente o de costado, pueden agarrar a la víctima por la garganta y tirarla al suelo ayudándose de una de sus garras delanteras. Si la presa es muy grande, tal vez tenga que sujetarla por la garganta; ambos animales, predador y presa, se quedan de pie inmóviles, congelados en ese momento eterno en el que la vida da paso a la muerte, hasta que la presa se desmaya por falta de oxígeno.

Si el tigre ataca por detrás, puede abalanzarse sobre el lomo del animal y, mientras este cae, soltarlo, cogerlo del cuello cuando está en el suelo, aferrarle la garganta, darle un tirón hacia arriba y retorcerle el pescuezo. O cogerla con una de las garras delanteras y bajar los cuartos traseros. O simplemente aterrizar sobre el lomo del animal y morderle la parte de atrás del cuello.

Aquello fue lo que ese tigre había decidido hacer. Había saltado, abalanzándose hacia ese instante de unión. Como la presa era tan pequeña, había optado por matarla con una precisión casi quirúrgica, insertándole los colmillos entre las vértebras «como una cuña», según afirma el experto alemán Paul Leyhausen, o, como describen Mel Sunquist y John Seidensticker: «Igual que una llave en una cerradura». Los dientes del tigre y los huesos del cuello de la cierva parecían encajar a la perfección.

Ni siquiera había sacado las uñas; el cuerpo de la víctima no estaba arañado. La habían matado aquellos diminutos agujeros que tenía en el cuello. Se dice que los tigres gigantes poseen unos dientes tan gruesos y largos como clavos de ferrocarril, pero aquellas perforaciones no eran mayores que la cabeza de una abeja. Podía haberse tratado de un tigre joven. ¡Con qué alegría debió de haber dado aquel mordisco! Del mismo modo con el que agarra a la tigresa antes de hacerle el amor, aunque menos delicado; del mismo modo en que un gato doméstico se abalanza sobre un juguete.

El tigre se había llevado a su presa en la boca con júbilo. Había doblado hacia delante sus tiesos bigotes y la había envuelto con una caricia tan ajena a la sensibilidad humana que ni siquiera somos capaces de imaginarla. Cada bigote se yergue sobre un receptáculo diminuto lleno de terminaciones nerviosas, como una pajita en una botella. Los bigotes, en palabras de la escritora y naturalista Fiona Sunquist, que trabajó en Chitwan con su marido, Mel, actúan como «un tercer ojo táctil». Esa es la razón por la que puedes vendarle los ojos a un gato y este no choca con ningún obstáculo. Un gato con los ojos tapados puede moverse con habilidad, sentir las siluetas por las corrientes de aire que rodean los objetos. Las fotografías de gatos domésticos

realizadas a alta velocidad nos muestran que, en la última fracción de segundo antes de que salten, los bigotes se mueven hacia delante para captar los últimos movimientos de la presa.

La gente de los Sundarbans sabe que los bigotes de los tigres poseen grandes poderes: por eso, le dijo un hombre a Hasna en Bangladés, el tigre solo bebe si el agua corre hacia abajo desde su cabeza; de otro modo, la potencia de sus propios bigotes podría envenenarlo. Tan poderosos son los bigotes que, según me contó el chamán Bakher Gazi, cuando un tigre muere, Alá se queda con tres de ellos.

Tras envolver el cuerpo tibio de la cierva con los bigotes, lo más probable es que el tigre lo acarreara durante un tiempo. Hasta que, en el lugar que considerase oportuno, los extendiera y lo dejase en el suelo. Lo había abierto por la pelvis y, al empezar a comérselo con el frescor de la noche, la carne caliente le habría arrojado una vaharada a la cara. Se habría sentido dichoso. Incluso agradecido.

«Un carnívoro comprometido puede expresar afecto e incluso gratitud hacia su presa: una emoción conmovedora y totalmente apropiada en una criatura para la que la proteína de los animales capturados es la única fuente de alimento», escribe Elizabeth Marshall Thomas en su sorprendente libro *The Tríbe of Tiger: Cats and Their Culture*. La autora había observado cómo una familia de leones desgarraba el cuerpo de un kudú que habían capturado en una sabana africana: «El león sujetó la cabeza intacta pero cercenada del kudú entre sus garras y, manteniéndola recta para que la presa lo mirase, le lamió con parsimonia las mejillas y los ojos, en un gesto íntimo y lleno de ternura, como si la estuviera acicalando, como si se tratara de otro león querido… Bajo su lengua, los ojos de la víctima se abrían y se cerraban como si estuvieran vivos. Uno de los cachorros se coló debajo de su padre y lo ayudó a limpiar la cara del kudú».

Comer y amar: dos conceptos íntimamente ligados en la mente del tigre. En el cerebro humano, los centros de control del sexo y la rabia están alojados el uno junto al otro; no son contrarios, como nos gustaría creer, sino gemelos.

De modo que allí, con aquella exultante unión de ternura y salvajismo, el tigre había empezado a consumir el cuerpo de la hembra de chital, religando la carne con la carne. Pero, nada más empezar, algo ocurrió.

¿Qué podría haberlo apartado de su querida carne? ¿Qué podría haberle causado una pérdida tan dolorosa? El hecho de que hubiera permitido semejante atrocidad reforzaba la idea de que se trataba de un tigre joven que se asustaba con facilidad. ¿Lo habría ahuyentado otro tigre? ¿Habría huido al

oír el motor de nuestro barco? Ninguna de las posibilidades parecía probable. Si hubiera aparecido otro tigre, este último se habría comido a la cierva. Y los tigres de la zona no se asustan por el ruido de los barcos, nos aseguró Rathin; ni siquiera lo hacen al ver un rifle, pues, desde que la caza de tigres se prohibió hace treinta años, no saben ni lo que es.

¿Qué podía separar a un tigre de su presa? Fuera cual fuese la razón, el cuerpo se había quedado allí tirado y la marea había subido para llevárselo. Luego nos lo había traído. La pérdida había hecho visible a aquel tigre: su historia se vislumbraba en los agujeros que sus colmillos habían abierto en aquel cuello esbelto y moteado.

Cuando Eleanor vio al chital flotando en el agua, contuvo el aliento. «¡Qué bello!», dijo ahogando un grito, y cogió la cámara. Más tarde le pregunté qué había visto en aquel pequeño y triste cuerpo para encontrar belleza en él. Eleanor piensa con los ojos, a través de su cámara; comprende mejor a través de las imágenes que de las historias hechas con palabras. Una vez me contó que casi se había quedado ciega ante la belleza de la sangre del puesto de un carnicero de Vietnam. «¡Qué color! ¡Qué rojo!».

No era el cuerpo del animal lo que le parecía tan bello, me explicó; de hecho, se había enfadado cuando la tripulación de Rathin lo había subido a bordo. Lo que la cautivaba era ver el cadáver *flotando en el agua…* flotando entre la vida y la muerte, en el acuoso cielo azul del océano de Visnú.

Cuando intentaba entrevistar a Phoni Guyan —yo hablando en inglés y él respondiendo en bengalí—, ocurrió una cosa muy extraña.

Había escrito las preguntas en un inglés muy simple. Primero las leía y luego se las enseñaba al director de pelo rizado del albergue turístico. Escrutaba su cara para ver si comprendía y a veces reformulaba la pregunta. Después el director hacía la pregunta en bengalí y Phoni Guyan parecía repetirla. Era como cuando una pareja de ampelis americanos se pasan una baya el uno al otro varias veces hasta que uno de ellos se la traga y los dos saben que pueden empezar a construir el nido. Al final, la pregunta en cuestión era aprobada de mutuo acuerdo y Phoni Gulyan hablaba durante un rato.

Sería difícil imaginar una entrevista menos prometedora. Concertarla había resultado ridículamente complicado. Yo le había comentado a Girindra

lo que quería hacer y, como él es muy amigo del director y de Phoni Guyan, les había transmitido mi petición a ambos. Tras hablar con el director durante media hora, regresó con él a nuestra habitación para confesarnos lo siguiente:

—Vuestro propósito, director, no idea.

Busqué en mi mochila un ejemplar del primer libro que había escrito.

—*Amar boi* (mi libro) —dije, y se lo enseñé al director—. *Amar nam* (mi nombre) —recalqué, señalando mi nombre en la cubierta, el mismo que me había visto escribir mil veces en el libro de registro—. *Ecta boi Sundarbans tema* —insistí, empleando una pésima mezcla de bengalí e inglés agramaticales—. Usted ayudar mi libro, mi propósito.

Ninguno de aquellos datos era nuevo para él. En diciembre me había presentado como escritora. Me había aprendido al dedillo la frase («*Ami lekika*») y, a estas alturas, la mitad de los Sundarbans sabía de mi existencia; en todos los sitios a los que Girindra me llevaba en el *Mabisaka* lo oía explicar en bengalí: «Es escritora. Es americana. ¡Solo come huevos!». Sin embargo, cuando el director hojeó mi libro y se lo pasó a los trabajadores del albergue, que miraron las fotografías y buscaron alguna palabra que pudieran reconocer, este adquirió un significado que no había tenido hasta entonces. Las palabras no estaban dotadas de poesía alguna; ni las ideas de fuerza; aquellos valores eran invisibles. Y, con todo, el libro poseía otro tipo de importancia. Su valor residía en su calidad de objeto físico, como si fuera un arcón lleno de arroz o una pila de leña. El libro era un diploma escrito en latín, evidencia tangible de autoridad y estatus.

Por eso el director acabó claudicando.

Mientras Phoni Guyan respondía a cada pregunta, alzaba mi grabadora para registrar sus palabras. Pero, como no había nadie que me las tradujera —al contrario que en las entrevistas en las que Rathin había actuado de intérprete y los hombres le habían respondido—, Phoni Guyan me respondía directamente a mí. Me ofrecía palabras mudas como mi libro, aunque en forma de conversación. Mientras hablaba, sus penetrantes ojos marrones se clavaban en los míos, se abrían y se entrecerraban o revoloteaban por la habitación como pajarillos. Sus finas manos gesticulaban; su voz se alzaba y luego se suavizaba. Yo escuchaba atentamente y a veces asentía o ladeaba la cabeza; mi mirada seguía la suya y me quedaba boquiabierta. ¡Cuántas veces se escucha con los músculos de la cara en vez de con la mente o los oídos! En mi cara vería —lo sé, porque lo reflejaban sus ojos— lo mucho que valoraba su destreza y su conocimiento, lo agradecida que me sentía por aquel regalo.

Pasarían meses antes de que me enterase de lo que Phoni Guyan me había dicho. Pero, en nuestro mudo intercambio cargado de significado, comerciando con palabras-joya despojadas de lenguaje, me había enseñado una magia tan cautivadora como sus mantras.

Perdidas: cierto, la palabra «perdido» describe la incapacidad de encontrar el propio camino, de entender o de hacer progresos; sí, describe una cosa extraviada, desposeída. Pero también goza de otra definición: «Completamente embebido o absorto. Cautivado».

Como todo en los Sundarbans, posee un significado inesperado, disfrazado de su contrario, que se revela como un doble.

Una de esas noches que estábamos sentados en la timonera del *Monorama*, Rathin me habló del tigre que vivía cerca de Gazikhali, Era muy viejo y tenía el pelaje enmarañado: le colgaba del cuerpo a modo de guirnaldas, «como si fuera el pelo de un *sadu*», uno de esos hombres santos que viven en el bosque, se untan ceniza en el cuerpo y no se peinan ni se lavan, me explicó. El tigre tenía solo tres colmillos: el de la parte inferior derecha se le había caído. Rathin nunca lo había visto, pero había oído hablar de él. El tigre *sadu* era una especie de leyenda en la zona. No sabía si existía de verdad.

Hasta el día en que conoció a un hombre que había sobrevivido a un encuentro con él. Se plantó en el hospital donde había oído que la víctima se estaba recuperando. Pidió ver al paciente. Como Rathin era un alto cargo gubernamental, el médico no solo permitió que lo entrevistara, sino que además le quitó el vendaje para que contemplara los tres agujeros enormes que presentaba en el cuello. El colmillo ausente le había salvado la vida, dijo; de lo contrario, no habría podido zafarse de su fuerte agarre. El tigre era viejo y, al faltarle aquel diente, fue incapaz de matar al hombre con el primer mordisco. El valiente hijo de la víctima lo había ahuyentado golpeándole con un remo.

Rathin les dijo a sus trabajadores que estuvieran atentos por si veían al tigre *sadu*. Tenía muchas ganas de encontrarse con él. En la estación forestal de Gazikhali hay una torre de vigilancia desde la que se suele avistar a los tigres, pero nadie había visto nunca a aquel ejemplar en concreto después de aquello, por mucho que el personal de la reserva peinara la zona a diario.

Sin embargo, por un capricho del destino, Rathin sí que lo había visto: fue cuando estaba en Calcuta y el tigre era joven y ágil.

Pocos días después de que se entrevistara con la víctima del animal, visitó en su casa de Calcuta a un amigo guardabosques que había pasado mucho tiempo en los Sundarbans. Charlaron sobre los placeres de fotografiar la vida salvaje. Su amigo le señaló una foto en la pared en la que aparecía un tigre que había avistado varios años antes.

«¿Y bien? ¿Qué piensas de esta foto?», le preguntó.

«Miré la fotografía y me llevé una gran sorpresa —me contó Rathin. Reconoció al tigre en el acto, a ese al que nunca había visto—. Enseñaba los dientes, y le faltaba el colmillo inferior izquierdo».

Para cuando terminó de relatar la historia, la luna ya había alcanzado su cénit. El barco permanecía en la más absoluta quietud. Una neblina emergía del río. Rathin me explicó que era ozono y que curaba la tuberculosis.

El reclamo de un chotacabras irrumpió como un burbujeo desde el bosque y rebotó en la orilla contraria. Y entonces sentimos que la marea cambiaba de curso y que el barco giraba bajo nosotros.

10
EL DIOS TIGRE DE LA JUNGLA

Cuenta la leyenda que todo empezó cuando el poderoso dios Shiva, cuyo símbolo es el falo que da vida, puso sus ojos en el hada Ambika. Tan abrumado estaba por la visión de su irresistible belleza que «disparó de su cuerpo esperma del color de la luna». De su deseo nació Daksin Ray el milagroso hijo de la pasión irrefrenable de un dios por un hada.

Otras historias dicen que Daksin Ray era el hijo de una diosa, un brahmán, un guerrero humano, un cazador o un sabio. Ciertos eruditos afirman que Daksin Ray fue una figura histórica, posiblemente un *zamindar*, un terrateniente de los tiempos precoloniales, o el general de un gran ejército. Según se cuenta, Daksin Ray cuyo nombre significa «señor del sur», era rico, valiente y poderoso. Su imagen de arcilla siempre lo representa atractivo, con joyas incrustadas en la ropa y el tocado de oro resplandeciente.

Por supuesto, no podía ser de otro modo. Daksin Ray posee la riqueza de los Sundarbans, los árboles y las mareas, los pequeños peces plateados, los tiburones gigantescos y las hinchadas colmenas que gotean miel y están cargadas de cera. La riqueza de este dios solo se ve sobrepasada por su poder. Daksin Ray encarna los poderes de los tigres de los Sundarbans, su belleza y su terror. Por ese motivo, se le suele representar a lomos de un tigre, aunque sus habilidades exceden con mucho esta proeza. Cuenta la gente que los tigres de los Sundarbans obedecen sus órdenes y todo el mundo sabe que puede introducirse en el cuerpo de un tigre a voluntad.

Con toda seguridad, las historias acerca del origen de Daksin Ray, como la del nacimiento de Jesús, se compusieron mucho después de que el héroe comenzase a ser venerado. Los relatos se han alargado, los personajes que aparecen en ellos se han multiplicado y se ha incorporado la historia de los propios Sundarbans. Las narraciones acabaron adornándose profusamente,

como la ropa de Daksin Ray, con las joyas más finas que los poetas bengalíes fueron capaces de ofrecer en su lengua. Y los poemas épicos, una vez compuestos y leídos, volvieron a convertirse en propiedad de la memoria colectiva.

La historia de Daksin Ray cambia al ser recordada, aumentada, confundida, transformada. Él asume diferentes nombres: a veces se lo llama Daksindar; otras, Bara Thakur. Y diferentes formas: a veces su cara aparece pintada, blanca como la luna, símbolo de una vida pura y sacrificada; otras, es de un amarillo oscuro. El Mapa Antropológlco de la India indica que, en ocasiones, se lo venera como un trozo de piedra o una cabeza rocambolesca. Pero bajo los nombres y las imágenes, los relatos y los poemas, como la resaca bajo las mareas, fluye un poder primigenio. En sus entrañas late un misterio antiguo, pues el dios tigre de los Sundarbans es más viejo que los *zamindares*, más viejo que la escritura, más viejo, incluso, que el propio Shiva.

«La *bara puja* o Daksinrai comienza por la tarde y continúa toda la noche —leía Rathin mientras traducía del bengalí—. No se permite arar, hacer objetos de alfarería, cocinar ni trillar.

»Entre los fieles se elige y se despeja un lugar en el bosque, donde se levanta el altar, rodeado de palmeras datileras. Cerca se iza una bandera roja. Se encienden antorchas, se tocan tambores y se sacrifican pollos y cabras».

Rathin estaba traduciendo un capítulo llamado «El culto a Daksin Ray», perteneciente a un libro de artículos titulado *Una mirada a los Sundarbans*. Continuó leyendo:

«El terreno consagrado a la oración se inunda con la sangre de los animales sacrificados. Los fieles, borrachos, se marcan la frente con la sangre de estos y, blandiendo antorchas, bailan y profieren expresiones y gestos obscenos. Elevan asombrosos chillidos y una música atronadora».

Durante la ceremonia, se le ofrece al ídolo humus de lombriz, calabaza verde, carne de gatos domésticos… cosas muy diferentes a las que se ofrecen en las *pujas* tradicionales hindúes y que no se colocan a los pies del ídolo, sino que se arrojan al fuego ceremonial; se baña al ídolo de la cabeza a los pies con licor del país y se le da agua del narguile. Según Rathin, estas prácticas revelan que Daksin Ray es más antiguo que el hinduismo clásico y evidencian sus raíces como dios de las castas más bajas.

«Este es el canto que dedican al dios tigre», dijo Rathin, y leyó:

Jatale matal kanda
kuno kuni sara
mad, magi, rakta, mangsha
Santal, sama bara.

A continuación lo tradujo:

En el altar estamos, ebrios y llorosos,
tomando la vida, poniendo fin a la vida.
Vino, mujer, sangre, carne…
¡Imagen de Dios, guíame!

Rathin pronunciaba estas palabras cuando íbamos de camino a Khahtjhuni, donde el Departamento Forestal estaba llevando a cabo una operación maderera al otro lado del río Harinbhanga, cerca de la frontera con Bangladés. Allí, leñadores de pueblos de todos los rincones de los Sundarbans se estaban congregando justo para la ceremonia sobre la que estábamos leyendo, la *puja* anual en honor a Daksin Ray.

A este dios también se le había venerado en la *puja* a Bonobibi, pero Rathin me aseguró que una *puja* a Daksin Ray era harina de otro costal. Aquella *puja*, lejos de cualquier pueblo, apartada de la influencia controladora de mujeres y niños, conjuraba unos poderes tan viscerales, sangrientos y salvajes que solo el propio dios de los tigres podía gobernarlos.

Rathin no podría acompañarnos. Por la mañana debía partir hacia otra misión en el *Monorama* mientras Eleanor, Cilindra y yo continuábamos hacia Khahtjhuni en el *Mabisaka*. Rathin, que no confiaba en Girindra, iba a enviar a su ordenanza personal, Tarapada, a que nos escoltara en medio de la borrachera y la obscenidad; para cualquier otra cosa que se presentase, lo equipó con un antiguo rifle de factura rusa.

Tarapada estaba encantado de acompañarnos. Resulta que se pasó casi toda la *puja* durmiendo como un tronco en la bodega sombreada del barco.

A bordo del *Mabisaka* navegamos primero hasta el pueblo de Lahripur, hogar del alfarero que había realizado la imagen de Daksin Ray que se utilizaría en la *puja*. Íbamos a recoger el ídolo y a transportarlo hasta el santuario de Khahtjhuni.

Oímos la procesión mucho antes de verla: el golpeteo de los gongs, el ritmo de los tambores, el tintineo de los címbalos. Un tembloroso

«Uluoooooooo» ascendió como si de vapor se tratase desde la muchedumbre que aún no veíamos, anunciando que el dios cada vez estaba más cerca. Entonces, como una luna que se eleva sobre la ribera embarrada del río que protege al pueblo del mar, lo vimos: el rostro radiante y aureolado del dios.

En la frente llevaba el tridente de Shiva. Tenía las orejas ribeteadas de pendientes de plata. En el cuello resplandecían guirnaldas de perlas y marfil, y el peto destellaba con oro y diamantes. Parecía flotar en el aire, hacia nosotros. No fue hasta después de que la imagen superara el terraplén cuando vimos los brazos, los hombros y las piernas de los fieles que lo portaban en nuestra dirección en un trono azul.

Daksin Ray fue cargado con cuidado en la cubierta de proa del *Mabisaka* junto con una docena de hombres de su séquito. Dos de ellos, con *lungis* de cuadros, protegerían al ídolo en su viaje con los sonidos de los tambores sagrados, los *daees*, hechos de madera de mango y cuero de vaca, y el *kanshi*, un instrumento parecido al címbalo que se toca con una baqueta de bambú. Un tercer asistente sujetaba la parte trasera del trono para impedir que el respaldo de papel de periódico saliera volando con el viento. Algunos de los presentes ayudaron a cargar los numerosos artículos necesarios para la *puja*: leche, *gee*, fruta, cocos, cacillos, instrumentos y arroz. Cuando cargaban el termo con el agua del Ganges, la encarnación de la diosa Gonga, alguien sopló la caracola sagrada arrancándole un sonido tan alto y estridente como el silbato de un tren. Y, al fin, en cuanto el *put-put* del *Mabisaka* se unió al estruendo de los tambores, partimos hacia la *puja*.

En todas las talas que se llevan a cabo anualmente en los Sundarbans, se celebran cientos de pequeños actos de adoración a Daksin Ray. El Departamento Forestal, que supervisa la extracción anual de seis mil toneladas métricas de madera de pequeños terrenos rotativos entre el río Jula y el Buri Ganga, no permite que ninguna cuadrilla de trabajadores corte madera sin un chamán. Rathin me contó que la presencia de este es tan obligatoria como las caretas de plástico. Con mantras y oraciones, con astillas de madera hechizadas o con barro encantado, hombres como Bakher Gazi, Ksab Kayal y Phoni Guyan ruegan a los dioses de la jungla que sean misericordiosos con los trabajadores a los que se les ha confiado su cuidado. Los leñadores solo pueden blandir sus hachas una vez que los chamanes han honrado a Daksin Ray. Es lo que corresponde, pues, según la leyenda, la divinidad de Daksin Ray se le reveló por primera vez a un leñador.

Rathin me había traducido la historia una noche a bordo del *Monorama: un* comerciante joven y rico, Puspa Datta, necesitaba madera para construir barcos para su flota. Escogió al leñador Rothai Baulya, que encabezaría una expedición para encontrar y cortar la madera. Junto con sus seis hermanos y su único hijo, Rothai Baulya zarpó hacia el mismísimo corazón de los Sundarbans, donde se encontraba la de mejor calidad.

La partida se adentró en las profundidades del bosque de mangles y se dispuso a talar los árboles que necesitaban. Tras haber cargado siete barcos, estaban preparados para volver a casa. Pero, entonces, divisaron un árbol majestuoso y solitario cerca de la orilla. Era tan alto e imponente que no pudieron evitar cortarlo.

Rothai y su cuadrilla, cegados por la avaricia, no se dieron cuenta de que habían derribado la mismísima morada de Daksin Ray. Este, enfurecido, ordenó a seis tigres que atraparan a los hermanos de Rothai y los mataran.

El joven, apesadumbrado por la muerte de sus hermanos, decidió suicidarse. Le dijo a su hijo que volviera a casa en barco. Pero, justo cuando estaba a punto de matarse, Daksin Ray le habló con voz de trueno: «Tus hermanos han muerto por su insolencia y su avaricia —bramó; habían sido castigados por profanar la morada de un dios—. Pero yo, Daksin Ray, soy benevolente —continuó la voz—. Les devolveré la vida a tus seis hermanos con una condición: que sacrifiques a tu único hijo en mi honor».

Rothai sacrificó al niño en el acto. Daksin Ray, apaciguado por ese acto de fe y humildad, no solo les devolvió la vida a sus seis hermanos, sino también a su hijo. Todos se arrodillaron como muestra de devoción. Y, cuando volvieron a casa, le hablaron a todo el mundo de la clemencia y el poder de Daksin Ray, el señor de los Sundarbans y dios de los tigres.

«Ya entonces, el punto de vista ecológico estaba presente —comentó Rathin mientras traducía ese pasaje de la epopeya *Ray Mangal Kavya*, que el erudito poeta bengalí Krishnaram Das escribió en 1686—. ¡Equipara la tala de un árbol con el sacrificio de un hijo!».

El tema ha resonado a lo largo de los siglos en la India, como Rathin sabe bien: en otro libro me enseñó dibujos en paneles de arcilla descubiertos en Mohenjo-Daro, reliquias de la civilización del valle del Indo del año 3000 a. C. El primer panel presenta a un tigre en el bosque; el segundo, a una persona que persigue a un tigre que sale de la espesura. Otro muestra a un dios que mora entre los árboles, con los brazos estirados hacia el tigre, a modo de súplica. Una imagen posterior representa a hombres talando los árboles. En el panel final aparece el bosque desierto, sin el menor rastro del tigre ni del dios

que mora entre los árboles. Según Rathin, la moraleja está clara: «Puedes hacerte con tierras para la agricultura, pero tu dios te abandonará».

Llegamos a la tala cinco horas tarde. El sol quema tanto que, al impactar en la corona dorada de Daksin Ray, forma agujas resplandecientes, y el aire está tan cargado como el son de los *daees* hechos con cuero de vaca. Hay docenas de barcos de madera arrastreros anclados en los canales adyacentes. A lo largo de las semanas que dura la tala, los leñadores viven a bordo de estos barcos y duermen en chozas de madera con techumbre de paja construidas en la cubierta. La mayoría de las embarcaciones ondea banderas rojas. Algunos lucen *malas* alrededor de la proa a modo de guirnaldas. Uno de los encargados grita a los trabajadores que Daksin Ray ha llegado.

Entonces dan comienzo los preparativos para la *puja*. Un hombre pinta un recipiente de arcilla con el doble tridente de Shiva, embadurnándolo de bermellón con el dedo anular de la mano izquierda. Otro elabora una pasta con madera de sándalo restregándola con aceite en una piedra redonda y plana para conseguir un color café crema vivo con el que untará la frente de todos y cada uno de los presentes. Se encienden velas. Se quema incienso. La gente corta fruta y la dispone en hojas de platanero. Todo se lava cuidadosamente con agua o leche antes de colocarse en el santuario.

Este consiste en una gran estructura fija, de unos siete u ocho metros, levantada sobre pilotes, con paredes de hojas de *hental* y un suelo de troncos más robustos que los utilizados para la mayoría de los muelles. Otros ídolos, incluida Bonobibi, parecen apiñarse en una estancia aparte separada con un sari de cuadros, como si fueran actores esperando entre bambalinas. Ese día se adora a Daksin Ray y a nadie más.

El ídolo se coloca en su sitio con sumo cuidado y luego se rodea con una valla baja de cordel rojo. Recuerdo el cordel rojo de la *puja* con la bola de barro de Girindra y también de la *puja* a Bonobibi en el santuario de Sajnekhali.

El sacerdote, un joven de ojos enormes y pecho hundido, comienza a oficiar la ceremonia. Es un brahmán con la tela sagrada echada sobre el hombro izquierdo. Invoca tres saludos a Visnú y un asistente los repite, como si ambos cantaran a dúo. Sus voces estiran y alargan las palabras como elásticos que salieran de sus cuerpos, de sus almas, del pasado. El vaivén de sus voces da vida a las palabras del orador, del mismo modo que unas manos que amasan dan vida a la levadura del pan.

«Nos muestra la añoranza del pueblo, que pide a Daksin Ray que acuda a ellos para que puedan adorarlo», nos explica Amarendra Nath Mondal, El señor Mondal (nunca llegamos a llamarlo por su nombre de pila porque Girindra no lo hizo, al parecer por respeto) no adora a Daksin Ray; al ser un erudito, como sugieren sus gafas de montura negra, no cree en absoluto en ese dios. Me cuenta que él es «más clásico»: venera a Laxmi, la diosa de cuatro brazos de la riqueza y el éxito. Pero nos ha acompañado a la *puja* porque le interesa observar esas cosas y, a petición de Girindra, ha accedido a hacernos de intérprete en su día libre.

Alguien hace sonar la caracola. «Ahora alzan la imagen —nos anuncia el señor Mondal. La valla baja de cordel rojo alrededor de la imagen se había erigido para ese momento—. El cordel rojo mantiene alejados a los demonios, que pueden intentar entrar en la imagen situada frente a Daksin Ray».

La música vibra y resuena, y el gong convoca a los fieles, enardecido. Daksin Ray toma posesión de la imagen. El sacerdote lanza una flor a sus pies y la ceremonia prosigue.

Al dios se le ofrecen todos los honores y comodidades que sus anfitriones pueden dispensarle: palabras amables, notas de bienvenida, incienso dulce, buena comida. Para que se refresque del calor, llegan incluso a bañarlo. Este hecho presenta un problema logístico, pues la imagen está hecha de arcilla. Los fieles han resuelto el problema de manera admirable incluyendo un espejo en la ceremonia, de modo que el reflejo de Daksin Ray pueda darse un baño.

La *puja* continúa durante dos horas: un tumulto embriagador de oraciones, campanas, flores, comida, cánticos, incienso, tambores y gong. La música aumenta como el calor y se acelera como el pulso cuando se acerca un amante, luego late como un corazón ante la proximidad de un tigre… y finalmente palpita, descontrolada, frenética. Los ojos de Daksin Ray parecen flotar en las cuencas como si nos observara a todos. Bajo el bigote negro, sus labios parecen esbozar una sutil sonrisa, como si estuviera complacido.

De vez en cuando, unos crujidos repentinos restallan en medio del aire bochornoso. El señor Mondal le pregunta a un miembro del Departamento Forestal qué son. Más allá del claro, unos guardas tiran cohetes para evitar que los tigres vayan a la *puja* a venerar a su señor. Pero ¿no estaría la gente a salvo si los tigres estuvieran ocupados en deberes religiosos? El señor Mondal sonríe. «El problema es que nadie podría asegurar que todos los tigres que acudieran fueran verdaderos creyentes. Quizá solo estuvieran hambrientos».

La ceremonia continúa. Nada de licor. Nada de obscenidades. Ningún sacrificio de animales. Hace años se mataban animales en las *pujas* a Daksin Ray, como Rathin había leído. Pero, cuando Kalyan Chakrabarti se convirtió en director de la reserva, abolió la práctica porque la consideraba cruel. (El fin del sacrificio de animales coincidió con muchas de las iniciativas del Departamento Forestal para reducir los ataques de los tigres, como las vallas electrificadas alrededor de los pueblos, los estanques para recoger el agua de lluvia y, más tarde, las máscaras y los muñecos electrificados. Pero, cuando hablas con los vecinos, ellos no reconocen ninguno de estos cambios; ellos atribuyen la reducción de los ataques de tigres a un cambio en la *puja*).

Al cabo de dos horas, el sacerdote yace casi postrado, con la voz rota, como a punto de llorar. Entonces se levanta, se limpia la cara y el pecho con una toalla roja y se recoloca la pañoleta. Retoma la oración desde el principio. Su asistente repite las palabras en voz baja. Otro devoto vierte agua de coco en un recipiente de latón. Y, al fin, el dios se marcha; el cordel rojo se rompe. «OM *Shaktí, OM Shakti,* OM *Shakti, OM*», tararea el sacerdote. La *puja* al dios de los tigres finaliza con el sonido primigenio, la palabra para «paz».

Durante siglos, Daksin Ray gobernó a solas los bellos bosques oceánicos de los Sundarbans. Pero un día llegaron unos forasteros a los manglares, encendiendo como nunca la ira del dios de los tigres. Daksin Ray mandó a un ejército de tigres, cocodrilos, fantasmas y demonios para que los ahuyentaran. El guerrero Sha Jungli se enfrentó al ejército del dios con su garrote. Pero fue su hermana gemela, de quien lo habían separado el nacer, quien ganó la batalla, desarmada. Se convirtió en la diosa del bosque, y allí, en armonía con su antiguo enemigo, el dios de los tigres, mora en paz.

Mientras el cielo se oscurecía, el calor se aplacaba y nuestro barco salía deslizándose de los pequeños canales de Khahtjhuni, de vuelta a la desembocadura, el señor Mondal nos contó a Eleanor y a mí la historia de Bonobibi.

Nos dijo que, gracias a la *puja* a la diosa, todos los lugareños conocen los elementos básicos de la historia, del mismo modo que los cristianos conocen el relato del nacimiento de Cristo de ver las innumerables representaciones que tienen lugar en Navidad. Cada mes de enero, en las *pujas* que se celebran por todos los Sundarbans, se canta el texto del *Bonobibir Jahuranama* compuesto en 1877 por el poeta musulmán Munshi Baynuddin Saheb, que

narra la vida y los milagros de Bonobibi, Daksin Ray, Sha Jungli y Gazi Saheb.

La historia comienza con Gulalbibi, que llora sola en el bosque (la pequeña figura de arcilla que derramaba lágrimas blancas y planas en la *puja* de Sajnekhali). El hombre de aspecto consternado que aparecía de pie junto a la imagen en el santuario es su marido, Ibrahim, que la ha abandonado, embarazada, en la jungla. Está horrorizado por su propio acto, pero ya no puede dar marcha atrás.

Ibrahim fue incapaz de engendrar un hijo con su primera mujer, Fulbibi, que le permitió que tomara a una segunda esposa con una sola condición. Así que, una vez que Ibrahim se hubo casado por segunda vez y después de que Gulalbibi hubiera concebido un hijo, la celosa Fulbibi anunció su deseo: que, cuando le llegara a Gulalbibi la hora de dar a luz, la llevara a la jungla y la abandonara mientras durmiese.

Cuando Gulalbibi despertó y se vio sola, le gritó a Alá: «¡Sálvame!». Alá ordenó a las hadas que la asistieran en el parto de unos mellizos. Bonobibi fue la primera en nacer; le siguió Sha Jungli. Pero incluso con ayuda divina es difícil alimentar a dos bebés, por lo que Gulalbibi huyó de la jungla con su hijo y dejó a la pequeña.

Una cervatilla moteada descubrió a la niña y la amamantó con sus propias ubres. Bonobibi, criada por una hembra de chital, protegida por Alá e infundida con la magia de la jungla, se convirtió en una diosa. Y así, continúa el poema, cuando su hermano fue a buscarla, Bonobibi ya sabía que no iban a volver juntos al pueblo a reunirse con sus padres, sino que estaban destinados a viajar por los Sundarbans para obrar milagros y ayudar a la gente que sufría.

El señor Mondal hizo un alto en este punto, pues le costaba hacerse oír por encima del ruido del motor del *Mabisaka* durante mucho tiempo, sobre todo en un idioma extranjero. Además, dijo, los milagros de Bonobibi y Sha Jungli saltaban a la vista: estaban esculpidos en arcilla por todos los Sundarbans. En el santuario de Sajnekhali, a la izquierda de Gulalbibi, que llora junto al árbol, otro diorama prologa una historia diferente. Allí las imágenes de arcilla de unos recolectores de miel están cortando una colmena de una rama. Esta escena está tomada del relato de cómo Bonobibi rescató al hijo de una pobre viuda. Oí esta historia en mi tercer viaje a la India, cuando un estudiante universitario de Calcuta la tradujo del *BonobibirJahuranama*, que Girindra guarda en su casa como si fuera la Biblia familiar:

Éranse una vez dos hermanos llamados Dona y Mona. Como ricos comerciantes, partieron con su flota de barcos hacia los bosques de los

Sundarbans con intención de recolectar cera y miel.

Cuando llegaron, el propio Daksin Ray se les apareció en sueños. «Cargaré vuestros barcos de riquezas», prometió. Pero a cambio de algo: debían ofrecer en sacrificio al joven cocinero, Dukhe, el único hijo de una viuda. Debían abandonarlo en la isla de Kendokhali, adonde Daksin Ray acudiría transformado en tigre para reclamar su deuda.

Daksin Ray cumplió su parte del acuerdo. Dona y Mona encontraron los árboles combados por el peso de las colmenas. Cargaron sus siete barcos de tal manera que a punto estuvieron de hundirlos por el peso y al final tuvieron que verter parte de la miel en el mar, pues necesitaban hacer sitio para la cera, más preciada. Pero, por la mañana, debían pagar su deuda.

Dona envió a Dukhe al bosque a recoger leña seca para preparar el desayuno. Mientras el muchacho estaba ocupado con esta tarea, los barcos de Dona y Mona fueron abandonando sigilosamente Kendokhali uno por uno.

Cuando Dukhe regresó, se dio cuenta de que estaba solo. Y, justo entonces, Daksin Ray, convertido en tigre, salió rugiendo del bosque. Dukhe recordó las palabras que su anciana madre le había dicho antes de que partiera: «Si te ves en apuros, llama a Ma Bonobibi». De modo que se arrodilló e invocó a la diosa.

Con la velocidad del viento, tanto Bonobibi como su hermano aparecieron ante el joven asustado. Bonobibi cogió a Dukhe en brazos y ordenó a su hermano que espantara al tigre con su garrote (entonces entendí que el *latu* parecido a una vara que utilizamos en *la puja* del bosque de Girindra simbolizaba esta arma). Bonobibi envió al muchacho sano y salvo a casa con su madre a lomos de un cocodrilo. Dukhe tenía tanto miedo del reptil gigante que Bonobibi tuvo que vendarle los ojos durante el trayecto (otro momento de temor y promesa representado en arcilla en el santuario de Sajnekhali).

Como es normal, Daksin Ray se ofendió por la intromisión en su territorio. Mandó a sus tropas a dar caza a los intrusos, pero, a pesar de su ejército de tigres, fantasmas *buts* y espíritus femeninos llamados *dakanis*, a pesar de los truenos y los relámpagos, los arcos y las flechas, Bonobibi no resultó ni siquiera herida. Cuando Sha Jungli persiguió a Daksin Ray transformado en tigre, este se sumergió en un río y ordenó a tiburones y cocodrilos que atacaran a su perseguidor. Sha Jungli se limitó a cogerlos por la cola y lanzarlos bien lejos.

Al final, las facciones contendientes firmaron una tregua. Gazi Saheb, un santo musulmán, medió entre Daksin Ray y Sha Jungli. La madre del primero

hizo un pacto de amistad con Bonobibi. Y, desde ese día, el tigre y la diosa han compartido en paz los bosques de los Sundarbans.

Y lo mismo ha ocurrido con los pueblos que han convivido en los Sundarbans a lo largo de los siglos. Desde los mogoles, cuyos santos sufíes obraban sus milagros en las costas de los Sundarbans a principios del siglo XIII, hasta los pueblos de las tribus munda, oraaon y santal, procedentes de Bihar y Orisa y atraídos por las promesas de los *zamindares* a finales del siglo XVII, esta tierra ha absorbido cordialmente una oleada tras otra de recién llegados. Los últimos inmigrantes provienen de los distritos Jessore, Bakharganj y Khulna de Bangladés. Tras la partición de la India en 1947, decenas de miles de personas han cruzado el país a través de los Sundarbans, a menudo en pequeños barcos en la oscuridad, en busca de una vida mejor. Los padres de Girindra se cuentan entre esos inmigrantes, que huían de la violencia contra los hindúes que se había desatado en su tierra natal.

Los pueblos de los Sundarbans siguen siendo pobres. Un estudio de la parte india publicado en 1981 constataba que casi la totalidad de estos dos millones cien mil personas vivía endeudada por el arroz o los barcos. Aunque la mayoría depende de la agricultura, más de la mitad no posee tierras; aquellos que sí las tienen cultivan sus huertos y sus arrozales de menos de una hectárea como media cada dos años. Menos de un tercio de la población sabe leer.

Pero la diosa venerada en el *Bonobibir Jahuranama* también es la salvadora de los pobres. En un episodio que no ilustran las formas de arcilla de la *puja* en honor de Bonobibi, tras alcanzar la tregua entre Daksin Ray y los recién llegados, todos cooperan para construir un hogar palaciego para Dukhe y su madre. Gazi Saheb le cuenta a Dukhe dónde cavar para encontrar siete vasijas llenas de monedas de oro. Daksin Ray le envía la mejor madera. Bonobibi le manda a un carpintero celestial para que construya la casa. Finalmente, el rico comerciante Dona le pide perdón a Dukhe y, como muestra de amistad, le ofrece a su preciosa hija como esposa. En una gran ceremonia seguida por un fastuoso banquete, la joven pareja contrae matrimonio y, desde entonces, todo el mundo venera a Bonobibi, junto con Sha Jungli y Daksin Ray.

En mi tercer viaje a la India, intenté rastrear el origen de Daksin Ray. Rathin me llevó al pueblo de Dhapdhapi, a treinta kilómetros al sur de Calcuta. No se encuentra dentro de los límites actuales de los Sundarbans: allí no hay

manglares, ni canales, ni mareas, ni cocodrilos ni tigres. El lugar no se diferencia de cualquier otra aldea más o menos organizada de Bengala Occidental, con coches y bicicletas en calles de tierra, fachadas de cemento y, aquí y allá, un gran baniano con raíces colgantes como las rastas de un *sadu*. Sin embargo, según me aseguró Rathin, hace apenas un siglo, Dhapdhapi formaba parte de los Sundarbans. Una vez fue un manglar. Así fue como se le puso nombre al pueblo: Dhapdhapi significa «despejar».

Rathin espeta palabras en bengalí a nuestro conductor para ordenarle que se desvíe por una callejuela. Ahora es temporada de monzones, la lluvia es cálida y tan continua como el sudor, y el mundo entero cobra el aspecto borroso de un sueño del que no puedes despertar. Durante la época de lluvias, pierdes la visión periférica, pues siempre andas mirando por el túnel que forma un chubasquero o echando un vistazo desde debajo del paraguas.

Al salir del coche, tenemos los ojos ocupados en los pies para intentar evitar los riachuelos de barro que bajan por la calle. Cuando alzamos la vista, nos encontramos con lo que parece un palacete británico: tres pisos de mármol y madera pintada de amarillo chillón con una fachada de tres arcos coronada por una especie de tiara repleta de los adornos propios de un edificio de mucha mayor envergadura. Es el templo de Daksindar.

Poco después, Manas Kumar Pathak, un hombre con bigote y pelo canosos, unas gafas rectangulares negras y la típica pañoleta sagrada que usan los brahmanes, sale a recibirnos. Le cuenta a Rathin en bangladesí que lleva cuarenta años como sacerdote del templo, desde que tenía catorce. El señor Pathak toca una campanilla de latón que cuelga sobre la puerta cerrada y da cuatro palmadas antes de insertar la llave. Nos explica que Daksindar está dormido y que así alerta al dios de nuestra presencia. Nos quitamos los zapatos y entramos en el templo.

Delante de nosotros, con una altura aproximada de media planta, un bigote negro, una coronilla cónica y una cara blanca como la luna, se encuentra la imagen de Daksin Ray.

Rathin nos traduce que ese no es el ídolo original. El auténtico iba a lomos de un tigre; este está sentado en un trono con incrustaciones de joyas. El original también tenía un arco y una flecha; a este lo han modernizado y porta una escopeta atravesada en el regazo. El primer templo estaba hecho de paja de arroz y chapa, nos explica, pero se destruyó. En su lugar, los buenos ciudadanos de Dhapdhapi recolectaron dinero para construir ese magnífico templo en 1909. Señala que incluso cuenta con un reloj de pared, que ayuda a

asegurar que las *pujas* se celebran con puntualidad, a las nueve y a las dos y media los sábados y los martes, y los demás días a las once.

—Cuéntenos lo de Daksindar —le pido a través de Rathin.

—La mayor parte de la historia se ha perdido con el tiempo —nos dice el sacerdote—. Pero se sabe algo: una vez había un rey llamado Mukut Ray, el rey de Brahmannagar, en Jessore. Su ejército estaba a las órdenes de un gran comandante llamado Daksindar.

»El tiempo pasó y, muchos años después, tras la muerte de Daksindar, los pescadores y los recolectores de miel realizaron un importante hallazgo en los bosques de Dhapdhapi. Encontraron un túmulo de tierra al que se sentían atraídos a adorar. Ni siquiera conocían el nombre de la deidad a la que rezaban, pero, tras hacerlo, descubrieron que estaban mágicamente protegidos de los tigres, los cocodrilos y los demás peligros del bosque.

»Entonces, durante mucho tiempo, gran parte de la tierra se quedó despoblada. Cuando la gente volvió a Dhapdhapi siglos más tarde, el lugar se había convertido de nuevo en una jungla y se hallaba bajo el dominio de un *zamindar* llamado Madanmohan Raychowdhuri.

»El *zamindar* envió a jornaleros al vasto bosque para despejarlo, erigir diques y plantar arroz. Ese trabajo siempre resulta arduo, pero en ningún sitio como aquí. El lugar estaba infestado de árboles venenosos y llenos de pinchos, y los trabajadores eran incapaces de despejarlo, por mucho que lo intentaran. Era como si la propia naturaleza estuviera conservando su carácter sagrado.

»Un día, mientras intentaban despejar el bosque, uno de los trabajadores encontró un montículo cubierto de árboles. En cuanto su hacha impactó en el primer árbol, el hombre cayó fulminado al suelo, empezó a sangrar por la boca y murió. Sus compañeros informaron de lo ocurrido al patrón.

»El *zamindar* Raychowdhuri en persona fue de inmediato a Dhapdhapi, donde erigió un pabellón. Rezó y ayunó durante días. Pedía contactar con la deidad que presidía aquel sitio a diario. Una noche, en un sueño, la deidad se le apareció tocada con una corona cónica dorada, roja y verde. Su rostro resplandecía como la lima e iba a lomos de un tigre. Su nombre, según le dijo, era Daksindar.

»El dios le dio una orden: "Levanta aquí un ídolo con mi imagen y venérame todos los días". Y eso hizo, y más aún. Contrató a un sacerdote a tiempo completo para atender al ídolo y celebrar *pujas* diarias en su honor.

El propio Daksindar enseñó al sacerdote los secretos del árbol mágico de Dhapdhapi, secretos que se habían transmitido de generación en generación.

Así es como Manas Kumar Pathak llegó a conocerlos y ahora se los enseña a su propio hijo, que, a los veintitrés años, está formándose para llegar a ordenarse sacerdote. El árbol puede curar las heridas ulcerosas, la disentería amébica, los problemas de estómago, el cáncer y las enfermedades de la piel, pero solo si sus hojas se fríen en *gee* y se comen tras ser bendecidas por el sacerdote del templo.

El señor Pathak nos llevó a ver el árbol mágico, que se yergue en un patio delante del templo. Es una criatura alta y esbelta, con una corteza blancuzca y hojas curtidas de trece centímetros. En la base del tallo de cada brillante hoja crece una larga espina.

Rathin no lo conocía. El señor Pathak dijo que se llamaba *chora dacat* y que no le extrañaba que no lo hubiera visto antes: nos contó que un botánico de la universidad fue una vez a verlo y tampoco supo identificarlo. Nos explicó que eso era debido a que el árbol solo crecía allí, a que era un regalo del propio Daksindar.

Habíamos leído que, en la antigüedad, a Daksin Ray no se le venera como a un ídolo de cuerpo entero, sino solo como a un busto. En esa forma se le conoce como Bara Thakur. Varios estudios antropológicos realizados por investigadores británicos a comienzos de siglo describen la cabeza con ojos grandes, bigote negro y un gran tocado cónico. Ninguna de las personas con las que he hablado en los Sundarbans ha visto nada semejante; Rathin tampoco. Sin embargo, después de que Eleanor y yo volviéramos a Estados Unidos, este continuó sus pesquisas sobre la cabeza incorpórea y al final descubrió que, en un poblado llamado Nosha, seguían venerando a ese ídolo. En tiempos de los mogoles, los barcos bajaban hasta allí por el río Hugli desde el puerto Diamond para empezar su viaje hacia los Sundarbans. Hoy en día, el pueblo queda a treinta kilómetros de sus límites. Un día fragante y lluvioso de septiembre, en mi tercera visita a la India, Rathin me llevó hasta allí en busca de Bara Thakur.

Fue preguntando la dirección a gritos a varios transeúntes por la ventanilla del coche. Le dijeron que podía encontrar a Bara debajo de una higuera gigante que crecía en un pequeño patio de barro. Dispuestas entre las raíces que caían en forma de cascada, vimos cinco vasijas rojas de arcilla. Ante ellas yacían los restos empapados de unas flores marchitas e incienso quemado.

Debido al monzón, había poca gente fuera. Paramos a unos viandantes que corrían para resguardarse de la lluvia y les preguntamos si nos podían

hablar del dios que adoraban bajo el árbol. Sí, la gente rezaba allí, nos confirmaron, pero nadie parecía ser capaz de decirnos qué simbolizaban las vasijas ni cuáles eran los poderes específicos de aquel dios. A Rathin le habían dado el nombre de Haladhar Chatterjee, supuesto sacerdote de Daksindar, pero nadie daba con él. Al final hablamos con un anciano arrugado que dijo llamarse Kele Khachar, «Kele el Malvado», tradujo Rathin.

Bajo el tejado de paja de su porche, el anciano habló con él durante lo que me pareció un buen rato, mientras cortinas de agua caían por los aleros y se llevaban remolinos de barro calle abajo. La conversación terminó con un gesto de asentimiento. Ambos dimos las gracias profusamente al hombre y Rathin me condujo de vuelta a la calle.

—¿Y bien? —le pregunté sin aliento—. ¿Qué te ha dicho?

—Que son tan antiguas que nadie recuerda lo que son —contestó él. Y se subió en el coche.

El *Ray Mangal Kavya* menciona la cabeza de Bara. En un episodio, durante una pelea con espadas, Barkan Gazi (Gazi Saheb) decapita a Daksin Ray, aunque el dios se recupera milagrosamente:

Barkan le atizó con la espada en el cuello.

Y la cabeza mística cayó al suelo.

Desde entonces, en ciertos sitios se adora la cabeza sin tronco de Bara, en otros lugares, la imagen humana al completo sobre un tigre.

La mayoría de los entendidos en el tema parece coincidir en que la adoración a Bara antecede considerablemente al *Ray Mangal Kavya*. Krishnaram Das admite en su texto que había otra epopeya de Daksin Ray antes de la suya, pero que el poema se ha perdido. Es muy probable que Das incorporase la cabeza de Bara en su historia porque ese vínculo con el pasado le proporcionaría mayor grado de veracidad.

Una fuente que Rathin descubrió, el antropólogo bengalí Tushar Kuma Chattapadhyay, sugiere que el culto a Bara «se rige por la primitiva costumbre del sacrificio humano y de la decapitación». Es cierto que hubo un tiempo en que el sacrificio humano estuvo extendido por la India, en especial en honor a Kali, la diosa de diez brazos de la destrucción. El sacrificio humano sobrevive en la India incluso en la actualidad, en la práctica ilegal,

aunque ocasional, del *sati*, en la que una viuda se arroja a la pira funeraria de su marido: un último acto de ofrenda de su carne ante el altar de su esposo.

La veneración de la cabeza y el cráneo humanos está profundamente enraizada entre los de nuestra especie: los neandertales guardaban los cráneos de sus ancestros como si de reliquias sagradas se tratara. No obstante, la veneración a Bara parece curiosamente fuera de lugar entre estas tradiciones. ¿Por qué iba a dirigirse el culto del dios tigre a una cabeza humana? «Resulta extraño —escribió Asutosh Bhattacharyya, un investigador asociado del Mapa Antropológico de la India y uno de los pocos expertos que han escrito acerca de Daksin Ray en inglés— que, en lugar de una representación iconográfica completa de la deidad, solo se conserve la cabeza para su adoración… Tal vez —teorizaba—, en el pasado, una víctima de un tigre luego fue deificada de ese modo».

«Los devoradores de hombres siempre dejan intactas esas partes de la víctima que más asociamos con la cualidad humana: las manos, las piernas y la cabeza», observaba el cazador británico Kenneth Anderson. El conocido rechazo de los tigres hacia el rostro humano es la razón por la que, durante un tiempo al menos, las máscaras colocadas en la nuca protegieron a los trabajadores del bosque de sus ataques. Tan inquietante encuentran los tigres el rostro humano que prefieren abandonar a una presa antes que mirarla. En *The World of the Tiger*, Richard Perry escribe acerca de un inspector de policía que, cuando iba de camino a examinar la presa de un devorador de hombres, oyó que se había producido un segundo ataque bastante cerca del primero. No entendió la razón del nuevo asalto hasta que examinó el primer cadáver. Según su informe, este estaba «recostado contra el abrupto terraplén de un barranco con los ojos desorbitados, que sobresalían de las cuencas». La tigresa que había matado al hombre había huido, por supuesto, pero, por sus huellas, el inspector supo lo que había ocurrido: después de que hubiera arrastrado el cadáver por una escarpada pendiente, este se había quedado enganchado entre los árboles, sentado, mirando hacia delante. La tigresa había ido de un lado para otro, había deambulado en círculos y finalmente se había marchado. Como no había encontrado la manera de recuperar a su presa sin mirar aquella cara de ojos desmesuradamente abiertos, había dejado cuarenta y cinco kilos de carne intacta y se había ido a cazar otra vez.

La historia resulta todavía más impactante si se tienen en cuenta los esfuerzos de la mayoría de los devoradores de hombres por no perder el cuerpo de sus víctimas. Jim Corbett informó de que una tigresa había regresado para recuperar su presa humana cuatro veces aún a sabiendas de

que el cadáver estaba custodiado. Otro tigre trepó tres metros y medio para llegar hasta un cuerpo que las autoridades habían atado en lo alto de un árbol; un tercero trepó y se cayó de un árbol al menos veinte veces mientras intentaba recuperar un cuerpo que habían trasladado allí.

A los tigres no les gusta derrochar. Sin embargo, aparecen informes y más informes en los que se atestigua que un tigre ha dejado intacta la cabeza de su víctima humana, como suele hacer un gato doméstico con la de un ratón o un topillo. Anderson y su hijo, Don, observaron que un tigre que había matado a un leproso parecía haber colocado a su víctima en una colina a propósito para que, una vez que le hubiera roído el cuello, la cabeza cayera y se alejara rodando.

En los Sundarbans, a menos que sigas a un tigre con su presa en las fauces hasta el bosque, tus oportunidades de localizar el cuerpo de una víctima humana son escasas. Pero, si te topas por casualidad con los restos de una persona a la que ha matado, esto es lo que encontrarás con toda seguridad: una cabeza sin cuerpo, con los ojos abiertos, bajo los árboles.

¿Cuál sería tu reacción ante la visión de una cabeza cercenada entre los mangles? ¿Repugnancia? ¿Ira? ¿Ganas de salir corriendo? No; aquí, en estos bosques cenagosos, donde los arroyos fluyen tan lentos y densos como la sangre, donde las hojas se convierten en pájaros en tus propias narices y luego se evaporan en el cielo, donde los horrores y las maravillas surgen del mismísimo barro, esto es lo que harías: en un acto de miedo y pasmo atávicos, como Moisés ante Yavé, como Rothai con sus seis hermanos y su hijo resucitados, te arrodillarías.

Pero ¿ante quién? ¿Quién es Daksin Ray?

El experto bengalí Sankarananda Mukhopadhyay, en *A Profile ofi Sundarbans Tribes*, sostiene que Daksin Ray fue un personaje histórico al que mató un tigre. El erudito asegura que lo que se invocaba originalmente durante la *puja* a Daksin Ray era el alma de las víctimas, de modo que su «espíritu vengador contrarrestara cualquier posible ataque de un tigre» a los fieles.

Sin embargo, sospecho que, en un primer momento, Daksin Ray era un tigre y que, como muchos antiguos dioses, adquirió forma humana cuando bardos y poetas lo revistieron de humanidad. Pues es al tigre, y no a la víctima, al que reconocemos cuando nos encontramos la cabeza de Bara en el bosque. La mayor parte del tiempo, los tigres en los Sundarbans no se dejan ver. Igual que uno no ve a los dioses ni el viento, pero percibe las huellas que dejan a su paso.

¿Por qué los tigres abandonan la cabeza de sus presas humanas? Tal vez la redondez del cráneo les resulte molesta, aunque un tigre podría cascarlo con total facilidad. Tal vez la cabeza y la cara humanas no tengan la suficiente carne como para que les merezca la pena el esfuerzo. O tal vez, en ese acto de misterio estremecedor, el tigre, al igual que Dios, nos reconozca como lo que verdaderamente somos: por supuesto ve la carne que consume, pero quizá también vislumbre nuestra alma.

11
POSESIÓN

Durante el monzón, incluso cuando no llueve, la humedad te rodea por completo. El aire es tan denso que forma una mortaja, una vaina, un capullo sofocante. Más que una temperatura, el calor es un obstáculo, un peso viscoso que no te permite moverte. Respirar es como ahogarse. La humedad a menudo es del cien por cien.

La mayor parte del tiempo llueve. La lluvia sisea. O tamborilea, silba, empapa las calles fangosas o da latigazos en el aire como una vela suelta.

En los Sundarbans no se produce la jubilosa «ruptura» del monzón como en el resto del subcontinente. Al contrario, el ambiente solo se va volviendo más y más húmedo. Desde finales de marzo hasta finales de mayo, la temporada de tormentas repentinas y granizo ocasional precede al monzón, por lo que, durante un tercio del año, el tiempo consiste en varios tipos de lluvia. Y todos caben en la lengua bengalí. Está el *gurí gurí bristi*, el sirimiri. O el *halka bristi*, una lluvia suave con gotas mayores que las del *giiri gurí bristi*. También el *jutnjum bristi*, que toma su nombre del sonido que las gotas gordas y densas hacen al repiquetear en los tejados; el *prabol bristi*, un aguacero; o el *mushal daré bristi*, una lluvia tan copiosa que no se puede ver a través de ella. Y muchos más.

Entre mayo y septiembre pueden caer más de mil doscientos litros por metro cuadrado. Los periódicos y las fotografías se enmohecen. Los trapos se pudren, la tinta se corre, los libros se descuajaringan. Si metes un cinturón de cuero en una maleta, se le formará encima una capa de moho tan larga y gruesa como el propio cuero. Los hongos proliferan en las orejas y el contorno de los ojos y provocan picor y escozor. Las enfermedades son frecuentes en esa época del año. Los estanques que recogen el agua de lluvia

rebosan y se contaminan provocando brotes de diarrea y otras afecciones. Y, con la humedad, la gente pilla resfriados, dolores de garganta y enfriamientos.

Esa es la peor estación para los ataques fantasmales y las picaduras de serpiente: los fantasmas y los reptiles bullen de actividad con tanta agua. Los fantasmas se quedan en el exterior, pero, durante las lluvias, las serpientes, expulsadas de sus nidos, penetran en los hogares de la gente e incluso reptan hasta sus camas. Sobre todo una, llamada *kalash*, que es algo venenosa. La serpiente solo quiere estar seca y calentita, que es precisamente lo que la persona también quiere. A menudo los dos duermen juntos profundamente, pero, como el individuo en cuestión se dé la vuelta y aplaste a su compañera invisible, puede que esta le muerda en defensa propia.

Hay muchos días en los que nadie sale de su casa salvo para usar la letrina, porque los pulcros caminos de tierra se han convertido en fango grasiento. Cuando llueve, la gente no puede trabajar en los campos ni ir a pescar, y los mercados cierran. La mayor parte del tiempo no hay nada que hacer excepto visitar a los vecinos, beber té, fumar *bidis* y contar historias. Cuando el aire se carga de lluvia, uno viaja a través de esas historias en lugar de por los canales embarrados y sinuosos.

Por esa razón decidí hacer mi último viaje a los Sundarbans durante el monzón.

Cuando llegué a Calcuta en agosto, la lluvia se cuajaba en el cielo como si fuera grasa. No llovía agua, sino calor, en oleadas sucias y resbaladizas como sudor ajeno. Nada, ni siquiera un mes entero de trabajo de campo en Borneo, me había preparado para un bochorno semejante.

Rathin me recogió en el aeropuerto. Me sentía mareada cuando me acompañó al Edificio de los Escritores para conseguir otro permiso. Apenas podía tenerme en pie. Me había concertado una cita con un tipo joven y atractivo para que me hiciera de intérprete: Shankar Prasad Mukherjee, de veintitrés años, estudiante en la Universidad de Calcuta. Cuando nos conocimos, apenas pude articular un «hola».

Durante el interminable trayecto lleno de baches de Calcuta hasta el muelle donde tanto el *Monorama* como el *Mabisaka* nos esperaban, tenía tantas náuseas que no lograba mantenerme erguida. Me sangraba la nariz. Rathin sostenía mi cabeza en su regazo. Debía de estar muy preocupado por mí. Más tarde buscó mis síntomas en un libro de medicina y anunció que era

víctima de un golpe de calor y que el setenta por ciento de los que lo sufrían no se recuperaba.

Mientras navegábamos hacia Jamespur, mis sueños y mi consciencia se fundían continuamente; en la oscuridad del camarote, los minutos y las horas se escabullían sobre mí como hormigas. A la mañana siguiente, Girindra me bajó del barco cargándome a hombros como un saco de harina; mi cabeza apuntaba al cieno gris y pegajoso en el que, con mi peso añadido, se hundía casi hasta las rodillas a cada paso.

Me acarreó por el dique fangoso hasta su casa. Una multitud de unas cuarenta personas se agolpó en torno a mí cuando me dejó junto a la mesita de su porche de barro y bambú. Para darme la bienvenida, su familia había comprado un mantel de plástico azul, había reunido un ramo de flores frescas y blancas y había colocado un espejo nuevo con un marco verde de plástico que se suponía que imitaba los pétalos y el tallo de una flor gigante. La encantadora Namita me colocó una guirnalda de flores de hibisco rojas en la cabeza. Me di cuenta de que esperaban que me quedara sentada en aquella posición durante un rato para que la muchedumbre pudiera admirar el cuadro que mi presencia completaba.

Pero pronto tuve que tumbarme. La multitud me siguió hasta la cama, una de las tres que compartía aquella familia de trece miembros. La segunda estaba reservada a Shankar. En la tercera dormían tres de las cinco niñas que compartían habitación conmigo cada noche para que no estuviera sola. (Dormir solo es algo inconcebible para la mayoría de los bengalíes). Los demás empleaban esterillas en el suelo.

Los adultos me rodeaban inmóviles formando una pared de ojos. Sus múltiples alientos consumían todo el aire y lo único que quedaba eran sus tórridas exhalaciones. Los niños jugaban en el colchón de paja de arroz, me tocaban delicadamente con sus dedos pegajosos o estornudaban en mi cara. «*Gorom*», dije, «calor», y una de las niñas se me acercó con una enorme lata amarilla de polvos de talco y me roció en la camisa un cuarto de su contenido. Kuku, la guapa hija mayor de Girindra, de dieciséis años, me abanicó con un paipái de bambú. Alguien encendió incienso junto a mi cabeza. Alcé la vista entre la neblina de humo y la nevasca de polvos de talco.

Me sentía como si viajara en una pequeña cápsula espacial, rodeada de lluvia, envuelta en calor, en una especie de sopor onírico a caballo entre la magia y la enfermedad.

En los periplos míticos y místicos, los héroes y los dioses viajan a lomos de una montura o *vahana*. Yo habría preferido un tigre, como el que monta la

diosa Durga. Pero, como no soy ninguna heroína ni ninguna deidad, mi vehículo era mi enfermedad. Viajaba en la cápsula espacial de la náusea, esperando percibir lo invisible a través de las lentes nubladas de la lluvia.

Las voces de Girindra y de su familia, amigos y ancianos, vecinos y vendedores, mujeres que habían sido poseídas por espíritus y chamanes que las habían exorcizado me bañaban como olas; primero el bengalí de Shankar, luego el bengalí del hablante y, por último, el eco en inglés de las palabras de Shankar: una letanía con la hipnotizadora cadencia de un mantra. Como la elástica oración del brahmán a Daksin Ray en Khahtjhuni, las historias parecían adquirir poder pasando por las mentes y los cuerpos de tantas personas.

Allí, dentro del vientre de barro de la cabaña, empecé a percibir por fin a los tigres ocultos, a los cocodrilos sumergidos, a los fantasmas y a los dioses, a las hadas y a los espíritus; ahora, con Shankar ejerciendo de intérprete, las palabras los hacían visibles.

En aquellas semanas, mientras la lluvia, el calor y la enfermedad fluctuaban, mi conciencia flotaba entre las historias. Y, al fin, como un río que desemboca en el mar, las historias me alejaron de este mundo ilusorio y me sumieron de lleno en el embrujo del tigre.

«El color de la piel del tigre es deslumbrante —me dijo un pescador de cejas pobladas mientras un grupito de gente degustábamos un café instantáneo, marca French Vanilla Café Parisian Style, que había traído de Estados Unidos, en las cuatro tacitas marrones y descascarilladas de los Mridha—. Cuando ves caminar a un tigre, es como si no tuviera huesos. Camina como si estuviera nadando».

«Ver al tigre cuando está a punto de atacarte —dijo otro— es muy distinto a verlo en reposo. Su apariencia te deja mudo. Se te hiela la sangre del miedo. Los dientes y la parte roja de los ojos son hechizantes. Ni siquiera puedes pronunciar “socorro”».

A veces uno siente la presencia del animal antes de verlo. «Puedes probar a averiguar si tu miedo está justificado —estaba diciendo un joven de cara afilada y dientes de conejo—. Si gritas “¡¡¡AHHHHH!!!”, lo normal es que oigas el eco, pero, si hay un tigre cerca, este lo devorará».

Aquellas últimas palabras que tradujo Shankar procedían de Nironjan Mandal. Aunque era joven —treinta y siete años—, se lo consideraba un *gunin* muy poderoso. Girindra me contó que sus servicios se solicitaban hasta

en Calcuta. Con mantras en su mayoría árabes que aprendió del gurú bangladesí que había enseñado a su propio padre, es *capaz de cerrar las* fauces de *un tigre*. El proceso, explica, se conoce como *kilan*: «Aprietas la mandíbula, doblas las manos, cruzas los dedos y recitas los mantras», me reveló. Empleando el *kilan*, su padre había logrado que un tigre se tumbara, inmóvil, durante tanto tiempo como para cubrir su cuerpo de hojas. El gran *gunin* no liberó al tigre del *kilan* hasta que los hombres terminaron su trabajo en el bosque.

Otro mantra que Nironjan conoce ahuyenta a los cocodrilos. Asegura que es tan efectivo que estos dan media vuelta y se ponen a nadar en dirección contraria. Shankar me lo tradujo:

> ¡Polvo del cielo!
> Tiburones machos y hembras,
> cocodrilos machos y hembras,
> que sembráis el peligro con vuestros dientes afilados,
> si venís a atacar o a morder, os ordeno:
> permaneced alejados día y noche.
> Este mantra, como el trueno, es un arma en mi mano,
> por eso ordeno a vuestra boca y a vuestros dientes
> que se mantengan alejados día y noche.

Nironjan a menudo habla con los ojos cerrados, quizá para ver con mayor claridad, pues, como todos los *gañines*, es un especialista en lidiar con los poderes ocultos: tigres, cocodrilos, fantasmas, enfermedades y dioses. Poderes que no son solo invisibles, sino también mutables. Un espíritu puede entrar en tu cuerpo en forma de enfermedad; un dios puede adoptar la apariencia de un tigre; un ser que parece un tigre puede ser en realidad un fantasma. Una vez, Nironjan oyó a unos tigres fantasma rugir en mitad de la noche: ¡Grrrrr! ¡Grrrrr! Sus bramidos eran auténticos truenos que retumbaban por las resbaladizas y oscuras riberas de los ríos, sacudiendo los mangles hasta que sus raíces se estremecieron como las copas de los árboles al ser azotadas por el viento. Al final, los acalló con un mantra.

En los Sundarbans bullen tales fuerzas. Hay *poris*, o hadas: bellos espíritus femeninos que se apoderan de las almas de los hombres e intentan atraerlas hasta la Tierra de las Hadas, Poristan, donde todo está hecho de oro puro. Existen los *yinns*: espíritus masculinos violentos y extremadamente fuertes. Si a un moribundo no se le suministra agua sagrada del Ganges o no se le recitan los nombres santos de los dioses del *Bhagavad Gita*, puede ser

poseído por un *yinn* en el umbral de la muerte. Hay muchos otros tipos de espíritus. El antropólogo decimonónico Lai Behari Day clasificó a los espectros bengalíes hindúes en cinco tipos, que iban desde los asesinos *skandakatas,* sin cabeza, que nunca perdonan a los humanos, hasta los lascivos y obscenos *pentis,* que agreden sexualmente a los caminantes. Pero los más comunes son los *buts*: las almas de los no brahmanes (los espectros de los brahmanes son inofensivos) que murieron solos o de manera violenta y, por tanto, no pudieron irse en paz de este mundo y renacer.

Esos son los fantasmas que hunden las barcas de los pescadores, me dijo Phoni Guyan. «No los ves a ellos, pero sí lo que hacen»: suelen causar extraños vientos, como el que mi amigo había visto desde su lancha del Gobierno.

Los *buts* son muy poderosos. Por su culpa, Nironjan nunca mete la cabeza en el agua: un fantasma podría aprovechar la oportunidad para ahogarlo. Uno de ellos había ahogado a la segunda mujer de su padre (la que había reemplazado a su madre, que había fallecido a causa de una fuerte diarrea). Y los espectros también habían matado a uno de sus hermanos y a una hermana. «Si un *but* te posee y ningún *gunin* acude en tu ayuda, puedes darte por muerto», me confirmó.

Durante mi enfermedad, de la que no llegué a recuperarme del todo hasta que regresé a Estados Unidos, intenté evitar por todos los medios que los Mridha y sus vecinos se dieran cuenta de la gravedad de mi estado, pues temía que pensaran que estaba poseída por un *but* o que había llevado a algún espíritu maligno a su casa. De hecho, me sentía poseída: toda enfermedad es, en cierto modo, una especie de posesión. Nos sentimos atrapados dentro de la dolencia que se ha apoderado de nosotros; el dolor nos corroe y nos consume.

Mi malestar, sin embargo, no pasó desapercibido a mis amables anfitriones. Ante mi llegada, Girindra había construido un pequeño ventilador. Medía unos veinte centímetros de alto y se apoyaba en una base redonda confeccionada con el altavoz de un radiocasete inservible; sus aspas, trozos de latas cortadas, pertenecían al motor de una grabadora rescatada de la basura. Otros fragmentos de una radio escacharrada componían el resto del cuerpo. Cada vez que Girindra o los demás me veían pasarlo mal a causa del calor, dos de ellos acudían corriendo, uno acarreando el pequeño ventilador, y el otro, casi siempre Sonaton, cargando con el peso de la enorme batería de coche con la que se encendía, ambos conectados por dos cables, como si fueran venas.

Pero ninguno confundió jamás mi enfermedad con el ataque de un espíritu. La posesión es algo con lo que todo el mundo aquí está familiarizado.

Duli Bala Mondol era una viuda sexagenaria y delgada de finos labios y porte aristocrático. Su marido trabajaba en la jungla como *gunin* y ella había sido atacada por un espíritu hacía más de treinta y cinco años. Fue a casa de Girindra a contarme su historia.

Su marido había ido a Gazikhali acompañando a un grupo de pescadores de cangrejos para limpiar el lugar de sus numerosos males: tigres, cocodrilos, espíritus inquietos. Como de costumbre, la cosa salió bien. Al enfrentarse a sus poderosos mantras, todos aquellos seres huyeron y sus hombres pudieron trabajar en paz. Pero, en su huida, uno de los espíritus se enfadó y puso rumbo a Jamespur para apoderarse de Duli.

Cuando esa noche la mujer se hallaba conduciendo a las vacas a casa, pasó por debajo de un árbol enorme. Como no había tenido la precaución de trenzarse el pelo, el espíritu la poseyó, aunque ella no se dio cuenta en ese momento. Lo único que supo fue que algo la había atacado con una sacudida que acabó tan repentinamente como había empezado.

Volvió a casa, encerró a las vacas en el establo y se detuvo en el estanque a coger unos peces para la cena. Al limpiarlos, le sobrevino un olor nauseabundo y, después de eso, empezó a cocinarlos de un modo muy curioso: en vez de freírlos en aceite de mostaza y especias, se limitó a ponerlos a hervir en una olla.

Sabe que todo eso ocurrió porque los vednos se lo contaron, pero no se acuerda de nada. ¡En ese momento ni siquiera reconocía a sus seis hijas ni a sus dos hijos y empezó a pegarles! Entonces su cara y sus dientes se agrandaron… y tina de sus hijas fue a buscar a un vecino para que la ayudara.

La madre de Girindra, Mabisaka, fue una de las que acudieron en su ayuda. Lo recuerda con toda claridad: Duli lanzaba piedras a la gente, le gritaba; hasta que se retiró a un rincón y se puso a gemir. Luego volvió a arrojar piedras y a maldecir. Los vecinos se llevaron a los niños para mantenerlos a salvo.

La gente poseída por espíritus a menudo se comporta de manera violenta. Girindra recordaba que, justo tres meses antes, una chica de quince años de Dayapur había corrido esa suerte y se había puesto a romper esterillas por la mitad con uñas y dientes, como si fuera un animal, impelida por una fuerza

descomunal. «Uno casi no puede mantenerse en pie delante de un espíritu, da mucho miedo», dijo Girindra. Su madre asintió y, justo en ese momento, se oyó el reclamo de un gecónido. «¿Lo ves? —dijo—. El lagarto acaba de llamar, lo que demuestra que lo que decimos es cierto».

Duli continuó con la historia. Pasaron dos días hasta que su marido llegó a casa. El espíritu lo vio entrar y la obligó a fingir que solo tenía una fiebre común y corriente, pero no logró engañarlo. El hombre sabía exactamente lo que tenía que hacer y empezó a preparar la ceremonia.

Los exorcismos suelen practicarse de noche, pues los espíritus, explicaba Nironjan, pueden huir de manera más pacífica durante esas horas. Aunque los que están a punto de ser desalojados son de todo menos pacíficos.

Cuando el que se encontraba dentro de Duli Bala Mondol vio que su marido trazaba un círculo en el suelo de barro del dormitorio, alrededor de las patas de una pequeña banqueta, empezó a resistirse. Intentó apagar las llamas de dos antorchas encendidas. Golpeó. Mordió. A dos hombres fuertes les costó un gran esfuerzo someter el cuerpo poseído de Duli y obligarla a sentarse en la banqueta en medio del círculo. El espíritu gritaba pidiendo auxilio: «¡Mathar Gazi, ven a salvarme! ¡Este hombre me está exorcizando!». Pero, una vez que fue llevado al centro del círculo, no le quedó más remedio que someterse al interrogatorio.

—¿De dónde eres? —preguntó el marido de Duli.

—De Gazikhali —respondió el espíritu.

—¿Por qué estás aquí?

—El *gunin* me ha sacado de mi casa.

—¿Cómo poseiste a esta mujer?

—Venía de Gazikhali y vi pasar a la mujer del *gunin* por debajo del árbol con el pelo destrenzado, así que decidí vengarme…

En ese punto de la ceremonia, lo normal es que el *gunin* intente razonar con el espíritu, que suele tener una buena causa para estar tan enfadado. El que poseyó a la vecina de quince años de Girindra, por ejemplo, era el de una mujer cuyo marido la había envenenado. (De hecho, hasta dio el nombre del asesino, un hombre llamado Jamni, que vivía al otro lado del río. Los concurrentes averiguaron que se había vuelto a casar muy pronto tras la muerte de su esposa. ¿Cómo no iba a estar enfadada?).

Pocos espíritus están dispuestos a abandonar el cuerpo de la persona a la que han poseído. Después de todo, están en él porque no se han cansado de

esta vida. Pero, si no lo desalojan de manera voluntaria, se acometen los siguientes pasos del exorcismo, que pueden ser tremendamente desagradables.

Nironjan expulsa a los espíritus confeccionando un muñeco de paja que estruja con una correa de cuero. Otros *gunincs* llevan a cabo un procedimiento conocido como *jalan* («quemar»), que consiste en prender fuego al ocupante. Pero eso enfada muchísimo al espíritu, y el paciente incluso puede intentar matar al *gunin* en ese momento.

Si el espíritu no se marcha, la *agni han* o flecha de fuego puede desalojarlo. El *gunin* enciende una antorcha empapada en aceite de mostaza y arroja a las llamas un polvo llamado *duno*, hecho a base de savia de árbol seca. El paciente se queda inconsciente, lo que significa que el ocupante ha abandonado el cuerpo pero aún merodea cerca. El canto de ciertos manteras y las caricias al cuerpo del paciente con ramas de *neem* completan el siguiente paso, el *chalan*: «transferencia» o «entrega», que ratifica que el espíritu ha desalojado el cuerpo para siempre. Para asegurarse de que nunca vuelva a poseer a esa persona, el *gunin* rocía agua sobre el paciente y las estancias de la casa. Debe tratarse de agua extraída de un pozo excavado recientemente, me explicó un *gunin*, pues tal es la condición de la persona exorcizada, cuyo interior parece que también hubieran excavado hace poco.

Con frecuencia, el *gunin* le pide al espíritu que dé una muestra de su partida —rompiendo una rama o una vasija de arcilla— para confirmar que el exorcismo ha funcionado. O puede que le indique que lleve con los dientes una sandalia de cuero, una olla llena de agua o una escoba. Girindra me explicó que hace falta poseer una fuerza sobrehumana para transportar una olla llena de agua con los dientes, y sostener una sandalia o una escoba con la boca es tan insultante que solo un espíritu maligno lo haría.

Cuando Duli recobró la conciencia, no se acordaba de nada. Lo primero que vio fue la rama partida del árbol tirada en el patio.

Los espíritus y los devoradores de hombres no son las únicas fuerzas invisibles a las que debe ahuyentar un *gunin*. Puede que también lo llamen para curar enfermedades.

Como yo era extranjera, Girindra optó por llamar a un doctor «moderno» para curar mi enfermedad extranjera. Recurrió a un *hakim*, un sanador homeópata. La labor de Shankar como intérprete comenzó cuando el médico

se dirigió a mí con la única pregunta que me haría antes de diagnosticarme: «¿Cuándo has cagado?».

Se lo dije, y el *hakim* me entregó con mucha solemnidad unos glóbulos diminutos y húmedos para que me los tragara.

Ese mismo *hakim* prescribía medicamentos a la familia de Girindra cuando alguno de sus miembros caía enfermo. Sin embargo, cuando la enfermedad revestía demasiada gravedad —por ejemplo, cuando cinco de los niños sufrieron unas diarreas y unos vómitos casi paralizantes o cuando Namita sufrió una fiebre muy alta—, Girindra también llamaba a un *gunin*.

La enfermedad de los niños fue como una sucesión de gastroenteritis: los perros se congregaban expectantes con sus rabos enroscados a lo largo del camino que iba desde la casa a la letrina. Los niños acabaron por debilitarse tanto que al final ni siquiera salían. Se quedaban en la casa y vomitaban en el suelo de barro. El *hakim* les recetó unos glóbulos. Yo les di pastillas de Pepto-Bismol. Nironjan les prescribió bolas de barro encantadas.

Celebró la ceremonia por la noche. Primero se purificó lavándose la boca con agua. Luego se llevó una bola de barro del tamaño de un guijarro a la frente, la boca y el corazón. Según me explicó, las bolas debían proceder siempre de un altar —en este caso, había cogido un pellizco de barro del altar que Girindra tiene en el centro de la casa— o de barro que hubieran extraído las ratas. Para que el barro adquiriera la magia, nunca debía haber sido tocado por un pie humano, la parte más baja del cuerpo.

Nironjan sopló a la bola para infundirle el aliento divino. A continuación, en una voz muy baja, similar al zumbido de las abejas, cantó un mantra árabe. Después dividió la bola en otras cinco más pequeñas, una para cada niño enfermo. Cada bola de barro se convirtió así en un amuleto, que les ató en el brazo con un trapo blanco y raído: en el izquierdo a las niñas y en el derecho al niño.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, todos los niños se sentían mejor. Al mediodía ya estaban jugando y riendo.

Otro *gunin* se encargó del ritual cuando Namita se puso enferma. Su enfermedad era más grave y requería medidas más drásticas. Al principio parecía que sufría un simple resfriado. Se sonaba la nariz con el sari y seguía con su rutina, preparando la comida, barriendo la casa, atendiendo a los niños o sentándose a mi lado a enjugarme con ternura el sudor de la cara con la parte del sari empapada de mocos. Obviamente, los demás no tardamos en mostrar síntomas de resfriado de diversos grados, salvo Girindra, que parecía inmune a todo. Sin embargo, los síntomas de Namita empeoraron. Se le

descamó la piel debajo de la nariz; le escocía la garganta; se debilitó. Al final se puso tan mala que tuvo que tumbarse en el frío barro con la frente ardiendo.

En la habitación donde dormía la pareja con su hijo menor entre ellos, había una caja de metal donde guardaban sus pertenencias más preciadas: los papeles del seguro, algunas fotos, mis cartas… y, para mi sorpresa, un termómetro. Girindra lo sacó con cuidado de su funda y lo sacudió para que el mercurio bajara. Lo alzó a la luz y se lo metió en la boca a Namita.

Tenía cuarenta de fiebre.

No le bajó en cuatro días. Ninguna de mis medicinas occidentales —aspirina, Actifed, altas dosis de vitamina C— surtió efecto. Ni los glóbulos que le había prescrito el *hakim*. Sus síntomas se multiplicaron: le empezó a doler mucho el oído izquierdo y la mandíbula. Por fin, una noche de lluvia, Girindra se decidió a llamar a un *gunin*.

Profulla Kumar Mridha estaba especializado en aquel tipo de dolencias, así como en enfermedades bovinas, lesiones de la piel y picaduras de serpiente. El ritual que le prescribió a Namita se llamaba *shamnik bat*. Iba dirigido al lado izquierdo de la cabeza, donde residía el dolor, pero actuaba también en las amígdalas, según explicó.

Sacaron a Namita del dormitorio y la sentaron con las piernas cruzadas en el suelo de la habitación central de la casa, cerca del altar. El *gunin* le indicó que mirase al este y que se cubriera la cabeza con el sari. Él se quedó de pie tras ella recitando mantras. Le colocó una hoja de plátano en la cabeza y, con la otra mano, la tocó con un palo en cuya punta había prendido un algodón empapado en aceite de mostaza. Llevó aquella vara a la hoja varias veces hasta que el fuego se propagó.

Mientras en el exterior llovía a cántaros, Profulla Mridha colocó una segunda hoja de plátano encima de la primera. De nuevo llevó la vara encendida a su superficie, pero ahora, cada vez que la tocaba, esta emitía un sonoro *pop*. De manera sistemática, el *gunin* prendía la parte frontal de la hoja, la izquierda, la trasera y la frontal otra vez. Hasta que cesaron todos esos sonidos explosivos. Luego le quitó las hojas de la cabeza a Namita y acarició cada una de ellas tres veces con la llama. Finalmente, apagó la vara y la enrolló con las dos hojas de plátano. Namita se levantó y se fue a descansar a mi cama.

Más tarde, Profulla Mridha me explicó a través de Debasish Nandy (el mejor amigo de Shankar, que lo había sustituido como intérprete) cómo funcionaba la ceremonia. Primero extraía la enfermedad con el poder del

mantra, atrayéndola hasta la superficie de las hojas. Los sonidos explosivos, explicó, los causaba la enfermedad al consumirse con el fuego. ¿Me había dado cuenta de que al principio no se oía ninguno? Era porque el mantra aún no había empezado a surtir efecto. «Ahora las hojas albergan la enfermedad —dijo— y, cuando se sequen, esta se curará». También afirmó que continuaría practicando el ritual dos noches más y que, después de eso, Namita se recuperaría. El mantra es infalible, aseguró: concentra los poderes de Durga, la diosa montada en un tigre, y Shiva, el padre de Daksin Ray.

Al cabo de dos días, Namita, efectivamente, comenzó a sentirse mejor.

Una noche, Girindra celebró una *puja* para festejar la recuperación. Envuelto en la tela ceremonial blanca que suele llevar en tales ocasiones, reunió a su familia alrededor del altar como si fueran barcos en un muelle. Dispuso unas hojas de plátano en el suelo de barro y, con cuidado, extendió las ofrendas: dulce *batasha*, arroz en grano, semillas de mostaza y *gee*. A continuación lo roció todo con agua del Ganges contenida en una vieja botella de *whisky*. Mabisaka quemó incienso; Kuku nos untó sándalo molido en la frente, que extrajo de los rojos pétalos de una flor de hibisco.

La única luz era la que arrojaban el quinqué y el pábilo que ardía en solitario en un platillo de aceite de mostaza. Cuando nos sentamos en las esterillas de bambú, delante del altar, Girindra entonó un himno a Visnú que había copiado a mano en un librito de cartón.

Estuvo una hora relatando los milagrosos poderes del dios Visnú: cómo había bajado del cielo a la Tierra encarnando a un hombre común y corriente, había hecho llegar riqueza a los pobres, había liberado a los inocentes encarcelados y había hundido los barcos de los hombres malvados. Primero había conocido a un brahmán viejo y menesteroso. Conmovido por el lamentable estado del anciano, le había revelado su divinidad, mostrándole los cuatro brazos. El brahmán había celebrado entonces esta misma *puja*, explicaba el himno, que seguía describiendo algunos de sus milagrosos resultados: los muertos volvían a la vida, los enfermos sanaban.

Cuando la ceremonia acabó, comimos un poco de *batasha* consagrado para ingerir sus bendiciones. Luego Mabisaka limpió el suelo de la estancia con barro y estiércol de vaca para dotarlo de santidad.

¿De verdad funcionan los mantras?

Obviamente, la respuesta occidental más común es que no. Más de la mitad de las enfermedades comunes se curan por sí mismas sin necesidad de

intervención externa: o te recuperas o te mueres, da igual lo que hagas. Lo más probable es que los niños sufrieran una infección intestinal de las que duran veinticuatro horas. Y que Namita tuviera un virus que ya hubiera desarrollado buena parte de su infección antes de que se convocara siquiera a los *gunines*. ¿Cerrar las fauces de un tigre? ¿Ahuyentar a los cocodrilos? Esas criaturas no obedecen nuestras palabras en mayor medida que los virus y las bacterias. ¿Posesión de espíritus? Meras enfermedades psicosomáticas.

«La ciencia moderna todavía no ha llegado a los Sundarbans», admitió Nironjan una tarde húmeda. Me explicó que las cosas ahí no eran como en Calcuta, donde la ciencia es tan sofisticada que la gente usa máquinas en los consultorios médicos.

El tema de la ciencia era controvertido. Al principio creía que mis jóvenes intérpretes estaban traduciendo mal: preguntaba sobre ciencia y la gente me respondía con cuestiones de astrología o quiromancia. Cuando me interesé por el trabajo científico del Proyecto Tigre, los lugareños me contestaron que creían que los investigadores del Departamento Forestal estaban modificando el cuerpo de los felinos para que tuvieran crías más a menudo… una intervención que desaprobaban rotundamente.

En los Sundarbans, la gente no está familiarizada con los conceptos científicos, ni siquiera con la información médica más básica, y suele malinterpretarlos. La teoría microbiana es completamente desconocida. Aunque Girindra maneja el termómetro con cuidado, sacudiéndolo para que baje el mercurio y midiendo la temperatura, saca el instrumento de la boca de un enfermo y, sin limpiarlo siquiera con un trapo, se lo mete en la boca al siguiente paciente. No es que esta gente sea tonta. Cuando no estábamos entrevistando a nadie, Girindra y yo, a través de nuestros intérpretes, disfrutábamos y nos enriquecíamos mutuamente discutiendo acerca de la libertad, la igualdad, el trabajo y el destino. Enseguida entendió por qué estaba escribiendo este libro, más allá de la idea tradicional de que los libros se escriben para informar o entretener.

«Los libros —me dijo un día a través de Shankar— revelan las historias de personas que hicieron cosas fascinantes hace años. Tal vez esa gente ya no viva, pero hoy podemos leer sobre ellos porque se escriben libros. Los seres humanos somos mortales. No existiremos eternamente en este mundo. Pero tu libro permanecerá y, gracias a él, la gente pensará en mí, en mi familia y en mi trabajo.

»Dios nos ha enviado a este mundo a cumplir nuestra misión, nuestro *dharma* —continuó—. Mi trabajo, dar vueltas en mi barco, pescar, es mi

misión, Dios me la ha enviado y por eso soy feliz, más feliz que una persona rica.

»Creo que lo que haces, escribir tu libro, es tu *dharma*, lo que Dios te ha pedido que hagas. ¿Qué crees tú?».

Aquello era exactamente lo que yo pensaba. Le dije que, sin embargo, mis amigos americanos, incluso aquellos salidos de la universidad, no comprendían el concepto de *dharma* y se pasaban la vida buscando la felicidad personal.

«Tal vez ese sea el motivo por el que no son felices», aventuró.

En pueblos donde la gente viste con harapos, hombres que han acudido a escuelas hechas de barro hablan de filosofía, poesía y literatura con gran entusiasmo. Dos estudiantes de Dayapur, el pueblo que está al lado del de Girindra, le pidieron a la familia de este que organizara un encuentro conmigo. Querían que recitara a Shakespeare. A cambio de este favor, uno de ellos me leyó un poema de tres páginas que había compuesto en bengalí. Su título traducido era «Oh, Tierra, ojalá pudieras detenerte un instante».

Algunos lugareños conciben la ciencia simplemente como un sistema distinto de creencias. «Si no creyeras en la ciencia, ¿cómo volarías en avión? —me preguntó un pescador anciano, muy pensativo—. Sin creer en la ciencia, el avión se caería». (Lo cual destruiría las pistas de tenis que Girindra sospechaba que había dentro de ellos, hasta que se lo aclaré).

La mayoría de la gente con la que hablaba reconocía que la ciencia tenía sus aplicaciones. Nadie quería que los aviones cayeran del cielo. Pero me decían que era un disparate creer que la ciencia era infalible o que sus explicaciones sobre el funcionamiento del universo eran verdades absolutas.

Incluso los médicos que intentaron salvar al famoso cineasta bengalí Satyajit Ray reconocían ese hecho. «Hasta los mejores médicos de la India, en los hospitales más modernos de Calcuta, quemaban incienso en sus altares —me dijo otro *gunin*, Adhir Krishna Mridha—. Cuentan que Satyajit Ray le preguntó a su médico: “Siendo usted un hombre de ciencia, ¿cree en Dios?”. Y que el médico le respondió: “Cuanto más conozco la complejidad del cuerpo humano, más creo en él”».

«Hay muchos casos en los que las medicinas han fracasado y los cantos de un *gunin* han surtido efecto —apuntó Nironjan—. He trabajado delante de un médico y curado a un paciente en cuarenta y cinco minutos». Uno de esos pacientes, una joven de dieciocho años, maldecía y se revolvía con violencia. «El médico le puso una inyección en el brazo, pero yo me quedé a unos diez o veinte pasos de ella y, sin tocarla, dibujé un círculo en el suelo, coloqué un

taburete dentro, até una cuerda muy fuerte alrededor de la imagen de paja del espíritu y la curé».

Un médico occidental sin duda diría que la inyección fue la que curó a la paciente y no la cuerda alrededor de la muñeca de paja. Pero nos encontrábamos en los Sundarbans, donde los milagros son tan comunes como las mareas. En la jungla, la vida de un hombre pende de un hilo, pero ese hilo puede ser tan resistente como para sujetarla.

Profulla Mridha, el *gunin* que había curado a Mamita, me contó esta historia:

«Había una vez un gran *gunin* cuya casa estaba atestada a diario de pacientes que solicitaban sus servicios. Tanta era la concurrencia que el hombre no tenía descanso y la multitud le molestaba. Lo que hizo fue darle un amuleto a un paciente. Pero en su interior no había nada salvo un pelo. ¡Un pelo! Selló el lateral del amuleto con cera y envió al paciente a casa. No le dijo que dentro solo había un pelo.

»Al cabo de unos días, le asombró descubrir que el paciente estaba curado del todo. Así que ya ves —dijo—: solo si crees en tu corazón, funciona el arte del *gunin*».

Aquella era también la conclusión científica a la que había llegado Anwarul Karim. El doctor Karim, antropólogo, dirigía un estudio de campo en tres pueblos de Kustia, uno de los distritos occidentales de Bangladés, en la frontera con Bengala Occidental. Había advertido, al igual que todos los *gunines* con los que había hablado en los Sundarbans, que la mayoría de los pacientes tratados por chamanes eran mujeres. Como también lo eran la mayoría de los pacientes que consultaban a Sigmund Freud.

(¿A qué se debería eso? Los *gunines* con los que hablé sugirieron que las mujeres son más débiles que los hombres, más apocadas, menos capaces de defender a sus propias almas contra la posesión. La menstruación las convierte en impuras ritualmente durante varios días al mes y, por tanto, las hace vulnerables. Yo insinué que tal vez los espíritus eligen poseerlas a ellas porque son el vehículo a través del cual el espíritu humano entra en el mundo; los *gunines* admitieron que podía ser verdad).

Karim, en su estudio de campo, descubrió que las mujeres tratadas por posesión solían ser esposas cuyos matrimonios eran excepcionalmente complicados o solitarios. En muchos casos, sus maridos, como el de Duli, pasaban fuera demasiado tiempo en largos viajes. Algunas eran víctimas de maltrato o sufrían abusos por parte de la suegra. El papel tradicional de las mujeres en la vida familiar no les proporcionaba muchos recursos.

«Aunque el chamanismo hunde sus raíces en la cultura animista, se ha extendido para corregir altercados en el orden social de los individuos —escribió Karim en *The Myths of Bangladesh*, publicado en 1988—. Los chamanes desempeñan el mismo papel en una sociedad tradicional que los psicoterapeutas en una moderna».

Cierto, sin la menor duda.

Y, sin embargo, cuando te enfrentas a lo desconocido, las apariencias engañan. «No obstante —concluía Karim en su capítulo sobre el chamanismo—, creo que la posesión debida a los espíritus es una realidad».

Karim hablaba de muchas cosas que no era capaz de explicar. Entre las más asombrosas se hallaba la siguiente: uno de sus colegas, profesor de Geografía en una universidad estatal, le contó que había visto con sus propios ojos a un fantasma junto con otros miembros de su familia. Los vecinos dieron cuenta de la misma aparición. Más tarde, el mismo fantasma se le apareció al profesor en un sueño y le dijo que lo habían asesinado en secreto mucho tiempo atrás en la casa contigua, que estaba en ruinas, y que no se había oficiado ninguna ceremonia religiosa en su nombre. El profesor excavó el lugar y encontró un esqueleto humano enterrado en posición sedente. Los vecinos se congregaron para realizar los ritos funerarios en memoria del fallecido. Después de eso, nadie volvió a ver al fantasma.

¿Puede la ciencia explicar un hecho como este? ¿De qué manera pueden actuar los mantras cuando la medicina occidental fracasa?

Un *gunin* con el que hablé citó como autoridad nada más y nada menos que a un famoso astrólogo bengalí: «La ciencia puede cometer errores, pero Dios no».

12
ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

«Ocurrió hace muchos años», me estaba contando Phoni Guyan cuando nos sentamos en el porche de los Mridha con Girindra, Shankar y nuestra pequeña multitud de espectadores. Sí, hacía más de veinte años, recordó, antes de que el pelo se le volviera gris y de que empezara a sentir la rigidez en los miembros, cuando aún conservaba todos los dientes. Una mañana, mientras se adentraba en el bosque, divisó algo brillante en un árbol. Se acercó a investigar. Era un amuleto y, cuando lo cogió, se dio cuenta de que era nuevo.

Se preguntó quién lo habría perdido y cómo habría ido a parar a la corteza del árbol. Como era muy bonito, se lo llevó. Pero, en realidad, no tenía la menor idea de que aquel día había sido testigo de un milagro. No pensó mucho en el amuleto; en la jungla había muchas otras cosas de las que preocuparse. En aquellos tiempos, según me contó el viejo *gunin*, pasaba mucho miedo cada vez que se adentraba en el bosque.

Intenté imaginarme a un Phoni Guyan joven y asustado. Me fue imposible. La imagen indeleble que se había grabado en mi mente era la de un anciano digno y aun así humilde que presidía la *puja* a Bonobibi sobre el incienso y las oraciones, y lanzaba hibiscos a los pies de arcilla de los dioses. Seguro que siempre había habido un gran poder en su interior, una magia con la fuerza suficiente como para convocar dioses y ahuyentar tigres, una magia que le había permitido, incluso sin compartir el idioma, comunicarme su arte sagrado durante nuestra entrevista en el albergue turístico.

Me habían traducido aquella cinta en Inglaterra. En ella, Phoni Guyan había recitado reverentemente los mantras que utiliza para mantener a los tigres a raya. Me había contado que se refiere a Bonobibi como «madre»: «Ma —pide—, protégeme del mismo modo que me protegía el vientre de mi madre». Me había explicado cómo se dirige respetuosamente a Daksin Ray

como «padre»: «Estamos entrando en tus dominios para ganarnos el sustento, padre —le implora en una oración—. No descargues en nosotros tu ira». Decía que, al invocar a los dioses e infundir de magia sus mantras, algunos de sus hechizos eran lo bastante potentes como para proteger una zona del ataque de un tigre hasta tres meses. Una vez cerró las fauces de un tigre con tal firmeza que incluso fue capaz de tocar al felino gigantesco que yacía pacíficamente en la hierba. Aquel mantra era tan poderoso que me lo escribió en lugar de decírmelo de viva voz.

Durante la entrevista me contó muchas cosas, pero yo tenía aún más preguntas. ¿Cómo había llegado a poseer sus poderes? Aquello fue lo que le pregunté a través de Shankar. Él, como suelen hacer los sabios, contestó con una historia: el cuento de cómo un sueño y un amuleto milagroso transformaron a un joven asustadizo en un poderoso *gunin*.

La noche en que encontró el amuleto, durmió con sus compañeros a bordo de la pequeña embarcación que habían amarrado entre los mangles. Mientras dormía mecido sobre las aguas, tuvo un sueño muy extraño. Bonobibi en persona se le apareció, medio difuminada, con los contornos borrosos, como si la viera a través de una niebla resplandeciente. Su hermano, Sha Jungli, estaba con ella. Lo que mejor recordaba era el aspecto de Bonobibi. Era muy hermosa. Llevaba un sari de un blanco deslumbrante ribeteado de rojo. Su aspecto pálido la hacía brillar como la luna.

Phoni Guyan se arrodilló ante ella. Para su asombro, la diosa le habló. «Que encontraras el amuleto no fue algo casual —le dijo—. Fui yo la que lo colocó allí, y lo hice para que tú lo hallaras. Póntelo en el brazo izquierdo y llévalo siempre contigo —le aconsejó—. A partir de ahora, no tienes nada que temer en la jungla».

Phoni Guyan me contó que, desde entonces, nunca ha tenido miedo.

Poco después del sueño, buscó a un gurú que le enseñara los mantras y las costumbres propias de un *gunin*; otros mantras se le revelaron en sueños posteriores. Ahora le reza todos los días a Bonobibi con tanta fe que rompe a llorar antes de abandonar su casa. «Apelo a la gracia de la madre todos los días —me dijo—, y empiezo y termino cada uno de ellos dándole las gracias por su bendición».

Así que, con palabras que podrían haberse extraído de un cuento de hadas, Phoni Guyan dio por concluida nuestra charla. Nos despedimos con el mismo gesto hindú que habíamos utilizado para saludarnos: cogí su mano derecha entre las mías y me la llevé a la frente, y luego él hizo lo mismo conmigo. A

pesar del calor y la humedad, sus bastas manos estaban secas como las alas de una polilla.

«Por la gracia de Bonobibi», murmuró en una especie de bendición.

Con todo, me pregunté dónde estaría la diosa el día en que las zarpas del tigre dejaron aquella cicatriz en forma de anzuelo en la cara de aquel amable *gunin*.

Nironjan Mandal recuerda muy bien el día en que el tigre atacó a Phoni Guyan. Fue el 23 de junio de 1984. Aquel mismo día, su propio hermano había muerto por un ataque de tigre, y él, Nironjan, lo había presenciado todo con impotencia.

Una pequeña multitud se congregó para volver a escucharle contar la historia. Cuando nos sentamos en el porche de Girindra en la oscuridad bochornosa, la luz de la lámpara titilaba en sus caras.

Nironjan formaba parte de una cuadrilla de cinco leñadores que había ido al bosque aquel día. Sus problemas comenzaron casi en cuanto llegaron. Y sí, Nironjan admite que el hecho de que semejante tragedia sucediera con dos *gunines* en el grupo es excepcional, pero alega que todo ocurrió muy deprisa.

Los hombres acababan de abandonar el barco —Nironjan aún estaba amarrándolo a la raíz de un árbol— cuando uno de los que iban con él resbaló en el barro y se cayó, torciéndose una pierna. Dos compañeros empezaron a masajeársela.

Nironjan recordaba que Phoni Guyan ya había llegado a la parte más elevada del terreno. Delante tenía unos densos matorrales. El viejo *gunin* se giró para mirar al hombre herido y, en un visto y no visto, ¡un tigre apareció de un salto de entre las matas!

Un hombre dio la voz de alarma. Phoni Guyan se agachó y los dientes del tigre no alcanzaron su objetivo. En ese mismo instante, el valiente hermano mayor de Nironjan, machete en ristre, se apresuró para defender a su pariente. En un segundo, el tigre se giró y lo atrapó. Lo cogió por el cuello y se escabulló en el bosque.

Mientras tanto, Phoni Guyan estaba inconsciente. Los dientes del tigre habían fallado, pero las garras habían dejado al *gunin* cubierto de sangre. Todos los presentes conocían aquella parte de la historia, y cada uno de ellos aportó su granito de arena al horror de la escena:

—¡Le faltaba carne en el hombro, el pecho y las mejillas! —dijo Nironjan.

—¡Tenía la cara entera llena de sangre! —gritó otro hombre.

—¡Era una visión espantosa! —añadió Girindra, que no formaba parte de la cuadrilla, pero que había oído la historia cientos de veces.

—¡Tenía tantos jirones en la cara que parecían los bigotes del tigre! —exclamó Nironjan—. Y dijimos: «¡Vamos a matarlo!».

Para mi asombro, los hombres se echaron a reír.

—¿Por qué se ríe todo el mundo? —le susurré a Shankar.

Él tampoco lo sabía. Así que preguntó y los demás se calmaron. Silencio. Entonces Girindra explicó con timidez:

—Es tan horrible que, del desconcierto, nos estamos riendo.

—Y así —prosiguió Nironjan con sobriedad—, todos ignoramos el hecho de que el tigre se había llevado a uno de los nuestros.

Él intentó adentrarse corriendo en el bosque para recuperar el cadáver de su hermano, pero los demás lo detuvieron. Uno de los cinco ya estaba muerto y dos habían resultado heridos. No podían permitirse perder a otro hombre en un intento por recuperar un cadáver.

Ataron *gamchas* a las heridas de Phoni Guyan y lo cargaron en el barco de vuelta al pueblo para llevarlo al médico. Pero, antes de marcharse, uno de ellos encontró un palo y le ató otro *gamcha* para marcar la tragedia a modo de advertencia a los que les siguieran: «Daksin Ray estaba enfadado y no había nada que hacer».

«Tú eres mucho más fuerte que yo. No estoy en igualdad de condiciones. Tengo que proteger a mis hombres. Así que, si te nos apareces en el bosque, te suplico que mantengas las distancias».

Phoni Guyan se acuclilló junto al pequeño árbol *baen*, donde había dispuesto con mimo tres de las hojas redondeadas y cerosas del mangle, colocadas en fila con los tallos apuntando al este. Había otros cuatro hombres cerca, acuclillados o de pie, algunos apoyados en sus hachas oxidadas, uno con una azada. El *gunin* estaba pronunciando aquel mantra con objeto de asegurar la zona para trabajar:

> Tú, que moras en el bosque,
> tú, deidad del bosque,
> soy tu humilde hijo.
> Déjame, te ruego, y deja a mis hombres en este lugar,
> y vete a otro sitio.

Eleanor y yo habíamos sido testigos de aquella pequeña ceremonia allá por febrero en la parte trasera del albergue turístico, justo al otro lado de la valla metálica que separa el solar del alojamiento del bosque y los tigres.

Se supone que la valla está firmemente anclada al terraplén de barro, pero, si la lluvia se lleva parte de este, en la valla aparecen huecos y los tigres se cuelan de vez en cuando en el complejo. El director me contó que, en julio de 1990, una pareja de tigres entró y se metió en el gallinero que quedaba bajo sus dependencias, donde tenía siete gallinas. («El tigre pertenece a una especie egoísta —quedó registrado en bengalí en la cinta—. Mientras se alimenta, no hay pareja que valga». Pero lo cierto es que, cuando salió corriendo para ver a los tigres, se encontró con que uno se estaba comiendo una gallina y el otro se hallaba sentado educadamente junto a su consorte, como respetando un código de etiqueta felino). El director nos contó que la pareja, que ignoró los ruidosos petardos que los empleados del albergue lanzaron en un intento por espantarlos, se quedó en el complejo y estuvo rugiendo toda la noche. Pero al alba regresaron al bosque y se fundieron con él. Nos aseguró que podían estar rondando perfectamente por allí justo en ese momento.

Phoni Guyan coreó:

> Oh, madre,
> tú que vives en el bosque,
> tú, la encarnación misma del bosque,
> soy tu hijo más humilde,
> soy un completo ignorante.
> Madre, no te vayas.
> Madre, me mantuviste a salvo en tu vientre
> durante diez meses y diez días.
> Madre, devuélveme allí,
> oh, madre, presta oídos a mis palabras.

Cuando el *gunin* terminó su oración, los hombres empezaron a trabajar. Uno de ellos blandió su azada emitiendo un gruñido para partir un grueso terrón de barro y alzarlo hasta el hombro desnudo de su compañero. Este sujetó el terrón con las manos y la cabeza y lo llevó hasta el terraplén. El proceso se repitió durante todo el día, como si fuera un trabajo rutinario, hasta que los hombres estuvieron embarrados de la cabeza a los pies y la valla volvió a quedar firmemente anclada al suelo.

«No sé cómo la gente puede *sobrevivir* allí —me había dicho Kushal Mookherjee cuando estábamos en Calcuta—. Y mucho menos trabajar en el bosque. Me refiero a que en los Sundarbans lo tienes todo en contra. Es un entorno salino: en teoría no puede crecer nada. Si quieres algo de la naturaleza, tienes que adentrarte en esas zonas peligrosas, y hacerlo es casi un acto suicida.

»La verdad es que, si lo piensas, es de locos. Esa gente no tiene armas, no tiene nada. Lo único que tiene es un *guttin* y sus mantras».

A estos hombres, que trabajaban cerca de un complejo turístico donde los tigres sabían que se congregaba la carne, les bastaba con eso. Parecían seguros de que ese día no iba a haber ningún tigre, pues los dioses en persona —Sha Jungli, Bonobibi y Daksin Ray— habían ido a habitar las hojas de *baen* que el *gunin* había tocado.

No obstante, el propio *gunin* en quien los hombres habían depositado su confianza había sido atacado por un tigre. ¡Bajo su protección, este se había llevado a un hombre y se lo había comido! Todos los componentes de la cuadrilla conocían la historia, si no todo el mundo en los Sundarbans.

Un día saturado de humedad en la casa de Girindra, mientras la lluvia caía a nuestro alrededor como lágrimas, le pregunté a Phoni Guyan:

—Con los mantras tan poderosos que te protegen, ¿cómo es posible que un tigre osara atacarte?

—*Hae* —respondió él asintiendo. Comprendía por qué podía resultarle desconcertante a un extraño.

Lo cierto es que había sentido el peligro antes de que se adentraran en la jungla aquel día. Pero la cuadrilla ya tenía los permisos para recolectar leña seca en la zona de Pirkhali. Necesitaban la madera desesperadamente. Sus compañeros lo habían obligado a ir. Partieron con tanta prisa que ni siquiera tuvo tiempo de decir las oraciones apropiadas a Bonobibi; no tuvo tiempo de intentar aplacar a Daksin Ray.

De modo que no era de extrañar que hubieran sufrido el ataque. Primero, habían ignorado una advertencia. Segundo, no había recitado los debidos mantras. Y tercero, el resultado no fue todo lo malo que podría haber sido. Él, Phoni Guyan, había sobrevivido de milagro.

«Una tigresa había matado a ocho o diez personas en esa zona. El Departamento Forestal lo investigó. Y fue esa tigresa la que nos atacó. La oí rugir tres veces. Y me dije: “Llevo el amuleto conmigo, así que la tigresa no podrá comerme”.

»¡Y, mira, la tigresa no me comió! Ni siquiera me mordió. Las heridas me las hizo solo con las garras. Y por eso, aunque estaba ensangrentado de la cabeza a los pies y tenía parte del labio colgando, no morí».

Phoni Guyan está muy contento de conservar el labio. De haber ido a un hospital tras el accidente, seguro que los médicos se habrían limitado a cortárselo. Cuando recuperó la conciencia, insistió en ver al médico del pueblo, que accedió a coserle el labio con una aguja ordinaria e hilo.

«Pero la tigresa no se fue ese día de vacío —admitió—. Se llevó a mi compañero a la jungla. No pudimos recuperar su cuerpo».

Entonces Phoni Guyan guardó silencio un momento.

«El *gunin* no puede obligar a los dioses», concluyó.

Todos los *gunines* deben tener eso siempre presente. De lo contrario, Daksin Ray les envía un tigre de inmediato para que se los coma. No, ni el más poderoso *gunin* o faquir puede obligar a los dioses a habitar unas hojas arrancadas o unas bolas de barro o incluso los bonitos ídolos elaborados por los alfareros. «A los dioses solo se les puede *invitar*», me aseguró. Y, cuando los dioses eligen no ir, tienen una razón para ello.

«Cuando los *gunines* fallan, suele ser por su propia incapacidad para mantener el código de conducta», explicó Phoni Guyan.

A veces un *gunin* es chapucero en sus abluciones o no es capaz de preparar un encantamiento adecuadamente antes de adentrarse en el bosque. A veces, sin que llegue a saberlo, un hechizo se rompe cuando el suelo sagrado se mancilla con los pecados ocultos de uno de sus trabajadores. O a veces el *gunin* se crece demasiado. Ese es el mayor peligro del que todos los *gunines* son conscientes, aunque algunos lo ignoran. Su mayor error es creer que el poder de mantener al tigre a raya es *suyo* y no del dios.

A veces —incluso cuando se rezan oraciones y se emplean las palabras más sagradas—, a pesar de todo, el tigre se lleva a un hombre en las fauces. Hay un dicho en los Sundarbans: «Si alguien enferma, puede recurrir a un médico. Si alguien es atacado por un fantasma, puede recurrir a un *gunin*. Pero, si alguien recibe el ataque de un tigre, no hay recurso que valga».

«Ni el mejor *gunin* puede proteger a un hombre culpable», sentenció Phoni Guyan.

Adhir Krishna Mridha lo sabe muy bien.

«Llevo toda la vida luchando contra la tristeza», dijo aquel hombre de pelo canoso con *lungi* azul de cuadros. A los cincuenta y dos años, Adhir Krishna

Mridha es un hombre atractivo de rasgos armoniosos y abiertos, aunque tiene la frente profundamente surcada por las arrugas y el blanco de los ojos amarillento, como manchado por las tragedias que ha visto.

Los tigres mataron a su padre, a su hermano y a su hijo favorito. A su mujer se la comió un cocodrilo. Su hija se ahogó en el río. Un rayo alcanzó su casa y la quemó hasta los cimientos.

Adhir Krishna Mridha lleva veintiséis años siendo *gunin*. En un sueño que tuvo mucho tiempo atrás, se le aparecieron dos niños que le otorgaron siete palabras sagradas. «Cada vez que te adentres en el bosque, pronuncia estas siete palabras al pie de la letra —le dijeron—. Si eres puro y los que van contigo también lo son, estaréis a salvo. Puedes olvidar tu miedo».

El *gunin* me aseguró que las siete palabras eran infalibles. Pero, el mismo año en que las recibió, cuando se adentraba en el bosque con cinco barcos para cortar *goran* con el que hacer trampas para cangrejos, un tigre se llevó a uno de sus hombres. Era el segundo tío más viejo de Girindra, que también era *gunin*. «Un *gunin* mejor que yo —explicó Adhir Krishna Mridha. Hizo una pausa—. Y esa es la razón por la que no pronuncié las siete palabras».

Y tampoco pronunció las siete palabras para proteger a su padre, a su hermano, a su esposa, a su hija o su casa. No estaba allí para decirlas. Estaba lejos, en el bosque, protegiendo a otra gente.

Sin embargo, sí que utilizó las siete palabras para proteger a su único hijo, aunque no fueron suficientes. Y ese, aseguró, era el origen de su profunda tristeza.

Ocurrió el 21 de junio de 1992. Su hijo y él formaban parte de una cuadrilla de leñadores. Él estaba diciendo las siete palabras para proteger la zona en la que iban a trabajar. Ordenó a sus acompañantes que no se movieran mientras las pronunciaba.

Pero alguien desobedeció. No solo se movió, sino que eligió aquel momento —aquel momento sagrado en el que el chamán enunciaba las palabras sagradas— para orinar.

Orinar directamente en el barro del bosque se considera una abominación. Los hombres suelen partir varias ramas de un árbol, las ponen en el suelo y orinan en las hojas para evitar contaminar el barro, el altar de Bonobibi y de Daksin Ray. Pero orinar mientras se pronunciaban las siete palabras sagradas… ¡Aquello era una doble blasfemia!

«La tarea principal del *gunin* es invocar a Dios —me dijo—. Hay reglas que el *gunin* tiene que acatar».

Las palabras, los actos y los objetos que vinculan a un chamán con los dioses —las oraciones y los mantras, la madera mágica, el barro encantado— también son sagrados. Deben tratarse con el mayor respeto; insultarlos es insultar a los dioses a los que honran. Adhir Krishna Mridha considera sus siete palabras tan sagradas que no las pronuncia para nosotros. También las lleva escritas en un pergamino dentro de un amuleto colgado del cuello. Es muy cuidadoso con el amuleto. Cuando está en casa no se lo pone, sino que lo deja en el sitio más puro y propicio de la casa, delante del altar.

«De mí dependen muchas vidas —dice—, así que, antes de adentrarme en la jungla, tengo cuidado. No llevo la ropa con la que he almorzado. Me lavo las manos y la cara en el nombre de Dios y recito el mantra. Si comes, el efecto se estropea».

Otros *gunines* me han hablado de prohibiciones similares: algunos nunca comen cerdo o cangrejo ni meten la cabeza bajo el agua. Observar esas reglas es un acto de respeto y, con cada acto, el *gunin* reitera su propio compromiso con los dioses, el de los animales con la gente y el del pueblo con el bosque. La magia que crea es tan fuerte como el compromiso. El hechizo que teje a modo de telaraña es un filtro delicado, frágil como una promesa.

«Puedes restablecer un hechizo roto —me aseguró el *gunin*—, pero la persona que lo rompió debe confesar».

Sin embargo, mientras cortaba leña con su hijo aquel día, ni siquiera fue consciente de que el hechizo se había roto. No se enteró de que alguien había orinado en el barro hasta que fue demasiado tarde.

Aquella jornada, todo el mundo estuvo cortando leña durante cuatro horas, creyendo que estaban protegidos de la ira de Daksin Ray. Pero entonces —y el chamán empezó a llorar mientras lo contaba—, el tigre llegó, mató a su hijo de veinte años y se lo llevó.

No fue hasta ese instante cuando supo lo que había pasado, por qué las siete palabras no habían funcionado y, quizá lo más doloroso de todo, que había sido su propio hijo el que había orinado en el barro, su propio hijo adorado el que había cometido la falta.

Nunca encontraron el cuerpo.

«¿Quién me cuidará ahora? —se lamentó—. Mi hijo mayor vive en otra casa y el menor está demasiado atareado con su propia familia como para ocuparse de mí. El mediano era mi salvación. Él era el que más me quería».

Puede que Daksin Ray sea un dios sediento de sangre, pero cumple su palabra. Phoni Guyan dijo que puede protegerte con la ternura de una madre… si así lo desea. Y puede ser un excelente anfitrión.

Mabisaka sabía de un *gunin* que había viajado hasta la mismísima casa de Daksin Ray. Un día, mientras Namita barría el suelo con una hoja de palmera y Cilindra se afeitaba en la mesa con una cuchilla, sin utilizar jabón, me contó la historia.

«Goran Gogan era un gran *gunin* —me dijo a través de Debasish—. Era analfabeto, pero devoto y entregado a Ma Bonobibi y a Daksin Ray. En las largas expediciones a la jungla, todos dependían de sus poderes».

Un día, Goran Gogan informó de algo alarmante a Mabisaka y su marido.

—¿Sabéis que el propio Daksin Ray vino y me llevó en su barco? —les contó.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó el padre de Girindra.

—Daksin Ray me llevó en su barco, me invitó a su casa y me tuvo allí con él toda una noche —le contestó Goran Gogan. El *gunin* describió un palacio de increíble riqueza: oro y plata, sedas y satenes, perlas y joyas por doquier. Lo trató como a un invitado de honor, le ofreció bandejas de platos exóticos cocinados en *gee* puro. Y entonces, después de satisfacer todas las necesidades de su huésped, lo llevó amablemente de vuelta a Jamespur en su barco. Goran Gogan despertó a la mañana siguiente en su propia cama.

—¿Volvió a ver a Daksin Ray? —le pregunté.

—Poco después —respondió Mabisaka—. La siguiente vez que Goran Gogan se adentró en el bosque, un tigre se lo llevó.

Llegados a ese punto, Girindra había terminado de afeitarse y estaba entregado a los cuidados ofrecidos por su hijo Babu, de seis años, que estaba localizando y arrancando las pocas canas que sobresalían de la cabeza de su padre. Girindra recordaba aquel día. Según me contó, había unas dieciocho personas en la cuadrilla con el gran *gunin*. Cuando el tigre se lo llevó, todos corrieron tras él hacia el bosque, pero nunca encontraron su cadáver.

«Sin embargo, el día antes de que se celebraran los ritos funerarios, vimos algo extraño», dijo. En el suelo del porche de la casa del *gunin* hallaron una mancha de sangre similar a la que dejan los dedos al arrastrar la mano. La mancha era de unos cuatro metros y medio de largo. Y dentro de la habitación dedicada a los rezos, delante del altar donde se veneraba al ídolo de Bonobibi, encontraron la huella ensangrentada de un pie.

Tanto Girindra como Mabisaka la vieron.

—El mismísimo Goran Gogan había vuelto, se había sentado delante del altar y había rezado aquella noche —me contó Girindra—. Había vuelto, sangrando y todo, después de su propia muerte, para rezar por última vez.

—Antiguamente, esos milagros ocurrían más a menudo. Hoy en día la gente es impura y los milagros son menos frecuentes —concluyó Mabisaka.

Los ancianos del lugar solían discutir acerca de cómo el bien parece estar retirándose del mundo. Según Mabisaka, la gente no se toma su tiempo para recitar las oraciones como es debido. Un viejo *gunin* añadió que los hijos ya no cuidan a sus mayores y cada vez más personas mueren solas y se convierten en fantasmas. Todos coincidían en que las serpientes picaban más a menudo y los tigres atacaban con mayor frecuencia. Mabisaka aseguró además que el muro entre los sexos estaba cayendo y que eso, sin duda, era malo. Las cosas antes eran más simples, más claras y mejores.

Sin embargo, hay cosas que no han cambiado. Daksin Ray sigue gobernando en los manglares. Sigue demandando obediencia a los hombres que entran en sus dominios. «*Debe* comerse a los que no le muestran deferencia —nos explicó Phoni Guyan—. De lo contrario, la gente perdería el respeto por el bosque y las relaciones entre la gente y el bosque, las reglas a través de las cuales el mundo sobrevive, se destruirían».

A algunos les gustaría que hubiera menos tigres; algunos —sobre todo las viudas de las víctimas, que nunca han trabajado en el bosque— desearían que el Departamento Forestal matara a tiros a los devoradores de hombres conocidos en lugar de intentar capturarlos y reubicarlos. Pero nadie que haya crecido entre los mangles y trabajado en el bosque aboga por la erradicación del tigre. Por muchos hombres que mueran, por mucho que se tema al devorador de hombres, no se odia al tigre. Casi todo el mundo coincide en ese punto.

En sus nueve años de trabajo de campo en los Sundarbans, Kalyan Chakrabarti descubrió que esto era así. Escribió que, para su sorpresa, cuando hablaba con los aldeanos sobre lo que sentían hacia el tigre, por muy trágicos que hubieran sido sus encuentros con este animal, las referencias al felino rara vez o nunca eran en términos negativos. «Se han resignado a la convivencia con el devorador de hombres… Es el Dios Tigre quien decreta la muerte». Consideran que Daksin Ray tiene derecho a tomar las vidas que arrebata.

De vuelta en Calcuta, muchos meses antes, había hablado con Kalyan sobre el modo en que los devoradores de hombres eligen a sus víctimas. ¿Cómo decreta el dios tigre quién morirá y quién vivirá? «He hablado con

gentes de los Sundarbans —me contó Kalyan—, y todos dicen que al tigre le gustan las personas cautas, que se quieren a sí mismas. Aquellas a las que suele ejecutar son descuidadas, temerarias. El tigre se toma su actitud como una falta de respeto».

Kalyan, como biólogo que es, intenta ver las cosas desde el punto de vista del tigre: «Tanto si eres respetuoso como si no lo eres, existe cierta comunicación. El cerebro del tigre recibe la información: esta es una persona respetuosa y debería dejarla ir y no hacerle daño. Una persona vigilante y cauta nunca resultará muerta a manos de un tigre en los Sundarbans».

La creencia de Kalyan también reitera el compromiso entre el hombre y el bosque: el tigre que guarda el bosque exige respeto. Daksin Ray no necesita amor, pero demanda que los hombres lo veneren. Los *gunines* renuevan su compromiso con oraciones y mantras; el tigre que Daksin Ray monta entre el cielo y la tierra, con sus colmillos y garras, lo hace cumplir.

A comienzos del siglo XX, la India seguía inmersa en plena jungla; los árboles cubrían el cuarenta por cierto de su superficie. En la actualidad se conserva menos de un tercio del bosque original.

Los Sundarbans también están encogiendo, mientras su estructura geológica se estremece, su población crece y su agua dulce se reduce a un goteo. Pero están encogiendo más despacio que otros bosques de la India. Pese a la presión demográfica por parte de dos países tan extraordinariamente poblados, pese a siglos de ambiciosas iniciativas para «reclamar la tierra», los Sundarbans siguen representando la extensión de manglar más grande del planeta.

El Departamento Forestal de Bengala Occidental no puede atribuirse el mérito a pesar de sus denodados esfuerzos. Ni los guardas forestales bangladesíes. «En la práctica, la presencia del depredador es la que controla la pérdida de la masa forestal —me dijo Rathin cuando nos conocimos en 1991 —. Sin la presencia del tigre, nuestros problemas para proteger el bosque se habrían multiplicado».

Muchos meses más tarde, me sorprendió oír esta misma idea en boca de Girindra, un hombre que en el pasado había infringido las leyes que el Departamento Forestal trata de hacer cumplir.

Acabábamos de repasar otra letanía de muertos mientras sorbíamos café en el porche con Debasish. Girindra había recitado aún más relatos de amigos y parientes a los que los tigres habían devorado.

—¿Por qué no matáis a todos los tigres? —le pregunté.

—Para salvar el bosque —respondió—. En el interior del bosque de los Sundarbans hay madera muy cara. ¡Y salvar el bosque no es tarea del Gobierno indio! Si se destruye, el agua se llevará la tierra. Salvarlo es cosa del tigre.

Adhir Krishna Mridha tiene más razones que nadie para odiar al tigre. Sin embargo, explicó, no puede odiar al animal que mató a su padre y a su hermano, no puede odiar al animal que desmembró y devoró a su hijo, pues el tigre pertenece a los Sundarbans tanto como sus mareas, y su fuerza es igual de poderosa. Para ilustrarlo, me contó esta historia: «Hace muchos años, un comerciante de madera planeaba cortar todos los árboles de la parte sur del bosque. Envió a hombres a la jungla para hacer mediciones, pero estos no sabían nada del bosque, ¡y ni siquiera ofrecieron una *puja* a Daksin Ray! Un tigre se llevó a uno de los hombres de inmediato.

»La gente de los Sundarbans se enteró de lo que había ocurrido y quiso celebrar una *puja* para pedir perdón a Daksin Ray, Sha Jungli y Bonobibi, pero el rico comerciante no permitió que lo hicieran, pues él no creía en esas cosas. En vez de eso, se adentró en el bosque con hombres y armas. "¿Dónde está el tigre? ¡Lo mataré!", juró.

»No obstante, en cuanto el grupo puso un pie en el bosque, treinta tigres aparecieron y los rodearon. Los hombres depusieron las armas con impotencia y aceptaron su muerte.

»Fue entonces cuando el propio Daksin Ray habló. Dijo que les dejaría marchar, pero solo si se bañaban en el río Hugli y lo veneraban, a él, a Sha Jungli y a Bonobibi. Y eso hicieron.

»El rico comerciante no taló la zona sur del bosque. Y, después de eso, no se produjeron incidentes con tigres durante una buena temporada».

Todo el mundo me aseguró que aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, antes de que la zona central de los Sundarbans fuera declarada reserva de tigres en diciembre de 1973 y, por supuesto, antes de que fuera declarada parque nacional en mayo de 1984.

Pero Daksin Ray sigue reclamando a las autoridades que administran la reserva lo que le pertenece. A finales de junio, tuvo lugar un acontecimiento tan sorprendente que Rathin me llamó por teléfono a Estados Unidos para contármelo en cuanto regresó a su oficina de Canning.

Había seis guardas del Departamento Forestal de patrulla rutinaria en la estación de Haldibari, cerca del río Chotohardi. Al anochecer, el *sareng* metió su embarcación de dieciocho metros de eslora en un estuario y la ancló para

pasar la noche. El navío era uno de los más grandes y robustos del departamento, no tan grande como el *Monorama*, pero sí más que el *Mabisaka* o cualquiera de los otros barcos en los que había dormido y me había sentido completamente a salvo.

Aquella noche, mientras el vigía montaba guardia en el entoldado y el cocinero cortaba pescado para la cena, cuatro de los hombres jugaban a las cartas en uno de los camarotes del barco.

El vigía vio un destello verde en el agua. ¿Un pez? No… ¡sus ojos brillaban! Antes de que pudiera dar la voz de alarma, un tigre saltó a bordo del barco, irrumpió en el camarote destrozando la puerta de madera y cogió a Birin Mondal por el cogote.

El tigre se giró con el hombre en las fauces. Uno de los guardas, saliendo del estado de estupor en que se hallaba, agarró la escopeta que tenía al lado. Mientras el tigre arrastraba al hombre por la cubierta, el guarda disparó. El tigre se elevó en el aire en dirección al agua y soltó el cuerpo, pero estaba oscuro y, aunque los hombres lo buscaron, no pudieron encontrarlo.

Rathin se apresuró a investigar la escena a bordo del *Monorama*. Por la mañana encontraron a Birin Mondal con su uniforme caqui flotando entre los juncos. Rathin examinó el cadáver. Los cangrejos se habían comido parte de los labios, pero, por lo demás, las únicas heridas eran las cuatro punciones en el cuello. Y, en la cubierta del barco, Rathin vio una larga mancha de sangre, tan uniforme como si la hubieran pintado con una brocha. La había dejado una de las cartas, que seguía aferrada a la mano del muerto mientras el tigre lo arrastraba por la cubierta.

Los hombres le contaron a Rathin que el tigre que los había atacado era la encarnación de la ira: «Tenía la cara negra, carrillos colgantes y unas horribles manchas blancas», le informaron. Pero eso no era todo. «Hablé con los hombres de la zona, Sy —la voz de Rathin se tornó grave y oscura, como si se encogiera para saltar—, y tienen la firme convicción, la firme y absoluta convicción, de que la razón por la que ocurrió es… —y ahí hizo una pausa y su voz se convirtió en un siseo— ¡que un ídolo de Daksin Ray se dejó incompleto en la estación forestal de Haldibari!».

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

«Al principio creí que eran cuentos —continuó—. Pero ahora estoy empezando a creerlo».

Más tarde, como regalo, me entregó un poema que había escrito sobre el incidente. Lo tituló «La magia del tigre»:

Crepúsculo…

Suspirando de alivio,
el navío se adentra en el estuario.
Las anclas se hunden en la corriente,
buscando el fondo fangoso.
Los faroles brillan, las sombras bailan,
los hombres reparten las cartas,
¿alguien echa los dados?
Bajo el toldo, el timonel solitario
rastrea los mangles con la mirada,
dándole vueltas a su curtido pasado.
Objetos grises e inertes pasan flotando y
se disuelven en la memoria como civilizaciones perdidas.
Entonces, las profundidades arcanas liberan una espiral,
una espuma de burbujas y unas cuantas hojas
perfumadas con olor a carne.
Una leve inclinación…
unas poderosas garras aparecen a través de la madera seca
a causa de un hechizo primitivo
y sumen el barco en un sigilo sedoso.
Unos ojos centelleantes y unos colmillos como cimitarras grabados por la magia
saltan sobre la negra lona.
¡Tigre!
En un fogonazo, todo ha terminado,
las fauces atrapan al hombre como un cepo.
Derramando su sangre en el as de espadas
cruzan las puertas del Hades,
y se funden con el vacío oscuro.

13
COMO SI ALBERGARA FUEGO EN SU INTERIOR

En un diálogo de las sagradas escrituras del hinduismo, los *Upanishads,* un joven yogui le pide a su padre que le explique a Dios. Si el Altísimo está en todas partes y es todopoderoso, ¿por qué no se le ve?

El padre pela un higo y le quita una de las semillas diminutas.

—¿De dónde viene la higuera? —le pregunta a su hijo.

—De la semilla del higo —responde el chico.

El padre parte la semilla.

—¿Qué ves dentro? —le dice.

El chico parpadea.

—Nada.

—Muy bien —coincide el padre—. Y, de esa nada, que es todo lo que ves, crecerá una higuera vigorosa.

A continuación, llena una jarra de agua y le añade un puñado de sal, que se disuelve. Le pide a su hijo que beba.

—¿A qué sabe? —le pregunta.

—Está salada —replica el joven yogui.

—Ah, ¿sí? Y ¿cómo es posible, si no se ve la sal? —dice el padre.

El poder del tigre impregna los Sundarbans igual que la sal adereza sus ríos. Lo más frecuente es que el tigre prefiera no ser visto, como tampoco se ve el viento. Aunque uno puede ver lo que tanto el tigre como el viento han tocado a su paso.

El viento se levantó solo unos minutos después de que nos acabáramos el arroz, el *dal* y el cangrejo al curtí que Namita y Mabisaka nos habían

cocinado. Al principio, dispersó los granos de arroz que la familia había aventado y que formaban un ordenado montón en el patio delantero; luego empezó a llover. Todos salimos corriendo de la cabaña a recoger el arroz con las manos y verterlo en la panzuda olla de aluminio para llevarlo adentro. Aquello fue en febrero, durante mi segundo viaje a la India, cuando Eleanor estaba conmigo. Recuerdo que bromeó con que la lluvia, la primera que habíamos visto en los Sundarbans, era el agua más limpia que había tocado nuestros cuerpos desde que nos marchamos del club Tollygunge de Calcuta. En los Sundarbans, hasta el agua potable es salada y fangosa.

Nos habían advertido que se avecinaba una tormenta. Al anochecer, cuando regresábamos de dar un paseo por el pueblo con Girindra, un niño se nos acercó a toda prisa para decirnos que el *Monorama* estaba allí y que Rathin quería hablar conmigo a bordo.

De modo que, mientras Girindra y Eleanor esperaban en el dique embarrado, subí al barco.

«Hay alerta de tormenta —me informó Rathin—. Alerta roja. Ya está provocando olas altísimas en Bangladés. ¡Podría convertirse en un ciclón! Y ese pueblo de barro no tardará en ser arrastrado por el agua. Debéis resguardaros en el *Monorama*. Me aseguraré de que estéis a salvo».

Yo dudaba de su previsión. La radio del barco espurreaba palabras ininteligibles en bengalí. No tenía ni idea de lo que decían, pero no me sonaban para nada urgentes.

La temporada habitual de ciclones va de agosto a noviembre, no incluye febrero, aunque es cierto que puede desatarse alguno en cualquier momento. Si había uno en camino, Ranchan Muhkerjee habría oído la alerta en su radio en Pakhiralaya, justo al otro lado del río, y habría enviado a alguien a avisar a la gente de Jamespur y de los demás pueblos. Y habría otras señales. Girindra, que se llama así por el dios de la lluvia, Indra, sin duda las habría reconocido: una luna roja, un amanecer púrpura… los caballos escarlatas que tiran del ruidoso carro de Vata, el dios de los vientos. Habríamos distinguido un halo alrededor del sol. Y, después, una última advertencia: el mar se habría puesto como un plato. «Antes de una tormenta se produce una calma asombrosa —escribió John Seidensticker, experto en tigres y ecólogo del Instituto Smithsoniano, sobre los ciclones de los Sundarbans—. La luz cambia, y el agua y el bosque, con aquella pared de nubes moteada y gris acero de fondo, adquieren una textura vivida y un contraste que se intensifican a medida que la tormenta se acerca».

Estaba segura de que no se avecinaba ninguna tormenta. El intrépido Rathin, pensé, que ya había luchado con piratas y había caminado entre tigres, solo quería aumentar su lista de heroicidades rescatando a unas *memsahibs* en apuros… aunque ni siquiera lo estuviéramos.

Sin embargo, era obvio, por las nubes grises que se arracimaban, que el tiempo estaba cambiando. Aunque estuviera exagerando la amenaza de un ciclón, su preocupación por nuestra seguridad era sincera. Tenía motivos para temer los vientos fuertes. Había perdido a un buen amigo, un investigador, que se encontraba a bordo del *Rangabilia* durante el ciclón de 1988.

En su día me contó la historia a bordo del *Monorama*. «28 de noviembre: dos días para el día D», había narrado dramáticamente para mi grabadora. Estaba programado que el 30 de noviembre comenzara el censo de los tigres de ese año, así que los barcos del departamento habían empezado a llegar a la zona varios días antes.

La alerta por radio había empezado a las dos de la tarde del 29. Cuando la tormenta se aproximó, se dio la orden de evacuar todos los barcos. El *Rangabilia* se refugió en un afluente de unos setenta metros de ancho cerca del albergue turístico de Sajnekhali, bastante alejado del mar. El *sareng* había elegido con cuidado la ubicación.

A las seis hacía frío y llovía a cántaros, y la velocidad del viento había alcanzado los noventa y cinco kilómetros por hora. El *Rangabilia* se bamboleaba, pero la tripulación estaba tranquila. Jugaban a las cartas detrás de la timonera; los dos oficiales de a bordo se habían acostado. Incluso en las aguas agitadas, aquella embarcación grande daba la impresión de estabilidad. Tenía un diseño inusual: su depósito de agua dulce estaba en la cubierta de proa, y su popa apenas se hundía en el agua. La última transmisión de radio antes de que la antena se rompiera informó de que todos los barcos del censo estaban anclados y a salvo.

Esa misma noche, azotado por las olas revueltas por el ciclón, el *Rangabilia* amenazaba con volcar. A eso de las ocho, la velocidad del viento había aumentado a ciento ochenta kilómetros por hora. De repente, el navío empezó a dar bandazos y el depósito de agua resbaló hasta estribor. La embarcación, descompensada, escoró inevitablemente. El agua se filtró en la sala de máquinas por las escotillas cerradas y provocó un cortocircuito en las baterías que suministraban la luz. En cuestión de segundos y a oscuras, empezó a hundirse.

El *sareng* del barco y los tripulantes que estaban detrás de la timonera saltaron a las aguas turbulentas y nadaron para salvar sus vidas. Los dos

oficiales se quedaron atrapados en sus camarotes.

En este punto de la historia, las palabras de Rathin se precipitaron unas sobre otras como hizo el agua por las escotillas: «Los dos oficiales de los camarotes probablemente no encontraron el pestillo de la puerta, las escotillas estaban cerradas, y el *Rangabilia* empezaba a hundirse, por lo que no hallaron la manera de salir de su propio camarote. Uno de los tripulantes tuvo el valor de alumbrar con una linterna el pasillo que separaba los dos camarotes y gritó: “¡Señor, por favor, salga! ¡El barco se está hundiendo!”, pero, claro, ninguno lo hizo, pues no dieron con la puerta en la oscuridad…».

Tarapada, que ahora es ordenanza de Rathin, estaba esa noche en la sala de máquinas e intentó romper la puerta de los camarotes desde allí para rescatar a los oficiales. «Aunque entonces —continuó Rathin— las cosas sucedieron tan rápido que solo contó con unos breves instantes antes de que el agua lo cubriera por completo. Ya estaba sumergido, flotando en el interior de la embarcación cuando, en el último segundo, se agarró y se impulsó para salir por la ventana a contracorriente. En cuanto lo hubo hecho, el barco se hundió del todo, con las personas… el barquero… ¡oh!».

Su recio rostro se arrugó por completo al recordar lo ocurrido.

El valiente barquero que había intentado salvar a los oficiales se ahogó con ellos. Intentó bucear para escapar por la borda, pero, cuando se recuperó su cuerpo, sus brazos y sus piernas estaban enredados sin remedio en las cuerdas del ancla.

Varios días más tarde, le pidieron a Rathin que identificara el cuerpo de su amigo, el oficial al mando de la investigación. Sin embargo, me dijo que ninguno de los cadáveres abotagados que se sacaron de los ríos después del ciclón era reconocible. Lo más seguro es que el cuerpo de su amigo quedara atrapado para siempre dentro del barco y que el suave limo del fondo del afluente se lo hubiera tragado. Nunca encontraron el pecio, pero el Gobierno necesitaba una identificación fidedigna de todos los fallecidos antes de entregar el dinero del seguro a sus respectivas viudas. De modo que Rathin fue a la morgue e identificó el cadáver amoratado y sin rostro de un desconocido como el de su amigo.

Tras contarme esa historia, se inclinó sobre la barandilla del *Monorama* y vomitó.

Ahora lo tenía ante mí, pidiéndome que le dejara rescatarnos de la tormenta. Pero, aunque no estuviera exagerando, Eleanor y yo no podíamos dejar a Girindra y a su familia a merced del viento, así que le dije: «Muchas gracias por el aviso, pero debemos quedarnos en Jamespur con nuestros

amigos. Si un ciclón barre el pueblo, nos barrerá con él». Y, aunque tanto él como yo somos cristianos, antes de reunirme de nuevo con Eleanor y Girindra, le cogí la mano entre las mías, me la llevé a la frente y, durante un largo momento, la mantuve allí.

Girindra se alegró mucho de que hubiéramos decidido quedarnos con su familia. Aquella iba a ser nuestra última noche en los Sundarbans antes de regresar a Estados Unidos y todos los de la casa estaban muy emocionados por tener a dos invitadas americanas. Namita estaba preparando una cena especial. Girindra había prometido celebrar una *puja*. Aquella noche honraríamos al dios Naryan, que, según explicó, era el mismo que Laxmi, la diosa cuya imagen guardaba Eleanor en su bolso.

Girindra y sus hijas habían preparado la *puja* a la luz de un farol: habían pintado el tridente de Shiva en las vasijas con un intenso color bermellón, habían alisado con cuidado unas hojas de plátano, como si pusieran un mantel, y habían colocado sobre ellas los dulces y las flores, las ofrendas de arroz y de nueces de betel; Girindra se había liado al cuerpo la tela blanca que Mabisaka había recibido por curar a una mujer enferma. Roció aceite tres veces en la dirección de las agujas del reloj y sacudió agua del Ganges con unas hojas de mango. Una de las niñas tocó la caracola sagrada y las mujeres entonaron su trémula bienvenida a los dioses.

Girindra era muy meticuloso con los procedimientos: todo estaba en perfecto orden, preparado con el esmero de un anfitrión atento que dispone de todo el tiempo del mundo para agasajar a sus huéspedes. Pero lo que más me impactó fue lo cómodo y relajado que se sentía recibiendo a los dioses en su casa. Mientras le cantaba a Naryan —veintisiete páginas de cantos escritos a mano en su cuaderno de cartón desgastado—, a veces se paraba a matar algún mosquito o a bostezar o a apartar un ciempiés que salía contoneándose de debajo de la esterilla del rezo, como haría cualquiera que tuviera en casa a un pariente anciano y querido.

La *puja* continuó durante una hora. Fuera, en la oscuridad, los hombres y las mujeres seguían trillando arroz. Oíamos el chisporroteo del pescado friéndose en una cocina cercana. Incluso mientras Girindra cantaba, varias de sus hijas mayores charlaban y otras dormían. Nos sentíamos como una familia reunida en torno a una mesa: dos mujeres angloamericanas, once bengalíes de los Sundarbans y los dioses.

Cuando la ceremonia concluyó, todos pegamos la cabeza contra el suelo. En ese momento, no fui tan consciente del dios que había sobre nuestras cabezas como del tacto del suelo suave y frío en la frente, como si nos inclináramos ante la propia tierra —ante el barro que pisábamos, ante las arañas que correteaban por él, ante los neumatóforos y las raíces zancudas que estaban allí antes que la casa, ante el bosque cuya generosidad nutría al pueblo, incluso ante el tigre que custodiaba el bosque—, ante todo por lo que aquella familia estaba tan eternamente agradecida.

La cena que degustamos después fue una especie de comunión. Y, al poco rato, se levantó el viento.

Para los poetas de los Vedas, las nubes que el viento arrastraba desde el océano estaban cargadas de tesoros. Tesoros tan valiosos que las nubes eran reacias a soltarlos; Indra, el dios de la lluvia y la tormenta, que va montado a lomos de un elefante, debe abrirlas a la fuerza para que esos tesoros bañen la tierra.

Los Vedas dicen que, cuando Indra nació, el cielo y la tierra temblaron. Y eso mismo ocurrió cuando Indra llegó aquella noche: el viento aulló, chilló, ululó. Los árboles se retorcieron y sacudieron como una persona poseída. La noche era negra como boca de lobo; diluviaba, había truenos y relámpagos.

La luz y el sonido crujieron y rodaron por los cielos, atravesaron nuestros cuerpos. Sentimos los truenos como el dolor: parecían surgir tanto de fuera como de dentro, de nuestros huesos y órganos, de nuestras almas, como si el mundo entero estuviera hecho de ellos.

Estábamos cerrando las ventanas, Girindra, las chicas y yo, cuando nos dimos cuenta de que no sabíamos dónde estaba Eleanor. Girindra y yo salimos corriendo a la lluvia, a la oscuridad, gritando su nombre: «¡Eleanor!». Pero la tormenta se tragaba nuestros gritos, igual que el tigre de la jungla se traga el eco de la voz humana. Resbalamos por el barro. Guiados por los estallidos de los relámpagos, corrimos en distintas direcciones: Girindra fue dos veces a la letrina, temiendo encontrarla en el fondo de aquel agujero inmundo, y yo a la cocina, ciñéndome al perímetro fangoso de la casa.

Fue él quien la encontró. Eleanor había ido a otra parte del complejo familiar con Mamita, Mabisaka y los dos niños pequeños. Las mujeres no la habían dejado volver sola, aunque nos había oído llamarla. Cuando Girindra la trajo de vuelta, estaba bastante alterada… no tanto por la tormenta como por la actitud de Girindra. El hombre se había llevado tal susto que, al hallarla sana y salva, se había puesto hecho un energúmeno y había descargado su ira

contra ella, una ira que a Eleanor le había resultado aún más terrorífica al ser expresada en una lengua que no entendía.

El viento enfureció y a Girindra le entró un nuevo pánico: ¡el *Mabisaka*! Lo había anclado al barro por cuatro puntos con la marea alta, pero podía haberse soltado. Así que, acompañado de su hermano, se apresuró a salvar su querido barco tallado a mano, su medio de vida, de las olas azotadas por el viento. Yo intenté seguirlo, pero, cuando se percató de lo que estaba haciendo, me gritó tan fuerte que temí que fuera a pegarme, y no me quedó más remedio que volver a la casa. El agua se colaba a borbotones por las ventanas cerradas; buena parte del arroz recién trillado había salido volando; las propias vidas de los que allí se refugiaban estaban literalmente a punto de ser arrancadas.

Eleanor me dijo más tarde que, mientras se hallaba acurrucada en la habitación con las demás mujeres, la cara de Namita era una máscara de pavor. Los niños lloraban. Y todo el mundo repetía: «Ciclón». Recordaban el ciclón de 1988.

No fue hasta mi tercer viaje, con Shankar y Debasish, cuando Girindra y Mabisaka me contaron cómo la familia había sobrevivido a aquel ciclón.

Aquella noche el viento se había asemejado a un gigante que se lo comía todo a su paso. Se había comido el sonido: cuando Girindra había llamado a gritos a unos familiares que estaban en otra cabaña a unos pocos metros de distancia, estos fueron incapaces de oírlo; el viento se llevó sus voces. Se había comido la luz: la oscuridad era tan impenetrable que no se veía nada ni con el haz de la linterna. Se había comido el sustento: para su asombro, en una de las chozas, Girindra y Mabisaka vieron cómo una enorme olla de arroz capaz de alimentar a la familia durante una semana simplemente salió despedida por los aires. Nadie podía enfrentarse a un viento como aquel; un viento que te golpeaba y te llevaba volando. Un viento que te hacia postrarte ante él igual que ante un dios.

Por supuesto, Girindra sabía con antelación que la tormenta se acercaba. Habían dado el parte por la radio aquella misma tarde. El Departamento Forestal declaró la alerta. Al subir la marea, había asegurado el *Mabisaka* a los árboles. Había reforzado las cabañas —donde se alza el único edificio grande que hay ahora, antes había dos cabañas separadas— apuntalándolas con postes de bambú. Se preparó a conciencia. Él se quedaría en la mayor de

las cabañas con Namita y casi todos los niños; su hermano menor y Mabisaka cuidarían de los demás en la cabaña más nueva y más pequeña de al lado.

Al caer la noche, la familia se acurrucó en el interior de sus respectivos refugios. Fuera el viento soplaba con fuerza. Las chozas temblaban. A Girindra le pareció oír la voz de su hermano llamándolo desde la cabaña contigua. Se las arregló para abrir la puerta y salir reptando… ¡y se encontró con que la otra choza se había derrumbado!

Como no había heridos de gravedad, se apresuró a escoltarlos a todos hasta la cabaña más grande. Pero la lluvia se había unido al viento y la roía sin tregua. El tejado chorreaba de tal manera que el suave y limpio suelo se había convertido en un río de barro. Las paredes no tardaron en venirse abajo y el viento zarandeaba la estructura al completo como si se tratara de una palmera. Girindra se dio cuenta de que no duraría mucho, así que la familia huyó hacia la casa de su tío. En cuanto el último de ellos salió, la casa se desplomó a sus espaldas.

Ya había cinco familias refugiadas en la casa del tío. No quedaba ni un sitio donde sentarse. Girindra y su tío cavaron una zanja para intentar canalizar el agua hasta el exterior. Luego Girindra colocó unos tablones en el porche y le pidió a la gente que se sentara allí. Lo que no dijo fue que, si se quedaban dentro, las paredes se les caerían encima.

A continuación dejó a Namíta, Mabisaka, sus hijas y uno de los niños pequeños temblando bajo un plástico y salió de nuevo al diluvio para buscar otro sitio al que pudieran trasladarse.

En el exterior no se veía nada. La linterna le era completamente inútil. Esperó a que se produjera un relámpago. Con el destello intermitente, vio que todas las cabañas circundantes se habían derrumbado.

Después de eso, se arrastró sin tregua por interminables ríos de barro, hasta que, por fin, se topó con una casita que aún seguía en pie. Ya había dos familias apretujadas en ella. Dijeron que les harían sitio, pero que estaban demasiado débiles para ayudarlo a escoltar a las mujeres.

Así que no le quedó más remedio que volver reptando a la cabaña a punto de derrumbarse para rescatar a su familia. Allí se encontró a sus dos hijas menores inconscientes. Los demás familiares, ateridos de frío, calados hasta los huesos y paralizados de miedo, se habían olvidado de las niñas y se habían sentado sobre ellas… casi asfixiándolas. «No sabes lo horrible que es hasta que lo vives», me aseguró.

Uno a uno, los fue escoltando a todos hasta el nuevo refugio. Pero no paró ahí, sino que volvió a salir a la tormenta a por las vacas y los demás animales.

Durante horas, se afanó bajo la lluvia junto con otros cuatro trabajadores para rescatar a las vacas, las ovejas y los corderos de los establos derruidos.

Cuando el ciclón pasó, los daños eran cuantiosos. Al amanecer, Girindra vio que la lancha motora de su hermano estaba destrozada. Las diez vacas de su tío habían muerto. Casi todo el mundo había perdido su casa. Y habían fallecido tantos lugareños que, durante días, los ríos estuvieron llenos de cadáveres. Pero todos los miembros de su familia habían salido ilesos. Y su querido barco, el *Mabisaka*, aunque lleno de agua, aún seguía entero.

Girindra me contó esta historia a través de Shankar, pero, al terminar, se dirigió directamente a mí.

«Diosa —dijo, llevándose la mano derecha a la frente—. Diosa siempre, yo ver».

La sintaxis bengalí es casi opuesta a la inglesa: la posición del sujeto y del predicado suelen estar invertidas. Al principio, cuando Girindra me dijo aquello, me pregunté si querría decir que la diosa siempre estaba mirando por él o si él siempre miraba a la diosa para pedirle ayuda. En ese momento me di cuenta de que se refería a las dos cosas: aun a pesar de la tormenta, Girindra veía a la diosa con claridad.

En los Sundarbans de Bangladés, Hasna Moudud también se ha enfrentado a los ciclones. Como esposa del anterior vicepresidente, parlamentaria, patriota y discípula de Mahoma, siempre ha sabido que su misión era ayudar a las víctimas de los ciclones e inundaciones de su país y a menudo se ha visto inmersa en la devastación más absoluta.

En 1974 trabajó distribuyendo víveres de emergencia a los pueblos afectados por las inundaciones. «Las mujeres se escondían de nosotros —explicó—, aunque no sabía por qué. Hasta que caí en la cuenta: todo estaba destruido y se habían visto obligadas a dividir un sari entre tres. El agua se había llevado sus casas. Los niños tenían sarna y otras enfermedades. Era como si se hubieran olvidado del cuerpo humano».

En una ocasión tuvo que ir a Nijumbe, un pueblo bonito y apacible del centro del país, para evaluar los daños de una tempestad. El viento había sacado a la gente de sus casas, de hecho la había levantado del suelo: «Había cuerpos de mujeres y niños enganchados en los árboles… parecía un jardín de cadáveres, un bosque de cadáveres».

En el transcurso de los nueve años que van de 1960 a 1969, once grandes tormentas mataron a más de cincuenta y cuatro mil personas solo en

Bangladés, un área del tamaño de Wisconsin. Y luego, en 1970, una ciclónica provocó la subida de las mareas y mató a más de doscientas mil personas en dos días. El ciclón de 1988 superó ese número, aunque no hay cifras exactas. «El delta del Ganges, al estar situado en la cabeza del embudo que forma el golfo de Bengala —escribió el ecólogo del Instituto Smithsoniano F. R. Fosberg—, quizá presenta la mayor amenaza de crecida de las mareas provocada por las tormentas que puede hallarse en el mundo». Una crecida capaz de alcanzar los setenta y cinco metros de altura. En ambas partes de los Sundarbans, los lugareños se enfrentan a entre cuatro y ocho «depresiones ciclónicas» al año.

Los habitantes de la zona costera de Bangladés huyeron de las inundaciones y del ciclón de 1988 y se dirigieron a Daca. Miles de ellos se refugiaron en el estadio. Hasna recordaba que había mujeres —mujeres musulmanas, cuya modestia normalmente les exige mantener la cara oculta con un velo en público— dando a luz allí mismo, al aire libre. «Entonces te preguntas quién puede ayudar a esta nación —me dijo con su voz melosa—. Pero luego vuelves al cabo de dos o tres semanas y no te lo puedes creer —continuó—. Es un auténtico misterio: la tragedia lo embellece más si cabe, como si todo se hubiera limpiado y estuviera más verde y frondoso. Es algo increíble. Un misterio. Un milagro».

Se dice que el dios Visnú creó el mundo de esta manera: al principio, todo era agua. El propio Visnú era agua. Dormía sobre el agua, aunque el agua lo contenía a él. El dios-agua era un océano insondable en cuyo interior residían todos los poderes líquidos del universo: la sangre, la leche, la savia, la lluvia. La calma imperaba en el agua cuando él dormía. Pero, entonces, se despertó y, con un dedo, removió suavemente el océano cósmico.

Aquel acto sutil provocó un cambio sutil: se formaron unas pequeñas ondas. Las ondas se expandieron y, entre sus arcos concéntricos, se originó el éter, la región superior de los cielos, que ahora llamamos «espacio».

El éter, como las ondas, comenzó a expandirse y a resonar como un himno jubiloso. Del sonido que provocó su expansión surgió otro elemento: el viento.

El viento arreció, se cargó de energía, sopló, arrasó, rebotó, se arremolinó, lleno de poder y de gozo. Chocó contra las aguas del océano cósmico. Desató las corrientes. Levantó las olas. De su potente fricción con estas, surgió el tercer elemento: el fuego.

Cuando se desata un vendaval en los Sundarbans, es fácil comprobar que esta historia de algún modo es cierta. Cuando Eleanor y yo, junto con la familia de Girindra, sentimos el viento aquella noche de febrero en Jamespur, recordé las palabras que había empleado aquel hombre de Chittagong para describir el ciclón de 1991: «Era como si el viento albergara fuego en su interior».

Dicen que el ardor del fuego creado por el viento creó el propio cielo. Solo entonces presentó Visnú el loto de los mil pétalos del que surgió el radiante Brahma, con sus cuatro caras, el creador de la Tierra.

En el viento percibimos el poder invisible que creó el mundo. Ese es sin duda el caso de los Sundarbans. Sus manglares nacen del viento en la misma medida que del agua. «Durante estos periodos de influjo de energía, se originan muchos procesos geológicos —escribió John Seidensticker—, y las tormentas guían el desarrollo a largo plazo de los manglares y los bosques». Cuando estaba investigando el plan de gestión de la reserva de tigres de los Sundarbans bangladesíes, le sorprendió ver que incluso las tormentas más suaves a veces dejaban los mangles pelados. Sin embargo, estos se recuperan. Todas las criaturas de la zona dependen del cambio. El botín de los árboles se hunde en el agua y las mareas lo devuelven a la tierra. El rápido ciclo de transmisión de nutrientes, la gran rueda del renacimiento, se pone en marcha, en gran medida, gracias a la fuerza de los ciclones.

A pesar de todo ello, los tigres parecen imperturbables. Incluso después del violento ciclón de 1988, los guardabosques declararon que apenas vieron cadáveres de tigres entre las víctimas que obstruyeron los canales durante semanas, toda una sorpresa. Los guardas creen que los tigres sobreviven a los ciclones trepando a los árboles cuando la marea sube. También dicen que los ciervos los encaran bastante bien. Rathin me contó que enganchan la cabeza en la maraña que forman las raíces zancudas para no ser arrastrados por el viento y el agua; cuando la marea sobrepasa los mangles, se apuntalan en las ramas superiores de los árboles. A veces, cuando pasa la tormenta, es posible ver a un ciervo y a un tigre encaramados al mismo árbol.

El mecanismo de los ciclones de los Sundarbans aún resulta bastante incomprensible. Según Seidensticker, algunas tormentas «parecen ser engullidas literalmente por los estuarios»: el poder del viento absorbido, tragado, disuelto por los manglares. Bajo ciertas circunstancias, «el aire fresco que permanece estable sobre el agua, al ser asediado por el aire cálido procedente del interior, forma una depresión a lo largo del eje de la tormenta

que actúa como un embudo». En tales casos, los bosques de los Sundarbans protegen a millones de personas de la furia de los ciclones.

Pero no siempre es así. De hecho, Seidensticker afirma que, como los bosques se han reducido, las tormentas devastadoras son cada vez más frecuentes. En los sesenta y nueve años que transcurrieron entre 1891 y 1960, dieciséis fuertes tormentas tropicales asolaron Bangladés; y entre 1961 y 1977 lo hicieron diecinueve. Los climatólogos prevén que la situación se agravará con el cambio climático.

Igual que Visnú hizo que el viento creara el fuego y que el fuego creara el propio cielo, también se vale de este último para reclamar el universo.

Según la mitología hindú, ocurre al final de cada gran ciclo. Visnú se convierte en el sol y, con sus rayos devoradores, consume la humedad del mundo. Luego se convierte en el viento y arrebata el aliento vital a todas las criaturas vivientes. La fricción de ese ciclón voraz prende el universo. Y todo es consumido por el fuego.

Finalmente, cuando toda la creación queda reducida a rescoldos, Visnú, vestido por una nube de humo, vuelve a verter su placer en forma de lluvia. La inundación crea un océano tan profundo que disuelve el sol, la luna y las estrellas. Y allí, sobre las aguas insondables y puras, dormita, soñoliento y sereno, hasta que es incitado a evocar de nuevo el universo.

14
SUEÑOS DE TIGRES

El tigre debe cumplir su *dharma*. Debe cazar, debe comer, debe criar a su prole. Y, si el tigre es el guardián de los bosques de los Sundarbans, es porque mata y se come a la gente.

Un tigre persiguió mi barco a nado. Podría haberme comido a mí, lo cual no me importa demasiado. Pero, que un tigre matara y se comiera a gente a la que quiero, eso no podría soportarlo.

Girindra y yo intercambiamos cartas cada pocas semanas; el señor Mondal, maestro de escuela, traducía las suyas a un inglés reconocible. De vez en cuando recibo noticias de Rathin. Aprecio mucho las cartas, pero son como la luz procedente de una estrella. Para cuando las recibo —sobre todo las de Girindra, puesto que las manda desde Jamespur—, ya llevan seis u ocho semanas escritas. Es el momento en que las leo, ni siquiera sé con seguridad si los que las escribieron siguen con vida. Y, de nuevo, como en los Sundarbans, me siento perdida, desorientada y temerosa de lo que no puedo ver.

En esos momentos, para apaciguar mi nostalgia, intento recordar lo que esas personas me enseñaron al mostrarme las verdades que habían descubierto sobre las aguas, el cielo y el futuro.

Muy a menudo, los ríos pardos de los Sundarbans parecen tierra sólida y brillan como el barro resbaladizo; las aguas plácidas revestidas de hojas que caen de los mangles parecen el suelo de un bosque. A veces la superficie del agua brilla como un espejo y puedes ver el reflejo de tu propia cara. (Creer en nuestro reflejo quizá sea nuestro error más común). Pero debes recordar que solo puedes ver la superficie del agua y que esta es un espejismo, *maya*, una ilusión. Ese es el principal error de la ciencia, según los *gunines*: solo

examina superficies y permite que nuestro reflejo oculte los poderes más profundos.

No obstante, de vez en cuando, la superficie del agua se abre y revela un delfín, una tortuga marina, un cocodrilo. La gente de los Sundarbans cree que esas aperturas son nuestros sueños, las palmas de nuestras manos y las estrellas.

Girindra me contó que suele soñar con tigres. Se despierta empapado en sudor. En sus sueños, el tigre lo persigue, pero siempre consigue escapar: el tigre salta, pero él se agacha o le da una patada o le hinca los dedos en los ojos para poder huir. Muy a menudo sueña que está en un barco con tres o cuatro personas más y un tigre llega —a veces tres a la vez—, pero solo va a por él.

Una noche soñó con un animal muy raro —«como un jabalí, pero muy peludo, negro azabache, con dos cuernos pequeños en la cabeza»— que salía del bosque para cazarlo. Había más gente haciendo sus tareas, pero el animal solo lo perseguía a *él*. Nadie acudía en su ayuda; de hecho, se limitaban a observar cómo corría y corría por el bosque. Al final, llegó a una pila de troncos y repechó hasta la cima. El animal no podía llegar tan alto. Pero ahora Girindra estaba atrapado. Quería bajarse y huir. Mientras su agitación iba en aumento, Bonobibi se le apareció mágicamente vestida con un sari blanco ribeteado de rojo. El animal desapareció.

La diosa cogió a Girindra en brazos y él empezó a llorar de alivio; le dijo que nunca volvería a adentrarse en la jungla.

A diferencia del sueño que Girindra me había contado con anterioridad, en este Bonobibi le hablaba. Mientras lo sostenía en brazos, le dijo: «Si te adentras en la jungla, un tigre te comerá. Pero, aunque no lo hagas, un tigre te comerá de todos modos. Es tu destino». Y luego desapareció.

«¡No! ¡No puede ser verdad!», me oí a mí misma gritarle a Girindra. Sentí que el corazón se me vaciaba de sangre. Ya había experimentado un miedo parecido en otra ocasión, cuando Rathin me contó lo del tigre que rompió la puerta del camarote para atrapar a Birin Mondal en el barco que iba a Haldibari. Antes de eso, me había dado la impresión de que Rathin estaba hecho a prueba de tigres, con su rifle, su personal y su gran embarcación del Gobierno. Pero el incidente de Haldibari había echado por tierra aquella imagen.

—¿Y si un tigre te ataca a bordo del *Monorama*? —le pregunté preocupada.

—Le dispararé —me respondió él, y su respuesta objetiva me calmó por un momento. Pero me alegré cuando, muchos meses después, supe que lo trasladaban de los Sundarbans y que iban a ascenderlo a director de otro parque. Me dijo que su horóscopo auguraba grandes cosas, y estoy segura de que se harán realidad.

Sin embargo, sabía que Girindra probablemente siempre viviría en los Sundarbans, entre sus mangles retorcidos, sus canales serpenteantes y sus mareas cambiantes, entre los tiburones, los cocodrilos y los tigres.

—¡Tu sueño no puede hacerse realidad! —le grité—. ¡No dejaré que suceda! —tradujo Debasish, aunque él ya lo había entendido.

—No sé si será verdad o no —me dijo amablemente. Se preguntaba por qué la madre lo habría acunado en sus brazos y luego habría pronunciado su sentencia de muerte—. No temo al tigre, ni siquiera después de esos sueños —me aseguró—. Además, si un tigre me ataca, no hay nada que pueda hacer. Si mi destino es que un tigre me mate, no lo puedo evitar.

En las aldeas que rodean Bombay, el pueblo marati lleva mucho tiempo contando la historia de cómo la diosa Satwai le escribe el destino a cada niño en la frente, y ni siquiera ella puede alterarlo. Induso escribió en la frente de su hija que estaba destinada a casarse con su propio hijo. En otras partes de la India, mucha gente sostiene que nuestro destino está escrito en las palmas de las manos o en las estrellas. En Occidente, consideramos que la fe en el destino es una muestra de resignación, una excusa para rendirse. Pero, para la mayoría de los indios, el destino no tiene nada que ver con eso. El destino es la promesa de que la vida no es una sarta azarosa y sin sentido de sucesos tragicómicos. El destino proclama que nuestras vidas son tan importantes, tan necesarias, que nuestras historias las escriben los dioses y las diosas, el mismísimo cielo. Solo podemos atisbar nuestro destino de pasada, apenas insinuado en las estrellas o en las líneas de nuestras manos; pero ese atisbo es ya la prueba de nuestro contrato con el universo, de que somos piezas en la gran rueda de la vida, la muerte y la reencarnación.

Hace unos veinticinco años, cuando Girindra trabajaba sobre todo como pescador de cangrejos, visitó a una quiromántica de Canning.

—Dime el futuro y no me escondas nada —le pidió.

La vidente miró su palma callosa y se la leyó como un libro.

—Nadie podrá infligirte daño alguno —dijo—. Hay unos cuantos peligros en tu vida, pero ya los has pasado. Llegarás a los noventa años.

Le preguntó cuánto le debía.

—No puedo aceptar tu dinero, tienes una mano fabulosa —respondió ella.

Girindra me contó entonces la historia de un hombre rico al que le leyeron la palma de la mano, pero que se negó a creerlo. El hombre vivía en Calcuta, aunque la vidente predijo que moriría pronto y que lo mataría un tigre. ¡Un tigre en Calcuta! ¡Imposible! La pitonisa incluso le dijo el día y la hora de su muerte. El hombre se fue riendo a casa.

Cuando llegó la hora prevista de su muerte, el hombre invitó a sus amigos a su casa. A muchos les resultó gracioso y otros fueron a ver si la predicción se cumplía. Pero, como todos eran de Calcuta, pocos habían visto un tigre en su vida. Uno de los invitados ni siquiera sabía qué aspecto tenía. «¿Que no has visto un tigre? Entonces te dibujaré uno», le ofreció un compañero, que empezó a trazar con esmero y un lápiz la figura de un tigre: primero el contorno, luego las rayas, la nariz, los bigotes, las garras, un ojo…

Y, justo cuando pintaba de negro la pupila del ojo, el tigre del dibujo cobró vida, saltó del papel y mató al anfitrión de la velada.

«Así que, aunque viviera en América contigo, hermana —dijo Girindra—, si mi destino es que un tigre me mate, no hay nada que hacer».

No obstante, añadió con una seguridad pasmosa: «Creo en mi línea de la vida, y es muy larga».

EPÍLOGO:
EL KALI YUGA

De acuerdo con la noción hindú del tiempo, nos encontramos en el último de los cuatro *yugas*, o edades del mundo, que conforman la vida de cada universo.

El primero de los cuatro *yugas se* conoce como *Krita Yuga*, una edad edénica en la que el mundo es joven, húmedo y pleno tras la reciente emanación divina. La santidad adviene naturalmente y, desde el momento del nacimiento, todo el mundo conoce su *dharma*, su propósito en el mundo, y lo cumple con alegre devoción.

Sin embargo, en los siguientes *yugas*, la belleza, la paz y el orden moral van disminuyendo poco a poco. En el *Trita Yuga*, las obligaciones ya no son innatas, sino que deben aprenderse. En el *Dvapara Yuga*, la verdadera santidad no existe.

La era actual es conocida como el *Kali Yuga*. La diosa Kali es célebre por ser la gran destructora, la negra, la que se adorna con las manos y las cabezas sangrantes de sus víctimas como si fueran joyas, la que baila sobre el cadáver de su esposo, la que saca la lengua, hambrienta, para devorar el mundo. Tanto la diosa como la era toman su nombre de la palabra *kaal* o «tiempo». Pues el tiempo es el gran destructor y, al final del *Kali Yuga*, se nos acaba. Podría faltar muy poco, nos advierten los sabios. Según señala Karan Singh, antiguo rector de la Universidad de Jammu y Cachemira, los textos hindúes dicen que cada ciclo mundial comprende cuatro mil trescientos millones de años. «Si insistimos en obtener una confirmación científica, veremos que cuatro mil trescientos millones de años es más o menos la edad de la Tierra».

En un pasaje del *Visnú Purana*, un texto clásico de la mitología y la tradición hindú, se describe el *Kali Yuga* con tanta claridad que, sin lugar a dudas, hoy todo el mundo lo identificaría con la época actual: en él, «la

propiedad se convierte en rango; la riqueza, en la única fuente de virtud; la pasión, en el único lazo de unión; la falsedad, en la clave del éxito».

El *Kali Yuga* es el último periodo antes de que este mundo se disuelva. Es la época en la que repudiamos a nuestros dioses. Es la época en la que extinguimos la vida en lugar de honrarla. Es la época en la que nuestros pecados ahogan nuestras virtudes.

Solo en una época de ciega avaricia podríamos acometer el mal catastrófico de aniquilar a una docena de especies al día. Y eso es precisamente lo que estamos haciendo, nos dicen los biólogos, sin duelo ni ceremonias. La mayoría de las víctimas son invertebrados, animales como gusanos o insectos, o plantas y hongos tan poco conocidos que los científicos aún no les han puesto nombre. La mayoría de ellos se pierde cuando la gente invade sus hábitats y convierte las tierras vírgenes en granjas, carreteras, bloques de pisos, fábricas, oleoductos y minas. Hepáticas y termitas, medusas y libélulas, platelmintos y orquídeas: los desplazamos sin miramientos para obtener más espacio, más trabajo, más dinero.

«Pero ¿acaso importa? —preguntaba un editorial de *Asiaweek* que acompañaba su primera plana sobre la precaria supervivencia del tigre—. Las especies van y vienen —escribía su autor—. Ahora es el turno del tigre».

Exterminar a cualquier especie —cada una de las cuales es la culminación de millones de años de evolución— por razones económicas es un sacrificio tan estúpido e inútil como «quemar cuadros renacentistas para cocinar la cena», sostiene el sociobiólogo Edward O. Wilson, padre del concepto de biodiversidad.

Pero, si erradicamos al tigre, nuestro pecado será todavía peor. Si erradicamos al tigre, estaremos asesinando a un dios.

En los Sundarbans, todo el mundo sabe que Daksin Ray puede entrar en el cuerpo de cualquier tigre a voluntad. Por eso todos los tigres son sagrados y santos, expresiones del poder de Dios.

Hasta el escéptico Rathin le encuentra sentido a esta idea. Dice que el devorador de hombres es la fuerza protectora más poderosa del bosque de los Sundarbans… y de la gente que depende de su abundancia. «El tigre está haciendo el trabajo de la naturaleza de manera silenciosa —me dijo—. En ese sentido, el tigre *es* un dios: el tigre cuida del bosque y el bosque cuida de él». Sus palabras sugieren que no es por casualidad que la mayor población de tigres del mundo habite en los Sundarbans y que allí sobreviva el mayor

bosque de mangles que queda sobre la faz de la Tierra. Allí el tigre aún ejerce toda su autoridad sobre los hombres.

Con la misma facilidad con la que Daksin Ray entra en el cuerpo de un tigre, los tigres de la mitología asiática actúan como un puente entre la vida y la muerte, entre el pueblo y el bosque, entre el cielo y la Tierra. Los tigres ayudan a la gente a comprender su pasado y su futuro, y su relación con las fuerzas que gobiernan el mundo. Sin el tigre, el mundo de los humanos estaría incompleto.

Esta verdad la asumen todas aquellas culturas por donde merodean los tigres. Las historias sagradas de estos pueblos nos cuentan que estas criaturas son nuestros parientes, nuestros maestros y nuestros guardianes. En la India, muchas tribus aseguran que son descendientes de ellas, incluidos los bagel rajputs, los biles, los santales, los konds y los baganis. Los sundaneses de Java Occidental y los aceneses y minangkabaus de Sumatra también afirman que los tigres fundaron sus respectivos clanes.

Tan fuerte es la alianza de los konds con el tigre que la gente está convencida de que puede *convertirse* en uno de ellos a través de un hechizo. El antropólogo Robert Wessing recogió la historia de un miembro de esta tribu que se convertía en un tigre de manera rutinaria para ir a cazar. Cuando quería volver a transformarse en una persona, alguien tenía que pronunciar el hechizo correcto. El hombre-tigre le reveló dicho hechizo a un amigo, pero este murió, por lo que no le quedó más remedio que revelárselo a su esposa. Al día siguiente, se transformó en un tigre para cazar. Al regresar, portando su presa en la boca, se acercó a su esposa, pero esta se asustó tanto al ver al animal que empezó a gritar y a correr. El hombre, saltando y rugiendo a su alrededor, intentó recordarle que debía pronunciar el hechizo, pero solo consiguió que chillara más alto. Al final se enfadó tanto que la devoró. Entonces se dio cuenta de que se había comido a la única persona viva que conocía el hechizo que podía devolverle a su forma humana. Su esposa había sido tan tonta que no había reconocido a su querido marido allí plantado, en el umbral de la casa, con la cena en la boca.

La historia nos dice que es importante recordar quiénes somos y quién es el tigre para nosotros.

¿Quiénes somos? El ser humano nunca se ha preocupado tanto por responder a esta pregunta como en los tiempos que corren. Nunca hemos estado tan obsesionados por esta búsqueda. Puede alegarse que, hasta hace relativamente poco en nuestra evolución, no disponíamos de tiempo para considerar tales cuestiones: moríamos jóvenes, antes de adquirir la sabiduría

necesaria para preguntarnos ciertas cosas. Asimismo, también puede decirse que hoy en día, cuando el tigre está a punto de extinguirse, estamos más cerca que nunca de destruir el conocimiento que podría responder a esta pregunta.

Gracias al tigre, la gente de los Sundarbans sigue entendiendo aquello que el resto de los mortales pretende ignorar: que todos los que compartimos el sagrado aliento vital —chital o jabalí, rana o pez, genio o idiota— estamos hechos de carne. Y todos los cuerpos hechos de carne se inclinan ante lo divino, subyugados por el embrujo del tigre.

¿Podemos creer en lo que dice esa gente?

¿Los tigres vuelan por el aire? ¿Aparecen de la nada? ¿Reducen el cuerpo humano a la mitad? Lo cierto es que no lo sé. Pero hay algo de lo que sí estoy convencida: en este mundo permeable y cambiante, seguro que la divinidad puede entrar a voluntad en el cuerpo de un tigre para recordarnos quiénes somos.

Si, en el colmo de nuestra arrogancia, exterminamos al tigre, nos arriesgamos a perder de vista la verdad más profunda que nuestra especie ha llegado a conocer: que no somos Dios.

«¿Qué se dirá de la raza humana si permitimos que el tigre se extinga? —pregunta Ashok Kumar, director de la unidad de control comercial en la India del Fondo Mundial para la Naturaleza—. ¿Qué podemos salvar? ¿Podemos salvarnos a nosotros mismos?».

POSFACIO

El 1 de enero de 1996 volví a partir hacia los Sundarbans.

Un artículo que apareció en el *Washington Post* sobre la primera edición de este libro atrajo la atención de Amy Bucher y luego la de un director adjunto del canal de televisión de National Geographic. Sus colegas y ella estimaron que la historia de la extraordinaria relación entre las gentes y los tigres de los Sundarbans merecía un documental. Me dirigía de nuevo a jamespur, esta vez con un equipo de televisión de cinco personas y no menos de cincuenta y seis maletas llenas de bártulos a la zaga.

Creo que nunca había estado más nerviosa. No sabía si habrían informado ya a Cilindra de nuestra llegada. ¿Estaría esperándonos en Canning? Exceptuando a Amy Bucher, no llegaría a conocer a ninguno de los miembros del equipo hasta que cogiéramos el avión hacia la India. ¿Cómo serían? ¿Se mostrarían respetuosos con los nativos? También me preocupaba que una multitud tan grande de extranjeros con aparatos modernos como cámaras de televisión y equipos de sonido atrajera a un tigre y los vecinos a los que estábamos filmando se distrajeran y no lo vieran. Si alguien resultaba herido, yo sería la única culpable.

No tendría que haberme preocupado. Todos y cada uno de los miembros del equipo del documental eran maravillosos: sensibles, profesionales, tolerantes y amables. Después del mes que pasamos juntos en la India, me invitaron a escribir y narrar el documental, *El embrujo del tigre*.

Cuando se estrenó el 22 de septiembre de 1996, los habitantes de Jamespur se hicieron con una televisión (nunca antes había habido una en el pueblo) y la engancharon a un generador para verse en pantalla. Una audiencia de unos cincuenta millones de personas de todo el mundo fue testigo de un extraño programa: uno que no mostraba a gente rural del Tercer Mundo como pobres víctimas de piel oscura, sino como elocuentes y bienhablados herederos de una gran sabiduría.

Las palabras fueron transmitidas elegantemente gracias a la fiel y sensible traducción de mis amigos Raja y Shankar, y a la novia de Shankar, Soma Banerjee (sin parentesco con Rathin). Shankar me había presentado a Soma por carta mucho antes de que supiera lo de los planes del documental y habíamos mantenido una entusiasta relación por correspondencia. Demostró ser tan encantadora como él me había dicho. Aunque la destreza traductológica de Raja y Shankar fue igualmente crucial para el rodaje del documental, es Soma la que aparece en pantalla.

La película cosechó innumerables bendiciones. Los habitantes de Jamespur y alrededores estaban sumamente orgullosos. Nunca antes se les había retratado con tanto respeto. Nunca antes se había compartido su sabiduría con una audiencia a escala mundial.

El documental continúa reponiéndose. Yo sigo en contacto con casi todos los que participaron en él. La productora, Amy Wray, y yo filmamos otro juntas para National Geographic, esta vez sobre un amigo mío, Ben Kilham, que cría osos negros huérfanos y luego los suelta en la naturaleza. Con el resto del equipo de rodaje, Amy Bucher y yo asistimos a la boda de Amy Wray con Bob Caputo y, al año siguiente, Amy me concedió el gran honor de nombrarme madrina de su primer hijo, Nick.

Ahora, Shankar y Soma están casados y tienen una hija preciosa, Soumi, nacida en 2001. Tanto Shankar como Soma enseñan inglés en institutos de enseñanza secundaria de Calcuta. Nos escribimos a menudo, ahora a través de Internet. Raja también está casado y tiene un buen trabajo en Pepsi Cola. A Rathin lo han recompensado con varios ascensos dentro del Departamento Forestal y ahora trabaja en el Edificio de los Escritores (que, según dicen, han adecentado un poco) como administrador.

Desde mi primer viaje a la India, Girindra y yo nos hemos escrito el uno al otro sin falta cada pocas semanas con la ayuda del señor Mondol, el maestro de escuela. «*Amar choto bon*», comenzaban sus cartas: «Hermanita mía». Y yo respondía «*Amar boro bai*»: «Hermano mayor». Intercambiábamos noticias: yo le escribía acerca de la nieve, de nuestro cerdo mascota de trescientos cuarenta kilos, de mis viajes. Él me contaba sobre monzones, *pujas*, cocodrilos y tigres. A pesar de las dificultades de traducción, sus cartas siempre eran líricas y evocadoras: «La lluvia huir con su húmeda torpeza», me decía en una. En otra: «Muchas gracias por escribirme una carta tan larga y valiosa. Yo esperar como un ave sedienta…».

A través de sus cartas me invitaron a las bodas de sus hijas mayores, Shumitra y Shubadra. También me invitaron a la de la hija del señor Mondol.

Por desgracia, no pude acudir a ninguna. Los Sundarbans quedan muy lejos de Nuevo Hampshire y no podía permitirme ni el tiempo ni el gasto de dinero. Me enteré de que habían construido allí un segundo albergue turístico. Me invitaron a la inauguración. En 2004, Girindra me pidió que fuera a celebrar el nacimiento de sus dos primeros nietos, Subhajit y Rimpa. «Yo rezar a mi Deb-Debi y a tu Cristo para que concederte salud y una larga vida y para que honrarnos con una larga visita —me escribió Girindra en una carta—. Recordarte que nuestros días están contados y acortarse; quizá esta última oportunidad de reunimos familia en esta existencia global». Una vez más, no pude ir.

Nos escribimos el uno al otro de manera regular durante más de una década. Pero, hace unos dos años, sus cartas cesaron. Al principio no me alarmé. Nuestras cartas y a veces los paquetes que les enviaba a él y a su familia solían perderse por el camino. Seguí escribiéndole. No obtuve respuesta. Mandé un *email* al albergue turístico. Nada (al parecer los *emails* van a parar a una oficina en Calcuta). Compartí mis temores con Shankar y Soma. Ellos no habían vuelto a los Sundarbans, pues están ocupados con sus carreras y con su hija pequeña. Sin embargo, recientemente, en un *email*, me contaron que habían visto a Girindra en un documental de la televisión india. Lo habían filmado recolectando miel. Al menos cuando lo grabaron, estaba aún vivo.

A comienzos del pasado invierno, un productor de cine que trabajaba en un proyecto en los Sundarbans se ofreció a entregarle una carta mía en mano, pero resulta que nunca llegó a Jamespur. Le dio mi carta a un agente forestal. Si este la entregó o no, no lo sé. De modo que sigo esperando una carta, como un ave sedienta…

Hancock, Nuevo Hampshire
22 de febrero de 2008

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Gran parte de la investigación bibliográfica realizada para este libro se llevó a cabo en las Colecciones Orientales y de la India de la Biblioteca Británica de Londres y en la Biblioteca Nacional de la India en Calcuta. Algunos de los libros se obtuvieron a través de los sistemas de préstamo interbibliotecario de Harvard y de la Escuela de Posgrado de Antioch / Nueva Inglaterra. No se mencionan aquí los libros escritos en bengalí que tan generosamente me tradujo Rathin Banerjee. Sin embargo, muchos de los excelentes libros que utilicé para mi investigación están disponibles en librerías y bibliotecas públicas, y los enumero a continuación.

VIDA SALVAJE DE LOS TIGRES

Anderson, Kenneth, *This is the Jungle: More Tales of Man-Eaters,* Londres, G. Alien and Unwin, 1964 [Esto *es la jungla: nuevos relatos sobre los devoradores de hombres*, Barcelona, Juventud, 1968, traducción de Mª Teresa Miró Costart].

Corbett, Jim, *Man-Eaters of Kumaon,* Nueva York, Oxford University Press, 1946.

—, The Temple Tiger and More Man-Eaters of Kumaon, *Nueva York, Oxford University Press, 1955*.

Dunstone, N. y Gorman, M. L., eds., *Mammals as Predators,* Oxford, Oxford Science Publications, 1993.

Jackson, Peter, *Endangered Species: Tigers*, Londres, Apple Press, 1990.

Leyhausen, P., Cat Behavior: The Predatory and Social Behavior of Domestic and Wild Cats, *Nueva York, Garland STPM Press, 1979*.

McDougal, Charles, *The Face of the Tiger*, Londres, Rivington Books, 1977.

Perry, Richard, *The World of the Tiger*, Nueva York, Atheneum, 1965.

Schaller, George B., *The Deer and the Tiger: A Study of Wildlife in India*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.

Singh, Arjan, *Tiger Haven*, Nueva York, Harper and Row, 1973.

Singh, Kesri, *One Man and a Thousand Tigers*, Nueva York, Dodd, Mead, 1959.

Sunquist, Melvin E., The Social Organization of Tigers in Royal Chitawan National Park, Nepal, *Washington, Smithsonian Institution Press, 1981*.

Sunquist, Fionay Mel, *Tiger Moon*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.

Thomas, Elizabeth Marshall, *The Tribe of Tiger: Cats and Their Culture*, Nueva York, Simón and Schuster, 1994.

Tilson, Ronald L. y Seal, Ulysses S., eds., *Tigers of the World*, Park Ridge, Nueva Jersey, Noyes Publications, 1987.

Ward, Geoffrey C. y Raines Ward, Dianne, *Tiger Wallahs*, Nueva York, Harper Collins, 1993.

FOLCLORE Y LEYENDAS

Jasimuddin, *Folktales of Bangladesh*, Londres, Oxford University Press, 1967.

McNeely, Jeffrey A. y Spencer Wachtel, Paul, Soul of the Tiger: Searching for Nature's Answers in Exotic Southeast Asia, *Nueva York, Doubleday, 1988*.

Ramanujan, A. K., *Folktales from India*, Nueva York, Pantheon, 1991 *[Cuentos populares de la India*, Madrid, Siruela, 2005, traducción de María Cerniere].

Wessing, Robert, *The Soul of Ambiguity: The Tiger in Southeast Asia*, Detroit, Northern Illinois University, Centro de Estudios de Asia Sudoriental, Serie Monográfica sobre Asia Sudoriental, 1986

RELIGIÓN Y FILOSOFÍA

Banu, Razia Akter, *Islam in Bangladesh*, Nueva York, E. J. Brill, 1992.

Coomaraswamy, Ananda K., *The Dance of Shiva*, Nueva York, Farrar, Strauss, 1957 *[La danza de Siva: ensayos sobre arte y cultura india*, Madrid,

Siruela, 2006, traducción de Eva Fernández del Campo y Pablo Giménez Dasí].

Kinsley, David, *The Goddesses' Mirror*, Albany, State University of New York Press, 1989.

Ross, Nancy Wilson, *Three Ways of Asían Wisdom*, Nueva York, Simón and Schuster, 1966.

Snead, Stella, con textos de Wendy Doniger y George Michell, *Animáis in Four Worlds: Sculptures from India*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.

Tilomas, Keith, *Religión and the Decline of Magic*, Nueva York, Macmillan, 1975.

Zimmer, Heinrich, *Myths and Symbols in Indian Art and Civilization*, Princeton, Princeton University Press, 1946 [Mitos *y símbolos de la India*, Madrid, Siruela, 1995, traducción de Francisco Torres Oliver].

—, *Philosophies of India*, Princeton, Princeton University Press, 1951 [*Filosofías de la India*, Madrid, Sexto Piso, 2010, traducción de J. A. Vázquez].

VIAJES POR LA INDIA Y BANGLADÉS

Blank, Jonah, Arrow of the Blue-Skinned God: Retracing the Ramayana Through India*, Boston, Houghton Mifflin, 1992*.

Frater, Alexander, *Chasing the Monsoon*, Nueva York, Knopf, 1991.

Gardner, Katy, *Songs at the River's Edge*, Londres, Virago, 1991.

Mehta, Ved, *Portrait of India*, New Haven, Yale University Press, 1967.

Novak, James, *Bangladesh: Reflections on the Water*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.

Nugent, Rory, The Search for the Pink-Headed Dnck: A Journey into the Himalayas and down the Brahmaputra, *Boston, Houghton Mifflin, 1991*.

Siegel, Lee, *Net of Magic: Wonders and Deceptions in India*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

OTROS LIBROS

Estos libros son difíciles de localizar en Estados Unidos y resulta complicado encontrarlos incluso en la India, pero no puedo por menos que dejar constancia aquí de lo útiles que fueron para mi proyecto. Quizá ciertos

lectores localicen algunos de ellos a través del préstamo interbibliotecario o haciendo un pedido en una librería excepcionalmente servicial.

Chakrabarti, Kalyan, *Man-Eating Tigers*, Calcuta, Darbari Prokashan, 1992.

—, *Man, Plant and Animal Interaction*, Calcuta, Darbari Prokashan, 1991.

Chaudhuri, A. B. y Chakrabarti, Kalyan, *Sundarbans Mangrove Ecology and Wildlife*, Dehradun, Jugal Kishore, 1989.

De, Rathindranath, *The Sundarbans*, Calcuta, S. K. Mookerjee, Oxford University Press/India, 1990.

Kakar, Sudhir, The Analyst and the Mystic: Psychoanalytic Refiections on Religión and Mysticism, *Nueva Delhi, Viking Penguin India, 1991*.

Karim, Anwarul, *The Myths of Bangladesh*, Kushtia, Bangladés, Folklore Research Institute, 1988.

Rathore, Fateh Singh y Thapar, Valmik, *With Tigers in the Wild*, Nueva Delhi, Vikas Publishing House, 1983.

AGRADECIMIENTOS

Durante mis viajes a la india y Bangladés, cientos de amables personas compartieron conmigo información, consejo y consuelo. En particular, quiero dar las gracias a Sara Camblin Breault, Kalyan Chakrabarti, Kisor Chaudhuri, Jenny Das, Bonani y Predip Kakkar, Hasna Moudud y su familia, Kushal y Diti Mookherjee, P. K. Sen, Pranabesh Sanyal, Arme, Bob y Belinda Wright y toda la administración y el personal del club Tollygunge.

Shankar Mukherjee y Debasish («Raja») Nandy se merecen un reconocimiento especial por su labor de interpretación, su erudición y su amistad. También les estoy muy agradecida a Amarendra Nath Mondal por interpretar y explicarme la *puja* a Daksin Ray, y a Ranchan Muhkerjee por su ayuda y sus consejos. Gracias asimismo a la dirección y al personal del albergue turístico de Sajnekhali.

Por supuesto, este libro nunca podría haberse escrito sin la generosidad de la gente de los Sundarbans y del Departamento Forestal de Bengala Occidental. En particular, me gustaría dar las gracias a Rathin Banerjee. El Departamento Forestal de Bengala Occidental no podría contar con un mejor embajador, ni yo con un colega más atento y cabal. Les estoy especialmente agradecida a Girindra Nath Mridha y a su familia: *amar ma*, Mabisaka; *amar choto bon*, Namita; y a Sonaton, Shumitra, Shubadra, Shushitra, Shushoma, Shoroma, Monuds y Modhusudan. Gracias también a todos los amigos y vecinos de la familia Mridha que compartieron sus historias conmigo, sobre todo a Phoni Guyan. En la misma medida que para preservar al tigre que domina su mundo, este libro fue escrito en honor de las vidas y el trabajo de esta gente sabia y valiente.

Además, quisiera reconocer la ayuda que me prestaron las siguientes personas e instituciones:

Al Lambert, Harold Paretchan, Mary Rabb y el personal de la biblioteca del Museo de Zoología Comparativa de Harvard y de la Escuela de Posgrado de Antioch/Nueva Inglaterra, por localizar artículos desconocidos y libros descatalogados.

Richard Estes, Peter Jackson, George Schaller y David Smith, por compartir conmigo sus conocimientos y sus experiencias con los tigres.

Jaya Bapa Jhala y Syed Hasnath, por leer el manuscrito y evitar errores garrafales.

Elizabeth Marshall Thomas, por su ejemplo.

Gretchen Vogel, por sus oraciones y su protección.

El reverendo Graham L. N. Ward, por su orientación espiritual.

C. M. Jha, por su asesoramiento burocrático.

Peg Anderson, el difunto Peter Davison y Sarah Jane Freymann, por sus consejos literarios.

Dianne Taylor-Snow, por reírse en los momentos más inoportunos.

Joni Praded y Chelsea Green, por resucitar y permitirme revisar y actualizar este libro.

Y, por último, muchas gracias a mi marido, el escritor Howard Mansfield, que, tras mi tercer viaje a la India, se enteró de que no tenía seguro de vida. Perdóname.

PARA AYUDAR A SALVAR AL TIGRE

La fundación Panthera está dedicada a la conservación de las poblaciones de las cuarenta especies de felinos salvajes que existen en el mundo y los ecosistemas que habitan a lo largo y ancho del planeta. Sus extraordinarios esfuerzos para la protección de los felinos salvajes, desde tigres a jaguares, han conducido, entre otros logros, a la creación de la mayor zona protegida de Birmania, la mayor reserva natural de Taiwán y el primer refugio de jaguares de Belice. Su presidente y director general es Frédéric Launay.

Visite su página web: www.panthera.org

Pueden enviarse donaciones a la siguiente dirección:

PANTHERA USA,
8 West 40th St.
18* Floor
Nueva York, Nueva York 10018, US

O a su dirección en el Reino Unido:

Panthera Wildlife Trust Limited
PO Box 4830,
RG 9 9HN, GB

En la India, el Centro para el Estudio de la Vida Salvaje trabaja en colaboración con el Gobierno indio para investigar y proteger a los animales salvajes y sus ecosistemas. Su director actual es Avinash Sosale.

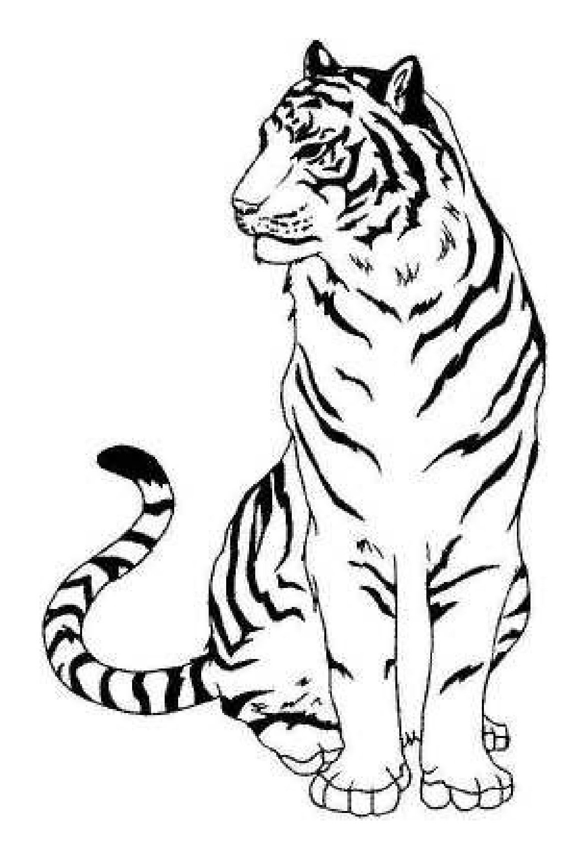
Visite su página web: www.cwsindia.org Pueden enviarse donaciones a:

CENTRE FOR WILDLIFE STUDIES

403, Seebo Apartments 26-2, Aga Abbas Ali Road Bengaluru-560042 INDIA

Puede destinar su donación específicamente a los tigres o al fondo general.

El embrujo *del tigre* es el decimoquinto libro de la colección Libros salvajes. Compuesto en tipos Dante, se terminó de imprimir en los talleres de kadmos por cuenta de errata naturae editores en septiembre de 2018, algo más de tres décadas después de que Jorge Luis Borges, poco antes de morir, publicara su relato «Tigres azules», en el que Alexander Craigie, un profesor escocés que imparte clases de lógica en la Universidad de Lahore, Pakistán, viaja a la India en busca del mítico tigre de color azul, un animal que bien podría servir como punto de partida para preguntarnos, a la manera del argentino, cómo ha podido surgir el orden a partir del caos, pero cuya existencia en este lado de la realidad que llamamos «la» realidad (¿frente a «la» ficción?) ha quedado documentada por varios avistamientos en la región china de Fujian, siendo quizás el más conocido el relatado por Harry Caldwell, misionero y cazador, en su libro *Blue Tiger*, publicado en 1924 por Abingson Press.





SY MONTGOMERY: 7 de febrero de 1958, Fráncfort del Meno, Alemania. Es una de las más grandes naturalistas de nuestros días. Ha escrito numerosos guiones para documentales y más de una veintena de libros, siempre centrados en el tema de la naturaleza y la vida salvaje. En sus investigaciones a lo largo del mundo ha sido perseguida por un gorila espalda plateada en Zaire y desnudada por completo por un orangután en Borneo; se ha internado en una fosa con más de dieciocho mil serpientes en Manitoba, ha nadado con pirañas, anguilas eléctricas y delfines en el Amazonas y ha sido hostigada por un tigre en Bengala. Ha viajado hasta las montañas de Altai, en Mongolia, en busca de leopardos de las nieves, se ha adentrado en los densos bosques de Papúa Nueva Guinea para conocer a los canguros de árbol, y aprendió a bucear con el único afán de comunicarse con los pulpos. El fruto de todas estas experiencias ha quedado plasmado en diversos documentales de National Geographic y en su propia literatura, que ha sido reconocida con múltiples y prestigiosos galardones. Entre sus principales libros cabe destacar *El embrujo del tigre*, *The Soul of an Octopus* (finalista de los National Book Awards en 2015) o *Journey of the Pink Dolphins*. Próximamente Errata naturae publicará su última obra: *Cómo ser una buena criatura. Memorias de una naturalista a través de trece increíbles animales*.

Desde hace varias décadas, Sy Montgomery vive en Hancock, Nuevo Hampshire.

